

EL TALÓN DE HIERRO

JACK LONDON

En el futuro año de 2600, Anthony Meredith descubre el manuscrito de Avis Everhard. Atraído por el relato que esta revolucionaria socialista hace de los acontecimientos vividos en los años en los que imperó el tiránico gobierno del Talón de Hierro hasta 1984, cuando se interrumpe abruptamente, decide transcribirlo y anotarlo. Considerada como una de las obras clásicas que han inspirado a socialistas de todo el mundo, *El Talón de Hierro* es una obra sorprendente, tanto por cómo London plantea el relato como por el agudo análisis y la denuncia de la realidad social y económica implícitos en la narración de los acontecimientos. Si bien envuelta en la polémica en su tiempo, se ha consolidado como una de las más brillantes obras pertenecientes a la literatura de anticipación o distópica, al ofrecer un enfoque visionario de lo que ineludiblemente habrá de venir en un tiempo futuro, que el autor describe como un pasado ya superado, pero que sirve para criticar el capitalismo imperante que aún tardará en desaparecer.

Lectulandia

Jack London

El Talón de Hierro

(trad. J. García Mardomingo)

ePub r1.2
Titivillus 17.02.16

Título original: *The Iron Heel*
Jack London, 1908
Traducción: Julio García Mardomingo
Introducción: Javier Paniagua Fuentes

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Estudio preliminar

Jack London, aventurero, escritor y defensor del socialismo

Cuando Jack London nació el 12 de enero de 1876 en San Francisco, los EEUU contaban con un siglo de existencia como Estado independiente. Habían padecido una guerra civil (1861-1865) entre los estados del Sur, partidarios de una confederación o de la simple independencia, y los del Norte que acabaron imponiéndose, estableciendo una federación de estados donde las fronteras habían quedado delimitadas con Canadá al norte y por el sur con México. Las tierras de Texas se habían incorporado como uno más de los estados, al ser derrotado el ejército mexicano por las tropas estadounidenses entre 1846 y 1848, las cuales ocuparon también parte del territorio de Nuevo México como tributo de guerra. Ya habían pasado los tiempos de la fiebre del oro que atrajo a California a miles de emigrantes del este de Europa y de Sudamérica, cuando en 1848 en el rancho de John Sutter se descubrieron pepitas del metal, e incluso el presidente James Polk informó de ello en un discurso al Congreso. Y todo ocurrió sin que el sistema político se resquebrajara. La Constitución de los padres fundadores continuó vigente y las elecciones se celebraban según lo estipulado. Nada importante cambió y ningún salvador de la patria vino a establecer otra forma de gobierno que no fuera la democracia que se había constituido en el texto constitucional de 1787, con sus virtudes y defectos. Algunos, los menos, habían hecho fortuna, pero una gran mayoría padeció condiciones insalubres y enfermedades crónicas o mortales. Personajes de todo tipo pululaban por las ciudades californianas tratando de buscarse la vida en oficios diversos mientras empezaban a construirse los grandes emporios industriales, con una clase obrera venida de todas partes. Ése fue el caso del padre de London, William Henry Chaney, con pretensiones de abogado, embaucador, charlatán, anticatólico militante, partidario de la eugenesia y del control de la emigración a los EEUU, que dedicó su tiempo a la astrología, a la que consideraba una «ciencia sublime», ofreciendo sus conocimientos para averiguar el destino de los que acudían a su consulta, y llegó a publicar dos grandes volúmenes sobre el tema. Su madre, Flora Wellman, era hija de una familia acomodada de Ohio, que cuando su padre, un potente constructor, se volvió a casar al enviudar, abandonó el hogar paterno y se instaló en California, tal vez a la búsqueda de una vida menos monótona y con ganas de aventura, actitud que probablemente transmitiría a Jack, más que la de una señorita de casa bien de la Norteamérica asentada del Este. Chaney nunca lo reconoció como hijo y así se lo comunicó cuando London intentó entablar contacto con él. Al parecer había pedido a su madre que abortara, pero ella, a pesar de los intentos de suicidio,

decidió tenerlo y se encargó de su manutención, aunque lo dejó al cuidado de un ama de leche negra, antigua esclava, que acababa de perder a su hijo y lo crió durante su infancia. De hecho, algunos biógrafos de London destacan la carencia de amor materno que sintió y que lo persiguió toda su vida. Su madre se casó a los treinta y ocho años, después de ser abandonada por Chaney, con un hombre mayor que ella, que había tenido once hijos, algunos de los cuales habían muerto y otros estaban en un orfelinato, mientras que dos hermanastras vivieron con la nueva familia que se trasladó a la ciudad de Oakland donde el padrastro, John London, del que tomó su apellido, trabajó en distintos oficios como granjero, carpintero o albañil para mantenerlos. Su madre se dedicó entonces al espiritismo, muy en boga en la época, y conseguía algunos dólares extra como médium de una clientela deseosa de contactar con sus familiares muertos. A los once años, el muchacho tuvo que buscarse la vida realizando trabajos varios, desde el paradigma clásico de niño vendedor de periódicos que alcanzaría la gloria hasta obrero textil, pasando por carbonero y enlatador. Y dicen que fue sobre los seis años cuando se emborrachó por primera vez mientras su padre trabajaba y le ordenó que le trajera algunas botellas de cerveza, que él se bebió por el camino. Fue un muchacho pendenciero y bravucón al que le gustaba el boxeo.

EEUU iba a convertirse en la primera potencia mundial a principios del siglo XX y los emigrantes no dejaban de acudir a aquellas tierras que en la imaginación de muchos habitantes del Viejo Mundo representaban la promesa de una vida mejor. Más de cinco millones y medio de nuevos pobladores desembarcaron en la costa este del país entre 1881 y 1890 y muchos de ellos se fueron desplazando al Lejano Oeste. Cerca de nueve millones serían los emigrantes venidos principalmente de Europa o Sudamérica en la década siguiente. Nuevas ciudades, nuevos barrios, con la construcción de rascacielos y grandes fábricas con sus enormes chimeneas se fueron extendiendo por un inmenso territorio que acrecentaba, año tras año, su número de habitantes. Nacía una nueva clase trabajadora que había dejado atrás su tierra de origen y sus formas de vida para buscarse un futuro, con la esperanza de convertirse en propietarios de tierras o negocios que les permitieran superar los condicionantes sociales y económicos de las sociedades en las que habían nacido. Las cosas no fueron fáciles para una inmensa mayoría que padeció las mismas vicisitudes de explotación que en sus lugares de origen. Se intentó, entonces, poner en práctica en el Nuevo Mundo el bagaje ideológico de transformación social que habían aprendido en la vieja Europa, construido a lo largo de los siglos XVIII y XIX con sus ideales de igualdad económica y social. Se constituyeron sindicatos y organizaciones políticas que abogaban por el socialismo o el comunismo libertario. Su fuerza fue coyuntural y, a pesar de algunos éxitos, nunca se despegaron del feroz individualismo que se incrustó como un paradigma en la mentalidad norteamericana.

Precisamente, el sociólogo austriaco Werner Sombart escribió en 1905 un ensayo significativo: ¿*Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos*? En efecto, cómo era posible que en el lugar donde el capitalismo tenía su máximo poder no existiera

una fuerza socialista potente, como había pronosticado Marx, y su movimiento obrero no tuviera la consistencia de otros países europeos. Siguiendo con el esquema marxista, Sombart argumentaba la falta de feudalismo en EEUU así como una clase obrera sectorializada en diferentes etnias y nacionalidades, con tradiciones culturales propias. Afroamericanos, chinos, sudamericanos, italianos, irlandeses, alemanes, polacos, ucranianos, suecos o rusos y otros más, cada uno con sus tradiciones y guetos, construían una unidad peculiar, sostenida en la esperanza de empezar de nuevo pero manteniendo sus costumbres y religiones, y en los que iba poco a poco imponiéndose una forma de ser que generaría una manera de sentir nueva, una nacionalidad peculiar, de emociones abigarradas que se traducirían en la construcción de un espacio donde, en teoría, cada cual podía labrarse una vida propia sin que se tuviera que depender de una ideología dominante. El éxito en la conquista de una vida confortable marcaba un tipo de materialismo que enlazaba con el calvinismo o puritanismo de los primeros pobladores. No obstante, en los albores del siglo XX, el Partido Socialista Americano, liderado por Victor Debs, constituido en 1901, y que conectaba la tradición individualista republicana estadounidense con un vago socialismo, muchas veces con connotaciones religiosas evangélicas, que en general obviaba el análisis marxista, parecía tener futuro al ver aumentado su respaldo electoral con el apoyo del sindicalismo del IWW (International Workers of the World). Éste, nacido en 1905 en Chicago, había adquirido una fuerza combativa radical con la aceptación de la lucha de clases como elemento de movilización para exigir las mejoras de las condiciones laborales de la clase obrera, empleando la violencia, la propaganda activa o la desobediencia civil, y diferenciándose notablemente de la AFL (American Federation of Labor), que mantenía un claro antisocialismo y representaba, principalmente, a los trabajadores blancos cualificados identificados con el capitalismo que buscaban mejorar las condiciones salariales y conseguir la jornada de ocho horas. Los socialistas estadounidenses alcanzaron más de 400 000 votos en las presidenciales de 1904 y sus expectativas fueron mayores en las presidenciales de 1908, aunque el aumento fue poco significativo. Su mayor porcentaje lo alcanzaron en 1912 con más de 900 000 sufragios, aunque posteriormente su apoyo fue disminuyendo, especialmente después de sufrir una división interna.

A partir de la derrota de los confederados, el Partido Republicano estableció las reglas de juego de la política centralizadora federal y del impulso del nuevo capitalismo industrial y agrario, y junto a ello una nueva cultura sincrética que adoptaría caracteres propios y que fomentaría lo que ha dado en llamarse la mentalidad norteamericana. Emerson, William James, Dewey, Peirce, Holmes, entre otros, forman un conjunto de autores que darían personalidad propia a la cultura americana para afrontar los problemas prácticos de cada día y, por tanto, susceptible de ser cambiada por otra cuando ya no sirviese para adaptarse a las nuevas circunstancias. Como señala Louis Menand, establecieron «la creencia de que las

ideas nunca deben convertirse en ideología, dictando algún imperativo trascendente». (Menand, 2002, p. 13), lo que proporcionaba un cierto escepticismo sobre la realidad. Todo dependía de cómo transcurrieran los acontecimientos para ir acoplándose a ellos. Cada problema tenía una solución propia y las explicaciones de los fenómenos sociales podían venir de autores distintos y contradictorios.

En ese contexto, la figura de Jack London adquiere su máxima dimensión porque su obra y su vida son un producto genuinamente americano, ya que él no tenía connotaciones con ningún colectivo de emigrantes; se consideraba un descendiente directo de los padres fundadores, donde la cultura anglosajona era la que debía ser hegemónica. No en balde London era un gran admirador de la obra de Rudyard Kipling, un defensor de la cultura blanca anglosajona como «raza» superior que debía guiar la historia del mundo. Como le había escrito a su amigo Cloudesley Johns en 1899, «las razas negras, las razas mestizas son de mala uva». London podía defender a la clase obrera explotada y abogar incluso por el socialismo, pero nunca consideró un asunto de importancia las condiciones en que vivían los afroamericanos. Sin explicitarlo, y tal vez sin saberlo, era un racista como muchos de sus compatriotas. Precisamente, con una de sus amantes, Ana Strunsky, amiga de la teórica anarquista Emma Goldman, de la que estuvo perdidamente enamorado y a la que admiraba por tener una cultura de la que él carecía, no quiso consolidar una relación estable con ella al conocer sus orígenes judíos y se limitó a tenerla como amante durante todo su primer matrimonio. Tampoco pueden olvidarse sus comentarios despectivos sobre los japoneses, con los que tuvo contacto en los viajes que realizó como marinero o como corresponsal de la guerra ruso-japonesa en 1904. Alertó sobre el peligro amarillo y escribió que algún día los chinos y los japoneses podían poner en apuros a la civilización occidental. Consideraba que por mucho que hubieran avanzado los japoneses, como se había demostrado en la derrota total infligida a la armada del zar de todas las Rusias en una mezcla de fuerza y habilidad táctica militar inesperada, los asiáticos no podían alcanzar la superioridad del hombre blanco. Incluso se cuenta que en una reunión de la agrupación socialista de Oakland maldijo a «toda la raza amarilla» y alguien le recordó que en Japón también existían proletarios y que el lema de Marx estaba vigente para todos («¡Proletarios de todo el mundo, uníos!»), a lo que London respondió: «¡Qué demonios! ¡Antes que nada soy un hombre blanco, y sólo después, un socialista!». (Kershaw, 2000, p. 180). En esta concepción de superioridad anglosajona, tal vez influyó su madre, quien mantenía los valores de la clase dominante en la que había vivido en Ohio y su superioridad sobre italianos e irlandeses, por más que se hubiera visto abocada a unas condiciones de pobreza, como una mayoría de trabajadores emigrantes. En 1899 le dijo a un amigo: «El socialismo no es un sistema ideal pensado para lograr la felicidad de toda la humanidad; está pensado para lograr la felicidad de determinadas razas afines favorecidas para que puedan sobrevivir y heredar la tierra hasta la extinción de las razas inferiores y más débiles». (Kershaw, 2000, p. 193). Así, cuando en 1908 publica

El Talón de Hierro, donde analiza un tiempo ya pasado donde el capitalismo ha sido derrotado y no tiene vigencia, está refiriéndose al mundo occidental, Europa y Norteamérica, en especial los EEUU.

Muchos críticos literarios afirman que las obras de los autores se relacionan con sus experiencias vitales, con sus vivencias más íntimas. En el caso de London, la relación entre su vida y su obra es, si cabe, más estrecha. Tradujo a la narrativa todo lo que llevaba dentro a partir de sus experiencias vividas como pocos lo han hecho en la historia de la literatura. Escribía sin parar en sus noches de insomnio. No se sabe bien si vivió para escribir o escribió para vivir. Y por ello su novela autobiográfica *Martin Eden*, publicada en 1909, está considerada una de sus obras más destacadas. Refleja las ilusiones perdidas de alguien que quiso triunfar en el mundo literario y que únicamente lo consiguió cuando murió; del que entra a formar parte de la clase media pero siente nostalgia de su ascendencia obrera de la que se ha separado. Durante el poco tiempo que estuvo en la escuela, descubrió que le gustaba leer, y solía acudir a la Biblioteca Pública de Oakland a entusiasmarse e identificarse con los personajes de ficción, como los de la primera novela que leyó a los ocho años, *Signa*, de Ouida, pseudónimo de la escritora Marie Louise Ramé, que escribió gran cantidad de novelas y cuentos. Se identificó con el personaje, un pobre campesino italiano, huérfano y maltratado por la dueña de una granja que lo había adoptado, pero que supo superar sus condiciones sociales y se convirtió en un músico famoso y rico. Encontró una justificación para imaginar que él también podía cambiar su rutinaria vida como aquellos que conseguían sobreponerse a sus malas situaciones de origen con una gran fuerza de voluntad y una decidida capacidad para cumplir sus sueños. La lectura indiscriminada de narrativa, filosofía, ensayo político o poesía le llevó también al convencimiento de que la cultura era un medio para la liberación, algo que siempre intentó transmitir en sus conferencias a los militantes socialistas. Era una manera de evadirse y desarrollar su sueño de una vida distinta, ya que sintió en su infancia y adolescencia carencias afectivas por parte de una madre que le exigía que le entregara el salario de su empleo en una fábrica de conserva donde comenzó su periplo de trabajos diversos, y tomó conciencia de las condiciones de explotación de la clase obrera con un trabajo de diez horas diarias. Algunos biógrafos han considerado que su radicalismo social tenía una razón psicológica y que su animadversión al capitalismo tenía su principal base en el resentimiento hacia su madre, ante el sufrimiento de su soledad y falta de cariño materno (Kershaw, 2000, p. 61). Por el contrario, siempre estuvo agradecido a su padre adoptivo, quien había luchado en la guerra civil y sufrió una herida en sus pulmones que le condicionó toda su vida: «Mi padre —escribió— es el mejor hombre que he conocido, tan intrínsecamente bueno para sacar adelante el insípido trepar por la vida a la que un hombre debe enfrentarse si él hubiera sobrevivido en nuestro anárquico sistema capitalista». (Johnston, 1984, p. 6).

Se convirtió en experto marino cuando se enroló en un barco de carga, el *Sophia*

Sutherland, en enero de 1893 y viajó hasta las costas de Japón. Se aficionó a la bebida en los tugurios de los muelles, algo que relataría años después en su novela autobiográfica *John Barley-corn. Las memorias alcohólicas*, escrita en 1913, donde da testimonio de su lucha y dependencia con el alcohol que lo llevó a un proceso irreversible, y que fue curiosamente utilizada a favor de la prohibición de tomar bebidas que se declaró en los años veinte en EEUU. Tenía ya algún conocimiento de navegación porque a los trece años había adquirido un bote que utilizaba para robar en los bancos de ostras en la bahía de San Francisco, lo que reflejó en su relato *Los piratas de la bahía de San Francisco*, aunque, en vista de lo arriesgado del asunto, cambió de bando y pasó a formar parte de las patrullas que controlaban a los ladrones. Después de navegar algunos meses por distintos mares, volvió a Oakland para buscar un trabajo más estable, pero se enfrascó de nuevo en la monotonía de una fábrica textil, con un salario de 10 centavos por hora. Pero su experiencia marinera le sirvió para ganar un premio literario en el *San Francisco Morning Start* con su relato *Story of a Thyphoon off the Coast of Japan*, lo que fue un aliciente para que pensara en dedicarse a escribir.

Era una época en que las eventualidades del capitalismo incontrolado provocaban alzas y bajas coyunturales que conducían a recesiones económicas, con la pérdida de miles de empleos de unos obreros que no contaban con el respaldo de protección social y se veían abocados a vivir en la miseria. Las depresiones de la economía estadounidense de 1873 a 1878, de 1883 a 1885 y de 1893 a 1897 produjeron enfrentamientos sociales y se organizaron marchas de «ejércitos de parados» (*industrial army*), para protestar ante el Capitolio de Washington, en las que exigían puestos de trabajo y en las que participó London como un agitador más. Sin embargo, no resistió mucho la marcha en grupo; pronto afloró su fuerte individualismo y caminó por su cuenta visitando varias ciudades como Boston o Nueva York, antes de regresar a San Francisco. En el viaje fue detenido en Buffalo y, acusado de vagancia, pasó treinta días en la penitenciaría de Erie County que le sirvieron para considerar la degradación humana en el sistema penitenciario, como reflejó en su relato *The Road*, donde describió los horrores sufridos por otros penados y por él mismo. Las vicisitudes que padeció en la cárcel le provocaron un miedo terrible y juró, cuando regresó a Oakland en 1894, evitar entrar de nuevo en una prisión. Durante un tiempo continuó haciendo diversos trabajos, leyendo intensamente textos sobre socialismo y penetrando en la obra de Nietzsche a través de *Así hablaba Zaratrusta*. Quiso estudiar en la Universidad de Berkeley, pero los problemas financieros se lo impidieron. Esa mezcla de individualismo con la cultura de la superioridad blanca y las ideas evolucionistas que conducirán ineludiblemente al socialismo fueron los elementos básicos de su pensamiento y le sirvieron para fabular la gran cantidad de novelas y ensayos que escribió. Creía, como Marx, que la historia de la humanidad se resumía en la lucha entre los explotadores y los explotados y que no había más solución que abolir la propiedad de los medios de producción.

Pero su gran experiencia vital vino de su viaje a Alaska y Canadá, al valle de Yukón, donde se estaba viviendo otra época de fiebre del oro que llevó a una gran cantidad de aventureros a una tierra inhóspita. Era una nueva versión de El Dorado estimulado por una prensa sensacionalista que fomentó los deseos de obtener las preciadas pepitas. London, que tenía veintiún años, formó un grupo que tuvo que enfrentarse a unas condiciones climáticas muy duras y no consiguió ningún resultado positivo, pero su lucha contra un terreno inhóspito, la nieve, los trineos tirados por perros amaestrados, los ríos helados, el escorbuto y la impresión ante la cantidad de caballos muertos en los caminos le proporcionó material para sus futuras narraciones, al margen de los libros sobre marxismo o evolucionismo que llevaba encima para continuar sus lecturas mientras descansaban en cualquier lugar. Una serie de cuentos sobre su experiencia en Alaska recogieron muchas de sus vivencias. En castellano se reunieron bajo el título *La quimera del oro*:

> La mala suerte de otras regiones mineras no es nada en comparación con la mala suerte del Norte. En cuanto a los sufrimientos y penalidades no pueden escribirse en suficientes páginas de imprenta ni contarse de boca en boca. Y quienes la han sufrido cuentan que cuando Dios hizo al mundo, se cansó y, cuando llegó a su última carretilla, la tiró de cualquier manera. Así surgió Alaska (London, 2004, p. 17).

Aquel mundo le sirvió para certificar su concepción de que sólo salen adelante los fuertes, los que resisten los envites de las inclemencias de la naturaleza que va discriminando a los que no pueden soportarlas, y de que los humanos no son diferentes de las demás especies que pueblan el planeta, de acuerdo con su lectura de las tesis de Darwin en el *Origen de las especies*.

Compartía la visión poco rigurosa que se popularizó del darwinismo social de Herbert Spencer según la cual las sociedades se comportan de igual manera que la selección natural en los demás seres vivos. Aunque, como ha señalado el antropólogo Marvin Harris, Spencer extrae su evolucionismo social sin tener en cuenta a Darwin. El pensador inglés estaba convencido de que la naturaleza humana experimenta sus propios cambios a lo largo de su existencia y que seguirá mutando en el futuro para adecuarse a las adaptaciones biológicas que son las que provocan el progreso. La evolución es el principio por el que se rigen todas las leyes del universo. En Spencer predominan más sus ideas liberales y anticooperativas, con la defensa de la propiedad privada y su negación de una sanidad o educación públicas, que son las que más influyen en su concepción cultural y social, que las interpretaciones de Darwin. Creía que el socialismo se oponía a la ley de la evolución natural en la línea de los economistas clásicos, como Malthus o David Ricardo, que destacaron la lucha por la supervivencia en sus interpretaciones sobre los mecanismos económicos, aunque Spencer, al contrario que Malthus, daba una interpretación optimista del crecimiento de la población, puesto que cuantos más habitantes haya en la Tierra más se

agudizará la capacidad intelectual para conseguir mantenerse vivos y sobrevivir, aunque el avance transcurra de manera lenta en el proceso evolutivo de la humanidad (Harris, 2000, pp. 105-120).

El éxito para London vino cuando menos lo esperaba. Sentía el fracaso de su aventura en Alaska, de nuevo se incorporaba a la rutina del trabajo y a utilizar el alcohol como compensación —fue un alcohólico toda su vida adulta y nunca pudo superarlo—. Pero comenzó a escribir con ese talento innato que tenía para la narración y que iba a calar en el gran público, convirtiéndose en el primer autor de *best sellers* del siglo XX. *La llamada de la selva* (traducida también por *La llamada de la naturaleza* o *La llamada de lo salvaje*) fue considerada por la crítica desde el primer momento de su publicación por la editorial Macmillan, en 1903, como una obra clásica de la literatura estadounidense. Su primera edición, de 10 000 ejemplares, se agotó en veinticuatro horas. Después publicaría *Colmillo Blanco*, que no fue tan unánimemente bien recibida por la crítica. El presidente Theodore Roosevelt, amante de la caza y de los parajes naturales, consideró que London era un falsificador de la naturaleza porque creía que en realidad no sabía cómo luchan los lobos (Kershaw, 2000, p. 194). Ambas novelas fueron adquiridas por miles de lectores y los editores comenzaron a explotar el filón al mismo tiempo que London impartía conferencias sobre el socialismo venidero. Las traducciones a otras lenguas se multiplicaban y sus novelas eran leídas por un público de clase obrera o trabajadores autónomos y, además, algunas de sus novelas más famosas fueron llevadas al cine. Cuenta en sus memorias la compañera de Lenin, N. K. Kruspskaya, que el líder de la revolución soviética murió mientras leía una obra de London, *El amor a la vida*. Hizo también alguna incursión en la poesía y, al principio, cuando decidió ser escritor, quiso ser fundamentalmente poeta. A él se le atribuyen los versos que afirman: «Quiero ser cenizas antes que polvo / preferiría que mi chispa se consuma en un fuego brillante / en lugar de sofocarse en una seca podredumbre», como el deseo de ser antes un fuego de pasión que la insustancial polvareda.

Una editorial valenciana, Prometeo, vinculada al movimiento cultural y político de Blasco Ibáñez, publicó gran parte de sus obras. Conectaba con las ideas estéticas del naturalismo del escritor valenciano, que también tuvo un papel político en el republicanismo español de principios del siglo XX, con gran influencia en el movimiento obrero, y que dedicó parte de sus obras más representativas a recrear el paisaje de la huerta valenciana y sus conflictos sociales. London es, de alguna manera, un Zola norteamericano que supo identificarse con las clases populares con un lenguaje asequible y ameno. Sus 20 novelas, 18 colecciones de cuentos, así como sus más de 150 artículos le proporcionaron fama y dinero, que le permitieron comprarse un rancho en California, en Glen Ellen, condado de Sonoma, donde trasladaría su residencia, y en el que trabajaban unas 50 personas entre agricultores y sirvientes. Escritores reconocidos como Steinbeck, Hemingway o Kerouac lo consideraron un clásico de la literatura estadounidense, aunque otros estimaron que

era un autor menor que tuvo más fama como agitador político que como escritor. Respondía todas las cartas que le remitían y se despedía con un «Tuyo por la Revolución» (se publicó una recopilación de su correspondencia en tres volúmenes con más de 1500 misivas). Fue un icono para muchas generaciones, prototipo de escritor rebelde que luchaba por una sociedad socialista. Curiosamente, el sueño americano le llegó a él que desde su infancia había padecido las privaciones de un sistema productivo discriminatorio para los que tenían que ganarse la vida con el trabajo diario en fábricas, talleres y campos, y acabó siendo el escritor mejor pagado de su época. Despreciaba el capitalismo, pero se sirvió de él para superar sus etapas de pobreza e instalarse en el sueño americano al lograr triunfar en una sociedad donde la competencia sin límites era la regla principal del comportamiento social, y donde los que fracasaban no tenían ninguna protección, y tan sólo les quedaba acomodarse a su suerte y, en todo caso, vivir de la caridad pública, que en su época era escasa. Su individualismo vital era más fuerte que todas sus convicciones socialistas y Nietzsche le sirvió como excusa por cuanto valoraba la voluntad como un factor clave en la superación de las dificultades. Odiaba a los poderosos al tiempo que valoraba a los que habían remontado las adversidades que les condicionaron desde su infancia y consiguieron triunfar en un mundo depravado. Para él, el hombre no es un ser bueno por naturaleza como pensaba Rousseau, y el miedo superaba al amor en la naturaleza humana. Interpretó que el mundo en que vivía estaba dominado por la contradicción entre la riqueza y la pobreza, entre el individuo y la sociedad, entre los instintos y la razón, y ante las circunstancias en las que había crecido optó por defender hasta el final de sus días lo que consideró que acontecería como una fuerza ineluctable de la evolución social: el socialismo. De hecho, cuando se encontraba en el mejor momento de su fama como escritor, se desplazó a Londres y describió con toda crudeza las condiciones de vida de los barrios obreros de la capital británica, el East End, y de ahí surgió su obra *El pueblo del abismo*, considerada uno de los testimonios más relevadores sobre literatura revolucionaria. Antes de regresar a EEUU, viajó por Alemania, Francia e Italia sin dejar constancia de sus experiencias en los lugares que visitó.

Nunca vivió en paz consigo mismo. Fue un vagabundo que quiso hacer de la aventura una manera de evadirse de sus conflictos personales que siempre lo martirizaron. Se casó el mismo día que salió publicado su libro *The son of the Wolf* [*El hijo del lobo*], un 7 de abril de 1900, con Bess Maddern, de origen irlandés, profesora de matemáticas que había soñado con ser actriz. Su primer prometido, amigo de London, había muerto y Jack estuvo a su lado dándole ánimos. Ella cuidaba de él. Leía sus obras, las corregía y le transcribía sus manuscritos a máquina. Quería compartir sus intereses intelectuales, pero él tenía aventuras amorosas con otras mujeres como correspondía a su defensa de la libertad sexual y aunque al parecer le había dicho en diversas ocasiones que no la amaba, ella tenía la esperanza de que alguna vez lo hiciera. Había establecido dos tipos de mujeres, la que servía para el

placer sexual y la compañera, mujer-madre, ama de casa, que se ocupaba de sus hijos. El matrimonio sólo era un vínculo biológico para preservar la especie y abogaba por la libertad sexual. Vivieron en los primeros tiempos de casados en una casa de Oakland, donde también residió su madre, lo que provocó en ocasiones roces y enfrentamientos entre nuera y suegra. Pronto los editores empezaron a proponerle que escribiera, sabedores de que su literatura impactaría en el gran público. Empezó entonces a ganar el dinero suficiente como para poder disfrutar de lo que hasta entonces le había sido vedado. Buena comida, vestidos, muebles modernos, libros, vinos y *whisky* caros. Y la cadena de diarios del magnate de la comunicación, Hearts, el personaje que caracterizó Orson Wells en su película *Ciudadano Kane*, le encomendó la tarea de corresponsal de guerra en el conflicto ruso-japonés de 1905. Contaba, además, con el apoyo de su amigo, el poeta George Sterling, el mayor representante de la bohemia literaria de California, para sus devaneos por los barrios libertinos de San Francisco y para asistir a los combates de boxeo a los que eran aficionados.

Tenía una gran obsesión por tener un hijo, pero le nacieron dos hijas en 1901 y 1902, Joan y Bessie, con las que mantuvo una relación difícil, especialmente después del divorcio con Bess y su nuevo matrimonio con una dama de una condición social más alta y culta, Charmian Kittredge, defensora del sufragio femenino y con gran independencia en sus comportamientos sociales en una época en la que las mujeres no tenían los mismos derechos que los varones e incluso podían ser arrestadas si fumaban en público. London se quedó prendado de la manera en que Charmian se libraba de muchos de los prejuicios que existían en torno a las mujeres y que él había criticado en sus libros. Había manifestado que «el hombre se distingue de los demás animales por ser el único que maltrata a su hembra». Su nuevo matrimonio tampoco fue feliz. Los embarazos frustrados y los deseos no cumplidos de tener un hijo varón lo alejaron de su mujer, y cada cual tuvo sus escarceos amorosos. Después de la muerte de Jack, ésta escribiría en dos volúmenes una visión edulcorada de su relación (*The Book of Jack London*). Hasta su fallecimiento, en 1955, se dedicó a cuidar de su imagen así como a defender el socialismo de su marido. Dio conferencias por Europa donde la fama de London fue incluso mayor que en EEUU; de hecho, los diarios dedicaron más espacio a su muerte que a la del emperador de Austria-Hungría, Francisco José, que murió el mismo día.

Los problemas económicos lo incentivaron a publicar textos cada vez menos interesantes y reiterativos que iban perdiendo crédito entre sus lectores. Además, la gran casa, la Wolf House, que se construyó en su rancho, diseñada por un conocido arquitecto californiano, Albert Farr, se quemó cuando estaba recién terminada en agosto de 1913, sin que se sepan claramente las causas que provocaron el fuego. Se sumió en una profunda depresión y se refugió en la cabaña de madera que había alzado en medio de su propiedad. También había gastado una fuerte suma al comprarse un yate, *The Snark*, con el que viajó con Charmian durante veintisiete

meses por los mares del sur del Pacífico y Australia, añorando, tal vez, sus aventuras de marinero, y quiso, poco antes de morir, navegar hasta Hawái (Charmian relató el viaje en *The log of the Snark*). Era su manera de buscar nuevas experiencias que le hicieran olvidar su infelicidad matrimonial y los problemas que le planteaba la precaria situación económica de su primera mujer, de la que tenía conocimiento por las cartas que le enviaba su hija Joan, en las que le reprochaba tener abandonada y sin apoyo de ningún tipo a su primera familia, y le reclamaba alguna ayuda económica para poder atender la enfermedad de su madre.

Sus problemas con su dentadura empeoraron. En los tiempos de su experiencia en Alaska padeció de escorbuto, que le afectó a la mandíbula, lo que acentuó su dependencia del alcohol, del tabaco y los narcóticos, que entonces eran de venta libre. Aumentaron sus afecciones: fístula intestinal, hemorroides, cólicos renales, insomnio… Murió a los cuarenta años, el 22 de noviembre de 1916, y existe un debate sobre si se suicidó tomando una sobredosis de morfina, o si sus riñones dejaron de funcionar provocándole una insuficiencia renal. Su personaje, Martin Eden, en la novela del mismo nombre, y al que se considera una transcripción vital de sí mismo, también se suicida.

Su hija Joan escribiría primero una biografía literaria y política sobre su padre, *Jack London and His Times*, y después *Jack London and His Daughters*, que tardaría en publicarse por la oposición de su albacea, Russ Kingman, responsable de la fundación y el museo de Jack London. Se habían creado para recordar su memoria, impulsados por su segunda esposa y su albacea, quienes controlaron sus derechos de autor después de su muerte sin que su primera familia tuviera derecho a nada. En el segundo libro su hija distingue la calidad del escritor socialista y radical —ella misma militó en el socialismo norteamericano y fue amiga de Trotsky, quien residía en su exilio en México— de su actitud con su esposa y sus hijas. Helen Marie Abbott, segunda mujer del nieto de London, hijo de Joan, al descubrir las cientos de cartas que intercambiaron padre e hija, relataría estas malas relaciones con su primera mujer y sus hijas desmitificando su figura por su comportamiento hostil con Bess (*Inheritors of a legend* [*Herederos de una leyenda*]).

Después de muerto, se convirtió en una leyenda que duró gran parte del siglo XX. Sus obras se difundieron entre un público que veía en el socialismo la solución a los problemas sociales. En la URSS, después de la revolución de 1917, sus libros se leían en las escuelas como literatura que favorecía el espíritu revolucionario. Sin embargo, el canon literario de los últimos tiempos lo ha relegado a un lugar secundario, ha rebajado su capacidad literaria y destacado que a pesar de ser un buen narrador, con gran plasticidad en sus descripciones, fácil de leer, sus obras son un trasunto de sus aventuras personales adobadas con elementos que, en muchos casos, fueron plagios indirectos. Así había ocurrido con una de sus novelas más famosas *La llamada de la selva*, acusada de ser un plagio por otro autor, Egerton R. Young, que había escrito *The dogs in Northland*. London reconoció que se había inspirado en alguna parte de

la misma, pero consideró que su versión era original. Igual ocurrió con el texto de Augustus Biddle titulado *Lost in the Land of the Midnight Sun*, que se reflejó en su relato *Love of Live,* y su propia hija, Joan, afirmó que su padre se había limitado a transcribir el libro utilizando expresiones propias.

La literatura de anticipación de *El Talón de Hierro*

Además de diversos escritos divulgativos sobre el socialismo y la lucha de clases, y de cientos de conferencias impartidas en favor del Partido Socialista norteamericano de Debs, al que pertenecía, Jack London escribió *El Talón de Hierro*, publicada en 1908, que puede ser calificada de literatura de anticipación, utopía o distopía. Su interés radica en el enfoque visionario de lo que ineludiblemente habrá de venir en un tiempo futuro, pero que él describe como un pasado ya superado que se hizo posible mediante una revolución, lo que le sirve para criticar el capitalismo imperante que aún tardará en desaparecer. Utiliza la técnica que Oscar Tacca señala sobre el narrador en el relato (Tacca, 1985), en la que apunta que a partir del siglo XVIII la novela tiende en muchos casos al secuestro del autor y para ello se emplea la fórmula de los «papeles encontrados» de la que se han servido muchos autores en la historia de la literatura, y, entre ellos, Cervantes en *El Quijote*. De esa manera se utilizan voces ficticias interpuestas que parecen dar a la narrativa un mayor realismo y verosimilitud, fingiendo que el libro ha sido escrito por quien ha vivido directamente los hechos.

En *El Talón de Hierro* encontramos un doble narrador, y esto se plasma de forma tan patente que incluso podríamos considerar que estamos leyendo dos obras sobre el mismo tema, escritas con finalidades diferentes y en tiempos y contextos distantes: la primera sería el relato propiamente dicho, mientras que la segunda, en forma de notas a pie de página, ampliaría y matizaría las opiniones y los hechos que aparecen en dicho relato. Si relacionamos esta duplicidad de voces narrativas con la estructura interna de la narración, es decir, con las partes que la constituyen, el primer componente textual que encontramos es un prólogo —«pretexto»—, en el que Anthony Meredith se nos presenta como el editor de un manuscrito que ha encontrado, siete siglos después de ser escrito, «en el corazón de un viejo roble de Wake Robin Lodge».

Este narrador nos anticipa, en las primeras líneas de la novela, la existencia de un segundo narrador-personaje, en este caso narradora, Avis Everhard, la esposa de Ernest, que cuenta la historia en primera persona, lo que obliga a tener un ángulo de visión preciso, una perspectiva constante, una información limitada que el primer narrador conoce. Dicho grado de conocimiento posibilita un tercer componente textual insertado en el supuesto manuscrito: las notas a pie de página.

Estas notas responden a la necesidad que el editor-historiador-investigador tiene de ir explicando el original encontrado. Con su glosa pretende corregir los posibles desvíos en el punto de vista de la persona que lo ha escrito. Son ajustes diversos que perfilan la técnica novelesca, ya que se atreve a cuestionar el desempeño de la función de la narradora. Pone en duda su objetividad porque, según él, es poco imparcial, ya que vivió esos acontecimientos y, además, la movía el amor a su marido: «Avis no dispuso de perspectiva. Estuvo demasiado cerca de los hechos que relató. Mejor dicho, estuvo inmersa en estos sucesos […]. Este manuscrito posee un estimable valor, aunque nos encontremos, junto con los errores de perspectiva, con la parcialidad del amor». Pero el atrevimiento del primer emisor ficticio también llega a poner en tela de juicio la información que la autora-narradora nos transmite en sus memorias: «Con todo nuestro respeto por Avis Everhard, es preciso decir que su esposo fue uno más entre los líderes que planearon la Segunda Sublevación…».

En otras ocasiones, aprovechando la omnisciencia que le da el hecho de escribir cuando los hechos ya han pasado, no duda en ampliar ostensiblemente la información del manuscrito:

> Hubiera tenido que vivir Avis Everhard muchos años para ver cómo se aclaraba ese misterio. Hizo falta que transcurriera algo menos de un siglo y poco más de seiscientos años, tras la muerte de Avis, para que se descubriera la confesión de Pervaise en los archivos secretos vaticanos […]. A Pervaise lo escondieron en una galería…

Y no es menos notable el hecho de que, en su afán de dotar de verosimilitud a lo que nos cuenta y a su función de autor de una edición comentada —lo que en el ámbito académico se conoce como «edición crítica»—, el emisor ficticio, Anthony Meredith, anima a los estudiosos interesados en el tema a consultar otras obras:

> El gran terremoto de 2386 arrasó todos los montículos llenando la hoya en la que Avis Everhard encontró su refugio. A partir del encuentro del manuscrito se llevaron a cabo excavaciones […]. Los estudiosos interesados en este tema podrán consultar el ensayo de Arnold Bentham, de próxima aparición.

Finalmente, sólo añadir que el papel del narrador-editor es tan importante que, sin sus aclaraciones, no conoceríamos el desenlace de la narración de Avis, que acaba bruscamente sin poder concluir la frase: «Puede comprenderse la magnitud de esta tarea cuando se tiene en cuenta…».

Pero, afortunadamente, él, como historiador, ha podido desvelar en esta edición el misterio y tomar la palabra, en una última nota a pie de página, para lamentar que la autora «[…] no viviera lo suficiente para completar el escrito, porque sin duda hubiera aclarado el misterio que durante siete siglos ha envuelto la ejecución de

Ernest Everhard».

Y por encima de todo ello, su mensaje: la denuncia de una sociedad que estaba sumida en el capitalismo que había impuesto un sistema de control dictatorial y cruel que ocasiona la explotación de la mayoría de los trabajadores. Ernest Everhard, el protagonista de la novela, un superhombre socialista, autodidacta, con el físico de un boxeador profesional y buen orador, será ejecutado en 1932 después de una revolución frustrada por un sistema que no podía admitir que nadie lo cuestionara. Un capitalismo sostenido por una Iglesia cuyos ministros aceptaban las condiciones de trabajo de niños de seis o siete años que trabajaban en turnos de doce horas y cuyos beneficios servían para construir catedrales o iglesias donde acudían los propietarios para recibir el beneplácito de su comportamiento. El capítulo 7 de *El Talón de Hierro*, «La visión del obispo», fue tachado de plagio por ser una copia del ensayo sarcástico de Frank Harris «El obispo de Londres y la moralidad pública», publicado en 1901. London adujo que él creía que aquel trabajo que se publicó en un diario de EEUU era en realidad una transcripción fiel de lo que había afirmado el obispo londinense:

> Que cada uno de vosotros, dado que vuestra riqueza os lo permite, acoja en su casa a un ladrón y lo trate como a su hermano; a alguna desgraciada y la trate como a su hermana; de esa forma, San Francisco no tendrá ya más necesidad de mantener un cuerpo de policía ni de magistrados; las cárceles se convertirán en hospitales y los delincuentes desaparecerán junto con los delitos.

El protagonista encarna la voluntad revolucionaria de transformación ante unas condiciones en las que la desigualdad marca todas las relaciones sociales. Por ello es necesario apoderarse de las fábricas, talleres, bancos, tierras y almacenes para convertirlos en propiedad colectiva, lo que provocará que los que viven en la miseria a pesar de haber aumentado la producción por la tecnología industrial puedan disfrutar de los bienes de consumo, mientras que las contradicciones del capitalismo hacen que lo que se produce no pueda ser absorbido por una población hambrienta. Destaca la importancia de que el héroe de su novela tenga una preparación teórica de la evolución sociológica y económica sobre la realidad a transformar antes de que se decida a protagonizar la revolución. Además transmite la concepción de London sobre cómo ha de triunfar el socialismo en oposición a todos aquellos que pensaban que éste vendría por métodos democráticos y no mediante una revolución violenta, tal como él solía propagar en sus conferencias. Calificaba de ingenuos a los líderes socialistas que suponían que el capitalismo podía ser derrotado en las urnas. Si los trabajadores no se unen para dar la batalla, «el talón de hierro» de la oligarquía se impondría irremisiblemente, aunque el Partido Socialista haya conseguido más votos. Y en esto era inflexible; creía firmemente que si los socialistas norteamericanos persistían en utilizar los medios democráticos, fracasarían. Estaba más cerca de los planteamientos insurreccionales del anarquismo que de la socialdemocracia pacífica a

pesar de los 900 000 votos que consiguió Debs en las presidenciales de 1912.

El sistema que impone *El Talón de Hierro* en EEUU es el de una sociedad capitalista oligárquica donde las empresas monopolísticas se han hecho dueñas de todas las decisiones políticas y han establecido una férrea dictadura, con el control de los medios de comunicación y con una propaganda al servicio de la poderosa oligarquía represiva que, de alguna manera, prevé con clarividencia la actuación de los fascismos de los años treinta del siglo XX que se extendieron por Europa. Los intentos revolucionarios de derrocarla llevan durante mucho tiempo al fracaso, como el que inicia el protagonista en Chicago, donde los trabajadores luchan en las calles y en los rascacielos contra el ejército y los mercenarios de la oligarquía, como un trasunto de la Comuna parisina de 1871.

Diversos intelectuales progresistas elogiaron el libro. Joan, la hija de London, le hizo llegar un ejemplar a Trotsky, quien elogió la obra considerándola un análisis profético y certero de hacia dónde transcurrían los acontecimientos en el sistema productivo capitalista y la derrota del proletariado ante el impulso del fascismo. De alguna manera enlaza con la obra de 1935 del escritor estadounidense Sinclair Lewis, que mantuvo una buena relación con London, *It can't happen here*, en la que se describe cómo un populista, al ganar la presidencia de los EEUU, impone una dictadura, cambiando la Constitución con el apoyo de un Congreso que acepta los hechos con pasividad; se impide la libertad de expresión encerrando a los disidentes en campos de concentración y creando un cuerpo de paramilitares para contrarrestar cualquier oposición. Una serie de golpes de Estado se sucederán cambiando la tradicional democracia norteamericana y haciendo realidad lo que parecía imposible que aconteciera en los EEUU, un país que creía que su democracia era indestructible. George Orwell, el autor de 1984, había leído *El Talón de Hierro* y la consideraba una obra premonitoria que, de alguna manera, le había influido para imaginar su utopía negativa, pero aclaraba que «London podía prever el fascismo porque en sí mismo poseía una vena fascista». También el Premio Nobel de Literatura Anatole France consideró, en 1924, que London tenía una gran capacidad para captar el anhelo de los pueblos y predecir su futuro: «Ese peculiar genio que percibe lo que permanece oculto para la mayoría de los mortales». (Kershaw, 2000, p. 204).

Jack London se inspiró para escribir su obra en el ensayo de W. J. Guest, *Our Benevolent Feudalism*, publicado en 1902, donde destaca que el poder de las grandes empresas con la concentración de capitales industrial, comercial y financiero es tal que éstas son las que imponen las decisiones políticas y las condiciones laborales. Actúan como señores feudales, donde cada cual mantiene su preponderancia en un espacio geográfico y al mismo tiempo establecen las normas de gobernabilidad. El poder se identifica cada vez más con las potentes corporaciones donde los trabajadores nada cuentan en la toma de las decisiones y dependen, como los vasallos en el feudalismo, de lo que decidan los que controlan los capitales.

El libro adquirió gran difusión entre los militantes socialistas y anarquistas

europeos, y de alguna manera estimuló la literatura de anticipación que tendría una fuerte dimensión en la cultura política de los obreros españoles. Fue considerada la biblia popular del socialismo. Varios de los teóricos y publicistas anarcosindicalistas españoles escribieron novelas que expresaban la visión del futuro de la sociedad anarquista; así lo hizo Higinio Noja en novelas como *Un puente sobre el abismo* (1932) o *El sendero luminoso y sangriento* (1932). También Federico Urales, en una serie de novelas por entregas, tituladas genéricamente *La novela ideal*, expresaba las ventajas de una sociedad sin propiedad y sin gobierno. Conecta con un tipo de literatura que desde el siglo XIX tiene una amplia tradición que proporcionó obras como la de Edward Bellamy, *Looking Backward*, publicada en 1887, y traducida en España, con amplia difusión, bajo el título *El año 2000* (1932). En ella defiende que existe una conciencia cósmica del alma humana que ha ido desarrollándose a lo largo de la historia, con una lucha entre individualismo y universalismo que terminará en un «alma del universo» que provocará una completa solidaridad, donde todos los medios de producción estarán socializados. Y en una línea parecida puede destacarse a William Morris en *Noticias de ninguna parte* (1890), en la que pronosticaría que una revolución popular derrotaría el orden capitalista existente y se constituirían asambleas locales para organizar la producción y el consumo.

El Talón de Hierro refleja de forma épica el triunfo del progreso que London identifica con el socialismo, que representa el triunfo inevitable de la justicia social, de la ciencia y de la razón, de una lógica que sólo puede acabar en la solidaridad de todos los seres humanos. Y que aunque todavía no haya llegado ese momento, London ya da por amortizado el capitalismo imperante y su novela se convertiría, entonces, en un producto arqueológico. No le resultó fácil su publicación y tuvo conciencia de que el libro iba a perjudicarlo en su trayectoria como escritor, pero aceptó el reto. Se vendieron en un año más 50 000 ejemplares en EEUU y un número parecido en Europa, donde el movimiento obrero tenía una mayor vinculación con las tesis socialistas. El libro perduró hasta la Segunda Guerra Mundial como un texto leído en las casas del pueblo o en los ateneos obreros, más por su visión profética que por su valor literario.

Bibliografía

Child Walcutt, C., *Jack London*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1966.

Harris, M., *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de las culturas*, Madrid, Siglo XXI, 2000.

Johnston, C., *Jack London. An American radical?*, Londres, Greewood Press, 1984.

Kershaw, A., *Jack London. Un soñador americano*, Barcelona, La liebre de

marzo, 2000.

London, J., *La quimera del oro*, Madrid, El País, 2004.

—, *Tiempos de ira. Textos anticapitalistas*, P. Gutiérrez Álvarez (ed.), Barcelona, Los libros de la Frontera, 2009.

Menand, L., *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América*, Barcelona, Destino, 2002.

Raskin, J. (ed.), *The Radical Jack London: Writings on War and Revolution*, Berkeley, University of California Press, 2008.

Tacca, O., *Las voces de la novela*, Madrid, Gredos, 1985.

Prólogo

No se puede considerar el Manuscrito Everhard como un documento histórico importante. Según los historiadores, está plagado de errores —no errores factuales, sino de interpretación—. Al retroceder los siete siglos transcurridos desde que Avis Everhard completara ese manuscrito, los acontecimientos y sus consecuencias, para ella confusos y oscuros, aparecen más claros para nosotros. Avis no dispuso de perspectiva. Estuvo demasiado cerca de los hechos que relató. Mejor dicho, estuvo inmersa en esos sucesos.

No obstante, y como documento personal, el Manuscrito Everhard posee un inestimable valor, aunque nos encontremos, junto con los errores de perspectiva, con la parcialidad del amor. En cualquier caso, sentimos un gran aprecio por su trabajo y disculpamos generosamente a Avis Everhard por el tono épico con que describió a su esposo. Sabemos, hoy día, que no fue tan colosal la figura de su hombre, y que tuvo que afrontar aquellos sucesos con menor grandeza que la que el manuscrito tiende a hacernos creer.

No hay duda de que Ernest Everhard fue un personaje excepcional, aunque no tan grandioso como lo concibió su mujer. Ernest fue, en todo caso, uno más dentro del amplio conjunto de héroes que a lo ancho del mundo han dedicado su vida a la revolución; aunque hemos de concederle un mérito singular: su elaboración e interpretación de la filosofía de la clase trabajadora. «Ciencia proletaria» y «Filosofía proletaria» eran los términos con que se refería en su ideario; con lo que mostraba cierto provincianismo ideológico —un defecto, no obstante, al que nadie en aquellos tiempos podía escapar.

Pero, volvamos al manuscrito. Es especialmente valiosa su capacidad para comunicarnos los *sentimientos* en aquellos tiempos terribles. En ninguna parte encontraremos reflejada en forma tan clara la psicología de los que vivieron en el turbulento periodo comprendido entre 1912 y 1932 —sus errores y su ignorancia, sus dudas, sus temores y sus falsas valoraciones de la realidad, sus delirios éticos, sus pasiones violentas, su egoísmo y su vileza—. Se trata de hechos que a la luz de los tiempos actuales resultan muy difíciles de comprender. La historia nos muestra que estos hechos ocurrieron, y la historia y la biología nos muestran también por qué sucedieron; pero ni la historia, ni la biología ni la psicología pueden revivirlos. Los aceptamos como hechos históricos, pero mantenemos con respecto a ellos cierto distanciamiento emocional.

A pesar de ello, no resulta sencillo evitar cierta comprensión solidaria cuando recorremos el texto del Manuscrito Everhard. Nos adentramos, así, en las mentes de los actores de aquel pretérito drama histórico y por un momento sus procesos mentales son nuestros procesos mentales. No sólo comprendemos el amor de Avis Everhard por su heroico marido, sino que nuestra empatía nos lleva a compartir sus sentimientos en aquellos primeros días de la terrible opresión de la oligarquía.

Podemos imaginar cómo el Talón de Hierro (un nombre muy adecuado) descendía de las alturas para aplastar a la humanidad.

De paso, comprobamos que esa expresión, ya histórica, se creó en la mente de Ernest Everhard, y que se trata de una de las propuestas que el documento recién hallado explica con mayor claridad. Anteriormente, se encontró la frase en el escrito «Ye Slaves», publicado por George Milford en 1912. George Milford fue un oscuro revolucionario del que poco sabemos, excepto la escasa información que aparece en el manuscrito; apenas se menciona en él que fue fusilado en la Comuna de Chicago. Parece probable que Milford hubiera oído la expresión en labios de Everhard en alguno de sus discursos, quizá en sus campañas para el Congreso en el otoño de 1912. A través del manuscrito sabemos que Everhard utilizó la expresión en una comida privada en la primavera de 1912. Parece claro, pues, que fue entonces cuando se utilizó esa frase para definir la oligarquía.

El porqué del rápido e irresistible auge de la oligarquía permanecerá siempre como un misterio para los historiadores y para los filósofos. En general, resulta sencillo dentro de la evolución social encontrar los pasos sucesivos que han hecho inevitable la aparición de los grandes sucesos históricos. Ha sido posible predecir su advenimiento con la misma certeza con que los astrónomos calculan los movimientos astrales. Sin la ocurrencia de sucesos históricos tan importantes, no habría sido posible ninguna evolución social. El comunismo primitivo, el tráfico de esclavos, la servidumbre de la gleba y los salarios de miseria fueron miliarios a lo largo del camino de la evolución de la sociedad. Pero resultaría ridículo asegurar que el Talón de Hierro fuera un hito necesario en ese discurrir de la humanidad. Incluso hoy se consideran como etapas retrogradas esas tiranías sociales que convertían al mundo en un infierno, pero que fueron tan necesarias como innecesario fue el Talón de Hierro.

El feudalismo fue un periodo histórico tan oscuro como inevitable; ¿pero qué otra cosa podría haber devenido tras el desmoronamiento de aquella gran máquina de gobierno que fue el Imperio romano? No es el caso del Talón de Hierro; no hay dentro del proceso de la evolución social nada que lo justifique. No fue necesario y tampoco inevitable. Permanecerá siempre como un gran enigma de la historia —una extravagancia, un espectro, un hecho inesperado e inimaginable; algo que debiera servir como advertencia a esos políticos irreflexivos actuales que teorizan tan convencidos sobre los procesos sociales.

Los sociólogos consideraron en su día el capitalismo como la culminación del gobierno de la burguesía, como el fruto maduro de la revolución burguesa. También nosotros coincidimos, hoy día, con ese juicio. Pero tras la etapa capitalista, incluso grandes intelectuales, como Herbert Spencer, preconizaban, muy a su pesar, el advenimiento del socialismo. Se sostenía, así, que tras el desmoronamiento del capitalismo depredador aparecería la primavera de los tiempos, la Hermandad del Hombre. En lugar de esto, devino algo horrible. Un periodo de la humanidad que recordamos espantados, intentando comprender cómo afectó a los que lo vivieron. El

hecho ominoso fue que del capitalismo, un fruto maduro ya en descomposición, brotó una rama monstruosa, la oligarquía.

Fue demasiado tarde cuando el movimiento socialista de comienzos del siglo XX descubrió el advenimiento de esa hidra. Cuando quisieron darse cuenta, la oligarquía ya estaba allí: como una realidad espantosa y cruel. Ni siquiera entonces, como bien muestra el Manuscrito Everhard, se pensó que el Talón de Hierro fuera a ser algo duradero. En opinión de los revolucionarios, su caída era cosa de muy pocos años. Cierto es que habían comprendido que faltó planificación en la Revuelta Campesina y que la Primera Sublevación fue prematura; pero estuvieron muy lejos de imaginar que la Segunda Sublevación, planificada y madurada, estuviera abocada al fracaso, y con mayores y más terribles consecuencias.

Parece evidente que Avis Everhard completó el manuscrito durante los últimos días previos a la Segunda Sublevación; de ahí que no se mencionen los resultados desastrosos de la revuelta. Es comprensible que ella planeara llevar el manuscrito a la imprenta tan pronto como el Talón de Hierro fuera derrocado; con el propósito, sin duda, de que su marido, tan recientemente desaparecido, recibiera los honores merecidos por sus arriesgadas acciones. Tras el terrible desastre de la Segunda Sublevación, sintiendo quizá su vida en peligro por el acoso de los mercenarios, la mujer escondió el manuscrito en el tronco hueco de un roble en Wake Robin Lodge.

No hubo más noticias de Avis Everhard. Presumiblemente fue ejecutada por los mercenarios; y, como bien sabemos, el Talón de Hierro no registraba esas ejecuciones sumarias. Poco pudo imaginar Avis, incluso entonces, cuando escondió el manuscrito y trató de huir, lo terrible que resultó el aplastamiento de la Segunda Sublevación. Ni de lejos pudo imaginar los sucesos que a lo largo de los tres siglos siguientes condujeron a una Tercera Sublevación, a una cuarta y a muchas más todavía. Todas ellas resultaron ahogadas en mares de sangre hasta que triunfara el movimiento universal de los trabajadores. Tampoco pudo la mujer soñar en que durante siete siglos, su tributo de amor a Ernest Everhard, el manuscrito, reposara tranquilo en el corazón de un viejo roble en Wake Robin Lodge.

Anthony Meredith.
Ardis,
27 de noviembre de 2600 a.D.
(419 de la era de la Hermandad del Hombre).

Capítulo 1

Mi Águila

Una brisa suave de verano acaricia las secuoyas y mueve plácidamente el agua de Wild-Water que cubre el musgo de las piedras. Brillan las alas de las mariposas bajo la luz del sol y suena por doquier el zumbido monótono de las abejas. Sola, en medio de ese escenario tranquilo y amable, reflexiono, no sin cierta inquietud. Quizá sea esa paz, tan ajena a lo que se fragua ahora mismo en el mundo real, la que me inquieta. Todo parece tranquilo, pero es sólo la calma que precede a la tempestad. Aguzó el oído en espera temerosa del brusco estallido de la tormenta. ¡Que no llegue tan pronto! ¡Que se demore[1]!

No es de extrañar mi inquietud. Pienso; no puedo dejar de pensar. He estado tan sumergida en el fragor de la lucha que ahora me siento agobiada ante este sosiego. Me resulta imposible apartar del pensamiento el torbellino de muerte y destrucción que se avecina. Siento aún en mis oídos los gritos de los afligidos, y puedo ver, de la misma forma en que lo viera en el pasado[2], las heridas y mutilaciones inferidas a esos cuerpos dulces y serenos, y las almas arrancadas violentamente de esos cuerpos y arrojadas contra Dios. ¿Es así como nosotros, pobres mortales, alcanzamos nuestros fines?, ¿recurriendo a la masacre y a la destrucción para conseguir la felicidad de una paz duradera en la Tierra?

En esta soledad, cuando evito imaginar lo que de forma inminente va a sobrevenir, pienso en lo que no volverá a existir: en mi Águila; que batía incansable sus alas en el espacio etéreo, alzándose hacia lo que siempre consideró su sol, el ideal luminoso de la libertad humana. No puedo permanecer aquí sentada, esperando tranquilamente el gran suceso, su obra póstuma, la que él no podrá ya contemplar; la epopeya a la que dedicó todo su quehacer y por la que acabó entregando su vida[3].

Es por eso por lo que debo aprovechar esta espera angustiosa para escribir sobre mi esposo. Soy la única persona en el mundo que puede proyectar la suficiente luz sobre su personalidad, la que puede evitar que se difumine en las sombras un carácter tan noble. Era tal la grandeza de su alma que, cuando consigo mitigar el recuerdo de mi amor, el principal lamento es que no pueda estar aquí mañana para presenciar la nueva aurora. ¡No podemos fracasar! Su tenacidad y su meditado esfuerzo merecen el éxito. ¡Acabemos con el Talón de Hierro!, que se hunda y se libere la humanidad postrada, ¡que se levante al unísono la masa trabajadora del mundo entero! Nunca ha habido nada parecido en la historia de la humanidad. La solidaridad obrera está asegurada y habrá, por primera vez, una revolución internacional a lo largo y ancho del mundo[4].

Pensar en lo que se avecina desborda mi espíritu. Ha estado en mi mente día y noche de forma tan intensa que no abandona en ningún momento mi pensamiento: no

puedo pensar en mi marido sin pensar en ello. Si él fue el alma de la acción, ¿cómo podría yo separar ambas cosas en mi mente?

Como ya he dicho, sólo yo puedo aportar la luz necesaria para desvelar plenamente su personalidad. Son harto conocidos sus tremendos esfuerzos y sus padecimientos en pro de la libertad; pero nadie como yo, que durante veinte años he compartido cada día con él, puede dar idea de su esfuerzo, de su paciencia, de su infinita devoción por esa causa, una devoción que hace sólo dos meses lo llevó a entregar su vida.

Trataré de explicar de forma sencilla cómo Ernest Everhard llegó hasta mí, cómo nos encontramos por primera vez, su influjo para que llegara a convertirme en una parte de él, y los cambios prodigiosos que operó en mi vida. De esta forma, a través de mis palabras, será posible verlo como yo lo vi y comprenderlo como yo llegué a hacerlo. Sólo omitiré algunos secretos demasiado íntimos para revelarlos aquí.

Lo conocí en febrero de 1912, cuando mi padre lo invitó[5] a una cena en Berkeley. No puedo decir que mi primera impresión fuera muy favorable. Era uno más entre los muchos invitados, y mientras esperábamos en la sala de recepción a que llegaran los demás, mostraba una apariencia un tanto extravagante. Era la «noche de los predicadores», tal como la llamaba familiarmente mi padre, y Ernest no pintaba nada en medio de esos clérigos.

En primer lugar, sus ropas no le sentaban nada bien. Vestía un traje oscuro de confección que se ajustaba a su cuerpo con cierta dificultad. En realidad, no le hubiera sentado bien ningún traje que no le hubieran hecho a su medida. Y esa noche pude ver por primera vez cómo resaltaban sus músculos debajo del abrigo. Tenía un cuello ancho y firme, como el de un campeón de boxeo[6]. «Bueno», pensé, «así que éste es el filósofo social, ex herrador de caballos, que mi padre ha descubierto. Realmente, por su aspecto, no puede negar su antigua profesión». Me pareció un prodigioso Blind Tom[7] de la clase obrera.

Y fue entonces cuando estrechó mi mano. Fue un apretón firme y resuelto mientras sus ojos oscuros me miraban con aire audaz, demasiado atrevido, pensé. Yo entonces vivía encerrada en un entorno arraigadamente clasista y conservador. Si esa audacia se la hubiera permitido un hombre de mi clase social, hubiera sido una acción imperdonable. Reconozco que no pude evitar apartar mi mirada de él, y me sentí muy aliviada cuando me alejé para saludar al obispo Morehouse, por quien sentía gran aprecio; un hombre amable y serio de mediana edad, un erudito que en su apariencia y bondad me recordaba a Cristo.

Pero este atrevimiento, que entonces me pareció presuntuoso y atrevido, era en realidad una característica vital de la personalidad de Ernest Everhard. Era sencillo, directo, no temía a nadie ni a nada, y evitaba perder el tiempo en los convencionalismos sociales. «Tú me gustabas —me comentó muy posteriormente—; y por qué no iba a alegrar mis ojos con una visión tan agradable». Ya he comentado que él no sentía temor por nada. Era un aristócrata nato a pesar de moverse en un

terreno tan contrario al de ese estamento. Era un superhombre, era la espléndida bestia rubia descrita por Nietzsche[8], y era además, un ardiente demócrata.

Dedicada a atender al resto de los invitados, y quizá por la desfavorable impresión que me había causado, me olvidé del filósofo de la clase obrera, aunque a lo largo de la cena reparé una o dos veces en él, especialmente en el brillo de sus ojos cuando prestaba atención a los comentarios de alguno de los clérigos. «Parece un hombre divertido», pensé, y comencé a perdonar el desaliño de su vestimenta. La noche avanzaba, la cena llegaba a su fin y él no decía ni una palabra, mientras que los ministros hablaban continuamente sobre la Iglesia y sus relaciones con la clase obrera, magnificando lo que ésta había hecho y seguía haciendo por los trabajadores. Noté que mi padre parecía molesto por el mutismo de Ernest. Aprovechando una pausa en la charla, mi padre lo invitó a que hiciera algún comentario, pero Ernest se encogió de hombros y respondió lacónico «No tengo nada que decir», mientras seguía masticando almendras tostadas.

Mi padre no cedió, y esperó una pausa para comentar:

—Tenemos aquí entre nosotros a un miembro de la clase trabajadora. Estoy seguro de que podría enfocar estas cuestiones bajo un punto de vista diferente, quizá de una forma más novedosa. Señores, tengo el placer de presentarles al señor Everhard.

Todos parecieron mostrar un amable interés, y pidieron a Ernest que expusiera sus puntos de vista. La atención de los invitados, exageradamente cortés y tolerante, le debió de parecer simple condescendencia. Lo miré y creí descubrir que no lo estaba pasando mal, incluso que se estaba divirtiendo. Lanzó una mirada lenta sobre los invitados y pude adivinar una sonrisa chispeando en sus ojos.

—No estoy muy versado en los protocolos de las controversias eclesiásticas —comenzó, aparentando cierto embarazo e indecisión.

—Continúe —lo alentaron todos. El doctor Hammerfield añadió—: No nos importa que sus opiniones sean acertadas o no. Lo importante es que sean sinceras.

—Entonces, ¿para ustedes sinceridad y verdad son categorías diferentes? —replicó Ernest con una risa breve.

El doctor Hammerfield pareció algo desconcertado con la réplica, pero continuó enseguida:

—Todos podemos equivocarnos, joven, incluso los más preparados.

La actitud de Ernest cambió bruscamente, pareció transformado en otro hombre.

—De acuerdo —prosiguió—; para empezar, permítanme decirles que están todos ustedes equivocados. Ustedes no saben nada, nada de nada sobre la clase trabajadora. Su sociología es tan falsa e inútil como la metodología de sus razonamientos.

Más impactante que sus palabras fue el tono con que las expresó. Yo me estremecí ante el sonido de su voz. Era tan decidida como su mirada. Fue una llamada clara y potente que sacudió mi ser. Todos se irguieron en sus asientos, y cesó como por ensalmo la monotonía y somnolencia imperante hasta ese momento.

—¿Cuáles son, para usted, joven, esos errores profundos que invalidan nuestros razonamientos? —replicó el doctor Hammerfield con manifiesta irritación en el tono y en sus gestos.

—Ustedes son metafísicos, y no podrán llegar a ninguna parte a través de la metafísica, porque cualquier aseveración metafísica puede ser negada, sin más, por otra consideración metafísica. Son ustedes unos anarquistas del pensamiento. Tienen todos ustedes una concepción idealizada del mundo. Viven en un cosmos que han creado a medida de sus fantasías y de sus deseos. No saben en qué mundo viven. Su pensamiento está muy lejos de la realidad, consiste únicamente en quimeras y razonamientos aberrantes.

»¿Saben lo que me recordaban cuando les oía hablar y hablar? Me recordaban al mundo escolástico medieval, cuando los monjes debatían fervorosamente la importante cuestión de cuántos ángeles podían danzar sobre la punta de un alfiler. Porque, queridos señores, están ustedes tan lejos de la vida intelectual del siglo XX como los primitivos chamanes indios que hace diez mil años realizaban curaciones mágicas.

A medida que hablaba, Ernest se mostraba más y más apasionado, brillaba su rostro, chispeaban sus ojos y su mentón se proyectaba hacia delante mostrando su firmeza. Era su forma de ser, esa actitud con la que conseguía siempre desarmar a sus interlocutores. Sus palabras solían caer como mazazos sobre ellos, haciéndoles olvidar las formas más corteses de sus discursos. Y es lo que sucedió aquella vez. El obispo Morehouse se irguió, prestando toda su atención a Ernest, mientras la cara del doctor Hammerfield enrojecía manifestando su ira y exasperación. Todos mostraban sensaciones de desconcierto, aunque algunos sonrieran con aires de suficiencia condescendiente. Yo me encontraba muy a gusto, aunque miraba de soslayo a mi padre con la aprensión de que en algún momento fuera a mostrar su entusiasmo ante los efectos de la bomba humana que había arrojado sobre todos nosotros.

—Sus palabras suenan algo vagas —interrumpió el doctor Hammerfield—. ¿Qué quiere usted decir cuando nos llama metafísicos?

—Les llamo metafísicos porque razonan de forma metafísica —continuó Ernest —. Sus razonamientos son lo más opuesto a los del método científico. No llevan a ninguna conclusión válida. Pueden afirmar algo y su contrario. Es imposible que lleguen ustedes a una postura común sobre cualquier punto. Cada uno de ustedes se inventa una concepción del mundo con lo que en ese momento tiene en la cabeza. Intentar esa construcción sin buscar los elementos fuera de ustedes es como si trataran de elevarse tirando de las lengüetas de sus botas.

—No le comprendo —dijo el obispo Morehouse—. Yo creo que todo lo que se forja en la mente es metafísico. La ciencia más exacta y formal, la matemática, es puramente metafísica. Supongo que estará usted de acuerdo conmigo en que todos y cada uno de los procesos mentales que llevan a cabo los científicos son metafísicos.

—Efectivamente no ha comprendido usted nada —replicó Ernest—. Los

metafísicos razonan por deducción, a partir de su propia subjetividad, mientras que los científicos utilizan el método inductivo contando con los hechos comprobados por la experiencia. Los metafísicos parten de la teoría hacia los hechos, mientras que el razonamiento científico nace de los hechos para establecer sus teorías. Los metafísicos conciben el universo a partir de sus propios juicios, los científicos establecen sus juicios a partir del universo.

—Gracias a Dios, no somos científicos —ironizó el doctor Hammerfield, comprensivo.

—¿Qué son entonces ustedes? —preguntó Ernest.

—Filósofos.

—Acabáramos —rió Ernest—. Han abandonado la tierra sólida y real y se han elevado en el aire utilizando las palabras como una máquina voladora. Vuelvan por favor a la Tierra y díganme exactamente qué entienden ustedes por filosofía.

—La filosofía es… (el doctor Hammerfield hizo una pausa para aclarar su garganta) algo difícil de definir de forma comprensiva excepto para los espíritus y naturalezas filosóficas. El científico que no saca sus narices de las probetas no puede llegar a entender la filosofía.

Ernest ignoró la puya y respondió a su adversario como solía hacerlo en estos casos, con una sonrisa amable y un tono de voz amistoso.

—Siendo así, creo que comprenderá usted perfectamente la definición que voy a hacer de la filosofía. Pero antes, le ruego que señale directamente los errores que encuentre en mi definición o que guarde si no un silencio metafísico. La filosofía es simplemente la más vasta de todas las ciencias. Su método de raciocinio es el mismo de cualquier ciencia específica y el de todas ellas. Y es a través de ese método racional, el método inductivo, por el que la filosofía aglutina todas las demás ciencias en una gran ciencia. Como dice Spencer, los datos que reúne cualquier ciencia representan sólo conocimiento parcial. La filosofía, por el contrario, es capaz de unificar todos los conocimientos que proporcionan las ciencias particulares. La filosofía es la ciencia de las ciencias, la ciencia por antonomasia, si así lo prefiere. ¿Qué piensa usted de mi definición?

—Verosímil y aceptable —murmuró el doctor Hammerfield, aunque no parecía demasiado convencido.

Pero Ernest prosiguió implacable.

—Atención —advirtió—. Mi definición es letal para la metafísica. Si no es usted capaz de descubrir ahora los fallos de mi razonamiento, quedará desautorizado para proseguir con sus argumentos metafísicos; lo que lo obligará a seguir buscando esos fallos a lo largo de su vida, guardando un silencio metafísico hasta que los encuentre.

Ernest permaneció expectante, mientras un pesado silencio cubría la sala. El doctor Hammerfield parecía desconcertado y un tanto abatido. Sin duda, lo había descolocado el ataque fulgurante de Ernest. No estaba acostumbrado a ese método de discusión tan simple y directo. Miró hacia el resto de los invitados en petición de

ayuda, pero nadie dijo nada. Me pareció que mi padre trataba de usar la servilleta para ocultar su risa.

—Hay otra forma para descalificar a los metafísicos —prosiguió Ernest tras percibir el mutismo desconcertado del doctor—. Júzguenlos por sus obras. ¿Qué han hecho ellos por la humanidad aparte de airear sus fantasías y convertir sus propias sombras en dioses? Reconozco que pueden quizás haber alegrado algunas almas, pero ¿qué bienes tangibles han proporcionado a la humanidad? Han filosofado, si me permiten el uso indebido del término, sobre el corazón como centro de todas las emociones, mientras que los científicos, por su parte, describían la circulación de la sangre en el cuerpo humano. Los metafísicos predicaban que las pestes y las hambrunas eran designios de Dios, mientras que los científicos construían silos y trazaban el alcantarillado en las ciudades. Mientras aquéllos fabricaban dioses a la medida de sus deseos, los científicos construían carreteras y puentes. Los metafísicos describían la Tierra como el centro del universo mientras los científicos descubrían América y, estudiando el movimiento de las estrellas, establecían las leyes que rigen el universo. Conclusión: los metafísicos no han hecho absolutamente nada por la humanidad. Paso a paso han tenido que retroceder en su ideario ante los avances de la ciencia. A medida que la ciencia muestra con hechos comprobables la falsedad de sus creencias subjetivas, los metafísicos proponen nuevas explicaciones sobre todos esos hechos ya comprobados. Y me temo que seguirán haciéndolo así por los siglos de los siglos. Señores, un metafísico es un curandero. Entre ustedes y los esquimales que inventaban dioses cubiertos de pieles y que engullían grasa de ballena media, lo quieran o no, la diferencia es de unos cuantos miles de años de certezas científicas.

—Sin embargo, el pensamiento de Aristóteles ha reinado en Europa a lo largo de doce siglos —replicó pomposo el doctor Ballingford—; y Aristóteles era un metafísico.

El doctor Ballingford recorrió la mesa con su mirada para recoger los gestos de asentimiento de sus colegas.

—Me parece poco afortunada su referencia a ese periodo tan primitivo de la historia de la humanidad —replicó Ernest—, un tiempo que denominamos oscurantista. Un tiempo en el que la ciencia era una cautiva de los metafísicos, en el que la física y la química buscaban la piedra filosofal, y la astronomía se confundía con la astrología. ¡Hasta ahí llegaba el pensamiento de Aristóteles!

El doctor Ballingford, que parecía un tanto azorado, se animó a responder a Ernest:

—A pesar del sombrío panorama que nos ha dibujado, la metafísica fue capaz de sacar a la humanidad de ese periodo oscurantista y conducirla a estos tiempos más brillantes.

—La metafísica no tuvo nada que ver con eso —replicó Ernest.

—¡Cómo que no! —saltó airado el doctor Hammerfield—. ¿Acaso no fue el pensamiento especulativo el que nos llevó a descubrir nuevos mundos?

—Estimado doctor —sonrió Ernest—, lo consideraba ya fuera de la controversia por no haber sido capaz de encontrar ninguna fisura en mi razonamiento, su postura me resulta bastante insustancial; pero ustedes, los metafísicos, son así y por ello lo disculpo. No, repito, la metafísica no tuvo nada que ver con todo eso; fueron el pan y la mantequilla, las sedas y las joyas, el dinero e, incidentalmente, el bloqueo de las rutas terrestres hacia la India los que llevaron al descubrimiento de otros mundos. La caída de Constantinopla, en 1453, causó que los turcos impidieran el paso de las caravanas hacia el Oriente, y obligó a los comerciantes europeos a buscar nuevas rutas. Ésa fue la causa principal de los viajes del descubrimiento que condujo a Cristóbal Colón a buscar una nueva ruta a la India. Cualquier manual de historia confirma estas teorías. Esos descubrimientos sirvieron, además, para determinar con mayor precisión la naturaleza, la forma y el tamaño de la Tierra, corroborando todo lo intuido en el sistema ptolomeico.

El doctor Hammerfield gruñó desdeñoso.

—Veo que no está de acuerdo conmigo —prosiguió Ernest—, pero dígame en qué estoy equivocado.

—Simplemente, estoy absolutamente seguro de mi postura —respondió cortante el doctor—, pero se trata de un tema demasiado extenso para exponerlo ahora aquí.

—Ningún asunto puede resultar demasiado extenso para un hombre de ciencia —replicó Ernest en tono conciliador—. Así es como la ciencia consigue sus logros. Así es como se descubrió América.

No es mi intención describir todo lo que se habló durante la velada, aunque recuerdo con gran placer cada detalle, todo lo hablado en aquel primer encuentro con Ernest Everhard.

Los ánimos se enardecieron según avanzaba la disputa y los rostros de los clérigos mostraron su excitación, sobre todo cuando Ernest los tachó de filósofos románticos, de manipuladores de sombras, o de cosas por el estilo. Y siempre los remitía a los hechos. «¡Hechos, señores, exijo hechos irrefutables!», —clamaba cada vez que conseguía desarbolar a cualquiera de ellos. Los desafiaba con los hechos, con ellos tendía sus emboscadas y atacaba sus flancos.

—Es usted un adorador de los hechos —respondió burlón el doctor Hammerfield.

—No hay más Dios que los «hechos», y el señor Everhard es su profeta —parafraseó el doctor Ballingford.

Ernest asintió sonriente.

—Soy como los tejanos. —Y ante la perplejidad que causó esta afirmación, añadió—: Sí, los de Misuri dicen siempre: «Me lo tienes que mostrar», mientras que el tejano dice categórico: «Me lo tienes que poner en la mano», confirmando, así, que él no es un metafísico.

En un momento en el que Ernest dijo que los filósofos metafísicos eran incapaces de resistir la prueba de la verdad, el doctor Hammerfield le inquirió bruscamente:

—¿En qué consiste para usted la prueba de la verdad, jovencito? ¿Sería usted tan

amable de explicarnos eso que tanto ha revoloteado en cabezas más sabias que la suya?

—Por supuesto —respondió Ernest, consiguiendo irritarlos aún más con su aplomo—. Los sabios han dado tantas vueltas inútiles alrededor de la verdad, porque la buscaban en el aire; no la buscaban en tierra firme, que es donde sin duda la hubieran encontrado. ¡Ay! Si la hubieran buscado en cada uno de sus pensamientos y de sus actos cotidianos.

—La prueba, la prueba —requirió, impaciente, el doctor Hammerfield—. Déjese de preámbulos, y muéstrenos lo que durante tiempo hemos buscado: la prueba de la verdad. Díganos en qué consiste, y nos convertiremos en dioses.

Las palabras, poco amables, y el tono burlón del doctor parecieron agradar secretamente a la mayoría del auditorio, con la excepción del obispo Morehouse, cuyo rostro mostraba cierto disgusto.

—El doctor Jordan[9] lo expresó claramente —continuó Ernest—. Su prueba de la verdad es: ¿funcionará? ¿Confiaría usted su vida a ella?

—¡Pse! —respondió desdeñoso el doctor Hammerfield—. Usted no ha considerado en ningún momento la vigencia de las teorías del obispo Berkeley[10].

—El más noble de todos los metafísicos —rió Ernest—. Pero su ejemplo no es muy afortunado. Como el propio Berkeley ha reconocido, su metafísica no es válida.

El doctor Hammerfield estaba furioso, completamente colérico, y miraba a Ernest como si lo hubiera atrapado infraganti en un embuste o en una pequeña fechoría.

—¡Joven! —tronó su voz—. Esa declaración está en consonancia con todo lo que ha proferido esta noche. Es una afirmación absolutamente innoble e injustificada.

—Me siento totalmente derrumbado —murmuró suavemente Ernest—. El problema es que desconozco lo que me ha hundido. Tendrá usted que exponerlo ante mis ojos, doctor.

—Lo haré, lo haré —farfulló el doctor Hammerfield—. ¿De dónde ha sacado usted que el obispo Berkeley haya negado sus teorías metafísicas? No tiene usted, jovencito, ninguna prueba de ello. Por el contrario conservan todo su crédito y vigencia.

—Considero como prueba que las teorías de Berkeley no son válidas porque —Ernest hizo una breve pausa—, porque Berkeley convirtió en práctica habitual atravesar las puertas en lugar de las paredes. Porque confió su supervivencia al tangible pan y a la mantequilla, y también al asado de buey. Porque él se afeitaba con una navaja que funcionaba y eliminaba los pelos de su barba.

—¡Pero eso son hechos reales! —gritó el doctor Hammerfield—. La metafísica corresponde a la mente.

—¿Y no funcionan… en la mente? —preguntó Ernest en tono amable.

Los otros asintieron con la cabeza.

—Incluso una multitud de ángeles podrían danzar en la punta de un alfiler… en la mente —continuó Ernest—. Y cualquier dios cubierto con pieles y devorador de

grasa de ballena puede existir, realizarse… en la mente; y no tenemos ninguna prueba en contra… en la mente. ¿He de suponer, doctor, que su vida también transcurre en la mente?

—Mi mente es mi reino —fue la respuesta del clérigo.

—Ésa es otra forma de decir que vive usted en el aire, pero estoy seguro de que regresa a la tierra a la hora de comer, o cuando hay un terremoto. O ¿dígame, doctor, no le asusta que si hubiera un terremoto, su cuerpo inmaterial pudiera sufrir el impacto de un ladrillo virtual?

Rápida e instintivamente, el doctor llevó su mano a la cabeza para cubrir una cicatriz tapada por su cabello. Pareció que el ejemplo de Ernest incidía en algún percance del pasado del doctor. En efecto, el doctor Hammerfield estuvo a punto de morir cuando, durante el Gran Terremoto[11], se derrumbó sobre él una chimenea. El comentario hizo que estallara la carcajada entre todos los asistentes.

—¿Y bien? —preguntó Ernest cuando acabaron las risas— ¿Pruebas en contra? —Nuevamente, el silencio fue la respuesta—. Es un argumento interesante el suyo, doctor, pero no sirve a nuestro caso.

El doctor Hammerfield pareció momentáneamente abatido, pero el campo de batalla se amplió en otras direcciones. Punto por punto, Ernest fue desafiando a todos los ministros. Cuando afirmaban conocer a la clase trabajadora, les respondía con aspectos de esa clase de los que no tenían ni idea, y los animaba a rebatirle. Les ofrecía hechos, siempre hechos. Criticaba sus excursiones etéreas y los obligaba a volver a poner sus pies en la tierra.

¡Cómo recuerdo aquella velada! Aún suena en mis oídos el tono belicoso de su voz, abrumándolos con su exposición de lo real. Cada vez que exponía un hecho, era como una vara de mimbre que los golpeaba sin piedad una y otra vez. No aceptó ningún cuartel[12] en su disputa, ni tampoco lo ofreció. Nunca olvidaré la apabullante oratoria con que acabó su exposición.

—Ustedes han confesado repetidamente esta noche, bien expresamente o con su silencio, que no tienen ni idea sobre la clase trabajadora, pero no les voy a reprochar su ignorancia. ¿Cómo podrían saber ustedes algo sobre esa clase social? Ustedes viven en mundos muy alejados de ella. Se agrupan en los lugares donde reside la clase capitalista. ¿Por qué no? Al fin y al cabo es esa clase la que les paga, la que los mantiene, la que coloca sobre sus espaldas los costosos trajes que visten esta noche. Y como pago a esas prebendas, ustedes predican a sus benefactores las virtudes metafísicas que más agradan a sus oídos, sobre todo aquellas que no amenazan el orden social establecido.

Ante esas palabras, se percibió un rumor de desacuerdo en la mesa.

—Señores, no estoy poniendo en duda su sinceridad —continuó Ernest—, creo que son ustedes sinceros. Ustedes predican aquello en lo que creen. Ahí radica su valía y su refuerzo… para la clase capitalista. Pero si llegaran ustedes a cambiar sus creencias por otras que amenazaran el orden establecido, su discurso resultaría

inaceptable para sus sustentadores, y los despedirían[13].

Pareció que esta vez no había disenso. Todos aceptaron sus palabras en silencio excepto el doctor Hammerfield, que respondió:

—Sólo cuando su pensamiento es equivocado se les obliga a dimitir.

—Lo cual es otra forma de decir que cuando deciden pensar, su actitud resulta inaceptable —respondió Ernest—, así pues, continúen predicando y ganen su sustento pero, por el amor de Dios, dejen tranquila a la clase trabajadora. Conserven la suavidad de sus manos, porque son otras manos las que trabajan para ustedes. Sigan alimentando sus orondos estómagos (en ese momento, el doctor Ballingford hizo una mueca de disgusto, a la vez que los ojos de los demás se posaban en su voluminosa barriga. Se decía que hacía muchos años que no conseguía verse los pies), dado que su pensamiento consiste simplemente en un conjunto de doctrinas tendentes a mantener el orden establecido, son solamente unos mercenarios (mercenarios muy sinceros, sin duda) como los de la Guardia Suiza[14]. Manténganse leales a quienes los sustentan, defiendan en sus prédicas los intereses de sus patrocinadores, pero no intenten actuar de falsos defensores de la clase trabajadora. No podrían trabajar de forma sincera en los dos campos. La clase trabajadora no los necesita; puede llevar adelante su lucha mejor sola que con su ayuda.

Capítulo 2

Los desafíos

Tan pronto como salieron los invitados, mi padre se derrumbó en un sillón y estalló en carcajadas. No lo había visto reír de esa forma desde antes de que muriera mi madre.

—Apostaría a que el doctor Hammerfield no se había enfrentado a nada semejante en toda su vida —dijo sin dejar de reír—, a nada que no fueran las plácidas controversias eclesiásticas. ¿Te diste cuenta de cómo Everhard comenzó a hablar como un corderito para acabar rugiendo como un león? Su talento y la disciplina de su discurso hubieran hecho de él un magnífico científico si hubiera aplicado sus energías en ese campo.

No es preciso decir el enorme interés que empecé a sentir por Everhard. No se trataba solamente de lo que dijo y de cómo lo dijo, sino de él mismo. Nunca me había tropezado con un hombre como él. Quizá por ello, y a pesar de haber cumplido ya veinticuatro años, seguía soltera. Me gustaba; no tuve más remedio que confesármelo. Mi atracción hacia él no residía sólo en su inteligencia o forma de argumentar; también me atraían sus músculos prominentes y su cuello de boxeador, pero por encima de todo me agradaba su ingenuidad juvenil. Sentí que bajo la capa del aventurero romántico se escondía un espíritu sensible, aunque el criterio que regía mis juicios era simplemente la intuición femenina.

Hubo algo en aquel toque de clarín que llegó profundo a mi corazón. Todavía resuena en mis oídos, y mi mayor deseo sería volver a oírlo, al igual que desearía ver otra vez la chispa irónica en sus ojos, que desmentía la seriedad y la impasibilidad de su rostro. Eran muchos más los sentimientos que bullían dentro de mí. Creo que sentí algún tipo de enamoramiento, aunque estoy segura de que si no lo hubiera vuelto a ver, me habría olvidado fácilmente de él.

Pero el destino había marcado que volviera a encontrarlo. La nueva afición de mi padre por la sociología y las invitaciones a las veladas nocturnas en nuestra casa facilitaron nuevos encuentros. Papá no era un sociólogo. En su matrimonio con mi madre habían sido muy felices, y también se había mostrado muy satisfecho en las investigaciones dentro de su ciencia vocacional: la física; pero cuando mi madre murió, ese trabajo no pudo llenar su hueco. Tras quedarse viudo, comenzaron sus escarceos en la filosofía, interesándose cada vez más por ella, así como por la economía y la sociología. Tenía un profundo sentido de la justicia y pronto sintió un gran deseo de remediar las injusticias. Me agradaba la forma en que estaba cambiando su vida, aunque no podía imaginar entonces hasta dónde iría a parar todo aquello. Con el entusiasmo de un muchacho, se sumergió en los nuevos estudios sin preocuparse de adónde le conducirían.

Acostumbrado a trabajar en su laboratorio, convirtió ahora el comedor en un laboratorio sociológico. A esta nueva sala de ensayos acudieron a cenar hombres de todo nivel y condición: científicos, políticos, banqueros, comerciantes, profesores, líderes sindicales, socialistas y anarquistas. Mi padre los animaba a exponer sus puntos de vista y analizaba sus opiniones sobre la vida y la sociedad.

Mi padre había conocido a Ernest poco antes de la «noche de los predicadores». Aquella noche, cuando se marcharon los invitados, me explicó cómo fue su encuentro. Ocurrió una tarde en que mi padre volvía a casa caminando y se paró a escuchar a un hombre que, encima de un cajón, se dirigía a un grupo numeroso de trabajadores. El hombre del cajón era Ernest, y no es que fuera un simple charlatán callejero, puesto que no sólo participaba ya en los congresos del Partido Socialista sino que era uno de sus líderes, un reconocido líder en la filosofía socialista. Tenía gran facilidad para exponer los temas más complejos en un lenguaje sencillo, era un educador nato, y no le importaba en absoluto subirse a un cajón para dar lecciones de economía política a los trabajadores.

Mi padre se paró a escucharlo, se fue interesando por su discurso y finalmente concertaron una cita. Tras el nuevo encuentro, mi padre, sabiendo ya algo más sobre él, lo invitó a la cena de los clérigos. Fue, pues, después de esa cena cuando mi padre me comentó lo poco que sabía sobre Ernest; solamente que había nacido en el seno de una familia de clase obrera, los Everhard, establecida en América desde hacía más de dos siglos[15].

A los diez años fue a trabajar a una fábrica, y posteriormente aprendió el oficio de herrador. Era autodidacta, había aprendido por sí mismo francés y alemán, y cuando nos conocimos ganaba un poco de dinero traduciendo trabajos científicos y filosóficos para una precaria editorial de Chicago. Añadía otros ingresos con los derechos de las escasas ventas de sus trabajos sobre economía y filosofía.

Fue todo lo que supe de él antes de irme a la cama, donde permanecí largo rato despierta mientras sonaba aún en mis oídos el sonido de su voz y, a la vez, cierta inquietud invadía mis pensamientos. ¡Era tan distinto de los hombres de mi entorno!, tan extraño y tan firme. Su personalidad me subyugaba, pero me asustaba al mismo tiempo, y en mis fantasías llegaba a considerarlo mi amante, mi marido. Siempre había oído que los hombres con mucho carácter resultan muy atractivos a las mujeres, pero el suyo era demasiado fuerte.

«¡No, no! —me decía a mí misma—. No puede ser, es absurdo», pero por la mañana me despertaba con el anhelo de volver a verlo, de ver cómo se enfrentaba a los otros en las polémicas, el tono vibrante de su discurso; comprobar que la firmeza y certidumbre de sus argumentos sacudían a los contrincantes y los obligaba a salir de sus trilladas creencias. ¿Qué importaba que apareciera como un atrevido provocador? Utilizaré sus frases preferidas: «Funciona», «Produce los efectos deseados». Y detrás de su fanfarronería había algo importante: era capaz de imbuir en los demás el entusiasmo previo a las batallas.

Pasaron varios días durante los cuales leí los libros de Ernest que me prestó mi padre. Escribía igual que hablaba, era claro y convincente. La sencillez de su exposición llevaba a superar las dudas que uno pudiera tener. Era un magnífico maestro. Había, a pesar de ello, algo que me molestaba, y era la exagerada importancia que concedía a lo que él llamaba la lucha de clases, el antagonismo entre el trabajo y el capital, ese conflicto de intereses.

Mi padre me comentó con regocijo el juicio que el doctor Hammerfield hizo de Ernest; dijo que se trataba de «un jovencito insolente, cargado de suficiencia y con un bagaje cultural inadecuado», y que por su parte declinaba tener nuevos encuentros con él.

Sin embargo, el obispo Morehouse pareció más interesado tras aquel primer encuentro, y expresó su deseo de volver a reunirse con Ernest. «¡Un joven de principios firmes!», dijo de él, «¡lleno de vida!, aunque demasiado seguro de sí mismo».

Ernest llegó una tarde acompañando a mi padre. El obispo ya estaba en casa, y tomábamos el té en el porche. Por cierto, la prolongada estancia de Ernest en Berkeley se debía a que recibía clases especiales de biología en la universidad y al hecho de estar trabajando febrilmente en un nuevo libro: *Filosofía y Revolución*[16].

El porche pareció achicarse cuando apareció Ernest. No porque fuera demasiado alto —medía sólo cinco pies y nueve pulgadas—, sino porque parecía agrandar la atmósfera con su presencia. Cuando se detuvo para saludarme, pareció mostrar una ligera inseguridad que no correspondía con el brillo de sus ojos, ni con la mano con que apretó la mía en su saludo. Inmediatamente, su mirada recobró la seguridad y la firmeza habituales en él, y me pareció que había algo escondido en aquella mirada, quizá porque, al igual que en el primer encuentro, la mantuvo demasiado tiempo.

—He estado leyendo su «Filosofía de la clase trabajadora» —dije, y parecieron alegrarse sus ojos.

—Confío en que habrá tenido en consideración la audiencia a la que va dirigida.

—Sí. Y quizá por ello creo que vamos a tener una discusión usted y yo —dije retadora.

—También yo quiero pelear con usted, señor Everhard —dijo el obispo Morehouse.

Ernest encogió los hombros en un gesto amable y aceptó una taza de té.

El obispo me cedió el turno con una ligera inclinación.

—Usted fomenta el odio entre las clases —dije—. Toda su teoría exagera la marginación de la clase trabajadora, así como el resentimiento social. El odio de clase es antisocial y creo que antisocialista.

—Me declaro no culpable —respondió—. El odio de clase no figura ni en el texto ni el espíritu de nada que yo haya escrito.

—¡Vamos! —exclamé en tono de reproche, mientras alcanzaba el libro y empezaba a hojearlo.

Ernest tomaba sorbitos de té y me sonreía mientras yo pasaba las páginas de su libro.

—Página 132 —comencé a leer en voz alta—: «La lucha de clases, por lo tanto, está presente en el actual estadio del desarrollo social entre quienes pagan los salarios y quienes los reciben».

Lo mire con aire de triunfo.

—No se menciona ahí para nada el odio de clases —me respondió sonriente.

—Bueno, es usted quien habla de «lucha de clases».

—Algo muy diferente a «odio de clases» —replicó—. Y, créame, nosotros no fomentamos ningún odio; simplemente decimos que la lucha de clases es una ley del desarrollo social. No somos responsables de ello. Nosotros no hemos creado la lucha de clases, simplemente la explicamos, como Newton explicaba la ley de la gravitación universal. Explicamos el conflicto de intereses que produce esa lucha de clases.

—Pero no debería haber ningún conflicto de intereses —repliqué excitada.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted —respondió—. Ése es nuestro objetivo, el de los socialistas: la abolición del conflicto de intereses. Si me disculpa le leeré un extracto del libro —tomó el libro y fue algunas páginas hacia atrás—. Página 126: «El ciclo de la lucha de clases que comenzó con la disolución del primitivo comunismo tribal y el advenimiento de la propiedad privada terminará con la fusión de esa propiedad privada en el seno global de la existencia social».

—No estoy de acuerdo con usted —irrumpió el obispo en la polémica con una leve agitación en sus gestos que traicionaba su tradicional rostro ascético y pálido—. Sus premisas son falsas, no existe tal conflicto entre el capital y el trabajo… o mejor, no debería haberlo.

—Gracias —respondió Ernest con tono serio—, pero su última frase sirve para confirmar mis premisas.

—Pero ¿por qué debería existir ese conflicto? —añadió acalorado el obispo.

—Porque está en nuestra naturaleza —respondió Ernest encogiendo levemente los hombros.

—¡No nos han creado así! —dijo exaltado el obispo.

—¿Está usted planteándose el hombre ideal —le preguntó Ernest—, generoso y semejante a Dios, y tan escaso que podríamos decir que prácticamente no existe, o se refiere acaso al hombre ordinario, al más común de los humanos?

—Al hombre común y ordinario —fue la respuesta.

—¿Que es débil y falible, propenso al error?

El obispo Morehouse asintió con la cabeza.

—¿Mezquino y egoísta?

Volvió a asentir el obispo.

—¡Atención!, dije egoísta.

—El común de los hombres es egoísta —afirmó el obispo seguro de sus palabras.

—¿Es insaciable, lo quiere todo?

—Así es, lo desea todo; algo tan cierto como deplorable.

—Entonces, ha entrado usted en mi campo —dijo Ernest proyectando su mandíbula hacia delante—. Déjeme seguir… Tenemos un hombre que trabaja en la compañía de tranvías.

—No podría trabajar si el capital no hubiera creado ese consorcio —interrumpió el obispo.

—Exacto, y convendrá usted en que ese capital peligraría si no hubiera una mano de obra que le procurara dividendos.

El obispo permaneció silencioso.

—¿No está de acuerdo? —insistió Ernest.

Asintió el obispo finalmente.

—Entonces nuestros argumentos se anulan entre sí —dijo Ernest en un tono realista— y nos encontramos donde estábamos. Comencemos de nuevo: nuestro hombre pone su trabajo para la compañía de tranvías. Los accionistas ponen el capital. Debido al esfuerzo conjunto de los trabajadores y del capital se producen beneficios[17]. Esos beneficios se dividen entre los dos: la parte del capital se llama «dividendos» y la del trabajo «salarios».

—Magnífico, y no veo ninguna razón para que ese reparto no sea justo y amistoso —dijo, más animado, el obispo.

—Parece que olvida usted que habíamos llegado a un punto de acuerdo —replicó Ernest—. Habíamos convenido en que el hombre común es egoísta por naturaleza. Es como es. Pero usted se ha elevado a las alturas y ha establecido una diferencia entre cómo deberían ser los hombres y cómo son en la realidad. Pero pongamos los pies en la tierra: los trabajadores, egoístas, pretenden llevarse todo lo que puedan en ese reparto; los capitalistas, no menos egoístas, querrían la mayor parte de los beneficios. Cuando los bienes son limitados y dos hombres pretenden llevarse cada uno la mayor parte de esos bienes, es cuando surge el conflicto de intereses. Ése es el conflicto entre el trabajo y el capital. Y es un conflicto irreconciliable. Mientras existan capitalistas y trabajadores, siempre mantendrán su lucha por ese reparto. Si se encontrara usted en San Francisco esta tarde se vería obligado a caminar; todos los tranvías están parados.

—¿Otra huelga[18]? —preguntó alarmado el obispo.

—En efecto. Las dos partes están discutiendo sobre el reparto de los beneficios de la compañía.

El obispo Morehouse pareció excitado.

—¡Es un error! Pero cómo pueden ser tan cortos de miras esos tranviarios. Cómo creen que van a contar así con nuestro apoyo…

—¿Si nos obligan a ir a pie? —concluyó Ernest el comentario del obispo.

El obispo ignoró la puya y prosiguió:

—Esos tranviarios tienen un punto de vista muy limitado. Los hombres deben

portarse como personas, no como bestias. Ahora habrá violencia y muertes, viudas sollozantes y huérfanos. El capital y el trabajo deben aunar esfuerzos para su beneficio mutuo.

—Bueno, parece que ha vuelto usted a las alturas —replicó Ernest con cierta amargura—. Vuelva a la tierra y recuerde que convinimos en que el hombre común es egoísta.

—Pero no debería serlo —dijo compungido el obispo.

—En eso estoy de acuerdo con usted —replicó Ernest, pero seguirá siendo egoísta mientras siga viviendo en un sistema social basado en la ética depredadora de los cerdos.

El obispo parecía azorado por el comentario, mientras que mi padre ahogaba su risa.

—Sí. La ética de los cerdos —continuó Ernest, implacable—. Ésa es la del sistema capitalista y ésa es la que su Iglesia apoya, la que usted predica cada vez que sube a su púlpito. ¡La ética de los cerdos! No se me ocurre otro nombre mejor.

El obispo Morehouse se volvió buscando ayuda en mi padre, pero sólo pudo ver cómo papá asentía con la cabeza mientras sofocaba su risa.

—Me temo que el señor Everhard tiene razón —intervino mi padre—. *Laissez faire*, la política de que cada uno coja lo que pueda y que el diablo se lleve el resto. Como bien dijo el señor Everhard la otra noche, su función como hombres de Iglesia es la de mantener el orden establecido en la sociedad, y la sociedad está establecida sobre esas bases.

—¡Pero ésas no son las enseñanzas de Cristo! —replicó excitado el obispo.

—No es Cristo el objeto de las prédicas de hoy —saltó Ernest—. Ésa es la razón por la que los trabajadores no quieren saber nada de su Iglesia. De esa Iglesia tan tolerante con la terrible brutalidad y el salvajismo con que el capitalismo trata a la clase trabajadora.

—Mi Iglesia no aprueba esas cosas —objetó el obispo.

—Su Iglesia no protesta contra ello —replicó Ernest— y dado que no protesta, está tácitamente aceptando la situación, porque recuerde una vez más que es el capitalismo el que mantiene a la Iglesia.

—Yo no lo contemplaría bajo ese prisma. Debe de estar usted equivocado. Reconozco que hay mucha tristeza y maldad en el mundo, y que la Iglesia ha perdido… a lo que usted llama el proletariado[19].

—Ustedes nunca tuvieron al proletariado a su lado. El proletariado ha surgido fuera de su Iglesia y sin necesidad de ella.

—Ahora no le sigo —dijo débilmente el obispo.

—Déjeme, entonces, que se lo explique: con la introducción de la maquinaria y el sistema fabril a finales del siglo XVIII, la mayor parte de los trabajadores fue arrancada del campo, destruyéndose así el antiguo sistema de trabajo. Se sacó a los trabajadores de sus pueblos y se los amontonó en zonas suburbiales próximas a las

fábricas. También a las mujeres y a los niños los pusieron a trabajar en las nuevas máquinas. Se rompió la vida familiar. Las condiciones eran horribles, todo un relato de terror.

—Lo sé, lo sé —interrumpió el obispo Morehouse con una expresión fúnebre en su rostro—. Fue algo terrible, pero eso sucedió hace ya un siglo y medio.

—Y entonces, hace siglo y medio, fue cuando surgió el proletariado —continuó Ernest—; y la Iglesia lo ignoró. Mientras los capitalistas creaban esos mataderos en el país, la Iglesia permanecía en silencio. No hizo la menor crítica, al igual que no la hace hoy. Como dice Austin Lewis[20], hablando de aquellos tiempos, los que recibieron el mandato de «Apacentad mis corderos» asistieron impasibles a su venta como esclavos y a su trabajo forzado hasta la muerte[21]. La Iglesia permaneció muda entonces, y antes de continuar quisiera pedirle que me diga si está en franco acuerdo conmigo o si disiente radicalmente. ¿Permaneció la Iglesia impasible entonces?

Pareció dudar el obispo Morehouse. Al igual que el doctor Hammerfield, no estaba acostumbrado a polémicas tan duras en su propio campo, como las calificaba Ernest.

—La historia del siglo XVIII ya está escrita —lo apremió Ernest—, si no hubiera existido esa impasibilidad, no figuraría en los libros.

—Me temo que la Iglesia no hizo nada —confesó el obispo.

—Y la Iglesia mantiene hoy día la misma postura.

—En eso no estoy de acuerdo —replicó el obispo.

Ernest hizo una pausa, miró fijamente a su interlocutor y aceptó el desafío.

—Muy bien. Veamos. En Chicago hay mujeres que trabajan duramente por sólo noventa centavos a la semana. ¿Ha protestado la Iglesia por esa explotación?

—Eso es algo nuevo para mí —fue la respuesta—. ¡Noventa centavos a la semana! ¡Eso es terrible!

—¿Ha protestado la Iglesia? —insistió Ernest.

—La Iglesia no lo sabe —pareció luchar el obispo contra sí mismo.

—Sin embargo, su mandamiento era «Apacentad mis corderos» —ironizó Ernest, para inmediatamente añadir—: Perdone que me ría, ¿pero no llega usted a comprender por qué hemos perdido la paciencia con su Iglesia? ¿Cuándo han protestado ante sus congregaciones capitalistas por el trabajo de los niños en las manufacturas del algodón en el Sur[22]?

—Niños de seis y siete años que trabajan cada noche en turnos de doce horas. Niños que no ven nunca la bendita luz del sol y que mueren como moscas. Los dividendos se extraen de su sangre, y de esos dividendos se construyen también las suntuosas iglesias de Nueva Inglaterra, desde cuyos púlpitos, sus colegas lanzan amables prédicas a los orondos receptores de esos dividendos.

—No lo sabía —musitó el obispo, mientras su cara aparecía cada vez más pálida, como si estuviera al borde la náusea.

—¿Así que usted no ha protestado?

El obispo negó con la cabeza.

—Por lo tanto la Iglesia sigue sumida en su mutismo como en el siglo XVIII.

El obispo permaneció silencioso y Ernest decidió no insistir en su argumentación.

—Y no olvide que si un ministro de Dios se rebela, lo expulsan.

—No puedo creer que eso sea justo —objeto el obispo.

—¿Protestará usted? —lo requirió Ernest.

—Muéstreme esas perversiones dentro de nuestra comunidad y yo las denunciaré.

—Se las mostraré —respondió Ernest, más calmado—. Estoy a su disposición para conducirlo a un viaje a través del infierno.

—Y yo transmitiré mi protesta —el obispo se arrellanó en su sillón y su rostro comenzó a adquirir la firmeza del guerrero—. La Iglesia no se mantendrá impasible.

—Si hace tal cosa, lo despedirán —fue la advertencia de Ernest.

—Ya verá cómo no. Yo le demostraré que si las cosas son como usted dice, la Iglesia no habrá cumplido su misión por simple ignorancia de esos hechos. E incluso le diré que todo lo terrible que pueda suceder en la sociedad industrial se debe a la ignorancia por parte de la clase capitalista, y que remediará esas situaciones en cuanto reciba el mensaje; y será obligación de la Iglesia transmitir ese mensaje.

Ernest estalló en carcajadas hasta el punto de que me sentí obligada a acudir en defensa del obispo.

—Recuerde que usted ve sólo un lado de la pantalla —irrumpí en la disputa—. Aunque usted no lo crea, hay mucha bondad en nuestra clase. El obispo Morehouse tiene razón; los males del sistema industrial, lo terrible en él, como usted señala, se debe a simple ignorancia. La complejidad de la sociedad hace que se abran grandes brechas dentro de ella.

—Los indios salvajes no son tan brutales y despiadados como la clase capitalista —respondió Ernest. Sentí que en ese momento lo odiaba.

—Usted no nos conoce. No somos brutales ni despiadados.

—Demuéstrelo —me retó.

—¿Cómo podría demostrárselo… a usted? —respondí cada vez más irritada.

Negó con la cabeza.

—No estoy pidiéndole que me lo demuestre a mí, le pido que se lo demuestre a sí misma.

—Yo ya lo sé —respondí.

—Usted no sabe nada —fue su áspera respuesta.

—¡Vamos, vamos, chicos! —interrumpió, conciliador, mi padre.

—No me importa… —continué con el mismo tono indignado, pero Ernest me interrumpió.

—Sé que ustedes tienen mucho dinero, o al menos lo tiene su padre, lo que viene a ser lo mismo. Dinero invertido en las Hilaturas Sierra.

—¿Y eso qué tiene que ver? —casi grité.

—No demasiado —habló lentamente—, excepto que el vestido que lleva puesto

está manchado de sangre; que la comida que se sirven está también mezclada con sangre. La sangre de niños muy pequeños y de los que fueron hombres fornidos gotea desde las vigas de su mansión. Podría cerrar los ojos y ahora mismo oírla gotear: cloc, cloc, cloc, cerca de mí.

Y acto seguido, se reclinó en su asiento y cerró los ojos. Estallé en lágrimas sintiendo mi vanidad herida; en toda mi vida me había tratado nadie de forma tan brutal. Tanto mi padre como el obispo parecían consternados, y trataron de conducir la conversación a otros derroteros menos conflictivos. Ernest abrió los ojos, los fijó en mí y apartó finalmente su mirada. Sus labios estaban apretados, su mirada seria, y había desaparecido la habitual chispa alegre de sus ojos. Lo que fuera a decirme, la dura réplica que preparara para mí, quedó para siempre en el aire porque, en aquel momento, un hombre que caminaba por la acera se plantó delante del porche, mirándonos. Era un hombre alto, pobremente vestido, que llevaba sobre su espalda una voluminosa carga de banquitos, sillas y biombos hechos con rafia y cañas de bambú. Parecía como si dudase entre continuar su camino o acercarse más y tratar de vendernos algo de su cargamento.

—Ese hombre se llama Jackson —dijo Ernest.

—Con esa fortaleza física debería de estar trabajando y no vendiendo esos trastos por las calles[23] —dije ásperamente.

—Observe la manga de su brazo izquierdo —respondió Ernest en voz baja.

Miré y vi que la manga colgaba vacía.

—Era parte de la sangre que contuvo ese brazo la que antes oía caer desde las vigas de su techo —continuó Ernest, con el mismo tono amable—. Perdió su brazo en las Hilaturas Sierra, y como sucede con los caballos que se quiebran una pata, ustedes lo arrojaron al arroyo para que muriera allí. Cuando digo «ustedes», me refiero a los capataces y a los encargados a los que ustedes y los otros accionistas pagan para que dirijan su factoría. Fue un accidente; se produjo cuando ese hombre trató de ahorrar unos pocos dólares a su compañía. La rueda dentada de una bobinadora atrapó su brazo; podía haber dejado que la piedrecita que vio entre los engranajes siguiera girando; lo más que hubiera sucedido es que se rompieran los dientes de un par de ruedas, pero él se lanzó a por la piedra y la máquina trituró su brazo desde la punta de los dedos hasta el hombro. Sucedió de noche, cuando las máquinas trabajan en turnos continuados; había una alta demanda y se esperaba ofrecer altos dividendos ese trimestre. Jackson llevaba muchas horas trabajando y sus músculos estaban rígidos por el agotamiento, lo que contribuyó a restarle agilidad. Así es como la máquina lo atrapó. Tiene esposa y tres hijos.

—¿Y qué hizo la compañía? —pregunté.

—Nada. Bueno sí, consiguieron que se rechazara la demanda que puso cuando salió del hospital. Ya saben, la compañía dispone de abogados muy eficientes.

—Quizá no nos ha contado usted toda la historia —dije convencida—. Puede que incluso no la conozca. Puede que el individuo se portara de forma insolente.

—¡Insolente! Ja, ja —rió sardónico—. ¡Por Dios! ¡Insolente con un brazo hecho pulpa! Era un trabajador leal y servicial, nunca hubo la menor queja sobre su conducta.

—Pero ¿qué ocurrió en los tribunales? —insistí—. El caso no se hubiera cerrado en contra de sus intereses si no hubiera habido más circunstancias que las que ha mencionado.

—El coronel Ingram es el jefe de los servicios jurídicos de la compañía. Es un abogado muy hábil. —Ernest fijó su mirada en mí por un instante, y prosiguió—: Le diré lo que puede hacer, señorita Cunningham: investigue el asunto Jackson.

—Ya estaba decidida a hacerlo —respondí fríamente.

—De acuerdo —dijo, recuperando su sonrisa—, yo le ayudaré a encontrarlo, pero me pongo a temblar cuando pienso en lo que puede usted descubrir en el brazo de Jackson.

—Y así fue como el obispo Morehouse y yo aceptamos el reto de Ernest. Salieron juntos, dejando en mí el sentimiento de haber sido tratados injustamente, tanto yo como la clase a la que pertenezco. Ese hombre era un bruto. Lo odié entonces, y me consolé pensando que su conducta era la que se podía esperar de un miembro de la clase trabajadora.

Capítulo 3

El brazo de Jackson

No podía ni soñar entonces la importancia que el brazo de Jackson había de jugar en mi vida. El propio Jackson no me causó ninguna impresión cuando conseguí encontrarlo. Vivía cerca de la bahía, en un cochitril infame[24] rodeado de charcos cenagosos que exhalaban un olor pestilente.

En mi primer encuentro, Jackson me pareció el hombre apacible que Ernest me había descrito. Se encontraba fabricando alguno de aquellos trastos de rafia y no cesó en su esforzado trabajo mientras yo le hablaba. Pero a pesar de su humildad y mansedumbre, pude apreciar el primer signo de amargura en él cuando me dijo:

—Me podían haber dado por lo menos un puesto de vigilante[25].

No saqué gran cosa de él. Me parecía un tanto simple, quizá por su pobre lenguaje, aunque su habilidad para trabajar aquellos materiales con una sola mano parecía desmentir esa opinión. Se me ocurrió preguntarle:

—¿Cómo pudo suceder que la máquina atrapara su brazo? —Me miró silencioso y reflexivo, y al final movió su cabeza, diciendo:

—No lo sé, pasó… y pasó.

—¿Por falta de atención? —pregunté.

—No —respondió—. No creo que fuera por eso. Me habían alargado la jornada y creo que estaba cansado. He trabajado diecisiete años en las hilaturas y he llegado a la conclusión de que la mayoría de los accidentes ocurren poco antes del toque de sirena[26], en la última hora de los turnos. No se tienen los mismos reflejos después de trabajar muchas horas. He visto a demasiada gente mutilada o despedazada como para no saberlo.

—¿Ha visto muchos casos así?

—Cientos y cientos; también con niños.

A excepción de esos terribles detalles, la historia del brazo que me relató era básicamente la misma que ya conocía. Cuando le pregunté si se había saltado alguna norma de seguridad del proceso mecánico, negó con la cabeza.

—Solté la correa con la mano derecha —prosiguió— y eché la izquierda a por la piedrecita, no me paré a mirar si la correa estaba suelta del todo. No lo estaba. A pesar de que lo hice deprisa, la correa siguió corriendo y me machacó el brazo.

—Debió de ser muy doloroso —dije conmiserativa.

—Triturarse los huesos no resulta muy divertido —fue toda su respuesta.

Sus recuerdos acerca del juicio eran bastante borrosos. Lo único que tenía claro es que no había recibido ninguna compensación por los daños sufridos. Tenía la sensación de que las declaraciones del encargado y del supervisor habían influido ante el tribunal para denegarle cualquier indemnización; de que lo que declararon no

era lo que deberían haber dicho.

Así pues, decidí ir a verlos.

Una cosa estaba clara, y era la penosa situación de Jackson: su mujer estaba enferma, y su trabajo de hacer cestos y venderlos por las calles no le proporcionaba suficiente dinero como para llevar la comida necesaria a la casa. Hacía meses que no pagaba el alquiler a pesar de que el hijo mayor, cumplidos ya los once años, había empezado a trabajar en la misma fábrica.

—Podían haberme dado un puesto de vigilante —fueron sus palabras antes de que me fuera.

Después del encuentro con Jackson, fui a ver al abogado que le había llevado el caso, así como a los dos capataces y al encargado de la planta que fueron a testificar. Tras las entrevistas comencé a entrever que había algo de cierto en las afirmaciones de Ernest.

El abogado me pareció un hombre insignificante, poco preparado para la abogacía, y no me extrañó que hubiera perdido el caso de Jackson. Quizá le estuvo bien empleado a Jackson por haber elegido a ese abogado, pensé en un principio, pero inmediatamente me llegaron a la cabeza dos de las consideraciones que había hecho Ernest: «La compañía se sirve de abogados muy eficientes» y «El coronel Ingram es un abogado muy sagaz». Razonando, llegué enseguida a una conclusión: la capacidad de la compañía para pleitear era muy superior a la que Jackson hubiera podido conseguir. Pero éste era un detalle menos importante; estaba segura de que hubo alguna otra razón que hizo que Jackson no consiguiera su indemnización.

—¿Qué pasó para que perdiera usted el caso? —le pregunté.

El abogado quedó por un momento cabizbajo y desconcertado. Comencé en el fondo de mi corazón a sentir lástima por ese pobre individuo. Empezó a hablarme en tono lastimero, y pensé que ese tono era congénito a su persona; era un hombre derrotado desde que nació. Me relató los detalles de la vista en su tono plañidero. Los testigos ofrecieron sólo las pruebas que favorecían a la empresa. Nada de lo que declararon hubiera servido en la causa de Jackson. Sabían de qué lado untaban la mantequilla en su rodaja de pan. Jackson era muy simple, y se sintió confundido por los argumentos del honorable coronel Ingram, un brillante polemista que forzó a Jackson a aceptar declaraciones que le perjudicaban.

—¿Cómo podía llegar a perjudicarle cualquier cosa que dijera si la justicia estaba de su parte? —pregunté.

—¿Qué tiene que ver la justicia con todo eso? —me devolvió la pregunta—. Mire todos esos libros —dijo señalando una estantería de manuales de derecho que cubría una pared de su exiguo despacho—. Todos esos libros me han enseñado que la ley es una cosa y el derecho, otra. Pregúntele a cualquier abogado. Se va a la iglesia dominical a aprender lo que está bien y lo que está mal, pero es en esos libros donde se aprende lo que es… la ley.

—¿Intenta decirme que a pesar de tener razón, negaron a Jackson su

indemnización? —me aventuré a preguntar, dubitativa—. ¿Pretende decirme que no se hace justicia en el tribunal del juez Caldwell?

El abogadito me miró sorprendido, luego continuó con aire resignado:

—No me dieron la menor oportunidad —volvió a hablar con su tono apesadumbrado—. Se burlaron de Jackson y se burlaron de mí. ¿Qué posibilidades tenía yo? El honorable Ingram es un notorio abogado. Si no fuera así, ¿sería acaso el jefe de los gabinetes jurídicos de las Hilaturas Sierra, de la Corporación Erston Land, del Consorcio Berkeley, o de las compañías eléctricas de Oakland, San Leandro y Pleasanton? Es el abogado de las grandes compañías, y a los abogados de esas compañías no se les permite ninguna frivolidad[27]. ¿Por qué cree que las Hilaturas Sierra le pagan veinte mil dólares al año? Simplemente, porque les devuelve cada año esa cantidad con su trabajo. Yo no valgo todo eso; si yo fuera así de capaz, no estaría aquí muriéndome de hambre y aceptando casos como el de Jackson. ¿Qué cree usted que habría sacado si hubiera ganado el caso de Jackson?

—Probablemente, se hubiera llevado la mayor parte de la indemnización —respondí.

—Naturalmente —me gritó, furioso—. Yo también tengo que vivir, ¿o no[28]?

—Él también tiene mujer e hijos —le reproché.

—También yo tengo mujer e hijos —respondió—; y no hay nadie en este mundo excepto yo que se preocupe de si se mueren de hambre o sobreviven.

Súbitamente pareció más calmado, sacó su cartera y me mostró la foto de una mujer y de dos niñas pequeñas.

—Éstas son. Mírelas. Hemos tenido una vida muy dura, muy dura. Yo confiaba en haberlas enviado a vivir al campo si hubiera ganado el caso de Jackson. Aquí no están bien, pero no tengo medios para enviarlas a otra parte.

Cuando me disponía a marcharme, comenzó otra vez con sus plañidos.

—No tuve la menor oportunidad; el honorable coronel y el juez Caldwell son íntimos amigos. No quiero decir que, si las declaraciones de los testigos o las alegaciones cruzadas hubieran sido distintas, la amistad entre los dos no hubiera influido en el veredicto; pero cierto es que el juez Caldwell hizo todo lo posible para interferir mis alegaciones. ¿Por qué? Bueno, el juez Caldwell y el coronel Ingram pertenecen al mismo grupo social, son socios del mismo club. Viven en la misma área residencial, una que jamás podría llegar a pagarme; y sus esposas pasan sus días visitándose la una a la otra y organizando partidas de cartas.

—Entonces usted opina que Jackson tenía la razón de su parte.

—No opino, estoy seguro de ello —respondió—. Al principio, también pensé que tenía alguna posibilidad; no se lo dije a mi mujer, para no decepcionarla si no sucedía así. Ella estaba deseando irse al campo; la vida aquí es muy dura.

No pude dejar de sentir lástima por él cuando salí de su casa.

—¿Por qué no trató de defender que Jackson sólo intentaba evitar que la maquinaria se dañara? —pregunté a Peter Donnelly, uno de los encargados que

habían declarado en el juicio.

Se mantuvo tenso durante un buen rato antes de responder; dejó errar su mirada alrededor de la habitación y dijo:

—Porque tengo una buena mujer y los tres niños más adorables que usted haya visto jamás —respondió con un dejo tan local como el de Jackson.

—No le comprendo —respondí.

—Porque eso no hubiera hecho ningún bien ni a mí ni a ellos —respondió.

—Quiere decir que…

Me interrumpió bruscamente.

—Quiero decir lo que he dicho. He trabajado muchos años en las hilaturas. Empecé de muy niño en las bobinadoras y no he dejado de trabajar desde entonces. Ha sido un trabajo muy duro el que me ha llevado a este puesto de encargado, ¿sabe usted?; y dudo que haya un solo hombre en la fábrica que se tirara a rescatarme si me estuviera ahogando. Estuve afiliado al sindicato, pero acudí al trabajo en las dos huelgas que hubo. Me llamaron esquirol, y no hay ni uno que quisiera tomar un trago conmigo, aunque se lo pidiera. ¿Ve usted en mi cabeza las cicatrices de los ladrillazos que recibí en aquellas huelgas? No hay un solo aprendiz en las bobinadoras que no maldiga mi nombre. La compañía es mi única amiga. No estaría obligado a defenderla, pero ella es la que proporciona el pan y la mantequilla para mis hijos, y por eso le presto mi apoyo.

—¿Tuvo culpa Jackson en aquello? —pregunté.

—Deberían haberle indemnizado. Era un buen trabajador y nunca causó ningún problema.

—¿Entonces usted no actuó libremente para decir la verdad que había jurado decir ante el juez?

Negó con la cabeza.

—La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad —recité, solemne.

Se animó de nuevo su rostro y alzó su mirada no hacia mí sino hacia el cielo.

—Dejaría que mi cuerpo y mi alma ardieran para siempre en el infierno, antes que hacer algún mal a mis hijos.

Henry Dallas, el jefe de planta, era un tipo de rostro astuto que me miró de forma insolente y rehusó hablar conmigo. No conseguí sacarle ni una sola palabra sobre el asunto del juicio y su declaración en él. Tuve más suerte con el otro encargado. Jack Smith era un hombre de facciones duras y sentí un vuelco en mi corazón cuando me enfrenté a él. Me dio también la impresión de falta de libertad, pero en cuanto comenzamos a hablar vi que su nivel cultural era superior al de su entorno. Estuvo de acuerdo con Peter Donnelly en que Jackson debería haber recibido una indemnización, e incluso fue más lejos al admitir que fue una acción despiadada y sórdida la que condujo al trabajador a la calle tras su mutilación. También me explicó que había muchos accidentes en la fábrica y que la política de la compañía era reducir al mínimo las compensaciones que pudieran resultar de los procesos civiles.

—Eso representa cientos de miles al año para los accionistas —dijo—; y a medida que hablaba recordé el último dividendo que había recibido mi padre y el bonito vestido para mí y los libros que había comprado para él a cuenta de aquel pago a los accionistas. Recordé, entonces, el reproche de Ernest cuando dijo que mi vestido estaba manchado de sangre, y comencé a moverme incómoda dentro de mis ropas.

—Cuando usted testificó no le dijo al juez que Jackson había sufrido el accidente cuando trataba de evitar que sufriera daños la maquinaria, ¿no es así?

—No. No dije nada de eso —respondió mordiendo sus labios—. Dije que Jackson se había accidentado por su negligencia y falta de atención, y que la compañía no tenía nada que ver ante eso.

—¿Fue falta de atención por parte de Jackson? —pregunté.

—Llámelo así o como usted quiera; el hecho es que cualquier hombre está cansado después de haber trabajado tantas horas.

Empecé a mostrarme interesada por ese hombre. Pertenecía a un estrato superior al de sus colegas.

—Parece usted más culto que la mayoría de los trabajadores —le dije.

—Acabé la enseñanza secundaria —respondió— a la vez que trabajaba de vigilante. Trataba de ir a la universidad, pero murió mi padre y tuve que ponerme a trabajar en las hilaturas. Me atraían las ciencias naturales —confesó tímidamente—, me gustan los animales; pero entré a trabajar en esa fábrica textil. Cuando me hicieron encargado, me casé, llegaron los niños y… bueno, dejé de ser el dueño de mi destino.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Trato de explicarle por qué declaré de aquella forma en el juicio…, por qué me dejé guiar por aquella gente.

—¿Por qué gente?

—Por el coronel Ingram. Él me dictó lo que tenía que decirle al juez.

—Y el coronel consiguió que Jackson perdiera lo que le correspondía.

Asintió, mientras vi cómo la sangre afluía a su rostro.

—Y Jackson tiene una esposa y dos hijos a su cargo.

—Lo sé —musitó, mientras la sangre seguía encendiendo su rostro.

—Dígame —continué—, ¿le resultó fácil a un hombre como usted, que había completado la enseñanza secundaria, portarse de aquella forma en el juicio?

La explosión de cólera que provocaron mis palabras en él me dejaron sorprendida e incluso asustada. Lanzó una horrible blasfemia[29] y apretó su puño amenazando mi rostro.

—Le ruego me perdone —se disculpó enseguida—. No, no me resultó fácil. Y creo que debe marcharse ya. Ya le he dicho todo lo que quería saber de mí. Pero déjeme decirle algo antes de que se vaya: no sacará ningún provecho si cuenta algo de lo que le he dicho; yo lo negaré todo, y no hay ningún testigo. Negaré hasta la última palabra, y si es preciso lo negaré bajo juramento delante del juez.

Tras el encuentro con Smith, me dirigí a la oficina de mi padre en el Pabellón de Química, y allí me encontré con Ernest. Fue algo inesperado. Me recibió con su viva mirada y apretó mi mano con firmeza, mostrando esa mezcla de timidez y serenidad que comenzaba a resultarme familiar. Era como si hubiéramos olvidado nuestro tormentoso encuentro anterior, pero yo no estaba de humor como para olvidar aquello.

—He estado investigando el asunto de Jackson —dije de entrada.

Pareció concederme toda su atención, y mientras esperaba que siguiera hablando, pude percibir en sus ojos que sabía que algo dentro de mí había cambiado con respecto a lo hablado anteriormente.

—Parece ser que recibió un trato injusto —confesé—. Creo…, creo que parte de su sangre está goteando desde las vigas de nuestro tejado.

—Naturalmente —respondió—. Si a Jackson y a todos sus compañeros los hubieran tratado de forma considerada, los dividendos no habrían sido tan cuantiosos.

—Creo que no volveré a sentir ningún placer poniéndome vestidos tan elegantes —añadí.

Me sentí humilde y contrita, y tuve la dulce sensación de que Ernest se hubiera convertido en mi padre confesor. Entonces, como ya sucedió antes, me sentí atraída por su fortaleza, que irradiaba una promesa de paz y protección.

—Tampoco sacaría ningún placer si vistiera un traje de arpillera —dijo en tono serio—. Sepa que también hay hilaturas de yute, donde suceden los mismos horrores. Es algo generalizado. Nuestra presuntuosa civilización está basada en la sangre, empapada en sangre, y ni usted ni yo, ni nadie puede evadirse de esa mancha roja. ¿Quiénes son los hombres con los que ha hablado?

Le conté todo lo que había sucedido.

—Ninguno de ellos es un hombre libre; todos están sujetos al yugo inmisericorde de la compañía, y el fondo de la tragedia reside en que están ligados a ella por lazos de sangre: sus hijos, la sangre joven que hay que proteger por instinto, un instinto superior a cualquier principio ético. Mi propio padre mintió, robó, cometió todo tipo de hechos deshonrosos con tal de traer el pan a mi boca y a las de mis hermanos. Fue un esclavo de la maquinaria industrial, y esa maquinaria fue aplastando su vida hasta acabar con él.

—Pero usted —interrumpí—, usted es sin duda un hombre libre.

—No del todo —replicó—. No estoy atado por esos lazos de sangre. A veces me alegro de no tener hijos, y eso que adoro a los niños; pero si me casara no me atrevería a tenerlos.

—No es ésa una buena filosofía —exclamé.

—Ya lo sé —dijo con tristeza—, pero es una filosofía muy conveniente. Yo soy un revolucionario, y ésa es una vocación muy peligrosa.

Reí, incrédula.

—Si se me ocurriera entrar de noche en casa de su padre para robar los

dividendos de Hilaturas Sierra, ¿qué haría él?

—Mi padre duerme con un revólver al alcance de su mano. Lo más probable es que le disparase con él.

—¿Y qué pasaría si yo y unos pocos más nos dirigiéramos, encabezando a un millón y medio de hombres[30], a las casas más pudientes?, habría un tremendo tiroteo, ¿verdad?

—Sí. Pero usted no va a hacer tal cosa —dije, negando con la cabeza.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer, pero no sólo desvalijar las mansiones, sino arrebatarles, también, todas sus fuentes de riqueza: sus minas, sus ferrocarriles, sus factorías, sus bancos y sus almacenes. Eso es la revolución. Y resultará muy peligrosa, y me temo que los tiroteos serán mucho más numerosos y sangrientos de lo que ahora puedo imaginar. Pero como le decía, hoy día no hay ningún hombre libre. Todos estamos atrapados entre las ruedas y los dientes de la maquinaria industrial. Sabe que usted lo está y que los hombres con los que ha hablado también lo están. Hable con otros. Vaya a ver al coronel Ingram. Vaya a ver a los periodistas que eludieron citar el caso Jackson, a los directores de esos periódicos. Se dará cuenta de que todos ellos están atrapados en esa maquinaria.

A lo largo de esa conversación, le hice una pregunta sencilla sobre la ocurrencia de accidentes laborales en las fábricas; me respondió con cifras estadísticas escalofriantes.

—Está todo registrado. Las cifras cantan, y se ha comprobado fehacientemente que la mayoría de los accidentes raramente ocurren en las primeras horas de los turnos de la mañana, pero crecen progresivamente a medida que avanza la jornada, cuando los trabajadores, cansados, pierden reflejos físicos y mentales.

—¿Por qué? ¿Sabía usted que la esperanza de vida y de integridad física de su padre es tres veces superior a la de un trabajador? Pues así es; las compañías de seguros[31] lo saben bien.

—A su padre, un seguro de accidentes le cuesta cuatro dólares y veinte centavos al año, mientras que a un trabajador, por la misma póliza, le cargan quince dólares.

—¿Y a usted? —le pregunté, dándome cuenta inmediatamente del tono preocupado con que lo dije.

—¿A mí? Bueno, como cualquier revolucionario, tengo ocho veces más probabilidades de que me hieran o me maten que un trabajador común —respondió impasible—. Las aseguradoras cobran a los químicos expertos que manejan explosivos ocho veces más que al resto de los trabajadores. Yo no creo que a mí me aseguraran; ¿por qué lo pregunta?

Mis párpados aletearon y sentí cómo el rubor invadía mi cara. No se trataba de que él hubiera captado mi preocupación, sino de que la había reconocido yo misma, y además en su presencia.

En aquel momento entró mi padre y comenzamos a prepararnos para volver juntos a casa. Ernest había devuelto algunos libros que le había prestado papá, y salió

primero; pero justo cuando salía, se volvió hacia mí y me dijo:

—Por cierto, dado que está usted inquietando la paz de su espíritu, y yo la del obispo, podía usted acercarse a ver a la señora Wickson y a la señora Pertonwaithe. Ya sabe que sus maridos son los dos accionistas principales de las Hilaturas. Al igual que el resto de los humanos, esas dos mujeres están sujetas a la máquina, pero tan ligadas que están sentadas encima de ella.

Capítulo 4

Esclavos de la máquina

Cuanto más pensaba en la tragedia de Jackson, más agitada me sentía. Me enfrentaba a la realidad más tangible. Mi paso por la universidad, las materias que cursé, la cultura que adquirí, todo era ficticio, todo parecía estar lejos del mundo real. Sólo aprendí allí teorías sobre las sociedades humanas que quedaban muy bonitas impresas en los libros, pero ahora me había enfrentado a la realidad. El brazo de Jackson era parte de esa realidad. «El hecho, amigos, el hecho irrefutable», la expresión favorita de Ernest, resonaba ahora en mi conciencia.

Me parecía monstruoso, imposible, que toda nuestra sociedad descansara en la sangre de los trabajadores. Y, sin embargo, ahí estaba Jackson, y no podía sustraerme a su historia. Mi pensamiento volvía a él como la aguja magnetizada al polo. Lo habían tratado de la forma más inhumana. No lo habían compensado por la sangre que perdió simplemente para que los accionistas recibieran mayores dividendos. Y yo conocía a muchas familias, que muy satisfechas de sí mismas, habían recibido, complacidas, esos dividendos; aprovechándose, así, de la sangre de Jackson. ¿Acaso no resultaba lógico pensar que si un hombre fue tratado de forma tan abominable, y la sociedad no movió un dedo en su defensa, tendría que haber muchas más víctimas en condiciones similares?

Recuerdo el relato de Ernest sobre las mujeres de Chicago que trabajaban duramente por noventa centavos a la semana, y el de los niños esclavos en las hilaturas de algodón del Sur; y podía imaginar sus manos exangües mientras trabajaban el tejido del que saldría mi bonito vestido; y pensé en la factoría Sierra y en los dividendos que pagaba, y vi también la sangre de Jackson que cubría mi vestido. No podía librarme del recuerdo de Jackson, volvía una y otra vez a mí.

En lo más profundo de mi alma tenía el presentimiento de que me estaba acercando al borde de un precipicio. Era como si estuviera a punto de descubrir una súbita y horrible visión de la existencia. Y no sólo yo. Todo mi mundo parecía dramáticamente afectado. Mi padre, en quien podía reconocer el efecto que la influencia de Ernest empezaba a ejercer. También el obispo, que parecía enfermo cuando lo volví a ver; sus ojos mostraban un indescriptible temor, como si padeciera una crisis nerviosa. Por lo poco que llegué a saber, parecía que Ernest había cumplido su promesa de acompañarlo a un viaje por el infierno. Pero fueran cuales fueran las escenas dantescas que los ojos del obispo hubieran presenciado, creí adivinar una especie de desconcierto que lo incapacitaba para comentarlas.

Una vez, consciente de la dramática transformación sufrida en mí y en mi pequeño mundo, en el de los que me rodeaban, pensé en Ernest como la causa de todo aquel desbarajuste: «¡Nos sentíamos tan tranquilos y felices antes de que él

llegara!», pero inmediatamente estaba segura de que ese pensamiento suponía una traición a la verdad, y veía ante mis ojos a Ernest, transfigurado en el apóstol de esa verdad, que mostraba el rostro majestuoso de un ángel de Dios, que luchaba contra la injusticia, combatiendo en ayuda de los pobres, de los oprimidos, de los desamparados. Tras esa aparición, surgía otra, más sagrada: ¡Cristo! También él había tomado partido por los desheredados de la sociedad frente al poder establecido de los sacerdotes y de los fariseos; y recordaba su final en la cruz, y sentía una punzada en el corazón como si se hubiera tratado de Ernest. ¿Estaría también él destinado a la cruz? Ernest, con su toque de clarín, su voz tronante y toda la fuerza que emanaba de su cuerpo.

Y entonces descubrí que estaba enamorada de él y que moría de deseos de consolarlo. Pensé en cómo había sido su vida; una existencia dura, sórdida, mísera. Y pensé en su padre, que había mentido y robado por él, y cuya vida había consumido el trabajo. ¡Incluso el propio Ernest había trabajado en las hilaturas cuando sólo contaba diez años! Mi corazón parecía estallar de deseo por abrazarlo y apoyar su cabeza en mi pecho; hacer que descansara esa cabeza tan cargada de pensamientos graves, simplemente que reposara durante un rato, que se serenara y olvidara sus preocupaciones.

Encontré al coronel Ingram en una de las reuniones que se hacían en la iglesia. Hacía muchos años que nos conocíamos y nos tratábamos cordialmente. Lo empujé sutilmente hasta un cerco de plantas de bambú y de caucho sin que se diera cuenta de que lo había atrapado allí. Me recibió con su habitual buen humor y galantería. Siempre había sido un hombre cortés, muy diplomático en sus consideraciones. Y en cuanto a su personalidad, pasaba por ser uno los miembros más distinguidos de nuestra sociedad; a su lado, el venerable rector de la universidad parecería un patán insignificante.

A pesar de su imagen legendaria, comencé a ver al coronel Ingram a la altura de los mecánicos iletrados. Ingram no era un hombre libre, no era dueño de su destino. Era un engranaje más de aquella maquinaria. Nunca olvidaré el cambio de actitud que sufrió cuando le mencioné el caso Jackson. Su amable sonrisa habitual desapareció como por ensalmo y en su lugar apareció, en su bien cuidado rostro, una mueca desagradable. Sentí la misma aprensión que noté cuando el estallido de James Smith, sólo que el coronel no soltó ningún juramento. Era la única diferencia que mediaba entre aquel trabajador y él. Se le tenía por un hombre sagaz e ingenioso, pero no lo aparentaba en ese momento, y parecía buscar inconscientemente una salida rápida; pero no la encontró fácilmente, atrapado en la maraña de palmeras y de ficus.

Parecía como si el nombre de Jackson lo sacara de quicio. ¿Por qué había tenido que sacar yo aquello a relucir? No parecía disfrutar de mi ocurrencia; era una falta de delicadeza por mi parte, algo de mal gusto. ¿Acaso no sabía yo que en su profesión los sentimientos no cuentan? Él los dejaba en casa cuando iba a la oficina; allí sólo contaban los sentimientos profesionales.

—¿Debería Jackson haber recibido una indemnización? —le pregunté.

—Efectivamente —respondió—. Personalmente creo que debería haber sido así, pero eso no tiene nada que ver con los aspectos legales del caso.

Parecía estar recuperando su sagacidad habitual.

—Y dígame, coronel, ¿tiene la justicia algo que ver con las leyes?

—Ha utilizado una combinación de términos contrapuestos —respondió, sonriente.

—¿Usted cree? —pregunté, y él asintió con la cabeza—. Y, sin embargo, se supone que se administra la justicia a través de las leyes —planteé.

—Ésa es la paradoja —señaló—, así es como administramos la justicia.

—Habla usted ahora como un profesional, ¿verdad? —pregunté.

El coronel se ruborizó. Su cara acabó totalmente roja mientras trataba de buscar una salida de aquel encierro vegetal. Pero no se lo permití, seguí acosándolo.

—Dígame, ¿supeditar los sentimientos personales a los intereses profesionales no se puede considerar como un tipo de abyección moral?

No obtuve ninguna respuesta; el coronel se las ingenió para salir de allí, aplastando algunas hojas de palma en su huida.

Mi siguiente acción me llevó a los periódicos. Escribí una crónica aséptica y desapasionada sobre el caso Jackson. No cargué ninguna tinta sobre la actuación de los hombres con los que había hablado; ni siquiera los mencioné. Expuse los hechos tangibles del caso: los años que Jackson había trabajado en las hilaturas, su esfuerzo para evitar que se dañara la maquinaria y las consecuencias fatales de ello, así como su dramática situación actual de pobreza extrema. Tanto los tres periódicos locales como los dos semanarios rechazaron mi escrito.

Fui a ver a Percy Layton. Percy se había graduado en periodismo en mi universidad y hacía prácticas en uno de los tres periódicos más influyentes.

Sonrió cuando le pregunté la razón por la que los periódicos habían evitado mencionar en su sección de tribunales el caso de Jackson.

—Política editorial —respondió—; nosotros no tenemos nada que ver. Eso es cosa de los que dirigen los periódicos.

—Pero ¿por qué?

—Verás. Mantenemos buenas relaciones con las empresas —respondió—. Los anunciantes no esperan que los periódicos a los que pagan su publicidad publiquen noticias negativas como ésas. Si alguien se atreviera a hacerlo, perdería su empleo. No conseguirías publicar algo así aunque pagases diez veces más de lo que pagan las corporaciones por su publicidad.

—¿Y dónde queda vuestra profesionalidad? —le pregunté—. Parece que vuestra función es la de obedecer a los dueños de los periódicos, que a su vez obedecen a sus patrocinadores.

—Yo no tengo nada que ver con eso —pareció confuso por un momento, pero se animó enseguida como si hubiera encontrado una salida digna—, yo no escribo

falsedades. Soy fiel a mis convicciones. Pero, claro, cada día suceden un montón de cosas indignantes y al final uno se acostumbra a que todo eso sea moneda común en estos tiempos —lamentó en tono infantil.

—Sin embargo, esperas llegar algún día a dirigir un periódico y seguirás entonces una línea editorial, ¿o no?

—Para entonces ya me habrá endurecido el oficio —respondió.

—Puesto que no has adquirido aún esa coraza, dime qué piensas ahora, en general, sobre la línea editorial de la prensa de aquí.

—No pienso —respondió inmediatamente—. Simplemente, uno tiene que cuidarse si quiere salir adelante en el periodismo. Es algo que se aprende enseguida —concluyó, mientras movía jovialmente la cabeza.

—¿Y dónde queda la verdad? —insistí.

—Creo que no entiendes el juego; todo es correcto porque todo acaba como debe acabar.

—Me encanta esa ambigüedad —ironicé, pero en realidad me sentía a punto de gritar y de estallar en lágrimas por la tristeza que me producía mi antiguo compañero de estudios.

Empezaba a descubrir la tremenda realidad social en que vivía a pesar de las apariencias. Me pareció que había habido una conspiración tácita contra Jackson, y empecé a sentir cierta simpatía por el lacrimoso abogado que de forma tan desastrosa había dirigido su reclamación. Sentí que no se trataba sólo de una conspiración contra Jackson, sino contra todos los trabajadores de las hilaturas que hubieran sufrido accidentes. ¿Y por qué no contra todos los trabajadores que los hubieran sufrido en todas las fábricas a lo largo del país? ¿No era ése, acaso, el proceder general de toda la industria?

Y si todo era como imaginaba, ¿no vivíamos en una sociedad hipócrita? Volví atrás en mis conclusiones; eran demasiado espantosas y terribles para ser ciertas. Pero ahí estaban Jackson y su brazo, y la sangre que goteaba de él manchaba mi vestido y nos salpicaba desde las vigas de la mansión en que vivíamos mi padre y yo. Y había muchos Jackson —miles de ellos sólo en las hilaturas, tal como él mismo me contó. No podía evadirme de Jackson.

Fui a visitar al señor Wickson y al señor Pertonwaithe, los accionistas principales de Hilaturas Sierra, pero no pude sacudir sus conciencias como había hecho con sus capataces. Descubrí que estaban protegidos por una coraza ética superior a la del resto de la sociedad. Lo que se podía considerar como la ética aristocrática o la ética de los poderosos[32].

Los dos me hablaban de política en general, identificaban política y derecho y se dirigían a mí en un tono paternal, condescendientes ante mi juventud y mi inexperiencia. Me parecieron los tipos con menos conciencia que había encontrado en mi investigación. Estaban absolutamente convencidos de que su conducta era la correcta; no cabía la menor discusión sobre ella. Estaban seguros de ser los

salvadores de la humanidad, los benefactores de la mayoría. Me ofrecieron una imagen de lo que hubieran sido los sufrimientos de la clase trabajadora si no hubiera sido por los empleos que ellos, y sólo ellos, les habían proporcionado.

Aún sonaban en mis oídos las palabras de estos dos prohombres cuando me encontré con Ernest y le conté mi experiencia. Me miró satisfecho y dijo:

—Es magnífico, está empezando a descubrir la verdad por usted misma. Los resultados de sus descubrimientos empíricos son correctos. No hay nadie realmente libre en el sistema industrial, salvo los grandes magnates —habló, empleando algunos giros celtas de su lengua natal.

»Verá que los poderosos están convencidos de la justeza de sus acciones. Esto es lo más grave y absurdo de toda la situación. Es algo tan íntimo a su naturaleza, que son incapaces de hacer algo que no consideren correcto. Han de justificar siempre sus actos.

»Cuando tratan de realizar algo, algún negocio, por supuesto, le dan vueltas en sus cabezas hasta que encuentran una justificación religiosa, ética, científica o filosófica que les asegura de lo correcto del proceder. No importa de qué se trate, la sanción moral acaba llegando. Se sirven de una casuística elemental, jesuítica; siempre ven en el mal que puedan hacer los beneficios que pueden resultar de él. Una de las ocurrencias más axiomáticas a la que han llegado es la de que son superiores al resto de la humanidad en talento y eficiencia. De ahí proviene su idea de que proporcionan el pan y la mantequilla al resto de la humanidad. Han resucitado las antiguas teorías del derecho divino de los reyes, en su caso un derecho mercantil[33].

»La debilidad de su postura es que se trata simplemente de hombres de negocios; no son filósofos. No son ni biólogos ni sociólogos. Si lo fueran, por supuesto que todo marcharía mejor. Un empresario que fuera también biólogo o sociólogo estaría más próximo a conocer las acciones más adecuadas para regir la humanidad. Pero fuera de su actividad lucrativa, son profundamente ignorantes. No tienen ni idea de en qué consiste la sociedad, y la humanidad les es ajena, pero se consideran ellos mismos como los regidores del destino de millones de hambrientos y de todos los seres socialmente derrotados. Algún día, la historia se mofará de toda esa maraña.

La charla con las señoras Wickson y Pertonwaithe me resultó absolutamente anodina. Sólo eran unas damas de aquella sociedad[34], que vivían en auténticos palacios, y tenían muchas otras casas repartidas entre el campo, las montañas, los lagos o el mar. Tenían ejércitos de sirvientes y mantenían unas relaciones sociales frenéticas. Contribuían al sostenimiento de la universidad y de las iglesias, y los pastores, sobre todo, se inclinaban ante su poderío[35]. Tal como me mostró Ernest, el dinero confería poder a estas dos damas hasta el punto de que el pensamiento quedara subordinado a su riqueza.

Remedaban a sus maridos, hablando en los mismos términos sobre la política, en general, y sobre los deberes y responsabilidades de los ricos. Inmersas en la misma ética de sus esposos —su ética de clase—, repetían las frases huecas de éstos, sin

saber exactamente su significado.

También ellas se irritaron cuando les conté la deplorable situación en que se encontraba la familia de Jackson y dejé caer lo sorprendida que estaba de que no hubieran prestado ninguna ayuda a aquel hombre. Me respondieron que nadie tenía que darles lecciones sobre cómo cumplir sus deberes sociales. Cuando les pedí abiertamente que ayudaran a Jackson, se negaron con la misma rotundidad.

Lo que más me llamó la atención fue que, a pesar de haberlas visitado por separado, sus respuestas coincidieron en el fondo y en la forma, y eso que ninguna de las dos tenía constancia de que hubiera visitado o fuera a visitar a la otra. La respuesta común fue que agradecían la oportunidad de dejar absolutamente claro que no estaban dispuestas a premiar en ningún caso la negligencia de esa gente, porque si lo hicieran estarían favoreciendo que se autolesionaran con las máquinas[36]. Las dos mujeres eran absolutamente sinceras. Estaban plenamente convencidas de la superioridad de su clase social y de la de ellas mismas. Su ética de clase servía para sancionar cualquier acto que realizaran. Según me iba alejando de la mansión de la señora Pertonwaithe, miré hacia atrás y recordé las frases de Ernest: todos estaban sujetos a la misma maquinaria, pero esta gente, en particular, estaba sentada en su cúspide.

Capítulo 5

Los filómatas

Ernest nos visitaba con frecuencia, pero no era sólo mi padre o las veladas polémicas lo que lo atraían; para entonces podía presumir un poco de ser yo la causa de los encuentros. No tardé mucho en confirmar esa presunción: nadie podía sentir un enamoramiento similar al de Ernest Everhard. Su apretón de manos era cada vez más firme, y yo intuía en su mirada el deseo de una respuesta por mi parte. Era algo que ya creí adivinar el primer día.

Reconozco que la primera impresión que me causó fue más bien desfavorable. Luego me sentí algo más atraída hacia él, para acabar sintiendo un claro rechazo cuando nos atacó de forma tan brutal a mi clase y a mí misma. Más tarde descubrí que no había tratado de calumniar a los de mi clase y que los ásperos y amargos comentarios que hizo sobre ella estaban plenamente justificados; lo que volvió a acercarme a él. Se convirtió en mi oráculo; había rasgado la máscara que cubría aquella sociedad y me hizo vislumbrar una realidad tan desagradable como cierta.

Como he dicho, no había un enamorado tan ardiente como él. En las ciudades que cuentan con una universidad, no es normal que las estudiantes no tengan experiencias amorosas antes de los veintitrés años. Yo las había tenido con estudiantes barbilampiños de secundaria y con profesores encanecidos y, también, con atletas y con gigantones del rugby. Pero ninguno de ellos me hizo sentir el amor como Ernest. Un día, en uno de nuestros encuentros, me rodeó con sus brazos y unió sus labios a los míos antes de que pudiera resistirme o protestar. Ante su empuje, cualquier remilgo de doncella hubiera sonado ridículo, así que me dejé llevar por su fuerza irresistible. No dudó ni un momento ante mí. Seguimos abrazados y dio por hecho que seríamos marido y mujer. No hubo la menor duda al respecto, excepto la de fijar la fecha de la boda.

Fue algo imprevisible, irreal; sin embargo, y de acuerdo con la prueba de la verdad de Ernest, funcionó. Confié mi vida a este nuevo destino y mi esperanza no sufrió ningún desmayo. No obstante, durante aquellos primeros días de dicha, en medio de esa impetuosidad amorosa, se cernía a veces sobre mí el temor al futuro. Eran temores infundados, ninguna mujer podía haberse sentido tan halagada con un hombre tan gentil y tierno como Ernest. La violencia y la ternura se unían en él en una maravillosa armonía, al igual que lo hacían su firmeza y su timidez. ¡Aquella casi imperceptible timidez que nunca llegó a superar por completo! Cuando andaba por nuestro salón me parecía como un toro que se movía en una tienda de porcelanas[37]. Puede que alguna vez surgiera en mí alguna duda subconsciente, pero sentí que se disipaban por completo la vez que acudimos al Club de los Filómatas. Fue una maravillosa noche de debates belicosos en la que Ernest desafió a los grandes

maestros en su propio fortín. El Club de los Filómatas era entonces el centro de reuniones culturales más célebre de la costa del Pacífico. Lo fundó la señorita Brentwood, una vieja solterona riquísima para la que el club significaba lo que un marido, una familia o una diversión. Sus miembros eran los más ricos de la comunidad y también los más activos, y aceptaban que entre ellos figurase un número reducido de profesores para dar un tono intelectual a las reuniones.

No era uno de esos tipos de club que disponen de una sede oficial. Una vez al mes sus miembros se reunían en la casa de alguno de ellos para escuchar a algún orador invitado. Los invitados eran generalmente, aunque no siempre, contratados para la charla. Si un químico de Nueva York hacía un nuevo descubrimiento sobre las propiedades del radio, es un decir, se le contrataba a lo largo y ancho del país para que explicara sus investigaciones. Naturalmente, se le pagaban todos los gastos y recibía una remuneración generosa por su lección magistral. Igual se invitaba a un explorador recién llegado de las regiones árticas que a un artista plástico, o a un escritor cuya obra hubiera resonado en aquel entorno social. La política del club era la de no permitir asistentes ajenos a él, ni que lo discutido en sus reuniones llegara hasta la prensa; esto permitía que acudieran algunos célebres estadistas y que pudieran expresar abiertamente sus ideas.

Tengo delante de mí una carta arrugada que me escribió Ernest hace veinte años. Consigo estirarla lo suficiente para poder copiar lo que sigue:

> Dado que tu padre es miembro del Club de los Filómatas, estás plenamente legitimada para asistir a sus reuniones. Trata de acudir el próximo martes por la noche; te prometo que tendrás uno de los mejores momentos de tu vida. En tus encuentros más recientes no has tenido mucho éxito enfrentándote a los poderosos. Si vienes, yo los vapulearé por ti. Los haré gruñir como perros de presa. Tú simplemente cuestionas su moralidad, y eso les hace reafirmarse en sus convicciones; pero si amenazas la bolsa de su dinero, se revolverán hasta descubrir las raíces de su primitiva naturaleza. Si vienes, podrás ver al hombre de las cavernas vestido de etiqueta, gruñendo y peleando en defensa de un hueso. Te prometo una visión reveladora sobre los instintos primarios de la bestia.
>
> Cuando la señorita Brentwood cursó la invitación, su idea era la de despedazarme en su reunión. No hizo grandes esfuerzos para evitar que lo descubriera. Ya se había permitido antes afrentar con ese tipo de burlas a otros invitados. Gozaba llevando almas confiadas y reformadores ingenuos a sus reuniones. La señorita Brentwood me considera tan inofensivo como un gato casero y tan simple y pacífico como un rumiante. No puedo negar que durante algún tiempo puedo haber llegado a ofrecerle esa impresión; dudó bastante al principio, pero acabó convencida de mi inocuidad. Me ofrecieron una suma importante por mi actuación —doscientos cincuenta

dólares—, lo que le habían dado a un político, que aunque radical, se había presentado una vez a gobernador. No tengo más remedio que llevar un traje de etiqueta. Nunca en mi vida me había vestido así. Lo alquilaré en alguna parte, pero no puedo desperdiciar la ocasión de actuar ante los filómatas.

Esa noche el club eligió como escenario la casa de los Pertonwaithe. Hubo que llevar más sillas al gran salón, debía de haber casi doscientos socios para escuchar a Ernest; todos ellos, altos regidores de nuestra sociedad. Me entretuve tratando de calcular a cuánto ascenderían sus fortunas; no bajarían de unos cuantos centenares de millones, y eso que no se trataba de los ricos ociosos, sino de los hombres de negocios que participaban activamente en la vida política e industrial.

Ya estábamos todos sentados cuando la señorita Brentwood presentó a Ernest. Se levantaron todos y se acercaron al extremo del salón desde donde Ernest iba a hablar. Ernest vestía un traje de etiqueta que resaltaba la anchura de sus hombros y su cabeza leonina: tenía un aspecto impresionante. Como contrapunto a esa presencia, contaba el ligero e inevitable aire tímido de sus movimientos. Mirándolo, pensé que podía haberme enamorado de él sólo por su aspecto. Sentí un enorme placer al contemplarlo. Recordé nuevamente la presión de su mano sobre la mía, el calor de sus labios al besar los míos; y sentí deseos de levantarme y gritarles a todos: «Ese hombre maravilloso es mío. Él me estrecha entre sus brazos y yo he contribuido a que su mente se llene de los pensamientos más elevados».

La señorita Brentwood se acercó a la cabecera de la mesa para presentar al coronel Van Gilbert, y presumí que sería él quien presidiera la reunión. El coronel era inmensamente rico, pero aun así seguía trabajando como abogado para las grandes corporaciones. La minuta mínima que cobraba era de cien mil dólares. Se le consideraba un magnífico abogado. Las leyes se convertían en juguetes en sus manos; las moldeaba a su gusto como si fueran de arcilla, las adaptaba a sus deseos y las hacía aparecer de acuerdo con sus intereses. Su aspecto y su retórica parecían pasados de moda, pero en cuanto a conocimientos y recursos, estaba a la orden del día. El caso que lo encumbró fue la anulación del testamento Shardwell[38]: su minuta fue de quinientos mil dólares. A partir de ahí su fama ascendió vertiginosamente. Se le consideraba una de las estrellas de la abogacía del país —naturalmente al servicio de las grandes empresas, y en ninguna relación de los tres mejores abogados de los Estados Unidos podía faltar su nombre.

Se levantó y presentó a Ernest; lo hizo con frases altisonantes que escondían un ligero toque de ironía; una ironía sutil para definir a Ernest como un reformador social perteneciente a la clase trabajadora, que hizo sonreír a la audiencia. Me sentí un tanto frustrada y dirigí la mirada a Ernest; su expresión redobló mi furia; no parecía haber acusado las puyas del coronel Van Gilbert, peor aún, parecía como si no las hubiera oído. Permanecía en su asiento, impasible y somnoliento. Ofrecía cierto aire ingenuo, y por un momento, un temor asaltó mi pensamiento: «¿No se sentiría

intimidado por la presión de tanta riqueza y poderío?». Rápidamente lo olvidé: Ernest no podía engañarme, pero sí conseguiría engañar a los demás, como ya había hecho con la señorita Brentwood. La señorita ocupaba una silla en primera fila y volvía de vez en cuando la cabeza hacia sus compañeros del club, que le sonreían cómplices ante las palabras del coronel.

Cuando Van Gilbert acabó su presentación, se levantó Ernest y comenzó a hablar. Empezó su discurso en un tono modesto y titubeante, con un evidente aire indeciso. Habló de su nacimiento en el seno de la clase trabajadora y de la sordidez y miseria de su entorno, miseria material y moral. Describió sus ideales y sus ambiciones y su concepción del paraíso en el que vivían las gentes de las clases poseedoras. Fueron sus palabras:

«Supe que por encima de mí, reinaban espíritus generosos, gentes de pensamiento limpio y noble, amantes de la vida intelectual. Lo supe porque había leído las novelas de la Seaside Library[39], en las que, a excepción de algunos villanos y de algunas aventureras, todos los personajes, hombres y mujeres, compartían nobles pensamientos, se expresaban con hermosas palabras y realizaban actos edificantes. En resumen, que al igual que aceptaba cada día la salida del sol, aceptaba que todo lo que había por encima de mi existencia era noble, hermoso y amable; lo que contribuía a darle decencia y dignidad a la vida y ayudaba a sobreponerse al trabajo y la miseria».

Continuó exponiendo su vida en las hilaturas, cómo aprendió después el oficio de herrador y su encuentro con los socialistas. Encontró entre éstos, mentes brillantes, individuos muy inteligentes: ministros del Evangelio, que habían roto con sus Iglesias por considerarlas congregaciones de adoradores del becerro de oro; profesores que abandonaron su universidad por considerarla subordinada a la clase poseedora. Explicó que los socialistas eran revolucionarios que luchaban por derribar la sociedad irracional del presente y construir en su lugar la sociedad racional del futuro. Fue un largo discurso que no cabría en este escrito, pero no olvidaré nunca su descripción de la vida de aquellos revolucionarios. Desaparecida la inseguridad inicial, su voz comenzó a sonar firme y confiada, y así siguió con su discurso, cada vez más fluido y convincente:

«Encontré también entre los revolucionarios una fe ciega en la humanidad, un idealismo ardiente, la satisfacción de renunciar a todo egoísmo y llegar incluso al martirio en defensa de sus ideas. Su vida era noble, clara y plena de actividad. Estuve en contacto con almas generosas que consideraban la vida humana muy por encima del valor del dinero. Gentes para las que el llanto de un niño hambriento de los arrabales miserables era mucho más importante que el auge de la expansión comercial y del imperio mundial. Todo a mi alrededor era noble, heroico y esforzado: días soleados y noches plagadas de estrellas; fuego y rocío; y brillante ante mis ojos, el Santo Grial, el auténtico Grial de Jesucristo, la humanidad maltratada y sufriente, pero finalmente liberada de su infortunio».

Aparecía transfigurado, una imagen familiar para mí. La expresión brillante de su rostro y el fulgor de sus ojos envolvían el resto de su cuerpo como en un manto dorado. Pero yo miraba a los asistentes y vi que no lo miraban como yo; pensé que las lágrimas de alegría y amor me impedían apreciar sus gestos. El señor Wickson, que estaba detrás de mí, parecía apático, y en algún momento le oí murmurar: «¡Bah, utopías[40]!».

Ernest continuó explicando su proceso de ascensión social y cómo llegó a relacionarse con miembros de las clases altas y a hablar de tú a tú a los individuos que ocupaban los puestos más elevados. Entonces sobrevino su desencanto, un desengaño que explicó en unos términos que no sirvieron precisamente para halagar al auditorio. Le sorprendió el molde común que los había conformado. La vida no aparecía allí como algo amable y generoso. Se sentía abrumado por el egoísmo reinante entre ellos, y sobre todo le sorprendió la vulgaridad de su pensamiento, la carencia de vida intelectual. Llegado del mundo de los revolucionarios, fue una sorpresa brutal enfrentarse a la estupidez intelectual de la clase dirigente, que, a pesar de sus espléndidas iglesias y de sus bien pagados predicadores, era una muestra humana del materialismo más grosero. Cierto que en sus parloteos se proponían pequeños ideales y una moral corta de miras, pero fuera de esa palabrería, la clave dominante de su vida era el materialismo más burdo. Carecían de un auténtico código moral; como el que Cristo había predicado y que no se había vuelto a predicar.

«Encontré hombres —prosiguió— que invocaban el nombre del Príncipe de la Paz en sus diatribas contra la guerra y, sin embargo, ponían rifles en las manos de los Pinkerton[41] para que disparasen a los que osaran hacer huelga en sus fábricas. Encontré individuos que en su incoherencia abominaban de la brutalidad del boxeo pero que, a la vez, vendían comida infantil adulterada, propiciando así la muerte de más niños que los que había matado el sangriento Herodes a comienzos de la era cristiana.

»El caballero distinguido de aires aristocráticos era en realidad un muñeco que al servicio de las grandes empresas expoliaba a las viudas y a los huérfanos. El caballero que coleccionaba libros refinados y ejercía un mecenazgo literario se dejaba chantajear por un sórdido jefe del ayuntamiento. Al director de un periódico que publicaba anuncios de determinados fármacos lo conminé a que publicara en ese mismo periódico la verdad sobre esos falsos remedios[42]. Otro honrado ciudadano que hablaba sosegada y seriamente sobre los beneficios del idealismo y sobre la bondad de Dios, acababa de estafar a los socios de su empresa. Otro caballero, un sostenedor de su Iglesia y gran mecenas de las misiones evangelizadoras en otros países, obligaba a las mujeres a trabajar diez horas diarias en sus tiendas, y al pagarles salarios de miseria, las impelía a la prostitución. Otro caballero distinguido, que hacía donaciones a la universidad y erigía magníficas capillas, incurría en perjurio ante el juez por unos pocos dólares. He conocido también a un magnate de los ferrocarriles que incumplía su palabra de caballero, de ciudadano y de cristiano, al

pagar comisiones ilegales por una concesión, ¡y pagó muchas comisiones a escondidas! También conocí a un senador que era un títere al servicio de un capo de la maquinaria electoral[43], un tipo inculto y despiadado; la misma cuerda ataba al gobernador y al juez que dirigía el Tribunal Supremo. Los tres viajaban gratis en los trenes porque ese capitalista era el dueño de esa maquinaria, dirigía a los jefes que la manejaban, y era el que emitía los pases de favor.

»Y así fue como, en lugar del paraíso, me encontré inmerso en el árido desierto del más feroz mercantilismo; donde no encontré más que estupidez, excepto para los negocios. No hallé nada limpio, noble o saludable, aunque muchos de ellos parecían gozar de una excelente salud dentro de la corrupción. Lo único que encontré fue un egoísmo feroz y despiadado y un materialismo grosero, glotón, aunque muy eficaz en sus prácticas abusivas».

Mucho más les contó Ernest acerca de ellos mismos y de la desilusión que sufrió cuando los conoció de cerca. Lo habían aburrido como falsos intelectuales, y desde un punto de vista moral y espiritual consiguieron asquearlo. Así pues, decidió volver con los revolucionarios, con sus ideales limpios, nobles y saludables, con todo aquello de lo que carecían los capitalistas.

«Y ahora —agregó—, déjenme hablarles de la revolución». Pero antes, debo decir que ninguno se había inmutado ante sus duras diatribas. Miré alrededor y vi en sus rostros que seguían sintiéndose muy superiores a pesar de lo que habían escuchado; y entonces recordé lo que una vez me dijo Ernest: «Son inmunes a cualquier invectiva moral». Pude observar, sin embargo, que su lenguaje audaz había afectado a la señorita Brentwood, en cuyo rostro aprecié signos de preocupación.

Ernest comenzó describiendo el ejército revolucionario, dando unas cifras que denotaban su fortaleza (las adhesiones en varios países); ante esos datos, la audiencia comenzó a revolverse inquieta; les preocupaba la organización internacional de los socialistas, que unía el millón y medio de miembros norteamericanos con los veintitrés millones y medio del resto del mundo.

«Un ejército así al servicio de la revolución, un contingente de veinticinco millones de socialistas es algo que los magnates y la clase dirigente tienen que empezar a considerar. El grito de este ejército es: ¡Sin cuartel! Queremos todo lo que poseéis. No nos contentamos con menos. Queremos que pase a nuestras manos vuestro reino de poder y tener en ellas el destino de la humanidad. Éstas son nuestras manos —dijo, mostrando sus palmas al auditorio—. Son manos poderosas. Vamos a desalojaros del Gobierno, de vuestros palacios, de todo ese bienestar ocioso; y a partir de ese momento, tendréis que ganar el pan con vuestro trabajo igual que lo gana el campesino en los surcos o vuestros pobres empleados en las ciudades. Éstas son nuestras manos, unas manos poderosas».

Mientras completaba su alocución, seguía extendiendo hacia el auditorio sus firmes brazos, y sus manos de herrador se agitaban en el aire como las garras de un águila. Representaba allí el espíritu poderoso de los trabajadores; sus manos se

proyectaban como si trataran de aplastar entre ellas a toda la audiencia. Yo estaba segura de percibir cómo alguno de los presentes se encogía levemente delante de su presencia real, revolucionaria y amenazante. Era en el rostro de las mujeres donde más se percibía el temor, menos en el de los hombres, que al fin y al cabo eran unos millonarios activos, los menos ociosos y más acostumbrados a luchar en la vida. Comenzó a oírse en la sala un rumor sordo, que aunque pareció cesar por un momento, era sólo el preludio del conjunto de gruñidos que llegó a continuación y que tuve que soportar más veces esa noche —era la expresión ancestral del animal en el hombre de hoy, la más ligada a su naturaleza—. Creo que ni siquiera eran conscientes de haber producido esos ruidos. Era el gruñido de la manada proferido por la horda de forma improvisada, inconsciente. Y en ese momento, al ver la dureza de sus rostros y la violencia en sus miradas, comprendí que no iba a resultar sencillo que esa gente renunciase a su dominio del mundo.

Ernest prosiguió su ataque. Justificó la existencia del millón y medio de revolucionarios en los Estados Unidos por la pésima gestión de la sociedad llevada a cabo por la clase capitalista. Hizo un bosquejo sobre la economía en el hombre de las cavernas y en los pueblos salvajes de hoy, que carentes de herramientas y de máquinas poseían, no obstante, la capacidad natural para mantener una existencia racional. Continuó exponiendo el desarrollo industrial y la organización social que había conducido a la civilización humana a multiplicar por mil la riqueza que producía el hombre salvaje.

«Sólo cinco hombres pueden hoy producir el pan suficiente como para alimentar a otros mil —continuó—. Un solo hombre es capaz de producir tejido de algodón para vestir a doscientos cincuenta individuos, prendas de lana para abrigar a trescientos y botas y zapatos para calzar a mil. Se podría, ante estos hechos, llegar a la conclusión de que bajo una gestión racional de la sociedad, el hombre civilizado de nuestros tiempos podría vivir infinitamente mejor que el hombre primitivo, ¿pero es así?; veamos: en los Estados Unidos tenemos hoy quince millones[44] de personas que viven por debajo de los límites de la pobreza. Se entiende por pobreza las condiciones de vida en las que la falta de comida y de abrigo hace que no puedan mantener la más simple eficiencia laboral. Hoy día en los Estados Unidos, a pesar de lo que ustedes llaman legislación social, hay tres millones de niños obreros[45]. En doce años se ha doblado la cifra. Y aprovecho para preguntar a los regidores de la sociedad aquí presentes por qué no se han publicado las cifras del censo de 1910. No teman, responderé por ustedes: porque esas cifras de miseria precipitarían la revolución, que en cualquier caso ya está en ciernes.

»Pero volviendo a mi proposición anterior, si la capacidad del hombre de hoy para producir riqueza es mil veces superior a la del hombre de las cavernas, ¿por qué entonces hay quince millones de personas que ni comen lo necesario ni tienen el abrigo mínimo que los proteja de las inclemencias naturales?, o ¿por qué permitimos que haya tres millones de niños trabajando? Es una acusación directa a la clase

capitalista: su gestión de la sociedad es un rotundo fracaso. A la vista del hecho de que la vida del hombre moderno sea más desdichada que la del hombre cavernario, a pesar de que su capacidad de crear riqueza sea mil veces superior, la única conclusión es que la clase capitalista practica una mala administración de la riqueza. Son ustedes unos pésimos administradores, ustedes, los rectores de la sociedad han administrado la sociedad de forma egoísta y criminal. Y sobre esta cuestión no pueden responderme cara a cara esta noche, de la misma forma que el conjunto de su clase no puede responder al millón y medio de revolucionarios de los Estados Unidos. Son incapaces de responder; no tienen respuestas, incluso me atrevo a decir que tampoco cuando haya acabado de hablar, responderán. Tienen la lengua bloqueada aunque sean capaces de hablar largamente sobre otros asuntos.

»Han fracasado en su gestión. Su civilización es un auténtico desastre. Se han portado como ciegos avariciosos. Han tenido, y siguen teniendo, la desvergüenza de tomar la palabra en los parlamentos para sostener que sin el trabajo de niños y niñas sus empresas no serían rentables. No son palabras mías; todo está escrito para su escarnio. Han adormecido sus conciencias con sus parloteos sobre intrascendentes ideales y con su particular moralina. Están saciados de poder y riqueza y ebrios con sus éxitos, y en su lucha contra nosotros tienen las mismas posibilidades de victoria que los zánganos, que holgazanean alrededor de la colmena y sólo les espera la llegada de las obreras que acabarán con sus vidas ociosas. Han fracasado en su gestión de la sociedad y no tendrán ninguna otra oportunidad para gestionarla. Un millón y medio de miembros de la clase trabajadora esperan que el resto de esta clase se una con ellos para arrebatarles ese control de la sociedad. Esto es la revolución, señores míos. ¡Deténganla, si son capaces!».

La voz de Ernest siguió resonando en la sala durante un buen rato, al cabo de ese tiempo comenzó a sonar el murmullo ronco que había oído antes, y una docena de hombres se levantó para atraer con sus gritos la atención del coronel Van Gilbert. Pude ver cómo los hombros de la señorita Brentwood se movían convulsos, lo que hizo que por un momento me sintiera irritada: pensé que se estaba riendo de Ernest; pero no, no eran risotadas, era un ataque de histeria. La señorita Brentwood estaba horrorizada por haber llevado un agitador tan peligroso a su querido Club de los Filómatas.

El coronel Van Gilbert no reparó en la docena de hombres que, con sus caras enrojecidas por la ira, reclamaban su permiso para tomar la palabra. El coronel era presa de la misma ira. Se puso bruscamente en pie, agitó los brazos, y durante algunos instantes sólo pudo proferir sonidos incoherentes; después pareció recuperarse y un tropel de palabras salió de su boca. No fueron las palabras de un abogado de ciento cincuenta mil dólares de minuta, ni su habitual retórica anticuada lo que se oyó en aquel salón.

«¡Eso son falacias, una detrás de otra! —gritó—. En toda mi vida había oído a nadie soltar tantas falacias en un tiempo tan corto; y escúcheme, jovencito, usted no

ha dicho aquí nada nuevo. Todo eso lo aprendí en la universidad antes de que usted naciera. Juan Jacobo Rousseau había enunciado sus teorías socialistas hace por lo menos dos siglos. ¿Regreso a la naturaleza? ¡Tonterías! Es dar un paso atrás; la biología nos enseña lo absurdo de esa postura. Siempre se ha dicho que un conocimiento precario puede resultar peligroso; usted lo ha confirmado esta noche con sus descabelladas teorías. ¡Falacia tras falacia! Nunca me había sentido tan asqueado por tanta falacia ni por tantas generalizaciones inmaduras y tantos razonamientos infantiles».

El coronel chasqueó sus dedos en un gesto despreciativo y volvió a su asiento. Hubo exclamaciones sordas por parte de algunas señoras y ahogados gritos afirmativos por el de los hombres. En cuanto a los doce hombres que espontáneamente se pusieron en pie, al menos la mitad comenzó a hablar a la vez, causando un indescriptible guirigay. Nunca habían soportado tal espectáculo los venerables muros del salón de la señorita Brentwood. Aquéllos eran los fríos capitanes de la industria y los grandes señores de la alta sociedad, gruñían y rugían de ira dentro de sus trajes de etiqueta. Sin duda, Ernest había conseguido soliviantarlos cuando extendió sus brazos para arrebatarles sus bolsas de dinero, unas manos que se mostraron ante sus ojos como las del millón y medio de revolucionarios.

Pero Ernest no perdía los nervios en esas situaciones. Tan pronto el coronel Van Gilbert volvió a su asiento, Ernest se levantó bruscamente y les dijo, imperioso: «Caballeros, uno a uno».

El sonido potente que salió de su garganta consiguió aplacar aquella tempestad de voces. Su fuerte personalidad impuso el silencio.

«De uno en uno —repitió con suavidad esta vez—, pero permítanme antes responder al coronel Van Gilbert. Luego, los demás podrán venir a por mí, pero recuerden, de uno en uno; esto no es un partido de rugby.

»Por lo que a usted respecta —dijo, dirigiéndose al coronel— no ha respondido a ninguna de las cuestiones que he planteado, sólo se ha limitado a hacer unas afirmaciones dogmáticas e histéricas sobre mi capacidad mental. Puede que eso le sirva a usted en sus negocios, pero no para responderme a mí. Yo no soy un trabajador, que con la gorra en la mano me acerque para pedirle un aumento de salario o a rogarle que me evite la peligrosidad de una máquina. Sus formas dogmáticas no le servirán conmigo. Guárdelas para cuando trate con sus asalariados-esclavos, que no se atreverán a contradecirlo porque sus medios de vida están en sus poderosas manos.

»En cuanto a esa vuelta a la naturaleza, que dice haber aprendido en su facultad antes de que yo naciera, permítame decirle que a la vista de lo que dice parece no haber aprendido nada más desde entonces. El socialismo tiene que ver con el estado de naturaleza tan poco como el cálculo diferencial con las lecciones de doctrina cristiana. He considerado que su clase es estúpida en cuanto la sacan de sus negocios habituales, y usted me ha demostrado claramente la validez de este aserto».

El duro castigo infligido por Ernest al abogado, el de los cien mil dólares por minuta, fue demasiado para los nervios de la señorita Brentwood. Su ataque de histeria fue creciendo hasta el punto de que tuvieron que sacarla de la sala, sacudida por una crisis violenta de risa y de llanto. Quizá fue lo mejor para ella porque el ataque más duro llegó a continuación.

«No es que lo diga yo —prosiguió Ernest, una vez superado el incidente—; pregunten a quienes consideran como autoridades en estas materias, ellos corroborarán con voz unánime ese sinsentido. Los mismos hombres doctos a los que sostienen con su dinero les confirmarán su error. Acudan a cualquier profesor ayudante de sociología y pregúntenle cuál es la diferencia entre las teorías rousonianas del retorno a la naturaleza y las teorías socialistas; pregunten a sus más apreciados expertos en economía política y en sociología; busquen en las páginas de los volúmenes que sobre esa materia abarrotan los estantes de las bibliotecas que sufragan con sus fondos. No encontrarán en ninguno de ellos una sola página que establezca esa correspondencia entre el retorno a la naturaleza y el socialismo. Por el contrario, sí encontrarán una respuesta afirmativa unánime de que ambas teorías son diametralmente opuestas. Insisto en que no tienen por qué creer en lo ahora les digo, la confirmación de su ignorancia está en esos libros que sufragan pero nunca leen. Y ustedes, en su supina ignorancia, son un claro exponente de su clase.

»Usted, coronel Van Gilbert, es un experto en leyes y en formas de hacer negocios. Usted sabe cómo, retorciendo las leyes, conseguir que las grandes corporaciones aumenten sus dividendos; estupendo, no salga de ese terreno en el que tan bien se maneja; es usted un magnífico abogado, pero no tiene ni idea de historia, ni de sociología, y sus conocimientos de biología con equiparables a los de Plinio».

El coronel Van Gilbert se revolvió en su asiento. En la sala reinaba un profundo silencio. Todos parecían fascinados en sus sillas —mejor diría, paralizados— ante las terribles diatribas de Ernest contra el coronel; algo antes inimaginable, imposible de creer: el gran abogado, ante el cual temblaban los jueces cuando se levantaba de su estrado para soltar su discurso. Pero Ernest nunca daba cuartel a sus enemigos.

«Esto, naturalmente, no implica negar sus habilidades —continuó Ernest—, sigamos cada uno en su oficio. Usted es un gran especialista en el suyo, conoce las leyes a la perfección, cómo burlarlas o cómo crear leyes nuevas que incrementen los beneficios de esas compañías depredadoras. En esa actividad no llego ni a la altura de sus zapatos, pero cuando se trata de la sociología, mi negocio, ahí no llega usted a la altura de los míos. Recuérdelo, y recuerde también que sus leyes son materia de un día, y que usted, fuera de ellas, es incapaz de cualquier otra actividad. Por lo tanto, sus asertos dogmáticos y sus irreflexivas generalizaciones sobre cuestiones históricas o sociológicas no valen el aliento que gasta en proferirlas».

Ernest hizo una pausa momentánea y fijó su mirada en el rostro rojo y contraído del coronel, en su pecho jadeante y en sus manos, que abría y cerraba de forma nerviosa.

«Pero parece, coronel, que aún le quedan recursos dialécticos; lo invito a que los utilice. He denostado a su clase; muéstreme lo erróneo de mi censura. Le he mostrado la postración del hombre moderno: tres millones de niños-esclavos en los Estados Unidos, sin cuyo trabajo las compañías no obtendrían beneficios; así como quince millones de trabajadores mal vestidos, mal alimentados y sin un cobijo digno. Le he mostrado que la capacidad productiva del hombre moderno, a través de la organización social y del uso extensivo de la nueva maquinaria, es mil veces superior a la del hombre de las cavernas. Y así considerado, la conclusión es que la clase capitalista ha fracasado rotundamente en su gestión. Ésa ha sido mi acusación, y lo he retado varias veces a rebatirla; mejor dicho, he aventurado que sería usted incapaz de responder. ¡Utilice sus últimos recursos para aplastar mis argumentos! Usted ha considerado que mi discurso era falaz. Diga, coronel, dónde radica la falacia. Responda a la acusación que yo y el millón y medio de mis camaradas hemos lanzado contra usted y contra su clase».

El coronel, en su agitación, olvidó que presidía la reunión y que debía conceder el turno de palabra a los asistentes que ansiaban responder a Ernest. Saltó de su asiento y olvidando su habitual retórica y sus buenas maneras, comenzó a insultar a Ernest, tachándolo de jovencito demagogo; insultos que alternaba con otros más feroces dirigidos a la clase trabajadora, a la que acusaba de incompetente e ineficaz.

—Se ve que es usted un abogado eficaz. No he encontrado en mi vida a un hombre a quien resulte más difícil ceñir a un tema —comenzó a responder Ernest a la diatriba del coronel—. Mi juventud no tiene nada que ver con lo que he expuesto; ni tampoco la supuesta incompetencia de la clase trabajadora. Yo he acusado a la clase capitalista de su mala gestión de la sociedad; y usted no ha respondido a esa acusación; ha sido incapaz de rebatirla. ¿Por qué? ¿Acaso no encuentra ninguna respuesta? Usted es el héroe de toda esta audiencia. Todos aquí, excepto yo, están pendientes de sus labios, de su respuesta, porque para ellos es usted el más indicado para darla. Por lo que a mí respecta, estoy convencido no ya de que no puede responder, sino de que ni siquiera va a intentarlo.

—¡Esto es intolerable! ¡Esto es un insulto! —gritó el coronel Van Gilbert.

—Lo intolerable sería la incapacidad de respuesta —respondió seriamente Ernest—. Ningún hombre se puede sentir insultado en una polémica intelectual. El insulto es, por naturaleza, emocional. Serénese y trate de darle una respuesta intelectual a mi condena intelectual sobre el fracaso absoluto de la clase capitalista como regidora de la sociedad.

El coronel Van Gilbert permaneció silencioso mientras aparecía en su rostro una expresión sombría, de hosca suficiencia, como la de alguien que no está dispuesto a disputar con ningún rufián.

—No se deprima, coronel. Consuélese pensando que ningún miembro de su clase ha sido nunca capaz de responder a ese cargo. —A continuación se volvió hacia los otros miembros que habían pedido la palabra—. Ahora tienen su oportunidad,

caballeros. Adelante, y no olviden que los he retado a dar respuesta a las cuestiones que el coronel no ha sabido responder.

Me resultaría imposible escribir todo lo que siguió en aquella discusión. Nunca pude imaginar que en el limitado plazo de tres horas hubieran podido pronunciarse tantas palabras. Resultó impresionante. Cuanto más crecía la excitación de sus oponentes, más los excitaba deliberadamente Ernest. Manejaba con precisión enciclopédica cada concepto, y conseguía desarmarlos mediante una frase o una palabra precisa. Descubría inmediatamente los fallos de sus razonamientos: eso es un falso silogismo; esa conclusión no tiene nada que ver con las premisas; esa premisa es falsa porque estaba incluida en la conclusión a la que se intentaba llegar. Eso es inexacto; aquello, una presunción; o ésa es una afirmación opuesta a la verdad que ha quedado definitivamente plasmada en todos los manuales.

Continuó así, respondiéndoles a todos. A veces cambiaba el sable por el bastón, pero continuaba con sus mandobles a derecha e izquierda. Requería siempre hechos y rechazaba discutir teorías. Y los hechos eran el Waterloo de sus contrincantes. Cuando atacaban a la clase trabajadora, les respondía: «¡Apártate, que me tiznas!, dijo la sartén al cazo». Y les repetía: «¿Por qué no ha respondido nadie a mi acusación sobre el fracaso de la clase capitalista como rectora de la sociedad? Han hablado y hablado sobre asuntos que no tenían nada que ver con esto, pero no han sido capaces de responder sobre ese fracaso. ¿Es que acaso no tienen una respuesta?».

Fue al final de la reunión cuando habló el señor Wickson. Fue el único que se mostró sereno, y Ernest lo trató con el respeto que no había concedido al resto.

—No se precisa ninguna respuesta —habló el señor Wickson con estudiada calma —. He seguido toda la discusión con asombro y cierto disgusto. Sí, me siento disgustado con vosotros, caballeros miembros de mi clase. Os habéis comportado como inocentes colegiales. Os habéis dejado llevar por cuestiones morales y por la palabrería de los políticos más vulgares. Habéis sido superados tanto en vuestra forma de exponer como en vuestros argumentos. Habéis hablado y hablado, pero vuestras palabras sonaban como un zumbido. Sí, habéis estado zumbando como los mosquitos alrededor de un oso. Caballeros, ahí tenéis al oso —dijo señalando a Ernest— y vuestro zumbido sólo ha conseguido cosquillear sus orejas.

»Creedme, la situación es muy seria. El oso ha extendido hoy sus patas para aplastarnos. Él ha dicho que hay un millón y medio de revolucionarios en los Estados Unidos. Es un hecho. Ha dicho que su intención es apartarnos de nuestros Gobiernos, de nuestros palacios y de toda nuestra vida suntuosa. Eso también es un hecho. Un cambio, un gran cambio, se avecina en nuestra sociedad; pero, afortunadamente, puede que no sea el cambio que él preconiza. El oso ha dicho que nos va a aplastar. ¿Qué pasaría si fuéramos nosotros los que aplastáramos al oso?

Un ruido sordo retumbó por toda la sala y los hombres comenzaron a mirarse entre sí asintiendo con sus cabezas a la vez que endurecían sus facciones. Iban a luchar, no cabía duda.

—Pero no vais a aplastar al oso zumbando a su alrededor —prosiguió el señor Wickson en tono frío e impersonal—. Cazaremos al oso, no vamos a combatirlo con palabras. Le responderemos con plomo. Nadie puede negar que el poder es nuestro; y en virtud de ello, no vamos a dejar que nos lo arrebaten.

Se volvió bruscamente hacia Ernest, y los momentos siguientes fueron muy tensos.

—Ésta es nuestra respuesta. No vamos a perder más tiempo hablando. Cuando alarguéis vuestras poderosas manos para arrebatarnos nuestros palacios y nuestras riquezas, os mostraremos nuestra fuerza. La expresión de nuestro poder será la metralla que surja del estallido de los obuses y el traqueteo de las ametralladoras[46]. Aplastaremos a esos revolucionarios con el talón de nuestras botas, pisando sobre sus rostros. Éste es nuestro mundo, somos sus dueños y seguiremos siéndolo. Yo sí conozco la historia y por eso sé que las legiones de trabajadores han vivido en el fango desde tiempo inmemorial, y en él seguirán mientras yo, los míos y los que nos sucedan conserven el poder. Ésta es la palabra, la reina de las palabras: poder. Ni Dios, ni el becerro de oro: el poder. Mueva la palabra en su boca hasta que la lengua encuentre su áspero sabor. ¡El poder!

—Ya me han respondido —contestó tranquilo Ernest—. Era la única respuesta que se podía esperar. El poder es justamente lo que la clase trabajadora busca. Sabemos perfectamente, por amarga experiencia, que ninguna apelación al derecho, a la justicia o a la humanidad los haría cambiar. Sus corazones son tan duros como los talones con los que pisotean los rostros de los pobres. Por ello reivindicamos el poder. Con el poder de nuestros votos, el día de las elecciones os arrebataremos el gobierno de la sociedad.

—¿Qué pasará si el día de las elecciones obtienen una mayoría aplastante? —interrumpió el señor Wickson—. ¿Imagine que nos negamos a cederles el gobierno aunque lo hayan ganado en las urnas?

—También hemos considerado esa posibilidad —replicó Ernest—. Y en ese caso les responderíamos con el plomo del que ha hablado. El poder, lo ha proclamado como el rey de los términos. Él será el dominante. Y si el día en que consigamos esa gran mayoría en las urnas, rehúsan ceder el poder al Gobierno que pacífica y constitucionalmente haya ganado, les diré qué haremos: responderemos con el estallido de los obuses, el fragor de la metralla y el traqueteo de las ametralladoras; ésa será nuestra respuesta.

—No tienen escapatoria; veo que efectivamente conoce la historia, y que desde sus orígenes el mundo del trabajo ha estado sumergido en el fango; e igualmente estoy seguro de que en él permanecerá en tanto que usted, los suyos y los que los sucedan conserven el poder. Estoy absolutamente de acuerdo con todo lo que ha dicho. El poder será el árbitro, tal como ha sucedido siempre. Es una lucha de clases. De igual modo que su clase acabó con la nobleza feudal, así acabará la clase trabajadora con la suya. Si es usted capaz de estudiar la biología y la sociología con la

atención con la que ha leído la historia, comprenderá que ese final es inevitable. Poco importa que tardemos uno, diez o mil años, nuestra clase desalojará del poder a la suya. ¡El poder! Nuestros ejércitos de trabajadores han masticado esa palabra hasta sentir su más profundo sabor. ¡El poder!, la palabra suprema.

Y así acabó la noche en el Club de los Filómatas.

Capítulo 6

Premoniciones

Y fue entonces cuando los presagios más pesimistas comenzaron a cernirse, ásperos y veloces, sobre nuestra existencia.

Ernest ya había puesto en duda la conveniencia de que mi padre recibiera en su casa a líderes socialistas y obreros, y de que acudiera a sus reuniones. Mi padre se rió de sus temores. En cuanto a mí, cada día aprendía más y más en mis relaciones con los líderes obreros y con otros intelectuales. Comenzaba a ver el otro lado de la pantalla. Me encantaba su generosidad y su idealismo, aunque sentía cierto pavor al comprobar la vastedad de la literatura filosófica y científica que se abría ante mí. Aprendía muy deprisa, pero no lo suficiente como para llegar a comprender el peligro que se cernía sobre nosotros.

Hubo avisos a los que no presté atención. Uno de ellos fue no advertir que la señora Pertonwaithe y su amiga, la señora Wickson, ejercían un considerable poder social en los círculos universitarios de la ciudad. Ellas transmitieron la idea de que yo era una muchacha demasiado atrevida que se creía muy segura de sí misma, con cierto interés malicioso por inmiscuirme en los asuntos ajenos. Me pareció normal dado el interés que puse en investigar el caso del brazo de Jackson, pero no estimé adecuadamente el efecto de las opiniones difundidas por esas dos señoras, cuyo poder social las convertía en árbitros decisivos en el medio en que vivíamos.

De hecho, noté cierto alejamiento por parte de mis amigos de siempre, pero lo achaqué a los comentarios que se hacían en su círculo sobre mi intención de casarme con Ernest. No pasó mucho tiempo antes de que Ernest me advirtiera claramente de que no se trataba de un sentimiento espontáneo del grupo, sino de algo inducido por otros agentes. «Has dado cobijo en tu casa a un enemigo de tu clase —me dijo—; y no sólo cobijo, le has dado tu amor, te has entregado a él. Eso significa una traición a tu clase. No pienses que vas a escapar sin castigo».

Pero fue antes de eso cuando una tarde en la que estaba con Ernest, llegó mi padre muy enfadado, filosóficamente enfadado. Mi padre no se enfadaba casi nunca, aunque a veces se permitía una pequeña porción de ira —él lo llamaba su tónico—. Esa tarde pudimos ver que entraba con su ración de enfado-tónico.

—¿A ver qué os parece? He comido con Wilcox.

Wilcox era rector emérito y presidente de la universidad. Había construido su ideario con las generalizaciones que abundaban en el año 1870, y desde entonces no las había refrescado con ninguna otra.

—Me invitó. Me llamó para que comiéramos juntos —dijo, y luego quedó callado —. Reconozco que se mostró muy cortés, pero tuve que aguantar que ese viejo fósil me reprendiera —continuó.

—Apostaría a que conozco el motivo de esa reprimenda —intervino Ernest.

—Te concedo tres intentos —rió mi padre.

—Me basta con uno, y no es una suposición; es una deducción. Lo invitó para reprenderlo por su vida privada.

—¡Cierto! —exclamó mi padre—, ¿cómo lo adivinaste?

—Siempre imaginé que eso llegaría a pasar. Ya se lo advertí.

—Sí. Lo dijiste —dijo pensativo mi padre—, pero no podía creerlo; ¡pero en fin! Es otra evidencia importante para el libro que escribo.

—Eso no es nada para lo que se avecina —prosiguió Ernest— si persiste usted en traer a su casa a todos esos socialistas y radicales, incluyéndome a mí.

—Eso es justamente lo que dijo Wilcox, entre otras insensateces; que era algo de mal gusto, que no proporcionaba ningún beneficio, o que estaba lejos de las tradiciones y políticas de la universidad. Se extendió en muchas más vaguedades y no conseguí en ningún momento que se centrara en algún punto concreto. Lo que sí logré fue que se sintiera un tanto incómodo. Repetía una y otra vez los mismos tópicos, intercalados por sus declaraciones de aprecio hacia mí y por la admiración que el mundo académico sentía por mis trabajos científicos. Tuve la sensación de que no le estaba resultando nada agradable decirme todo aquello, y que las palabras salían de su boca sin que él estuviera, personalmente, muy de acuerdo con ellas.

—No es un hombre libre —dijo Ernest—, pero el prisionero no siempre se siente feliz con sus grilletes.

—Sí, ésa es la impresión que me dio. Me dijo que la universidad necesitaba este año muchos más fondos que los que el Estado prometía; y que tendrían que recurrir al mecenazgo de los poderosos; a esos ricachones que no podían menos que sentirse ofendidos por el brusco giro que había sufrido la universidad, al haber abandonado sus actividades tradicionales de búsqueda desapasionada de un pensamiento teórico desapasionado. Cuando traté de presionarlo para que me aclarara qué tenía que ver mi vida privada con el desvío de la universidad de sus altos ideales, simplemente me ofreció dos años sabáticos pagados para que, en Europa, investigara o hiciera lo que más me apeteciera. Naturalmente, no pude aceptarlo en esas condiciones.

—Hubiera sido mucho mejor que aceptara su ofrecimiento —dijo Ernest en tono serio.

—¡Pero eso era un soborno! —protestó mi padre. Ernest asintió con la cabeza.

—También me dijo ese individuo que había murmuraciones y cotilleos en las reuniones sociales sobre mi hija, a quien habían visto en público con un personaje tan singular como tú; algo que no cuadraba con la tradición y los ideales de la universidad. No es que él estuviera de acuerdo con esos comentarios, ¡no!, simplemente lo decía para mi conocimiento.

Ernest pensó durante unos instantes en lo que decía mi padre, y a continuación se dirigió a él sin abandonar su seriedad, aunque se podía apreciar un leve tono de ira en su voz:

—Hay algo más que el cambio en los ideales de la universidad. Alguien está presionando al rector Wilcox.

—¿Tú crees? —preguntó mi padre, con una expresión que parecía más interesada que asustada.

—Me gustaría transmitirle los pensamientos que me empiezan a rondar por la cabeza —le respondió Ernest—. Nunca en la historia de la humanidad ha sufrido la sociedad un flujo de cambios tan poderoso como el que está soportando ahora. Los cambios vertiginosos de nuestro sistema industrial están causando cambios igual de vertiginosos en nuestras estructuras religiosas, políticas y sociales. Una invisible y temible revolución se está produciendo en las estructuras básicas de la sociedad. Sólo se puede percibir levemente, pero está en el aire, hoy, ahora mismo. Se puede presagiar la amenaza, general e imprecisa, pero terrible. Mi cabeza se siente agobiada tratando de imaginar en qué puede cristalizar ese torbellino. Usted oyó lo que dijo Wickson la otra noche. Detrás de sus palabras se escondían las mismas sombras informes, innominadas, que acuden ahora a mi mente. Wickson expresó claramente esa amenaza subyacente.

—Quiere usted decir… —mi padre se interrumpió, pensativo.

—Quiero decir que la sombra de algo tremendo y amenazador se cierne a lo largo de nuestro país. Llámelo la sombra de una oligarquía, si lo prefiere, es lo más aproximado que se me ocurre. No me atrevo a definir su naturaleza[47]. Pero lo que trato de decir es que usted se encuentra en una situación peligrosa. Un peligro que mi propio temor acrecienta porque ni siquiera estoy seguro de su magnitud. Siga mi consejo y acepte esas vacaciones.

—Pero sería una cobardía —respondió.

—En absoluto. Usted es un hombre mayor que ha cumplido su trabajo en este mundo, y lo ha hecho muy bien. Ceda esta batalla a los más jóvenes y a los más fuertes. Somos ahora nosotros los que tenemos que hacer ese trabajo. Avis estará a mi lado en lo que se avecina. Ella será su representante en el frente de batalla.

—Pero ellos no pueden hacerme ningún daño —objetó mi padre—. Gracias a Dios soy un hombre independiente. Soy consciente de los graves perjuicios que pueden causar a un profesor que dependa económicamente de esa universidad. Pero no es mi caso. Nunca he practicado la docencia sólo por un sueldo. Puedo vivir de forma muy holgada por mis propios medios, y ese sueldo es lo único que me pueden negar.

—No se da cuenta, profesor —respondió Ernest—, de que mis temores no surgen de que le nieguen sus ingresos como profesor, sino de que puedan arrebatarle todo lo que posee.

Mi padre quedó en silencio durante algunos minutos. Sentí que meditaba profundamente y que al final de esa pausa había llegado a alguna conclusión. Por fin, dijo:

—No aceptaré esas vacaciones —calló otra vez—. Continuaré escribiendo mi

libro[48]. Puede que tenga usted razón o que exagere, pero yo seguiré en mi puesto.

—Está bien —dijo Ernest—. Está usted siguiendo el mismo camino que el obispo Morehouse y se dirige hacia el mismo abismo, en cuyo fondo aparecerán como simples proletarios.

La conversación giró hacia el obispo, y le pedimos a Ernest que nos contara lo que sabía de él.

—Está profundamente afectado después del viaje al infierno al que lo invité. Fuimos a visitar los hogares de algunos de los trabajadores de nuestras fábricas. Le mostré las ruinas humanas que se forjaban en esa maquinaria industrial, y él prestó toda su atención a los relatos de los trabajadores. Lo llevé a visitar los arrabales de San Francisco y pudo comprobar que el alcoholismo, la prostitución y el crimen tenían causas más profundas que las que se consideran innatas en el hombre. Se encuentra fuera de sí, ha perdido todo control. Es un hombre profundamente ético, y lo que ha visto le ha afectado en lo más profundo de su ser. Y como siempre, carece del menor sentido práctico: se empeña en llevar a cabo una misión evangelizadora ante los poderosos para tratar de solucionar la miseria de los trabajadores. Cree que su obligación es la de convencerlos para que vuelvan a la Iglesia de Jesucristo. Su exaltación lo llevará tarde o temprano a un estallido violento, a sufrir algún contratiempo serio. No puedo prever cuál. Es un hombre apasionado en su pensamiento, pero muy poco práctico en sus acciones. Me supera; no soy capaz de hacer que vuelva a poner los pies en la tierra. Ha emprendido un vuelo directo hacia su Getsemaní, previo a su crucifixión. Estas almas elevadas están destinadas a la crucifixión.

—¿Y tú? —pregunté con una sonrisa que escondía toda la ansiedad de la enamorada.

—A mí no —rió—. Me pueden ejecutar o asesinar, pero nunca me crucificarán. Mantengo mis pies firmes sobre la tierra.

—Pero entonces —pregunté—, por qué aventuras la crucifixión del obispo. No me vas a negar que seas el causante de esa tragedia.

—¿Por qué habría de dejar a un alma serena vivir en su confortable ambiente cuando hay millones de trabajadores viviendo en la más absoluta miseria? —respondió.

—Entonces, ¿por qué has aconsejado a mi padre que acepte esas vacaciones?

—Porque no soy un alma elevada y pura. Porque soy un individuo firme, sólido y egoísta. Porque te amo y porque, como dijo Rut, la moabita, «Tu pueblo será mi pueblo». Por lo que al obispo respecta, él no tiene ninguna hija. Además, no importa lo poco que pueda aportar a la causa; todo cuenta, incluso sus quejumbrosos lamentos.

Me negaba a aceptar los juicios de Ernest. Yo conocía bien la naturaleza noble del obispo Morehouse y no podía concebir que su voz alzada en favor de la justicia significara únicamente un insignificante y baldío lamento. Pero, a diferencia de

Ernest, yo no dominaba aún todos los hilos de la circunstancia en que nos encontrábamos. Él veía claramente la futilidad de los esfuerzos espirituales del obispo, y no tardamos mucho en comprobar la certeza de sus juicios.

Apenas unos días después, Ernest me dijo, sonriente, que había recibido una oferta para convertirse en el jefe del Departamento Federal de Trabajo. No pude disimular mi alegría. El sueldo era tan elevado que facilitaría considerablemente nuestro matrimonio. Por otra parte, el cargo cuadraba plenamente con las actividades de Ernest; sentía además un tremendo orgullo por lo que consideraba como un reconocimiento a su esfuerzo y su talento.

Entonces percibí sus ojos chispeantes. Se estaba burlando de mí.

—¿No irás a rechazar… la oferta? —pregunté temblorosa.

—Es un soborno —replicó—. Detrás de él está la mano sutil de Wickson; y detrás de ella las manos de otros, más poderosos que él. Se trata de un viejo truco, tan viejo como la lucha de clases: despojar de sus capitanes al ejército de los trabajadores. ¡Pobre mundo del trabajo, siempre traicionado! ¡Si supieras la cantidad de líderes obreros que han sido comprados a lo largo de esta lucha! Resulta muy barato, mucho más barato, comprar a un general que luchar contra él y todo su ejército. Te contaría, pero no quiero citar ningún nombre; me resulta demasiado amargo recordarlo. Mi amor, soy un capitán del ejército de los trabajadores. No me puedo vender. Si no tuviera más razones para rechazar ese cargo, bastaría con el recuerdo de mi pobre padre y el esfuerzo que tuvo que hacer hasta que el trabajo acabó con su vida.

Las lágrimas llenaron sus ojos, los ojos de mi fiero luchador, de mi héroe; el que nunca podría olvidar las terribles circunstancias que obligaron a su padre a incurrir en sórdidas mentiras y en hurtos insignificantes para poder llevar un poco de pan a las bocas de sus hijos.

«Mi padre fue un hombre bueno —me dijo Ernest en una ocasión—. Su alma era generosa, y sin embargo, fue torcida, trastornada, impelida a buscar nuestro sustento por cualquier medio; y todo ello por el sistema salvaje que los poderosos imponían a los trabajadores. Murió postrado por el trabajo. Debería vivir aún, como tu padre. Tenía una fuerte constitución. Pero lo atrapó la máquina y tuvo que trabajar hasta su muerte por un salario mezquino para que otros obtuvieran sus beneficios. Date cuenta, su sangre transmutada en unos vinos exquisitos con los que acompañar cenas opíparas, o por unas falsas pedrerías; por cualquiera de esas cosas que tanto aprecian los ricos ociosos y quienes los dirigen: ese conjunto de brutos».

Capítulo 7

La visión del obispo

«El obispo está absolutamente fuera de sí —me escribió Ernest—. Se le ve flotar en el aire. Hoy pretende corregir los pecados de este mundo miserable lanzando su propio mensaje. Me lo ha contado y no he sido capaz de disuadirlo. Esta noche va a presidir la IPH[49], y quiere incluir su mensaje en la presentación inicial.

»¿Puedes acompañarme a la reunión? Naturalmente creo que no servirá para nada. Te sentirás descorazonada y supongo que también él, pero te puede servir como una lección práctica. Ya sabes, mi vida, lo orgulloso que me siento porque me quieras así. Y pretendo por ello que llegues a conocer el valor de mis acciones; quiero recompensar ante tus ojos, en alguna pequeña medida, mi inmerecimiento de tu amor. Así, mi deseo más ferviente es persuadirte de que mi postura es justa y correcta. Mis convicciones son muy estrictas, pero la futilidad de los esfuerzos del alma cándida y bondadosa del obispo te hará ver clara la obligación de esa rigidez. ¡Ven esta noche! Por deprimente que pueda resultar la reunión, presiento que te hará sentirte más cerca de mí».

La IPH celebró su asamblea esa noche en San Francisco[50]. Se había convocado la reunión para considerar la ola de inmoralidad pública actual y para tratar de remediarla. Presidía el obispo Morehouse, al que noté muy nervioso cuando subió a la tarima; se le veía presa de una gran tensión. Sentados a ambos lados se encontraban el obispo Dickinson; H. H. Jones, jefe del departamento de ética de la Universidad de California; la señora W. W. Hurd, organizadora de importantes campañas de caridad; Philip Ward, otro gran filántropo; y algunas otras personas notables en los campos de la moralidad pública y de la beneficencia. El obispo Morehouse se puso en pie y abrió la sesión bruscamente con el siguiente exordio:

«Recorría la ciudad por la noche y observaba las calles a través de las ventanillas del coche. Súbitamente, pareció que se levantaba un velo de mis ojos y comencé a ver las cosas tal como son en realidad. Al principio volví a cubrir mis ojos, esta vez con mis manos, para evitar la terrible visión que descubrían; en esa oscuridad me asaltó una pregunta: ¿qué hay que hacer? ¿Qué hay que hacer? A continuación cambió el enunciado de la pregunta: ¿qué haría Nuestro Señor? Y la segunda cuestión me llevó a abrir de nuevo los ojos, y vi cuál había de ser mi deber con la misma claridad con la que Saulo vio el suyo tras su caída en el camino a Damasco.

»Paré el coche, baje y persuadí a dos de las mujeres que esperaban a sus clientes en la calle para que subieran conmigo al auto. Si Jesús dijo la verdad, esas desgraciadas eran mis hermanas, y la única esperanza de salvación para ellas era mi afecto y mis cuidados.

»Vivo en uno de los mejores barrios de San Francisco, en una casa que me costó

cien mil dólares; los muebles, los libros y los objetos artísticos costaron otro tanto. La casa es una gran mansión; bueno, es algo más: un palacio atendido por muchos criados. Nunca supe muy bien para qué servían los palacios, quizá para vivir en ellos. Ahora he descubierto su utilidad. Llevé a las dos mujeres callejeras a mi palacio, donde vivirán conmigo. Confío en llenar las habitaciones de mi palacio con sus hermanas, con mujeres como ellas».

A medida que hablaba el obispo, parecía aumentar el estupor y la consternación de la audiencia; las caras de los que ocupaban el estrado devolvían con sus gestos preocupados su turbación a los que tenían enfrente más abajo. En ese momento se levantó el obispo Dickinson y con una tremenda expresión de disgusto en su cara bajó del estrado y abandonó la sala; pero el obispo Morehouse, ajeno a las reacciones de su discurso, siguió hablando con los ojos iluminados:

«Hermanos y hermanas, con esta forma de obrar he encontrado la solución a mis dudas y mis cuitas. No sabía para qué podían servir los coches, y ahora lo sé; sirven para transportar a los débiles, a los enfermos y a los ancianos; sirven para devolver el honor a aquellos que perdieron incluso el sentido de la dignidad.

»Yo no sabía para qué servían los palacios, pero ahora he encontrado su utilidad. Los grandes palacios de la Iglesia deberían servir como hospitales y guarderías para aquellos que peligran al haber errado el camino».

Hizo una larga pausa, en la que me pareció que las ideas que llenaban su cabeza sobrepasaban su capacidad para expresarlas.

«No soy el más indicado, hermanos y hermanas, para hablaros de moralidad. He vivido demasiado en la vergüenza y la hipocresía como para poder ayudar a los demás; pero mi acción con esas mujeres, esas hermanas, me ha mostrado que el mejor camino es el más sencillo. Para los que creemos en Jesús y en su Evangelio, no puede existir ninguna otra relación entre los humanos que la relación del afecto mutuo. El amor más sencillo es mucho más fuerte que el pecado, más fuerte que la muerte. Os digo, por lo tanto, a vosotros, los ricos, que vuestro deber es hacer lo que he hecho y seguiré haciendo. Que cada uno de vosotros, dado que vuestra riqueza os lo permite, acoja en su casa a un ladrón y lo trate como a su hermano; a alguna desgraciada y la trate como a su hermana; de esa forma, San Francisco no tendrá ya más necesidad de mantener un cuerpo de policía ni de magistrados; las cárceles se convertirán en hospitales y los delincuentes desaparecerán junto con sus delitos.

»Debemos entregar no sólo nuestro dinero, sino entregarnos nosotros mismos. Debemos hacer lo que hizo Jesucristo; éste es, hoy, el mensaje de la Iglesia. Nos hemos alejado mucho de las enseñanzas del Señor. Nos hemos disuelto en el confort y los placeres. Hemos sustituido a Jesucristo por el becerro de oro. Tengo aquí un poema que es un compendio de lo que os digo. Lo escribió un alma descarriada que consiguió reencontrar su rumbo[51]. Me gustaría leerlo ahora para vosotros. No debéis considerarlo como un ataque a la Iglesia católica, es un ataque a todas las Iglesias, a la pompa y esplendor de todas ellas, a todos los que se han apartado de los caminos

del Señor y han abandonado a sus corderos. Oídlo, hermanos:

Las trompetas de plata resonaron en la cúpula;
se arrodilló el pueblo reverente sobre la tierra,
y vi, transportado a hombros de unos hombres,
a alguien que semejaba un gran dios, al Santo Señor de Roma.

Como un sacerdote, llevaba una vestidura más blanca que la espuma,
y, como un rey, iba cubierto de púrpura real;
tres coronas de oro se elevaban sobre su cabeza,
entre el esplendor y la luz, el papa volvió a su morada.

Mi corazón volvió furtivamente a través de los remotos años malgastados
hacia el Único que vagaba por un solitario mar
y que buscaba en vano un lugar para descansar:
“Los zorros tienen madrigueras, y los pájaros sus nidos,
únicamente yo tengo que errar fatigoso,
lacerando mis pies,
y tengo que beber con el vino, el sabor de las lágrimas.

La audiencia estaba agitada, aunque sus miradas eran frías. El obispo no parecía darse cuenta de ello y prosiguió firme su sermón:

«Por eso os digo a vosotros, los ricos, y a todos los ricos, que habéis maltratado y oprimido a los corderos del Señor. Se han endurecido vuestros corazones. Habéis cerrado los oídos ante las voces que clamaban sobre la tierra, las voces tristes y atemorizadas que no habéis querido escuchar, pero que algún día resonarán ante vosotros; y por ello os digo que…».

Pero al llegar a este punto, H. H. Jones y Philip Ward se levantaron de sus asientos y bajaron al obispo del estrado; mientras, la audiencia trataba de recuperarse del estupor y la conmoción que le produjeron sus palabras.

Ernest estalló en carcajadas en cuanto salimos a la calle. Su risa cayó sobre mí como un jarro de agua fría; yo había salido con el corazón destrozado y con las lágrimas a punto de saltar en mis ojos.

—Les ha enviado su mensaje —exclamó Ernest—. Ha salido a la superficie toda la bondadosa humanidad que se escondía dentro de él; pero ¿y sus fieles? ¿La cristiana audiencia que tanto lo quería? ¡Ahora dirán que ha perdido el juicio! ¿Viste con qué prisas lo bajaron del estrado? Seguro que en el infierno se estaban muriendo de risa con el espectáculo.

—Sin embargo, causará sensación cuando se sepa fuera de este círculo lo que el obispo ha hecho y lo que ha comunicado hoy.

—¿Tú crees? —respondió Ernest, burlón.

—Por supuesto, ¿acaso no viste a los periodistas llenar sus cuadernos de notas?

—No aparecerá ni una sola línea en los periódicos de mañana —replicó Ernest.

—No lo puedo creer —exclamé.

—Espera y verás —respondió Ernest—. No aparecerá ni una sola línea, ni una mención al ideario del obispo. Prensa que cuenta, prensa que oculta; depende del tema.

—Pero ahí estaban los periodistas, los pude ver —insistí.

—Sí, sí, pero no aparecerá en sus periódicos ni una palabra de lo que dijo; te olvidas de los directores. Sus intereses dependen de la política que mantienen en sus periódicos, y su política es ocultar cualquier amenaza que ponga en peligro el orden establecido. Considerarán las palabras del obispo como diatribas contra la moral establecida; pura herejía. Lo bajaron del estrado para evitar que siguiera incurriendo en su herejía. Los periódicos redimirán sus errores mediante el más absoluto silencio. ¿Qué es la prensa en nuestro país? Pues, simplemente, un organismo parásito que sirve para sustentar a la clase capitalista. Su función es servir al orden establecido moldeando a la opinión pública y ¡bien que lo hace!

»Déjame que te adelante lo que va a suceder: los periódicos dirán que últimamente el obispo no goza de buena salud, que su trabajo lo ha agotado, y que la otra noche sufrió una crisis por el estrés. Pocos días después, aparecerá otro comentario diciendo que sufre una seria crisis nerviosa y que sus feligreses han rogado a sus superiores que le concedan un merecido descanso. Después de su vuelta de vacaciones, pueden ocurrir dos cosas: una, que el obispo haya recapacitado y que, reconociendo sus errores, vuelva a la senda de los biempensantes; la otra, que persista en su delirio; y entonces podrás leer en los periódicos un patético comunicado en el que lamentan el profundo grado de insania que sufre el obispo y la necesidad de que sea internado en una casa de salud. Allí sólo podrá contar su visión a las paredes acolchadas.

—Creo que estás yendo demasiado lejos —exclamé.

—A los ojos de la sociedad, aparecerá como un loco. ¿Quién en su sano juicio llenaría su casa de prostitutas y de ladrones para convivir con ellos en santa hermandad? Cierto es que Jesucristo murió entre dos ladrones, pero ésa es otra historia. ¿Locura? Siempre nos parecen equivocados los procesos mentales de aquéllos con los que estamos en desacuerdo; ergo sus mentes están desquiciadas; ¿dónde está la línea que separa la mente equivocada de la mente enajenada? Les resulta inconcebible que un hombre en su sano juicio pueda oponerse radicalmente al noble pensamiento de la mayoría.

»Tenemos un buen ejemplo en el periódico de hoy: Mary M'Kenna reside al sur de la calle Market; vive en la pobreza. Es una buena mujer y muy patriota, pero tiene una idea equivocada de la bandera norteamericana y de lo que simboliza como protectora de los ciudadanos. Mira lo que le sucedió: su marido tuvo un accidente y pasó tres meses en el hospital, ella se puso a trabajar de lavandera, pero no ganaba lo suficiente y la desahuciaron ayer por falta de pago de su vivienda. ¿Qué hizo? Alzó

una bandera norteamericana y se envolvió en ella, proclamando que amparada por ese símbolo protector nadie podría arrojarla a la calle. ¿Qué siguió? Pues que la arrestaron por demente. Hoy la han examinado los forenses y la han declarado loca. Ahora está en el manicomio Napa.

—Pero ese ejemplo lo has traído por los pelos —objeté—. Imagina que estoy en desacuerdo con alguien acerca del estilo literario de un libro, ¿no me van a meter en un manicomio por eso?

—Naturalmente que no —replicó Ernest—, porque esa discrepancia de juicio no supone ninguna amenaza para la sociedad. Ahí radica la diferencia. Sin embargo las discrepancias en las opiniones del obispo y de Mary M'Kenna sí amenazan el orden social, ¿qué crees que pasaría si todos los pobres rehusaran pagar el alquiler envolviéndose en la bandera americana? Los caseros se arruinarían. Los juicios del obispo resultan peligrosos para la sociedad, así pues ¡al manicomio con él!

—Todavía me niego a creerlo.

—Espera y verás —dijo Ernest, y yo esperé.

A la mañana siguiente me llegaron los periódicos. Ernest tenía razón. No había ni una palabra sobre lo que dijo el obispo en la reunión. Sólo un par de ellos mencionaron que parecía que el obispo se había mostrado muy exaltado en su alocución; sin embargo, escribieron ampliamente sobre los discursos de los demás oradores.

Algunos días más tarde publicaron una breve nota anunciando que el obispo Morehouse había partido de vacaciones para recuperarse del estrés. Hasta el momento no se había hablado de locura ni de crisis nerviosa; pero no imaginaba yo entonces el duro calvario que esperaba al obispo hasta llegar a la crucifixión que Ernest le había profetizado.

Capítulo 8

Los destructores de máquinas

Poco antes de que Ernest se presentara a las elecciones al Congreso por el Partido Socialista, papá ofreció una cena a la que dio el nombre coloquial de «Pérdidas y ganancias». Ernest por su parte la llamó la cena de los «Saboteadores de máquinas». En realidad se trataba de una cena para hombres de negocios, para los menos importantes, naturalmente. Dudo de que ninguno de ellos estuviera involucrado en ningún asunto que supusiera un monto superior a unos pocos cientos de miles de dólares; digamos que se trataba del estrato medio de los hombres de negocios.

Allí estaba Owen, de Silverberg, Owen & Co., una amplia cadena de comercio alimentario, de una de cuyas tiendas éramos clientes. También acudieron a la cena los socios de una cadena de droguerías, Kowalt & Wasburn; y el señor Asmunsen, propietario de una importante cantera de granito en el condado de Contra Costa. Junto a ellos se reunieron otros pequeños empresarios de la industria y del comercio. En suma, todos ellos representantes del pequeño capital.

Eran individuos serios, perspicaces, que hablaban un lenguaje sencillo y directo. Su queja unánime iba dirigida hacia las grandes corporaciones y los monopolios. Su grito era ¡acabemos con los trust!, una queja que repetían al unísono. Proponían que el Gobierno nacionalizara monopolios como los de los ferrocarriles y el del telégrafo y que aplicara un impuesto elevado y progresivo que impidiera las grandes acumulaciones de capital. Igualmente preconizaban la municipalización de servicios públicos locales, como la distribución de agua y de gas, el teléfono y los tranvías.

Resultó muy instructivo el relato del señor Asmunsen, propietario de una cantera. Confesó que nunca había obtenido beneficios importantes de su cantera a pesar del volumen de negocio que le proporcionó el terremoto de San Francisco. Durante los seis años que duró la reconstrucción de la ciudad, ese volumen de negocio se multiplicó por cuatro y finalmente por ocho; pero eso no supuso ninguna mejora para su empresa.

—La compañía de ferrocarriles conoce mi negocio bastante mejor que yo —comentó—. Conoce al céntimo los costes de explotación de mi empresa y los términos de mis contratos. Sobre cómo han llegado a saberlo, sólo puedo hacer conjeturas; debe de tener espías entre mis empleados y también entre los otros competidores. Les puedo decir que cuando consigo un contrato importante, que podría darme un buen beneficio, los precios del transporte de la piedra suben inopinadamente, sin que medie ninguna explicación. La compañía de ferrocarriles se lleva la ganancia que me correspondería. Casi nunca he conseguido que la compañía de transportes me rebajara sus tarifas; sin embargo, cuando ha habido algún accidente o alguna otra circunstancia que haya aumentado los gastos de explotación o

disminuido los beneficios previsibles, entonces sí he conseguido que la compañía rebaje sus tarifas. ¿Qué se deduce de todo esto? Que mucho o poco, la compañía de ferrocarriles se queda con el grueso de los beneficios.

—Entonces lo que le queda a usted —interrumpió Ernest— es más o menos lo que ganaría si trabajara como gerente y la cantera fuera propiedad de los ferrocarriles.

—Exacto —replicó Asmunsen—. Hace poco anduve revisando los libros de cuentas y el balance de los diez últimos años me dice que he ganado más o menos lo que hubiera ganado trabajando como director del negocio. O sea, que la compañía del ferrocarril podía haberme comprado la cantera y haberme nombrado gerente.

—Pero con la diferencia —rió Ernest— de que los ferrocarriles hubieran tenido que asumir los riesgos que actualmente asume usted.

—Muy cierto —asintió sombrío el señor Asmunsen.

Después de que cada uno de ellos contara su historia, empezó el turno de preguntas por parte de Ernest. Comenzó con el señor Owen:

—Usted abrió una sucursal aquí en Berkeley hará seis meses, ¿verdad?

—Así es —respondió el señor Owen.

—Y desde entonces han cerrado tres pequeñas tiendas del barrio, ¿cree usted que su negocio ha tenido que ver con esos cierres?

—Pues sí. Nuestra inversión ha sido más importante y los negocios mayores tienen menos gastos proporcionales de explotación y son más eficientes.

—Así pues, su sucursal ha absorbido los beneficios de las otras tiendas, más pequeñas. Pero, dígame, ¿qué ha sido de los dueños de los otros tres almacenes?

—Uno conduce nuestro coche de reparto. De los otros dos no he vuelto a saber nada.

Ernest se dirigió de repente al señor Kowalt:

—Usted vende en su farmacia-droguería artículos a precio de saldo[52], ¿qué ha sido de los propietarios de las pequeñas tiendas a las que sus precios, más bajos, han obligado al cierre?

—Pues uno de ellos, el señor Haasfurther está ahora a cargo de nuestra sección de farmacia —fue la respuesta.

—Y usted naturalmente, ha absorbido los beneficios que antes obtenía él.

—Así son los negocios —respondió el droguero.

—¿Y usted? —se volvió rápido Ernest hacia el señor Asmunsen. Está usted irritado porque la compañía de ferrocarriles se apodera de sus beneficios.

Asmunsen asintió con la cabeza.

—Así que lo que desea es obtener todos los beneficios del negocio, ¿verdad?

El señor Asmunsen volvió a asentir.

—¿A costa de los demás?

Asmunsen guardó silencio.

—¿A costa de los demás? —insistió Ernest.

—Es la forma en que se hacen los negocios —respondió airado Asmunsen.

—Entonces el juego de los negocios consiste en sacar provecho de los demás y evitar que los otros saquen provecho de ti. ¿No es así?

Ernest tuvo que repetir la pregunta antes de que el señor Asmunsen le respondiera. Al final éste dijo:

—Así es, excepto que nosotros no objetamos que alguien obtenga beneficios mientras no resulten exorbitantes.

—Supongo que entiende por exorbitantes, beneficios elevados; sin embargo, seguro que usted no tendría remilgos en obtener grandes beneficios de su negocio.

El señor Asmunsen confesó su debilidad a Ernest en tono más afable.

Ernest se dirigió a continuación al señor Calvin, que en algún tiempo fue propietario de una importe central lechera.

—Hace algún tiempo usted combatía contra el monopolio lechero —dijo Ernest— y ahora milita en el Partido de los Granjeros. ¿Qué pasó?

—Bueno, dejé de pelear —respondió Calvin, airado—; ahora combato al trust en el único campo posible, en el campo de la política. Deje que le diga una cosa: hace algunos años, los lecheros nos bastábamos para manejar nuestro negocio.

—Sin embargo, competían entre ustedes —dijo Ernest.

—Sí, pero esa competencia hizo que bajaran los precios. Tratamos de organizarnos, pero los lecheros independientes rompieron los acuerdos; y entonces apareció de repente el Trust Lechero.

—Financiado por los excedentes financieros de la Standard Oil[53] —agregó Ernest.

—Justamente —reconoció el señor Calvin—. Pero entonces no lo sabíamos; se acercaron a nosotros con un palo y una zanahoria: «Venid con nosotros y engordaréis, o quedaos al margen y os moriréis de hambre», dijeron. La mayoría nos fuimos con ellos. Los que se quedaron, se arruinaron. Al principio nos pagaron…, el precio de la leche subió un centavo por cuarto de galón; nos correspondió la cuarta parte de ese centavo, y los tres cuartos fueron para el trust. La leche subió luego otro centavo y de esa subida no nos dieron nada. Nos quejamos pero fue inútil, el trust lo controlaba todo. Éramos simples peones en ese juego. Al final, incluso nos quitaron el cuarto de centavo inicial; el trust nos exprimía más y más. ¿Qué podíamos hacer? Ya no quedaron lecheros, sólo el Trust Lechero.

—Pero con la leche dos centavos más cara, ustedes hubieran podido competir —sugirió Ernest.

—Es lo que pensamos al principio; y lo intentamos, pero —el señor Calvin calló un momento— aquello nos arruinó. El trust podía ofrecer la leche en el mercado bastante más barata que nosotros; podía venderla a precios marginales, mientras que nosotros con esos precios perdíamos dinero. Yo perdí cincuenta mil dólares en esa aventura. La mayoría nos declaramos en bancarrota[54]. Los lecheros autónomos desaparecieron.

—Así que cuando el trust se apoderó de sus beneficios —planteó Ernest—,

ustedes decidieron lanzarse a la política para tratar de conseguir una legislación que acabara con el trust y les permitiera recuperar esas ganancias.

Se iluminó la cara del señor Calvin.

—Eso es precisamente la consigna que lanzo en mis discursos a los granjeros. Ha resumido usted en una frase todo lo que reivindicamos en nuestra lucha.

—Pero, sin embargo, el trust sigue produciendo la leche a precios mucho más competitivos que los granjeros autónomos —afirmó Ernest.

—No podría ser de otra forma; tienen capital suficiente para mantener una organización más eficiente y la maquinaria más avanzada.

—No cabe duda —concluyó Ernest—, pueden hacerlo y lo hacen.

A continuación, el señor Calvin lanzó una diatriba política en contra de los monopolios, propugnando su desaparición, que fue coreada con entusiasmo por la mayoría de los reunidos.

—Pobre gente —me comentó Ernest en un susurro—. Saben lo que quieren, pero no ven más allá de sus narices.

Tras la exposición de los pequeños empresarios, Ernest tomó la palabra y condujo hasta el final el resto de la reunión.

—He escuchado atentamente todo lo que se ha dicho aquí —comenzó—, y he visto claramente que tienen todos un concepto tradicional del mundo de los negocios; que vienen al mundo exclusivamente para hacer negocios y obtener beneficios. Pero surge un inconveniente, en realidad, un grave problema; en medio de su actividad surgen los monopolios y les arrebatan los beneficios. Es una aparición extraña al orden natural y la única forma que se les ocurre para acabar con ella es destruirla, acabar con lo que ha interferido en sus beneficios.

»Insisto en que los he escuchado con toda mi atención, y podrían resumirse sus discursos en un epítome: son ustedes unos luditas, unos saboteadores de las máquinas. ¿Saben lo que eso significa? Se lo explicaré. En el siglo XVIII, en Inglaterra, hombres y mujeres tejían los paños en telares manuales en sus propias casas. Era un sistema casero de hilado lento, tosco y fatigoso. Apareció poco después la máquina de vapor y otros inventos que hacían ese trabajo mejor y en mucho menos tiempo. Un millar de telares reunidos en una gran factoría y manejados por un potente motor central eran capaces de tejer el mismo paño a un precio mucho menor que el de los tejedores manuales. Las fábricas aglutinaron la producción y cualquier competencia artesana desapareció. Los hombres y mujeres, trabajadores autónomos en sus propias casas, tuvieron que ir a las fábricas a trabajar en los telares mecánicos, y el fruto de su trabajo ya no les pertenecía, era de los dueños del capital. Pronto descubrieron que los niños también podían hacer ese trabajo, lo que rebajó los salarios; así que los hombres adultos fueron desplazados por sus hijos. Fueron tiempos muy duros para los trabajadores. El nivel de vida cayó en picado, se generalizó el hambre, y llegaron a la conclusión de que las culpables de su desgracia eran las máquinas. Entonces decidieron destrozarlas. Naturalmente no consiguieron

nada, su ingenuidad no bastaba.

»Pero parece que no se ha aprendido aquella lección y, ahora, siglo y medio después, están tramando otra vez destruir las máquinas. Me han confesado que la maquinaria del trust es capaz de realizar el mismo trabajo que ustedes de modo más eficiente y más barato; que ésa es precisamente la razón por la que no pueden competir con ellos; y, sin embargo serían ustedes capaces de destrozar esa maquinaria. Son más ingenuos que aquellos trabajadores ingleses. Le dan vueltas y vueltas a la idea de restaurar la antigua competencia mientras los trust no dejan de arrinconarlos.

»Todos han expresado la misma queja, todo se debe a la desaparición de la competencia y a la acumulación de recursos. Pero usted, Owen, acabó con la competencia aquí, en Berkeley, cuando su sucursal barrió a las tres tiendas de comestibles del barrio. Sus recursos eran mayores y más eficientes. Sin embargo, pone el grito en el cielo cuando siente la presión de quienes tienen recursos más poderosos, la de los trust. Será porque no forma parte de un trust; si perteneciera a un trust que vendiera comestibles a lo largo y ancho del país, entonaría usted otro cántico, posiblemente uno que dijera: “Benditos sean los trust”. Y repito, no es que su pequeño negocio no sea un trust, es que se siente usted indefenso ante los más grandes. Empieza a adivinar su propio final. Empieza a considerarse a sí mismo y a su pequeña cadena de comercios como simples peones en una partida que no controla. Puede ver cómo surgen y crecen día a día intereses más poderosos; cómo unas manos ansiosas se posan sobre sus beneficios y los van pellizcando por todas partes: el trust ferroviario, el trust petrolífero, el del acero y el del carbón; y usted sabe que entre todos ellos acabarán con su negocio, se llevarán hasta el último centavo de sus ya escuálidos beneficios.

»Señor Owen, es usted un perdedor en ese juego. Cuando su superioridad en recursos acabó con las tres tiendecitas que había en este barrio de Berkeley, usted infló el pecho, jactándose de eficiencia y de espíritu de empresa y mandó a su esposa de vacaciones a Europa a costa de los beneficios que había obtenido devorando a esos tres tenderos. Un pez se come a otro pez y usted se comió a los tres. Pero ahora, un pez mucho más grande va a devorarlo a usted, de ahí sus alaridos. Y lo que digo se aplica a todos ustedes. Están expresando sus últimos lamentos. Tener perdida la partida los hace proferir esos gritos de espanto.

»Pero sus gritos no los vuelven más ecuánimes. Ya se lo he dicho; a ustedes no les importa exprimir los beneficios de los demás, lo único que no soportan es que otros expriman los suyos. No, ustedes son demasiado astutos; ustedes van más lejos. Elaboran discursos políticos anticapitalistas como el que nos ha soltado el señor Calvin. ¿Qué nos ha dicho?, aquí tengo escritas algunas de sus frases: “Nuestros principios originarios eran correctos”; “Lo que este país necesita es una vuelta a los principios fundamentales americanos: oportunidades para todos”; “El espíritu de libertad en el que ha nacido esta nación”; “Volvamos a los principios de nuestros

antepasados”.

»Cuando él dice “igualdad de oportunidades para todos”, quiere decir libertad para exprimir los beneficios, esa libertad de oportunidades que ahora le niegan los grandes trust. Y lo más curioso es que han repetido esas frases una y otra vez hasta que se las han llegado a creer. Quieren libertad para saquear a sus competidores en su pequeño mundo, pero se autosugestionan pidiendo libertad. Son glotones y codiciosos, pero el encanto de sus palabras los lleva a creerse patriotas. Su ansia de beneficios, que es puro egoísmo, la transforman en deseos altruistas para confortar a la humanidad doliente. ¡Vamos señores! Aquí, entre nosotros, seamos honestos por una vez, y miremos los hechos cara a cara.

Los rostros de los invitados mostraban desconcierto e irritación, e incluso había cierto temor en alguno de ellos. Parecían un poco asustados de ese joven barbilampiño y de su lenguaje agudo y fustigante, así como de su afán por llamar a las cosas por su nombre. El señor Calvin soltó su réplica:

—¿Y por qué no? —planteó—. ¿Por qué no podemos volver al espíritu de los Padres Fundadores de la República? Usted ha expresado muchas certezas en esta mesa, aunque algunas nos hayan parecido hirientes y difíciles de aceptar. Pero como usted dice, hablemos claro entre nosotros. Dejémonos de excusas y aceptemos las verdades que el señor Everhard ha expresado de forma tan cruda. Es cierto que somos un grupo de capitalistas en busca de beneficios, unos beneficios que los trust nos están escamoteando. Es cierto, también, que deseamos destruir los trust para recuperar nuestros beneficios. Mi pregunta es, ¿por qué no?, ¿por qué no podemos hacerlo?

—Acabamos de llegar a la esencia del problema —replicó Ernest, complacido—. Trataré de explicarles por qué no es posible, aunque no va a resultar nada fácil. Veamos, señores: ustedes tienen algunos estudios mercantiles, más bien modestos, pero no han recibido ninguna clase sobre la evolución social. Se encuentran en medio de un periodo crucial, en medio de una brusca evolución económica que no comprenden, y que por tanto los llena de confusión. ¿Por qué no podemos volver adonde pretenden? Muy sencillo, porque es imposible. No pueden hacer que las olas del desarrollo económico refluyan, al igual que no pueden hacer que las aguas del torrente vuelvan a ascender a la montaña. Josué detuvo el sol en Gabaón y ustedes querrían ser más que Josué, querrían que el sol retrocediera en el cielo y que el tiempo retrocediera del mediodía a la aurora.

»Frente a la maquinaria que ahorra muchísimo trabajo, frente a la organización industrial, a la creciente eficiencia de los recursos, pretenden que el sol retroceda una generación o más, hasta los tiempos en los que no había un capitalismo desarrollado, una maquinaria eficiente, que no hubiera ferrocarriles; en suma, un tiempo en el que los pequeños capitalistas pelearan entre sí en un clima de economía anárquica, donde la producción era primitiva, desorganizada, dilapidadora y, por tanto, poco eficiente. Créanme, Josué lo tuvo fácil porque recibió la ayuda de Yahvé; pero Dios se ha

olvidado de ustedes, pequeños capitalistas. El sol de los pequeños capitalistas se está poniendo y no volverá a salir. No tienen ningún poder para detenerlo. Están abocados a la ruina, a la desaparición del espectro social.

»Éste es el mandato de la evolución. Es la palabra de Dios. La acumulación es superior a la competencia. El hombre primitivo era una criatura raquítica que vivía escondido en las hendiduras de las rocas. Se agrupó y pudo así combatir a sus enemigos carnívoros. Eran bestias que competían por la supervivencia. El hombre primitivo era una bestia asociativa y por ello prevaleció sobre los otros animales. Y desde entonces, el hombre ha sido cada vez más cooperativo. Se trata de la acumulación frente a la competencia, una larga lucha de miles de años en la que la competencia siempre ha salido perdedora. El que se apunte a esa competencia entre los débiles, perecerá.

—Pero los trust surgen de la competencia —interrumpió el señor Calvin.

—Cierto —replicó Ernest—, pero esos mismos trust acaban con la competencia. Ésa es, según usted mismo ha dicho, la razón por la que tuvo que abandonar los negocios lecheros.

El comentario de Ernest levantó las primeras risas de la noche, incluso el señor Calvin avino a reírse de su propio infortunio.

—Y ahora —prosiguió Ernest—, para no abandonar el tema de los trust, dejemos sentadas algunas conclusiones que expondré; y si alguno no está de acuerdo, que las rebata; si permanecen callados, asumiré que les parecen acertadas: ¿no es cierto que un telar mecanizado es mucho más productivo y eficiente que un telar artesanal? —Silencio total de los asistentes—. ¿No resultaría, por tanto, irracional volver al telar manual para confeccionar nuestros tejidos? —Todas las cabezas asintieron—. ¿Acaso no es cierto que la producción de los grandes trust es mucho más eficiente y económica que la de un millar de pequeñas empresas en mutua competencia? —No hubo ninguna objeción—. La conclusión es que no resultaría racional destruir esa acumulación productiva tan eficiente y económica, ¿no es así?

Quedaron todos en silencio hasta que el señor Kowalt habló:

—¿Qué es lo que podemos hacer, entonces? Destruir los trust es la única opción que tenemos para acabar con su dominio.

Ernest saltó como un rayo:

—Les mostraré otro medio —exclamó—. No destruyamos esas maravillosas máquinas que producen bienes asequibles de forma tan eficiente. ¡Controlémoslas! Aprovechémonos de su eficiencia gestionándolas nosotros mismos. Expulsemos a los dueños actuales de esas maravillas y tomemos el control. Eso es, caballeros, el socialismo, una acumulación superior a la de los trust, una agrupación económica y social como nunca haya habido sobre la tierra, y una combinación en acuerdo con la evolución humana. La gran empresa solidaria que triunfará. Únanse al campo vencedor del socialismo.

Fue en ese momento cuando desapareció el consenso. Hubo movimientos de

cabeza negativos y se levantaron algunos murmullos.

—De acuerdo, así que prefieren vivir en sus anacronismos —rió Ernest—. Prefieren jugar sus papeles atávicos y perecer en ese juego. ¿Se han preguntado alguna vez qué sucederá cuando aparezcan concentraciones muy superiores a las de los actuales trust? ¿Han considerado dónde irán a parar cuando se fusionen los grandes trust en uno solo, cuando se concentre lo económico, lo social y lo político?

Se volvió hacia el señor Calvin y le dijo en tono impersonal:

—Dígame si no han decidido formar un partido político porque los actuales partidos están dominados por los trust. El principal obstáculo para difundir su programa granjero es el de los trust. Detrás de cada obstáculo con el que tropieza, de cada golpe que le asestan, de cada derrota que sufre está la mano de los trust, ¿o no?

El señor Calvin guardó un silencio incómodo.

—¡Adelante! —los animó Ernest.

—Es cierto —confesó Calvin—. Conseguimos ganar las elecciones en el estado de Oregón, conseguimos aprobar unas leyes proteccionistas, pero al final las vetó el gobernador, una marioneta de los trust. En Colorado salió elegido el gobernador de nuestra candidatura, pero la Cámara le impidió ocupar su cargo. En dos ocasiones hemos conseguido que saliera una ley general del impuesto sobre la renta, en las dos ocasiones el Tribunal Supremo las ha declarado anticonstitucionales. Los tribunales están controlados por los trust. La gente de a pie como nosotros no paga lo suficiente a los jueces, pero llegará un día en que…

—En que el conjunto de los trust controle todos los Parlamentos, en que ese conjunto se proclame como el Gobierno universal —interrumpió Ernest.

—Eso nunca, nunca —gritaron al unísono, excitados y belicosos.

—Díganme, ¿qué harán cuando eso suceda?

—Recurriremos a la violencia —gritó Asmunsen, asumiendo el apoyo de los demás.

—Eso significaría la guerra civil —respondió Ernest preocupado.

—Pues será la guerra civil —respondió Asmunsen. Los otros asintieron—. No hemos olvidado aún las hazañas de nuestros antepasados. Estamos dispuestos a luchar y morir por nuestras libertades.

Ernest sonrió y dijo:

—No olviden que tácitamente han admitido que su libertad implica exprimir los beneficios de los demás.

La mesa estaba muy alborotada por la ira, pero Ernest consiguió calmarlos y hacerse oír de nuevo.

—Una pregunta más. Cuando salgan a la calle a luchar, recuerden que la razón de su rebelión es que el Gobierno está en manos de los trust, razón por la cual el Gobierno opondrá a su rebelión el ejército regular, la armada, las milicias, la policía…, en suma, toda la maquinaria de guerra de los Estados Unidos; ¿dónde radicará entonces su fuerza?

La desilusión comenzó a aparecer en sus rostros y antes de que pudieran recuperarse, Ernest golpeó otra vez.

—¿Recuerdan que no hace mucho tiempo nuestro ejército profesional contaba con tan sólo quince mil hombres, y que día a día ha ido creciendo hasta sumar hoy trescientos mil?

Ernest siguió golpeándolos.

—No es eso todo. Mientras se muestran tan diligentes en busca de su fantasma favorito, el beneficio, y propugnan la vuelta de otro fetiche, la libre competencia, la acumulación monopolista habrá conseguido aprobar logros más poderosos; ahí tienen a las milicias, a la Guardia Nacional.

—¡Ésa es nuestra fuerza! Con ella conseguiremos repeler los ataques del ejército regular.

—También ustedes van a engrosar esas milicias —respondió cáustico Ernest—, y dentro de ellas los enviarán a Maine, o a Florida, a las Filipinas, o a cualquier otra parte para ahogar en sangre a sus propios camaradas guerracivilistas que luchen por sus libertades.

Quedaron momentáneamente mudos hasta que el señor Owen murmuró:

—No iríamos a formar parte de esas milicias, no somos tan ingenuos.

Ernest rió abiertamente.

—No comprenden hasta dónde llega la acumulación de poder actual. No podrían hacer nada. Los enrolarían a la fuerza en esas milicias.

—Olvida que hay una cosa que se llama derechos civiles —le rebatió Owen.

—Deja de haberlos cuando el Gobierno decide suspender esos derechos. Y en ese momento, cuando decidan rebelarse violentamente, su fuerza se volverá contra ustedes. Dentro de las milicias tendrán que hacer lo que les ordenen lo quieran o no… Creo haber oído en sus murmullos algo que sonaba como *habeas corpus*. En lugar de *habeas corpus*, sólo obtendrán un *post mortem*. Si se niegan a ir a las milicias o, una vez dentro, rehúsan cumplir las órdenes, los juzgarán en un consejo de guerra sumarísimo y los fusilarán como a perros. Ésa es la ley.

—¡Ésa no es la ley! —gritó Calvin—. No existe tal ley, jovencito, todo eso lo ha soñado; ¿por qué ha hablado de enviar las milicias a Filipinas si todos sabemos que eso sería anticonstitucional?, la Constitución dice explícitamente que no se puede enviar a las milicias fuera del país.

—Qué tendrá que ver la Constitución con eso —le contestó Ernest—. Los tribunales son los intérpretes de la Constitución, y los tribunales, como bien ha dicho el señor Asmunsen, son las marionetas de los trust. Además, hace por lo menos nueve años que está vigente esa ley que he mencionado.

—¿Que puedan forzarnos a ingresar en las milicias? —preguntó incrédulo el señor Calvin—. ¿Que nos pueda fusilar un consejo de guerra si lo decide así?

—Efectivamente —respondió Ernest—, eso es precisamente lo que puede suceder.

—¿Cómo es posible que no hayamos oído nada de esa ley? —preguntó mi padre, y aprecié por su cara de sorpresa que efectivamente era algo nuevo para él.

—Por dos razones —comenzó a aclarar Ernest—: la primera, porque no ha habido todavía ocasión de recurrir a ella. La segunda, porque la ley se tramitó en el Congreso y en el Senado de forma cuasi secreta, sin discusiones abiertas. Por supuesto que los periódicos ni la mencionaron; únicamente lo publicaron nuestros periódicos, los socialistas, pero ustedes no leen nunca nuestros periódicos.

—Yo insisto en que usted sueña —se reafirmó el señor Calvin—, el país nunca lo hubiera permitido.

—Pero el país lo permitió —aseguró Ernest—. Y en cuanto a mis sueños, ahora verán —prosiguió, metiendo una mano en su bolsillo para sacar un pequeño folleto —. Díganme ahora si esto es una parte de la materia de los sueños.

Ernest abrió el folleto y comenzó a leer:

> Sección I. Se decreta… que las milicias se formarán con todos los hombres hábiles para el servicio de todos los estados, territorios y del distrito de Columbia, con edades comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años de edad.
>
> Sección VII. Que cualquier oficial o miliciano —recuerden que según la sección I todos forman parte de la milicia— que rehúse u olvide su obligatoria presentación a las oficinas de reclutamiento, tras el requerimiento a hacerlo, será juzgado por un consejo de guerra y condenado de acuerdo con lo que ese consejo determine.
>
> Sección VIII. Los consejos de guerra formados para juzgar a los oficiales o soldados de las milicias estarán compuestos exclusivamente por oficiales de las milicias.
>
> Sección IX. Las milicias en servicio activo estarán sujetas a las mismas normas y artículos de guerra que el ejército regular de los Estados Unidos.

»Caballeros, ciudadanos norteamericanos, se han convertido en simples milicianos. Hace nueve años que los socialistas consideramos que ésta era una ley dirigida contra los trabajadores, pero parece que también va contra ustedes. El congresista Wiley, en los breves trámites parlamentarios que se permitieron, dijo que ese proyecto de ley “proveía un ejército de reserva para agarrar al populacho por el cuello —ustedes forman ahora parte de ese populacho— y proteger de cualquier peligro la vida, la libertad y la propiedad”. Y cuando en los tiempos que se avecinan se rebelen y muestren su fuerza, recuerden que se estarán sublevando contra la propiedad de los trust, contra la libertad de los trust y contra los que de forma legal los exprimen.

»Caballeros, les han extraído los colmillos, les han cortado las garras. El día en que se subleven y presenten batalla no tendrán ni colmillos ni garras, estarán tan

indefensos como un ejército de almejas.

—No puedo creerlo —dijo Kowalt—. No existe esa ley. Es sólo un infundio de los socialistas.

—Ese proyecto de ley se presentó en el Congreso el 30 de julio de 1902 —respondió Ernest—. Lo presentó el representante Dick, por Ohio. Tuvo una tramitación de urgencia. El Senado lo aprobó el 14 de enero 1903. Siete días después lo sancionó el presidente de los Estados Unidos[55].

Capítulo 9

Las matemáticas de un sueño

En medio de la consternación del auditorio, Ernest recobró su discurso.

—Han asegurado mayoritariamente la imposibilidad del advenimiento del socialismo. Déjenme mostrarles que no sólo es posible sino inevitable. No sólo es inevitable que desaparezcan ustedes, los pequeños capitalistas, sino que también los grandes capitalistas y los trust desaparecerán. Recuerden, la corriente de la evolución nunca retrocede, fluye y avanza sin cesar, y lo hace desde la pelea infructuosa del pequeño negocio frente a las pequeñas cadenas, desde la pequeña empresa a la más grande, y desde las grandes empresas a los colosales imperios corporativos. El final de esos flujos conduce al socialismo, la más colosal combinación de todos ellos.

»Me llamarán soñador. Muy bien. Les explicaré el razonamiento matemático de mi sueño; y de nuevo los emplazo a que denuncien cualquier error en mi formulación. Mi objetivo es desarrollar una teoría matemática que demuestre cómo el sistema capitalista está abocado a su fin. Les pido paciencia por si los comienzos de mi exposición les parecen irrelevantes o aburridos.

»Examinemos, lo primero, el desarrollo de un proceso industrial común —y les ruego que en cuanto descubran algo con lo que no estén de acuerdo, me interrumpan —. Imaginemos una fábrica de zapatos. La factoría compra pieles y las transforma en zapatos. Partimos de unas pieles que costaron cien dólares y que una vez convertidas en zapatos adquieren un valor de doscientos dólares. ¿Qué pasó? Que el valor agregado a las pieles ha doblado el valor del producto inicial. ¿Cómo se llegó a eso? Veamos:

»El valor añadido proviene del capital y del trabajo. El capital aporta la fábrica, las máquinas y paga todos los gastos. El trabajo aporta lo que su nombre indica: el trabajo humano. El esfuerzo conjunto de trabajo y capital ha conseguido un valor añadido de cien dólares, ¿están todos de acuerdo?

La mesa entera asiente.

—Ahora se trata de dividir los cien dólares de valor añadido entre los dos factores de la producción: el capital y el trabajo. Las cifras que vamos a manejar son porcentuales, y para no complicar demasiado la sesión, usaremos valores aproximados: el capital obtiene cincuenta dólares y el trabajo los otros cincuenta. No vamos a empezar a discutir por este reparto[56].

»Sea cual sea el reparto porcentual, lo aceptamos en nuestro modelo. Y que quede claro que lo que aceptamos en este proceso industrial particular es generalizable para todos los procesos industriales, ¿de acuerdo?

La mesa volvió a asentir.

—Ahora supongamos que los trabajadores que han recibido sus cincuenta dólares

necesitan comprar zapatos. Lo máximo que podrán pagar por los zapatos será cincuenta dólares, ¿de acuerdo?

»Y dejemos este proceso tan particular para adentrarnos en el total de los procesos industriales que se desarrollan en los Estados Unidos: las propias pieles, las materias primas, los transportes, los canales de venta y todo lo demás. Calculemos, redondeando, que la producción total de riqueza en los Estados Unidos es de cuatro millardos de dólares anuales. El trabajo habrá recibido en salarios durante ese periodo dos millardos de dólares de los cuatro que se han producido, ¿alguna duda? Quedamos pues en que de ese producto total, el trabajo sólo puede recuperar la mitad, dos millardos, y mis cálculos son bastante optimistas para el trabajo, puesto que hay miles de empresas capitalistas que no le conceden esa mitad del producto final.

»Pero bueno, sigamos considerando que el trabajo recupera esos dos millardos, lo que quiere decir que no puede gastar más de esa cantidad, mientras quedan otros dos millardos a los que el trabajo no tiene acceso.

—El trabajo no puede gastar esos dos millardos —interrumpió el señor Kowalt—, porque si así fuera, no ingresaría ningún dinero en las cuentas de ahorro de los bancos.

—Los depósitos de los trabajadores en los bancos son simplemente unos fondos de reserva de breve temporalidad; se gastan tan deprisa como se imponen. Son ahorros para la vejez, para cubrir los gastos de enfermedades, de accidentes y para pagar los entierros. Las cuentas de ahorro en los bancos son sencillamente rebanadas de pan que se dejan en la alacena para comerlas al día siguiente. En suma, el trabajo consume todo lo que saca del proceso productivo.

»Así pues, al capital le quedan dos millardos después de pagar los gastos, ¿consume el capital esos dos millardos?

Ésa fue la pregunta que Ernest planteó a los asistentes y a la que respondieron negando con sus cabezas.

—Yo en realidad no lo sé —respondió uno de ellos.

—Naturalmente que lo sabe —respondió Ernest—. Piénselo un momento. Si el capital consumiera su parte, el monto total de capital no se incrementaría, pero si mira usted la historia de la economía en los Estados Unidos, verá que el monto de capital crece constantemente, lo que significa que el capital no consume toda su ganancia. ¿Recuerda usted cuando Inglaterra poseía la mayoría de los bonos de nuestros ferrocarriles, bonos que paulatinamente fuimos rescatando? ¿Qué significa eso?, pues simplemente, que de la parte que correspondió al capital en nuestro reparto, hubo un excedente que le permitió el rescate de esos bonos. ¿Cuál es la razón de que hoy día los capitalistas de Estados Unidos posean cientos y cientos de millones de dólares de los bonos emitidos por el gobierno mexicano?, ¿o bonos de Rusia, de Italia, de Grecia, etc.? La razón es que esos cientos y cientos de millones de dólares salieron de lo que el capital obtuvo en el reparto con el trabajo y que no consumió.

»Y esto nos lleva al punto más importante: en los Estados Unidos se produce una riqueza de cuatro millardos anuales, de los que el trabajo obtiene y consume dos millardos. El capital no consume los dos millardos que obtuvo en el reparto, lo que significa un remanente importante. ¿Qué pasa con él? El trabajo no puede consumir nada de él porque de acuerdo con su naturaleza ya ha gastado todo lo que pudo gastar. Entonces, ¿qué se puede hacer con todo ese producto sobrante?, ¿qué hacemos con él?

—Se vende a otros países —aventuró el señor Kowalt.

—Exacto —corroboró Ernest—, porque de ese balance favorable surge nuestra necesidad de buscar mercados exteriores. Ese excedente se vende en el extranjero; no hay otra forma de deshacerse de él. Y ese producto sobrante, vendido en el extranjero, proporciona un importante superávit a nuestra balanza de pagos. ¿De acuerdo hasta aquí?

—Bueno, todo eso es bastante elemental, hasta ahí llegamos todos —dijo desdeñoso el señor Calvin.

—Precisamente he utilizado este abecé de la economía para llevarlos a ustedes a la encerrona que les tengo preparada. Veamos:

»Los Estados Unidos son un país que ha desarrollado eficientemente sus recursos. De acuerdo con el sistema industrial capitalista, obtiene unos importantes excedentes de los que se tiene que librar, y los invierte en el extranjero[57].

»Y lo que es cierto para los Estados Unidos también lo es para cada uno de los países capitalistas de economía desarrollada. Cada uno de esos países tiene también un excedente que no puede consumir. No olviden que comercian entre ellos y a pesar de eso siguen teniendo excedentes. Los trabajadores de esos países han agotado sus ingresos y no pueden consumir esos excedentes, y los capitalistas han agotado también su capacidad de consumo de acuerdo con sus formas de vida. O sea, que una vez agotada la posibilidad del intercambio de excedentes, se plantea cómo librarse de ellos.

—Venderlos a los países subdesarrollados —sugirió el señor Kowalt.

—Magnífico. Como verán, mi argumentación es tan clara y simple que pueden seguirla y complementarla perfectamente. Ahora supongamos que los Estados Unidos colocan sus excedentes en un país con recursos poco desarrollados; Brasil, por ejemplo. Recuerden que estos excedentes están ya fuera del mercado normal, que son bienes totalmente suplementarios. ¿Qué es lo que los Estados Unidos pueden obtener de Brasil a cambio?

—Oro —dijo el señor Kowalt.

—Pero el oro es un elemento escaso en el mundo —objetó Ernest.

—Oro en forma de bonos o títulos del Estado o algo por el estilo —enmendó Kowalt.

—Ha dado en el clavo. Estados Unidos recibirá de Brasil bonos o títulos del Estado como compensación a los excedentes y, ¿qué significa eso?, significa ni más

ni menos que los Estados Unidos van a adueñarse de los ferrocarriles, de las fábricas, de las minas y de las tierras de Brasil. ¿Y cuál será el resultado de todo ello?

El señor Kowalt pareció reflexionar un momento y movió la cabeza negativamente.

—Se lo diré, significa que se desarrollarán los recursos de Brasil; y el siguiente estadio llegará cuando Brasil, bajo el sistema capitalista, haya alcanzado cierto grado de desarrollo y disponga también de unos excedentes. ¿Puede librarse de ellos enviándolos a los Estados Unidos? No, los Estados Unidos también tienen excedentes. ¿Pueden los Estados Unidos hacer con sus excedentes lo que hicieron tiempo atrás: enviarlos a Brasil? Obviamente no, Brasil también excede lo que consume.

—¿Y qué sucederá entonces? Que tanto Estados Unidos como Brasil tienen que buscar otros países con menor grado de desarrollo a los que vender sus productos sobrantes; el resultado será que estos países alcanzarán también grados de desarrollo que les generen excedentes, con lo cual llegará un momento en que sea imposible ese comercio del excedente de cada país. Caballeros, el planeta no es tan grande y tampoco el número de países que se lo reparten; ¿qué pasará entonces cuando se dé esa situación?

Ernest hizo una pausa para observar a su auditorio. Las expresiones de sus caras mostraban perplejidad y cierta inquietud. Las abstracciones de Ernest habían acabado construyendo una realidad que ahora todos comprendían y empezaba a resultarles inquietante.

—Hemos empezado con el abecé, señor Calvin —sonrió Ernest—, y ahora les he ofrecido el resto del alfabeto. Es muy sencillo, ahí radica la gracia. Imagino que tienen ya preparada su pregunta: ¿qué pasará entonces, cuando todos los países alcancen esos grados de desarrollo y no se puedan absorber esos excedentes? ¿Qué será entonces del sistema capitalista?

Pero el señor Calvin movía la cabeza, poco convencido; estaba, sin duda, buscando alguna pifia en el razonamiento de Ernest.

—Permítanme hacer un breve repaso de lo expuesto —dijo Ernest—. Hemos comenzado tomando como ejemplo un proceso industrial muy particular: una fábrica de zapatos. Hemos aceptado que el proceso productivo de esa fábrica es similar a la de otras industrias por lo que al reparto del producto final se refiere. Hemos dicho que los trabajadores consumen totalmente su parte mientras que los capitalistas no pueden consumir la suya, creándose, así, un excedente. Otra de las conclusiones ha sido que la única forma de deshacerse de esos excedentes es vender a países extranjeros; pero que una vez que esos países, merced a la llegada de esos bienes sobrantes, alcanzan un grado de desarrollo que les permite crear a su vez otros excedentes, los venden a otros países, hasta que en todos ellos, siguiendo el mismo razonamiento, se produzcan excedentes. Y la pregunta final era: ¿qué hacer ahora con toda esa superproducción?

Todos permanecieron silenciosos.

—¿Se le ocurre algo, señor Calvin?

—No, me supera el asunto.

—Nunca imaginé que pudiera llegar a suceder algo así —dijo el señor Asmunsen —, pero está más claro que el agua.

Era la primera vez que oía las teorías de Karl Marx[58] sobre el excedente, sobre la plusvalía. Ernest lo explicó de una forma tan sencilla que me quedé muda de asombro.

—Les diré una forma de deshacerse del excedente —dijo Ernest—. Arrojarlo al mar. Arrojar cada año al mar el equivalente a cientos de millones de dólares en zapatos, vestidos, trigo y todas las mercancías que el comercio no pueda absorber. ¿Servirá eso?

—Serviría, sin duda —respondió el señor Calvin—, pero es una proposición absurda por su parte.

Ernest saltó como un rayo para responder a Calvin:

—¿No era acaso mucho más absurdo lo que usted proponía, destrozar las máquinas, volver a los métodos antediluvianos de sus antepasados? ¿Cuál es su propuesta para deshacernos del excedente? La única forma de librarnos de él es no producirlo, y, ¿cómo propone usted evitar su producción? Volviendo a métodos primitivos de producción, tan irracionales y desordenados, tan costosos y dilapidadores que resultaría imposible crear un excedente.

El señor Calvin tragó saliva; Ernest había dado en el blanco. Volvió a tragar saliva y decidió responder a Ernest:

—Tiene razón. Estoy convencido de que eso es absurdo, pero algo tenemos que hacer. Es una situación de vida o muerte para nuestra clase. No queremos desaparecer, así que nos quedamos con el absurdo y volveremos a los métodos rupestres y antieconómicos de nuestros antepasados. Devolveremos la industria al estadio anterior al de los trust. Destrozaremos las máquinas. ¿Y qué piensa usted hacer al respecto?

—Pero ustedes no pueden destrozar las máquinas —replicó Ernest—; no pueden hacer que retroceda la corriente evolutiva. Se enfrentan a dos fuerzas poderosas, cada una de ellas mucho más fuerte que las suyas, que las de la clase media. Una, los grandes capitalistas, los trust, en suma, que no les van a permitir ese retroceso. Pero más vasta que los trust y más poderosa es la fuerza del trabajo, que no les va a permitir destrozar las máquinas. Junto con las máquinas, el mundo se compone de los trust y de los trabajadores. Ésa es la línea de la batalla. Ninguno de esos dos bandos quiere la destrucción de las máquinas, simplemente los dos quieren ser sus dueños. Y en esa batalla, la clase media no tiene cabida, es sólo un pigmeo entre dos gigantes. Su pobre clase media, a punto de perecer, está atrapada entre dos enormes piedras molares, que incluso ya han empezado la molienda.

»Les he demostrado matemáticamente la inevitable desaparición del sistema

capitalista. Sobrevendrá cuando todos los países hayan alcanzado un excedente que no puedan ni consumir ni vender y se venga abajo la tremenda estructura de beneficios que él mismo ha engendrado.

»Y ese día no habrá ninguna destrucción de máquinas, la lucha se librará por la posesión de esas máquinas. Si ganan los trabajadores, lo tendrían más fácil. Los Estados Unidos y el resto del mundo entrarán en una nueva y fabulosa era; en lugar de ser aplastada por las máquinas, la vida humana será más alegre, más optimista y más noble; y todo gracias a esas máquinas.

»Y ustedes, restos de la aplastada clase media, junto con los trabajadores —para entonces sólo habrá trabajadores—, participarán en un justo y equitativo reparto de los bienes que esas maravillosas máquinas produzcan. Y nosotros, todos juntos, seguiremos construyendo máquinas tan maravillosas como ésas. Y no habrá un excedente superfluo, porque no habrá beneficios.

—Pero suponga que los trust ganan esa batalla sobre la propiedad de las máquinas y siguen dominando el mundo —preguntó el señor Kowalt.

—Entones a ustedes, a los trabajadores y a todos nosotros nos aplastará un talón de hierro tan despótico, tan despiadado y terrible como no lo hayan conocido las páginas más negras de las historia. Y ése sería un nombre adecuado para ese despotismo: el Talón de Hierro[59].

Hubo una larga pausa durante la cual los hombres parecían meditar sobre algo hasta entonces desconocido en sus mentes.

—Pero ese socialismo suyo es un sueño —dijo y repitió el señor Calvin—, un sueño.

—Entonces les mostraré algo que no es un sueño —respondió Ernest—. Lo voy a llamar la oligarquía. Ustedes lo llaman la plutocracia, pero los dos términos significan lo mismo, el gran capitalismo o los trust. Veamos dónde radica el poder hoy día, y para ello procedamos a dividir la sociedad en las clases que la componen.

»Hay tres grandes clases en la sociedad. La primera es la plutocracia, que está compuesta por los grandes banqueros, los magnates de los ferrocarriles, los directores de las corporaciones y los dueños de los trust. La segunda es la clase media, la clase a la que pertenecen ustedes, compuesta por los granjeros, los comerciantes, los pequeños fabricantes y los profesionales liberales. La tercera es a la que yo pertenezco, el proletariado, que se compone de todos los asalariados[60].

»No se me puede negar que actualmente la esencia del poder en los Estados Unidos radica en la posesión de la riqueza. ¿Cómo se reparte esa riqueza entre las tres clases? Aquí están las cifras: la plutocracia posee sesenta y siete millardos de patrimonio. Del total de personas que tienen una ocupación en los Estados Unidos, sólo el 0,9 por ciento pertenecen a la plutocracia, pero sin embargo esa clase minoritaria disfruta del 70 por ciento de la riqueza total. El patrimonio de la clase media es de veinticuatro millardos, con una población activa del 29 por ciento. Y por último, el proletariado que sólo dispone de cuatro millardos, o sea, el 4 por ciento, a

pesar de constituir el 70 por ciento de la población activa. ¿Dónde reside el poder, pues, caballeros?

—Según sus cifras, nuestra clase media es mucho más poderosa que el proletariado —apuntó el señor Asmunsen.

—Tacharnos de débiles no los hace más fuertes frente al poder de la plutocracia —les respondió Ernest—, pero en cualquier caso no estoy de acuerdo con ustedes. Hay una fuerza superior a la de la riqueza, y su superioridad radica en que no se nos puede arrebatar porque es intrínseca a nuestra naturaleza. Nuestra fuerza, la fuerza del proletariado radica en nuestros músculos, en nuestras manos para introducir los votos en las urnas, en nuestros dedos para apretar un gatillo. Es una fuerza de la que no nos pueden despojar. Es la fuerza primitiva del hombre, la fuerza vital, una fuerza que la riqueza no nos puede arrebatar.

»Sin embargo, su fuerza es endeble. Se la pueden arrebatar, incluso ya se la está arrebatando la plutocracia; lo que los llevará a desaparecer como clase media; se hundirán en el proletariado, y lo mejor de todo es que con su caída reforzarán nuestra fuerza. Los recibiremos con júbilo y lucharemos hombro con hombro por la causa de la humanidad.

»Como ven, el proletariado no tiene nada sólido de lo que puedan despojarlo. Toda su riqueza consiste en alguna ropa, unos muebles y, en algunos casos, una vivienda modesta. Pero ustedes poseen bienes más enraizados y la plutocracia se los arrebatará. Naturalmente existe la posibilidad de que el proletariado se los quite antes. ¿Comprenden su posición, caballeros? La clase media es un corderito indefenso amenazado a cada lado por un león y un tigre. Si no los devora uno, lo hará el otro; y si la plutocracia los atrapa primero, es sólo cuestión de tiempo que el proletariado acabe con ella.

»Incluso su riqueza actual no es prueba significativa de poder. La fuerza que les da su patrimonio es ya una cáscara vacía; ésa es la razón de que hayan ya proferido su grito de guerra: “Volvamos a la senda de nuestros padres”. Están convencidos de su impotencia. Saben que su poder es sólo una cáscara vacía. Y les mostraré ese vacío.

»¿Cuál es el poder de los granjeros? Más de la mitad vive bajo el yugo, bien de los propietarios de las tierras, bien de las hipotecas de los bancos; y su precario medio de vida depende o va a depender de los trust, que o poseen o controlan todos los medios de comercialización de las cosechas, ya sea el almacenamiento refrigerado, los ferrocarriles, las carretillas elevadoras o los transportes fluviales y marítimos. Y además, los trust controlan los mercados, de forma que ante ellos los granjeros están inermes. Por lo que respecta a su fuerza política o ante los poderes públicos, lo dejo para más adelante, para cuando trate ese aspecto dentro de la clase media.

»Día tras día los trust exprimen a los granjeros de la misma forma que lo hacen con el señor Calvin y con el resto de los lecheros. Día a día exprimen igualmente al pequeño comercio. ¿Recuerdan cómo en sólo seis meses el Trust del Tabaco acabó con cuatrocientas tiendas de ese negocio sólo en la ciudad de Nueva York? ¿Dónde

están los viejos propietarios de las minas de carbón? Saben, sin que tenga que decírselo, que el Trust de los Ferrocarriles controla todas las minas de carbón y de asfalto. ¿Acaso no posee el trust Standard Oil[61] una veintena de líneas marítimas? ¿Y no controla el mercado del cobre, por no hablar de los negocios de fundición que gobiernan como un grupo monopolista secundario? Esta noche hay cien mil ciudades en los Estados Unidos iluminadas por las compañías que controla la Standard Oil, y en esas ciudades todos los transportes eléctricos urbanos, suburbanos e interurbanos están en manos de la Standard Oil; los pequeños capitalistas que poseían esos negocios, los perdieron. Lo mismo que los perderán ustedes.

»Los pequeños industriales son como los granjeros, y ambos están hoy reducidos a efectos prácticos al sistema feudal, de la misma forma que los profesionales y los artistas son siervos del sistema, y los políticos son secuaces de ese sistema. ¿Por qué trabaja el señor Calvin día y noche para organizar a los granjeros junto con otros sectores de la clase media en un nuevo partido político? Pues porque los políticos de los viejos partidos no quieren saber nada de sus ideas atávicas, y ¿por qué?, porque no les interesa en absoluto; como les he dicho, son secuaces, sirvientes de la plutocracia.

»He dicho que los artistas y los profesionales son siervos, ¿por qué lo son? Porque todos ellos, los profesores, los predicadores, los editores, conservan sus trabajos por servir a la plutocracia, y sus servicios consisten en propagar únicamente las ideas que resulten inofensivas o elogiosas para la plutocracia. En cuanto propagaran alguna idea que amenazara a esa clase minoritaria, perderían sus empleos, y entonces, si no se han buscado un buen resguardo, se hundirán en el proletariado, donde perecerán o se convertirán en agitadores obreristas. Y no olviden que son la prensa, los púlpitos y las universidades los que moldean la opinión pública, los que configuran el pensamiento dominante de la nación. En cuanto a los artistas, se limitan simplemente a satisfacer los gustos innobles de la plutocracia.

»Pero realmente, la riqueza en sí no es el poder auténtico, es sólo un cauce hacia el poder. El poder por excelencia es el poder político, que radica en el Gobierno. ¿Quién controla ahora el Gobierno? ¿El proletariado con sus veinte millones de asalariados? Chocante idea. ¿Lo hace la clase media, con sus ocho millones de población activa? En absoluto. ¿Quién controla entonces el Gobierno? La plutocracia, que apenas cuenta con un cuarto de millón de miembros activos. Pero este cuarto de millón no controla en realidad el Gobierno, aunque le sirva con esmero. Es el cerebro de la plutocracia el que dirige el Gobierno, y este cerebro consiste en siete[62] pequeños pero poderosos grupos de hombres. Y no olviden que estos grupos trabajan hoy prácticamente al unísono.

»Permítanme hacer hincapié en uno de ellos: el grupo de los ferrocarriles. Emplea cuarenta mil abogados para vencer en cualquier querella ante los tribunales. Emite miles de pases de favor a los jueces, banqueros, directores de prensa, ministros, profesores universitarios, miembros de las cámaras estatales y del Congreso. Sostiene

poderosos *lobbies*[63] en cada estado y en los centros del gobierno federal, y en todas las ciudades grandes y menores del país emplean a un montón de politicastros y de abogadillos sin escrúpulos, cuya misión es la de acudir a las elecciones primarias, a las convenciones de los partidos, elegir jurados a su medida, sobornar a los jueces y trabajar siempre por sus intereses[64].

»Caballeros, he expuesto simplemente el poder de uno de los siete grupos que componen la plutocracia[65].

»Sus veinticuatro millardos de riqueza no les proporcionan ni veinticinco centavos de poder político. Es sólo una nuez vacía que incluso muy pronto les van a arrebatar. La plutocracia acapara hoy día todo el poder: hace las leyes, porque tiene bajo su férula al Senado, al Congreso, los tribunales y las cámaras de los estados. Y no sólo eso, para que se cumplan las leyes hace falta un poder detrás, y la plutocracia lo tiene: la policía, el ejército, la armada y, por último, las milicias, que como les expliqué las componen ustedes, yo y todos los demás ciudadanos.

Después de esto, no les quedaron muchas ganas de discutir y se dirigieron a la puerta de la casa. Parecían abatidos, y en la despedida sólo se escucharon voces tenues. Era como si los hubiera asustado la visión de Ernest.

—La situación es sin duda, seria —dijo el señor Calvin a Ernest—. No tengo mucho que objetar a su exposición, solamente estoy en desacuerdo con su premonición sobre la desaparición de la clase media. Sobreviviremos y acabaremos con los trust.

—Y volverán al estadio de sus padres —completó Ernest su comentario.

—Puede que sí —respondió el señor Calvin con gesto serio—. Ya sé que es una forma de destruir las máquinas, y que es absurda, pero también la vida parece hoy un tanto absurda con esas maquinaciones de la plutocracia; y en todo caso, nuestra decisión de destruir las máquinas nos parece práctica y factible, mientras que sus sueños no lo son. Sus sueños socialistas son… eso, sueños. No podemos acompañarlo en ellos.

—Sólo les desearía que aprendieran un poco más sobre la evolución económico-social y sobre sociología en general —dijo Ernest mientras con aire triste estrechaba sus manos—. Nos ahorraríamos muchos problemas si lo hicieran.

Capítulo 10

El torbellino

Después de la cena de los hombres de negocios, los acontecimientos se precipitaron como los truenos en una tormenta intensa, y yo, pobre de mí, que había vivido una plácida existencia en la tranquila ciudad universitaria de Berkeley, encontré mi mundo personal súbitamente inmerso en el vértigo de los grandes asuntos mundiales. No sé si fue mi amor por Ernest o la clara visión que me infundió él sobre la sociedad en la que vivíamos, pero el caso es que me convertí en una revolucionaria y me sumergí en un torbellino de acontecimientos que hubiera sido impensable tan sólo tres meses atrás.

La crisis en mi existencia coincidió con una gran conmoción en nuestra sociedad. En primer lugar, a papá lo expulsaron de la universidad. Bueno, no fue expulsado formalmente; le pidieron el cese voluntario, eso fue todo. En realidad no fue nada preocupante, papá estaba encantado, sobre todo porque su expulsión la precipitó la publicación de su libro *Economía y educación*. «¿Qué mejor prueba de mi argumentación —comentó él— para demostrar el dominio que la clase capitalista ejerce sobre la educación de los ciudadanos?».

Pero esa prueba no llegó a ninguna parte. Nadie supo que lo habían forzado a abandonar la universidad. Era un científico tan renombrado que tal anuncio, junto con las razones que forzaron su renuncia, hubiera supuesto un escándalo mundial. Los periódicos lo despidieron cubriéndolo de elogios y agradeciéndole que abandonara las clases para dedicarse por completo a la investigación.

En un principio mi padre se rió; luego lo asaltó su enfado-tónico. Al final llegó la prohibición de su libro. La prohibición se hizo en secreto, tan en secreto que al principio no lo entendimos muy bien. Su publicación había supuesto un pequeño acontecimiento en nuestro entorno. Papá sufrió un vapuleo cortés por parte de la prensa capitalista; decían que era una pena que un científico tan brillante hubiera sustituido el campo de la investigación por el de la sociología, de la cual no tenía ni idea y se encontraba perdido. Estas críticas duraron una semana, durante la cual mi padre se reía de ellas, afirmando que había metido el dedo en la llaga del capitalismo. Bruscamente, los periódicos y las revistas críticas dejaron de hablar del libro, a la vez que desaparecía de los estantes de las librerías. No se podía conseguir ni un solo ejemplar. Papá escribió a los editores; su respuesta fue que las planchas se habían destruido por accidente. Mantuvieron con él una correspondencia banal, hasta que finalmente admitieron que no podían permitirse volver a imprimir el libro, pero que estaban dispuestos a renunciar a sus derechos sobre él.

—Y le resultará imposible encontrar en el país ninguna editorial que se haga cargo de la edición —comentó Ernest—, y si yo fuera usted, trataría de protegerme

rápidamente, esto no es más que un aviso del Talón de Hierro.

Pero papá era sólo un científico. Nunca llegaba a una conclusión si no había comprobado satisfactoriamente todas las fases de sus experimentos. Así que recorrió todas las editoriales y recibió todo tipo de excusas, pero ninguna aceptó la publicación del libro.

Cuando papá se convenció de que habían prohibido su libro, acudió a los periódicos, pero éstos ignoraron sus peticiones de denuncia. Papá encontró su oportunidad en un mitin de los socialistas al que habían acudido muchos periodistas. Tomó la palabra y expuso el caso de su libro prohibido. No pudo evitar las risas cuando leyó los periódicos del día siguiente, aunque al final montó en cólera, y esta vez no era su cólera-tónica. Los periódicos no mencionaron su libro en absoluto, pero sí tergiversaron sus declaraciones, sacando las frases de contexto y convirtiendo un discurso sobrio y mesurado en una proclama anarquista. Fue un ejercicio artero. Recuerdo especialmente uno de esos artículos: mi padre había utilizado la frase «revolución social» y el periodista obvió el calificativo «social» y envió la crónica a todo el país a través de la Associated Press, levantando un clamor alarmista. A papá lo tacharon de nihilista y de anarquista y apareció en una viñeta, ampliamente difundida, portando una bandera roja a la cabeza de una manifestación de hombres de cabellos largos y ojos salvajes, que llevaban en sus manos antorchas, cuchillos y cartuchos de dinamita.

Sufrió agresiones terribles de la prensa en largos e insultantes editoriales. Lo tacharon de anarquista y empezaron a sembrar dudas sobre su salud mental. «Esta conducta de la prensa capitalista no es nada nuevo», nos dijo Ernest. «Es lo habitual, envían periodistas a las reuniones de los socialistas con el único propósito de tergiversar y malinterpretar lo que allí se dice, el fin es amedrentar a las clases medias y evitar cualquier posible acercamiento de ellas al proletariado». Ernest volvió a prevenir a mi padre para que cesara en su lucha por el libro y a aconsejarle que se pusiera a cubierto.

Sin embargo, la prensa socialista del país recogió la antorcha, y a través de los lectores de la clase trabajadora se conoció la prohibición del libro. Pero no pasó de ahí. Poco después, una editorial socialista importante, *Llamada a la Razón,* llegó a un acuerdo con mi padre para publicar el libro. Papá estaba exultante y Ernest, alarmado.

—Le dije que nos encontramos al borde de algo desconocido —insistió Ernest—. Cosas importantes están sucediendo a nuestro alrededor sin que podamos percibirlas. Puedo sentirlas. No sabemos de qué se trata, pero están ahí. La estructura social tiembla, sobreexcitada. No me pregunten, ni siquiera yo sé qué está ocurriendo, pero de este magma hay algo a punto de cristalizar en nuestra sociedad; ya está cristalizando, de hecho. La prohibición del libro es una muestra de ello. ¿Cuántos libros no se habrán prohibido sin que lo sepamos? No tenemos ni idea; estamos en la penumbra. No tenemos ya ninguna oportunidad de saber qué está pasando. Atención a la supresión de la prensa y las editoriales socialistas. Me temo que esté al caer. Nos

van a asfixiar.

Ernest controlaba el pulso de los acontecimientos incluso con más atención que el resto de los socialistas. Al cabo de dos días estalló el primer conflicto. *Llamada a la Razón* era un semanario con una distribución regular entre el proletariado que alcanzaba 750 000 ejemplares, aunque con frecuencia publicaba ediciones extras y llegaba a lanzar entre dos y cinco millones de ejemplares. Estas grandes tiradas eran sufragadas y llevadas al correo por un pequeño ejército de trabajadores voluntarios agrupados alrededor de la *Llamada*. Asestaron el primer golpe a estas ediciones especiales, y fue un golpe devastador. Una norma arbitraria de la Oficina de Correos decidió que estas ediciones no suponían una circulación regular de prensa, y que por ello no serían admitidas en las oficinas postales.

Una semana después, el Departamento Central de Correos decidió que la revista era subversiva y prohibió terminantemente su distribución postal en todo el país. Fue un golpe fatal para la propaganda socialista. La situación de la *Llamada* era desesperada. Se trazó un plan para llevarlas hasta sus suscriptores a través de los servicios de correos alternativos, pero éstos no aceptaron su distribución. Éste fue el fin del semanario, aunque eso no fue todo. Veinte mil copias del libro de mi padre estaban en la sección de encuadernación y había muchos más en prensa. De repente, sin que nadie pudiera preverlo, una chusma multitudinaria, encabezada por la bandera norteamericana y que cantaba himnos patrióticos, asaltó la editorial y le prendió fuego destruyéndola por completo. Fue el fin definitivo de la *Llamada a la Razón*.

Girard era una pequeña y tranquila ciudad de Kansas en la que nunca había habido conflictos laborales. La editorial pagaba sueldos de acuerdo con las directrices sindicales y era, de hecho, la espina dorsal de la ciudad, ya que daba empleo a algunos centenares de mujeres y de hombres. No fueron ciudadanos de Girard los participantes de esa chusma. Más bien parecía como si los incendiarios hubieran salido de debajo de la tierra y, una vez cumplida su siniestra misión, hubieran regresado a sus agujeros. Ernest vio claramente el significado de esa catástrofe.

—Parece que pronto aparecerán «los Cien Negros[66]» en los Estados Unidos. Esto es sólo el principio de algo que irá mucho más lejos. El Talón de Hierro es cada vez más osado.

Y así feneció el libro de mi padre. En adelante llegaríamos a saber mucho más de los Cien Negros. Semana tras semana a muchos más periódicos socialistas se les prohibió la distribución postal, y en algunos casos los Cien Negros destruyeron imprentas socialistas. Naturalmente, la prensa del país respaldaba la política reaccionaria de la clase dominante, y en cuanto a la destrucción de la prensa socialista, tergiversaba los hechos y vilipendiaba esas publicaciones. Por otra parte consideraba a los Cien Negros como auténticos patriotas, salvadores de la sociedad. Tan convincentes resultaban esas campañas de intoxicación que hasta pastores sinceros lanzaban desde sus púlpitos proclamas bendiciendo a los Cien Negros, a la vez que lamentaban que hubiera necesidad de recurrir a la violencia.

La historia corría muy deprisa. Las elecciones del otoño estaban muy próximas y Ernest se presentaba al Congreso en las listas del Partido Socialista. Tenía muchas probabilidades de salir elegido. La reacción había conseguido quebrar la huelga de tranviarios de San Francisco y a continuación también la de transportistas. Estas dos derrotas resultaron desastrosas para el movimiento obrero. Toda la organización sindical de los muelles, junto con otros sindicatos, había respaldado plenamente la huelga de los transportistas, pero todo acabó en un absoluto fracaso. Fue una huelga sangrienta. La policía abrió la cabeza de muchos huelguistas con sus garrotes antidisturbios, y la lista de muertos aumentó cuando se permitió que una ametralladora disparase sobre los huelguistas desde el garaje de una empresa de distribución.

Como consecuencia de esos sucesos, creció el malestar y los deseos de revancha de los hombres. Querían sangre y venganza. Golpeados en su propio terreno, el sindical, buscaban ahora el desquite en la acción política. Mantenían la estructura de sus organizaciones sindicales, lo que les proporcionaba la fuerza suficiente para la lucha política que estaba en marcha. Las probabilidades de Ernest eran cada vez mayores. Día a día, más y más sindicatos ofrecían sus votos a los socialistas. Ernest no pudo menos que sonreír cuando también se ofrecieron los auxiliares de los servicios funerarios y los desplumadores de aves. Los hombres se mostraban cada vez más convencidos; mientras que abarrotaban los mítines socialistas gritando de entusiasmo, se mostraban impermeables a las añagazas de los políticos de los viejos partidos; cuando éstos acudían a dar algún mitin electoral solían encontrar las salas vacías, aunque algunas veces podían llenarlas si convocaban a todos los policías francos de servicio.

La historia corría cada vez más deprisa. El aire vibraba con los acontecimientos del momento y con los que se adivinaban inminentes. El país se encontraba al borde de una crisis[67] económica profunda, consecuencia de una época de gran desarrollo que había abarrotado los mercados exteriores con el excedente hasta el punto de que ya no podían comprar más. Las industrias acortaron sus jornadas; las grandes fábricas pararon la producción esperando a que los mercados fueran capaces de absorber las mercancías en depósito; y los salarios sufrieron bruscas reducciones.

También consiguió la reacción romper la huelga de los operarios de maquinaria, que junto con el medio millón de aliados del sindicato metalúrgico había peleado en una huelga tan sangrienta como nunca había conocido el país. Hubo batallas campales contra los pequeños ejércitos armados de los rompehuelgas[68] contratados por las asociaciones de empresarios[69]. Las acciones provocadoras de los Cien Negros, que en acciones aisladas y dispersas destrozaban las propiedades privadas, causaron la intervención de cien mil soldados del ejército regular para terminar drásticamente con el conflicto. Algunos líderes sindicales fueron ejecutados y muchos más sentenciados a prisión, y miles de huelguistas fueron encerrados en rediles[70] y tratados de forma abominable por los soldados.

Había que pagar ahora por aquellos años de prosperidad. Todos los mercados estaban saturados, todos se desmoronaban; y en la caída de los precios, fueron los salarios los que más sufrieron esa bajada. El país estaba trastornado por los conflictos en la industria. Se producían huelgas por doquier, y donde no había huelgas podía haber cierres patronales. Los periódicos se llenaban con relatos de violencia y de sangre, donde sin duda los Cien Negros[71] habían jugado un papel importante: disturbios, incendios, destrozos sin sentido de la propiedad privada; ése era su trabajo y sabían hacerlo, hasta el punto de que con sus estragos provocadores consiguieron la intervención del ejército regular en los conflictos obreros. Todos los pueblos y ciudades se convirtieron en campos de batalla, en los que a los trabajadores se les disparaba como a perros. Se reclutaba a los rompehuelgas en el vasto ejército de desempleados, y cuando los sindicalistas conseguían hacerlos retroceder, era cuando intervenía el ejército para aplastar a los trabajadores. También estaban allí las milicias, aunque todavía no habían tenido necesidad de recurrir a su represiva ley secreta. Sólo habían intervenido las milicias regulares, pero estaban por todas partes. En ese terrible periodo, el Gobierno aumentó el contingente del ejército regular en cien mil hombres.

Nunca los trabajadores habían sufrido una derrota tan severa. Los grandes capitanes de la industria, los oligarcas, aprovecharon la experiencia de las luchas menores de las asociaciones de pequeños empresarios para ahondar en esa brecha y agrandarla merced a su enorme peso. Esas asociaciones las constituían empresarios de clase media, que ahora, empujados por la crisis de los mercados y ayudados por los grandes capitanes de la industria, habían combatido y derrotado a las organizaciones obreras. Fue una alianza todopoderosa, pero como la clase media pudo pronto comprobar, fue la alianza del león y del cordero.

Los trabajadores estaban maltrechos, resentidos y aplastados en su lucha sindical. Los bancos, que constituían una de las fuerzas más importantes de la oligarquía, continuaban exigiendo el pago de los préstamos. Los grupos de Wall Street[72] habían convertido el mercado de valores en un vórtice en el que los títulos del país se deslizaban a la inanidad. Y en medio de aquellas ruinas y escombros se levantaba, imperturbable, indiferente y segura de sí misma, la oligarquía. No sólo utilizaba para sus planes su vasto poder, sino también el Tesoro de los Estados Unidos.

Los capitanes de la industria se habían revuelto contra la clase media. Las asociaciones de pequeños y medianos empresarios, que los habían ayudado a someter a los trabajadores, se encontraban ahora ninguneados y explotados por sus antiguos aliados. Los trust se mostraron inflexibles ante los pequeños y medianos empresarios. En realidad fueron más allá; sembraron los vientos más potentes para recoger tras la calma lo que más deseaban: los mayores beneficios. ¡Y qué beneficios! Seguros de su poder, tras la tormenta que ellos mismos habían desencadenado, se liberaron de sus socios y recuperaron para sí mismos los restos del naufragio. Los títulos de valor se devaluaron de forma inconcebible y los trust los adquirieron a precio de saldo,

acaparando así nuevos campos de negocio, y todo ello a costa de las clases medias.

De esa forma, el verano de 1912 fue testigo del entierro virtual de la clase media. Incluso Ernest estaba sorprendido de la rapidez del proceso. Sacudía su cabeza, abatido, y no expresaba grandes esperanzas sobre las elecciones del otoño.

—Es inútil —decía consternado—. No tenemos ninguna posibilidad. El Talón de Hierro ya ha llegado. Yo había confiado en una tranquila victoria en las urnas. Me equivoqué. Wickson tenía razón. Nos hurtarán hasta la última de nuestras libertades. El Talón de Hierro pisoteará nuestras caras, lo único que resta es una revolución sangrienta de la clase trabajadora. Venceremos, sin duda, pero me estremezco sólo de pensar en lo que se avecina.

Y a partir de esos sucesos, Ernest, adelantándose a su partido, puso todas sus esperanzas en la revolución. Sus correligionarios no pensaban como él, seguían creyendo que la victoria se conseguiría en las próximas elecciones. No es que estuvieran desconcertados, tenían la suficiente confianza en su causa como para mantener su lucha, pero sí mostraban cierta incredulidad ante esos ominosos presagios. Ernest no conseguía convencerlos de hasta dónde podía llegar el poder de la oligarquía. Les inquietaban sus palabras, pero estaban seguros de su propia fortaleza. En sus teorías sobre el desarrollo social de la humanidad no cabía el advenimiento de una oligarquía, fuera la que fuera.

—Conseguiremos que llegues al Congreso y ¡ya está! —lo tranquilizaban en sus reuniones secretas.

—Y cuando me saquen del Congreso —respondía fríamente Ernest— y me pongan contra un paredón y me fusilen, ¿entonces qué?

—Entonces les mostraremos nuestro poder —le respondió una docena de voces.

—Y os ahogaréis en vuestra propia sangre. Ya habíais oído esa canción en la boca de la clase media, y ¿dónde está ahora su poder?

Capítulo 11

La gran aventura

El señor Wickson no llamó a mi padre. Se encontraron por casualidad en el *ferry* que iba a San Francisco, por tanto, la advertencia que le hizo a papá no era premeditada. Si no se hubieran encontrado accidentalmente no habría habido tal advertencia; sin embargo el resultado no hubiera sido diferente. Papá era descendiente de los pioneros del Mayflower[73] y ese linaje le imprimía carácter.

—Tenía razón Ernest —me dijo papá en cuanto llegó a casa—. Ernest es un joven muy interesante, y yo prefiero que seas su esposa a que lo seas de Rockefeller o del rey de Inglaterra.

—¿Qué pasa? —pregunté alarmada.

—La oligarquía está a punto de pisotear nuestras cabezas, la tuya y la mía, Wickson me lo ha dicho claramente. Ha sido muy amable, para tratarse de un oligarca. Me ha ofrecido reingresar en la universidad. ¿Qué te parece? Wickson, ese agiotista sórdido, tiene capacidad para decidir si puedo o no puedo dar clases en la universidad del estado. Pero, incluso, ha ido más allá en su oferta, me ha propuesto hacerme presidente de una facultad importante de ciencias físicas que se está formando; parece como si la oligarquía tuviera prisa por deshacerse de su excedente.

»“¿Recuerdas aquello que le dije al novio de tu hija?”, me espetó. “Le dije que pisotearíamos la cabeza de la clase trabajadora. Así haremos. Y por lo que a ti respecta, te respeto mucho como científico, pero si decides que tu suerte está junto a la clase trabajadora, entonces ¡cuida de tu cabeza! Eso es todo”. Se dio la vuelta y desapareció.

—Eso quiere decir que tendremos que casarnos antes de lo que teníamos pensado —fue la respuesta de Ernest cuando se lo conté.

No supe muy bien en aquel momento por qué había llegado a esa conclusión, pero enseguida tuve oportunidad de saberlo. Se cumplía el trimestre en el que las Hilaturas Sierra repartían los dividendos trimestrales; o mejor dicho, cuando deberían pagarse, porque papá no recibió los suyos. Al cabo de unos días, escribió al secretario. Pronto llegó la respuesta diciendo que no constaba en sus archivos que papá poseyera ninguna acción de esas hilaturas, y pedía cortésmente datos más explícitos.

—Se los daré más explícitos, ¡maldita sea! —dijo mi padre irritado, y se fue al banco a sacar los títulos depositados en su caja fuerte personal.

—Ernest es un hombre extraordinario —me empezó a contar cuando volvió del banco y yo le ayudaba a quitarse el abrigo—. En serio, hija, ese jovencito tuyo es un hombre extraordinario.

Yo ya había aprendido que cuando papá alababa a Ernest de esa forma era que había ocurrido algún desastre.

—Ya me han pisoteado la cara —explicó papá—. No había ninguna acción; la caja estaba vacía. Ernest y tú tendréis que casaros lo antes posible.

Mi padre siguió la misma metodología que empleaba en sus investigaciones. Primero fue a denunciar el robo a los juzgados, pero no pudo conseguir que llevaran allí los libros de los registros de Hilaturas Sierra. Él no controlaba la justicia, pero las hilaturas, sí. Eso lo explicaba todo. Fue totalmente burlado por la ley y se dio por bueno ese robo tan descarado.

Me parece casi de risa cuando recuerdo ahora la forma en que vapulearon a mi padre. Poco después de aquello se encontró a Wickson en la calle por casualidad y le dijo que era un maldito canalla. El resultado fue que arrestaron a mi padre por intento de agresión, lo multó la policía y fue conminado a no romper la paz social. Fue todo tan ridículo que hasta él se rió cuando llegó a casa. ¡Pero qué furor se desató en los periódicos locales! Se escribieron páginas en las que se denunciaba la violencia que infectaba a los hombres cuando abrazaban la causa del socialismo; y a papá, a pesar de su largamente demostrada vida pacífica, lo pusieron de ejemplo de cómo actúa el bacilo de la violencia. También aseguraron otros periódicos que la mente de papá se había debilitado a consecuencia de sus estudios científicos y sugerían que se lo encerrara en una institución psiquiátrica del estado. El peligro era claro e inminente, pero mi padre era lo suficientemente avezado como para darse cuenta, y más teniendo tan próxima la experiencia del obispo, una lección como para no olvidarla. Decidió permanecer tranquilo fuera cual fuera la injusticia que perpetraran contra él, y creo que consiguió así desconcertar a sus enemigos.

Luego vino lo de la casa; nuestra casa. Inventaron que pesaba sobre ella una hipoteca que había sido ejecutada por haber vencido los pagos y que, por tanto, habíamos perdido el derecho de redimirla; así que nos vimos obligados a abandonar la casa. Naturalmente no había ninguna hipoteca ni nunca la había habido. Tanto el terreno que se compró como la casa que se edificó sobre él fueron totalmente pagados en el momento de la compra y de la construcción. Nunca hubo la menor carga sobre ellos. A pesar de eso, aparecieron las escrituras que mostraban la existencia de una hipoteca, con todos los visos de legalidad, e incluso con los pagos de intereses a lo largo de muchos años. Papá no protestó. De la misma forma en que habían robado su dinero, robaron también su casa; y no tenía posibilidades para recurrir. Toda la maquinaria de la sociedad estaba en manos de los que habían decidido acabar con él.

Mi padre siempre fue un filósofo, y se tomó las afrentas sin volver a encolerizarse.

—Estoy condenado. Están dispuestos a acabar conmigo —me dijo—, pero no hay ninguna razón por la que no pueda tratar de evitar en lo posible sus vapuleos. Mis huesos son ya frágiles y he aprendido mi lección. Bien sabe Dios que no quiero acabar mis días en un manicomio.

Su comentario me recordó al obispo Morehouse, a quien he desatendido en esta parte del escrito. Pero antes de hablar del obispo, hablaré de mi matrimonio. En ese

torbellino de acontecimientos, mi matrimonio pasó casi desapercibido, por lo que no voy a extenderme sobre él.

—Ahora nos hemos convertido en auténticos proletarios —dijo papá, cuando abandonamos la casa—. He envidiado a menudo a tu joven prometido por su claro conocimiento del proletariado; ahora lo conoceré por mí mismo.

Mi padre siempre llevó en la sangre un fuerte espíritu aventurero. Ahora miraba nuestra catástrofe como si fuera una aventura. No sentía ni rabia ni amargura. Era demasiado filosófico y sencillo para clamar venganza, y tenía la suficiente vida interior como para no echar de menos las comodidades a las que nos vimos obligados a renunciar. Así que cuando nos fuimos a vivir a San Francisco, a una casa desconchada de cuatro habitaciones en un arrabal al sur de la calle Market, se embarcó en la aventura con la alegría entusiasta de un niño, todo combinado, claro, con la lúcida visión y la comprensión mental de su enorme inteligencia. Nunca se bloqueaba mentalmente. No tenía una idea equivocada de los valores. Las normas corrientes más convencionales no tenían nada que ver con él. Los únicos valores que reconocía eran los de la matemática y los logros científicos. Mi padre era un gran hombre. Tenía la inteligencia y el alma de los grandes hombres. En algunos casos era incluso más importante que Ernest, el más grande que yo había conocido hasta entonces.

Incluso yo encontré cierto alivio en nuestro cambio de vida al escapar del ostracismo organizado en que se habían convertido nuestras vidas en esa ciudad universitaria, sobre todo a partir de que la oligarquía hubiera aumentado sus inamistosos controles sobre todos. El cambio también supuso una aventura para mí; lo más importante es que fue una aventura de amor. Nuestro cambio de fortuna había acelerado mi matrimonio y, así, me fui a vivir como una esposa a las cuatro habitaciones de la calle Pell, en un arrabal de San Francisco.

Aparte de esto diré que hice feliz a Ernest. Entré en su agitada vida, no como una fuerza perturbadora, sino como un factor de paz y descanso. Le di tranquilidad, ésa fue la recompensa de mi amor hacia él. Era el sujeto infalible de mi confianza y de mi lealtad. Llevar alegría y hacer olvidar tantos sinsabores a aquellos pobres ojos cansados, ¿qué mayor satisfacción podría haber tenido que ésa?

A esos ojos cansados tan adorados por mí. Trabajó tan duramente por los demás como pocos hombres nunca lo hicieron. Ése es el mejor elogio a su bonhomía, a su amor por la humanidad y a su innato espíritu batallador. A ese gladiador con espíritu de águila, que a la vez fue para mí tan tierno y gentil como un poeta. Era un poeta. Revestía de poesía todas sus acciones, y durante toda su vida cantó la canción de los hombres, y por ese amor hacia la humanidad entregó su vida y fue crucificado.

Y lo hizo todo sin ninguna esperanza de recompensa futura. En sus creencias no figuraba ninguna otra vida tras la muerte. Él, que ardía en deseos de inmortalidad, se la negaba a sí mismo; ésa era su paradoja. Pese a su espíritu ardiente, estaba dominado por la fría e imponente filosofía del monismo materialista. Solía llevarle la

contraria cuando le decía que para mí su inmortalidad se medía por la anchura de sus alas, y que yo tendría que vivir eternidades infinitas para llegar a calcular todo su despliegue. Era entonces cuando Ernest se reía y echaba sus brazos sobre mí, llamándome su dulce metafísica; en aquellos ratos desaparecía el cansancio de sus ojos y fluía en ellos la luz del amor y la felicidad como un nuevo y suficiente anuncio de su inmortalidad.

También solía llamarme su *alter ego*, su complemento dualista; y me explicaba cómo Kant, a través de la simple razón, había abolido ésta para adorar a Dios; y utilizando un paralelismo, me consideraba culpable de una acción similar. Y cuando me declaraba culpable, pero con la atenuante de defender esa acción como algo profundamente racional, me estrechaba entre sus brazos con más fuerza y se reía como sólo podía reír un elegido de los dioses. Yo solía negar que la genética y el entorno pudieran llegar a explicar su originalidad y su genio, por mucho que los avances de la ciencia pudieran llegar a analizar y clasificar la fugitiva esencia que se esconde en la propia naturaleza de la vida.

Yo sostenía que el espacio era una representación de Dios y que el alma era una proyección de su naturaleza; y cuando él me llamaba su dulce metafísica, yo lo llamaba mi materialista inmortal. Nos amábamos y éramos felices, y yo disculpaba su materialismo por el tremendo y abnegado esfuerzo que desarrollaba por el bien de la humanidad sin esperar ninguna recompensa ultraterrenal, y sin que su modestia lo llevara a considerarse un genio orgulloso de su talento.

Pero tenía su orgullo, ¿cómo, si no, se puede ser un águila y no tener orgullo? Su opinión era que resultaba mucho más noble para un hombre, una partícula mortal de vida, asemejarse a los dioses, que para un dios querer ponerse a la altura de otros dioses. Y así era como consideraba, orgulloso, su propia inmortalidad. Le gustaba citar un fragmento de un poema que nunca había leído completo y del que ni siquiera consiguió saber el autor. Añado a continuación esos versos, no sólo porque a él le gustaran, sino porque son un epítome del espíritu paradójico de Ernest y de su ideario. ¿Acaso no podía un hombre, entusiasta de la vida, exaltado, recitar estos versos y seguir siendo carne mortal, una brizna de fuerza fugitiva, una forma evanescente? Aquí están:

Todos los bienes y placeres del mundo
me están destinados por haber nacido,
y clamo alabando mis días eternos
hasta los confines de la Tierra.
Aunque sufra la muerte de los humanos,
hasta el fin de los tiempos
habré apurado la copa del placer,
en todo tiempo, en cada estación.
El orgullo, su espuma; el sabor del poder.

¡La dulzura de la mujer!
Vacío los posos sobre mis rodillas
porque ¡ah! el trago era bueno.
Bebo por la vida, bebo por la muerte
y chasqueo mis labios,
porque cuando yo muera, a otro «yo» le pasaré la copa.

El hombre a quien arrojaste del jardín del edén
era yo, Señor, era yo.
Y estaré allí cuando la tierra y el aire
se abran desde el cielo hasta el mar,
porque éste es mi mundo, mi mundo maravilloso,
el mundo de mis desgracias más queridas,
desde el llanto más débil en mi nacimiento
hasta los suaves chales en el armario de una mujer.

Junto a los latidos de una raza aún por llegar,
desgarrado por los deseos del mundo,
la oleada de sangre joven y salvaje que surja de mí
apagará el fuego del juicio final.
Yo soy un hombre, un hombre,
desde mi carne estremecida
hasta las cenizas en el fin terrenal,
desde el oscuro ovillo en la matriz fecundada
hasta el brillo luminoso de mi alma desnuda.
Hueso de mi hueso y carne de mi carne,
el mundo entero saltará cuando se lo ordene
y la sed insatisfecha del maldito edén
abrirá surcos en toda la tierra.
Dios todopoderoso, cuando desaparezcan todos los destellos,
todos los colores del cristal de mi vida,
la desgracia, el infortunio de la noche eterna
no será demasiado largo para mis sueños.

El hombre al que arrojaste del jardín del edén
era yo, Señor, era yo.
Y estaré allí cuando la tierra y el aire
se abran desde el cielo hasta el mar,
porque éste es mi mundo, mi mundo maravilloso,
el mundo de mis mayores delicias,
desde el destello más brillante de la corriente ártica
hasta el crepúsculo de mis noches de amor[74].

Ernest siempre estaba trabajando. Su fuerte constitución le permitía estar siempre ocupado, pero a pesar de esa fortaleza física no podía disimular el cansancio en sus ojos. ¡Esos maravillosos ojos cansados!

Nunca dormía más de cuatro horas y media cada noche, pero a pesar de eso nunca conseguía acabar el trabajo que se proponía. No paraba nunca en su papel de propagandista, y se lo requería siempre con mucha antelación para ir a dar charlas en las organizaciones de trabajadores. Además estaban las campañas electorales, en las que cada día le suponía un trabajo agotador. La prohibición de las editoriales socialistas supuso una merma en sus ingresos, lo que lo obligó a buscarse otros medios de vida, y a todo ello había que sumar sus trabajos propagandísticos. Conseguía bastantes contratos para traducir artículos científicos o de filosofía para varias revistas, así que cuando llegaba tarde por las noches, agotado por la tensión de las campañas, se sumergía en las traducciones hasta altas horas de la madrugada. Aparte estaban sus horas para estudiar; hasta el día de su muerte no dejó de estudiar, y tenía una capacidad prodigiosa para ello.

Además de todo ese esfuerzo, aún le quedaba tiempo para dedicarme su amor y hacerme feliz. Logré fundir su vida con la mía incluso en el trabajo. Aprendí mecanografía y taquigrafía y me convertí en su secretaria. Decía que le había ahorrado la mitad del trabajo; así que tuve que estudiar muchas materias para conseguir comprender ese trabajo. Nuestros intereses convergieron hasta el punto de poder colaborar y disfrutar juntos.

Y así conseguíamos disfrutar dulces momentos robados al trabajo; bastaba una palabra, una caricia, un gesto de amor, para que esos momentos robados fueran deliciosos, más quizá por haber sido robados. Vivíamos en las alturas, donde el aire era más puro y luminoso, donde ese duro trabajo estaba destinado a toda la humanidad y donde nunca surgía ni lo sórdido ni lo egoísta. Amábamos el amor, y nuestro amor nunca fue tocado por nada que no fuera lo mejor. Y así siguió: yo nunca fallé, siempre se lo di todo a quien tan duramente trabajaba para los demás, a mi querido ser humano de los ojos cansados.

Capítulo 12

El obispo

Fue después de mi boda cuando me encontré por casualidad con el obispo Morehouse. Pero voy a tratar de guardar un orden temporal al explicar los hechos. Después del desastre de su intervención en la convención de IPH, el obispo, un alma obediente, hizo caso de las presiones amistosas de su entorno y decidió tomar unas vacaciones. Pero a su vuelta mantenía con más firmeza si cabe su determinación de predicar el mensaje de la Iglesia. Su primer sermón ante su consternada congregación fue similar al que había predicado en la convención. Volvió a decirles en toda su extensión y con todo detalle que la Iglesia se había desviado de las enseñanzas del Maestro y que el becerro de oro se había instalado en el lugar de Cristo. El resultado fue que sin pedir su opinión lo internaron en un sanatorio privado para enfermos mentales. Los periódicos por su parte hablaban de la terrible desgracia que había sacudido la mente de tan santo varón. Se convirtió en un prisionero dentro del sanatorio. Lo llamé en repetidas ocasiones, pero no estaba permitido acceder a él. Yo estaba terriblemente impresionada por la tragedia que había sufrido una persona en su sano juicio, un alma tan generosa aplastada por el brutal deseo de la sociedad. Porque el obispo estaba cuerdo y era un alma pura y noble. Ernest resumió la situación diciendo que el problema del obispo era que tenía unas nociones equivocadas sobre la biología y la sociología, y que debido a esos conceptos erróneos no había sido capaz de devolver la situación a unos cauces menos traumáticos para él.

Lo que más me aterraba era la indefensión del obispo. Si persistía en lo que consideraba sus certezas, lo condenarían a estar encerrado en un manicomio; y no podría hacer nada por librarse de ello. Ni su dinero, ni su posición, ni su cultura podían salvarlo. Sus creencias eran peligrosas para la sociedad, y la sociedad no concebía que esas ideas tan peligrosas pudieran ser el producto de una mente cuerda. O al menos, eso era lo que daba a entender la actitud de la mayoría dirigente.

Pero el obispo, a pesar de su bondad y de la pureza de su alma, también tenía sus recursos para escapar de situaciones críticas. Vio claramente el peligro que lo acechaba. Se vio atrapado en una tela de araña y trató de escapar de ella. Privado de la ayuda que amigos tales como mi padre, Ernest o yo pudieran ofrecerle, se quedó solo en su lucha; pero en la soledad obligada del sanatorio se recuperó. Se volvió otra vez cuerdo. Cesaron las visiones en sus ojos y su cerebro se libró de las fantasías que lo llevaban a decir que la sociedad debería alimentar a los corderos de Dios.

Como digo, el obispo se recuperó, y los periódicos y todos sus feligreses celebraron su regreso con gran alegría. Yo acudí un día a su iglesia. Su sermón se correspondía con los que había predicado tiempos atrás, antes de que sus ojos hubieran tenido aquellas visiones. Aquello me molestó, me sacudió negativamente.

¿Había conseguido la sociedad derrotarlo y someterlo? ¿Era un cobarde? ¿Le habían hecho humillar la cabeza y renunciar a sus nuevas creencias? ¿O quizás había sufrido unas tensiones tan superiores a sus fuerzas que lo habían amansado y sometido a las normas inexorables del orden establecido?

Fui a visitarlo a su elegante casa. Ofrecía un aspecto lamentable. Estaba más delgado y tenía unas arrugas en la cara que nunca le había apreciado. Pareció bastante incómodo ante mi visita. Nervioso, estiraba las mangas de su chaqueta mientras hablaba y movía constantemente los ojos, como si buscara algo en alguna parte, aunque creo que trataba de evitar mirar a los míos. Parecía tener la cabeza en otra parte, hacía extrañas pausas en su conversación, cambiaba bruscamente de tópico y no había ninguna ilación en su charla. ¿Se trataba del mismo hombre piadoso, seguro de sí mismo, con aquella mirada limpia y directa y tan resuelta como su propia alma? No; lo habían maltratado, lo habían atemorizado hasta la sumisión. Su espíritu era demasiado delicado. No había tenido la suficiente fuerza como para enfrentarse a la jauría organizada de la sociedad. Me sentí triste, profundamente apenada. Hablaba de una forma tan ambigua que me sentí cohibida para expresarle lo que sentía y no tuve valor para preguntarle por lo sucedido. Hablaba de una forma vaga sobre su enfermedad así como de los asuntos de su iglesia, los cambios en el órgano, las pequeñas colectas caritativas; y cuando me fui, apareció en su rostro tal sensación de alivio que me hubiera reído a no ser porque tenía el corazón tan apenado que se me saltaban las lágrimas.

El pobre pequeño héroe. ¡Si yo hubiera sabido! Estaba batallando como un gigante, pero no me di cuenta. Luchaba solo, totalmente solo, en medio de esa sociedad sometida. Desgarrado entre el horror del manicomio y su fiel amor por la verdad y la justicia, se aferraba firmemente a éstas, pero se sentía tan solo que ni siquiera se atrevió a confiarse a mí. Había aprendido muy bien la lección.

Pero pronto lo iba yo a saber. Un buen día, el obispo desapareció. Se fue sin decir nada a nadie, y a medida que pasaban los días y no volvía, comenzaron los comentarios de los maledicentes, que suponían que en alguno de sus trastornos pasajeros hubiera decidido suicidarse. Pero no, esa idea desapareció cuando me enteré de que había vendido todas sus posesiones: sus dos casas, la de la ciudad y la del campo, en Menlo Park; y también sus cuadros y los objetos de sus colecciones, así como su querida biblioteca. Quedaba claro que había liquidado en secreto todos sus bienes antes de desaparecer.

Todo eso sucedió mientras estábamos inmersos en nuestro propio traslado, de manera que hasta que no estuvimos medianamente asentados en nuestra nueva vivienda no tuvimos tiempo para intentar averiguar algo sobre el obispo. Y de repente todo se presentó ante mí con una claridad meridiana. Una mañana, muy temprano, casi al amanecer, crucé la calle para ir a la carnicería a comprar algunas chuletas para la cena de Ernest —en nuestro nuevo domicilio llamábamos «cena» a la última comida del día—. Justo cuando volvía yo a casa, tras comprar en la carnicería, vi salir

a un hombre del almacén de comestibles de la esquina. Una extraña sensación de familiaridad me hizo mirarlo con más detenimiento, pero el hombre torció en la esquina caminando a buen paso. Había algo en sus hombros cargados y en el borde de pelo blanco entre las solapas del abrigo y su sombrero que me traía vagos recuerdos. En lugar de cruzar la calle, corrí tras él. Aceleré el paso, mientras trataba de no aferrarme a los pensamientos que me habían asaltado repentinamente. No era posible; no podía ser él, vestido con aquel guardapolvo descolorido, demasiado largo y con los bordes deshilachados.

Me calmé, me reí de mi ocurrencia y estuve a punto de abandonar mi intento de alcanzarlo, pero lo impidió la evocadora e inquietante familiaridad de aquellos hombros y de aquel cabello plateado. Volví a correr tras él. Llegué hasta su altura, lo sobrepasé, lancé una mirada de refilón hacia su rostro, y entonces me di la vuelta y me paré frente a él, frente al obispo.

Él también se paró bruscamente, sofocando un grito. La gran bolsa de papel que llevaba en su mano derecha cayó sobre la acera, se rompió, y comenzaron a rodar por el suelo las patatas que contenía. Me miró con sorpresa y cierta alarma, pero enseguida pareció resignado ante el encuentro y dejó caer sus hombros mientras daba un profundo suspiro.

Le tendí mi mano y él la estrechó; me pareció una mano lánguida. Comenzó a balbucear algo y pude observar cómo el sudor comenzaba a perlar su frente; evidentemente estaba muy asustado.

—Las patatas —musitó— son muy importantes.

Recogimos las patatas entre los dos y las volvimos a poner en la bolsa rota, que ahora abrazó cuidadosamente. Traté de decirle cómo me alegraba de haberlo encontrado y de invitarlo a nuestra casa.

—Papá se alegrará mucho de verlo —dije—, vivimos sólo a un paso de aquí.

—No puedo —respondió—, tengo que irme ya. Adiós.

Miró inquieto a su alrededor, como si temiera alguna aparición peligrosa, e hizo un intento de continuar su marcha.

—Dígame dónde viven, y los visitaré más adelante —dijo cuando vio que yo caminaba a su lado y era mi intención no dejarlo ahora que había conseguido encontrarlo.

—No —respondí con firmeza—, tiene que venir ahora.

Miró las patatas que desbordaban la bolsa y los pequeños paquetes que llevaba en la otra mano.

—¡Si usted supiera!

Parecía como si de un momento a otro fuera a perder el control, pero reaccionó enseguida y pareció más calmado.

—Además, tengo que llevar esta comida. Es un caso tristísimo, terrible. Se trata de una mujer mayor a la que tengo que socorrer enseguida, tiene una gran necesidad. Debo de ir ya, ¿comprende? Después volveré, se lo prometo.

—Déjeme acompañarlo —le ofrecí—, ¿está muy lejos?

Suspiró nuevamente, ya rendido.

—Son sólo dos bloques más para allá —respondió resignado—. Vayamos deprisa.

Al acompañar al obispo pude observar con más detalle el vecindario del barrio. Nunca hubiera imaginado la profunda miseria que nos rodeaba. Esto se debía a que no me había dedicado a los actos de caridad. Estaba convencida de la razón de Ernest cuando consideraba que la caridad era como aplicar cataplasmas a una úlcera, cuando el remedio era operar la úlcera: dar a los trabajadores su parte del producto, dar pensiones a los viejos soldados que tan duro habían trabajado; entonces no habría ninguna necesidad de ejercer la caridad. Convencida de esto, trabajé duramente junto a él por la revolución, y no gasté mis energías en aliviar las miserias sociales que continuamente creaba la injusticia del sistema.

Entré con el obispo en una habitación minúscula en la parte trasera de un edificio de viviendas de alquiler. Dentro encontramos a una pequeña mujer alemana de sesenta y cuatro años; según me dijo el obispo. Parecía sorprendida al verme, pero hizo un gesto amable con la cabeza y siguió cosiendo los pantalones de hombre que tenía sobre el regazo. A su lado, en el suelo, había un montón de pantalones semejantes. El obispo descubrió que no había carbón ni astillas y salió a comprarlo.

Cogí un par de pantalones y examiné su trabajo.

—Seis centavos, señora —me dijo, moviendo lentamente la cabeza sin dejar de dar puntadas. Cosía despacio, pero no dejaba de hacerlo ni un momento. Parecía como hechizada por el verbo «coser».

—¿Por todo ese trabajo? —pregunté—. ¿Es eso todo lo que pagan? ¿Cuánto tiempo tarda en cada uno?

—Sí —respondió—, eso es lo que pagan, seis centavos por cada par. Dos horas me lleva coserlo; pero el encargado no lo sabe —añadió con voz temerosa, como si fuera a meterlo en algún lío—. Soy lenta, tengo reuma en las manos. Las jóvenes trabajan mucho más deprisa, cosen cada pantalón en la mitad de tiempo. El jefe es muy amable dejándome traer el trabajo a casa ahora que soy vieja y mi cabeza no soporta el ruido de las máquinas. Si no fuera por su bondad, me moriría de hambre.

»Sí, las que trabajan en el taller ganan ocho centavos, dos más que yo, pero ¿qué vamos a hacer?, ni siquiera hay trabajo suficiente para los jóvenes, así que a los viejos no nos queda otra que resignarnos. A veces, sólo me dan un par, sin embargo, hoy me han dado ocho pares que tengo que acabar antes de la noche.

Le pregunté cuántas horas trabajaba, y me dijo que dependía de la estación.

—En verano, cuando hay pedidos urgentes, trabajo desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche; pero en invierno hace demasiado frío, los dedos tardan mucho en desentumecerse; entonces hay que empezar a trabajar más tarde y, a veces, estar hasta las doce de la noche.

»Sí, ha sido un verano muy malo. Malos tiempos éstos. Dios debe de estar muy enfadado. Éste es el primer trabajo que el jefe me ha dado desde hace una semana, y

no se puede comer mucho cuando no hay trabajo; pero ya estoy acostumbrada. Me he pasado la vida cosiendo, en mi país y aquí, en San Francisco, treinta y tres años.

»Si uno puede pagar el alquiler, todo va bien. El casero es un buen hombre, pero tiene que cobrar el alquiler cada mes, es lo justo. Me cobra tres dólares al mes por este cuarto, me parece barato, pero a veces no resulta fácil llegar a conseguir esos tres dólares.

Dejó de hablar y siguió cosiendo mientras movía su cabeza.

—Tendrá usted que ser muy cuidadosa con sus gastos, ¿verdad?

Afirmó con la cabeza.

—Pagado el alquiler, la cosa no va tan mal. Naturalmente no se puede comprar comida y no hay leche para el café. Pero siempre hay para una comida al día, y algunas veces para dos.

Dijo esto último con cierto orgullo, como si fuera un triunfo ocasional, pero en cuanto se sumergió en el silencio, pude observar la tristeza de sus ojos amables y la caída de la comisura de su boca. Sus ojos parecieron mirar al vacío hasta que se los restregó bruscamente; las lágrimas interferían con su costura.

—No, no es el hambre lo que me apena, una se acostumbra a pasar hambre, es el recuerdo de mi niña el que me parte el corazón. La mató una máquina. Ella trabajaba mucho, pero no llego a comprender qué pasó. Era joven y fuerte, sólo tenía cuarenta años, y había empezado a trabajar desde niña porque mi marido murió cuando estalló una caldera de vapor donde trabajaba. ¿Y qué íbamos a hacer? Ella tenía sólo diez años, pero era muy fuerte. La máquina la mató, sí, eso pasó; era la trabajadora más rápida del taller. Lo tengo siempre presente, por eso no puedo trabajar en el taller. Cuando oigo el ruido de la máquina me da vueltas la cabeza, me parece como si las correas dijeran: «fuimos nosotras», «fuimos nosotras»; y así pienso en mi hija todo el tiempo y no puedo trabajar.

Sus ojos volvieron a humedecerse y tuvo que restregarlos otra vez para poder seguir cosiendo.

Oí al obispo dando traspiés por las escaleras y fui a abrir la puerta. Ofrecía un aspecto inenarrable, llevaba a la espalda medio saco de carbón con un montón de astillas encima de él. El polvo del carbón había cubierto su cara y el sudor había formado surcos sobre ella. Dejó caer el saco al lado de la estufa y se secó la cara con un áspero pañuelo de dril. Apenas podía creer lo que veían mis ojos; el obispo negro como un descargador de carbón, vestido con una camisa de algodón barata —a la que faltaba un botón— y un mono de trabajo. Lo más llamativo era el mono, con los bajos deshilachados arrastrando por el suelo y sujeto por un delgado cinturón de cuero como el que usan los jornaleros del campo.

El obispo venía acalorado, pero las manos de la pobre vieja estaban todavía ateridas de frío, y antes de irnos el obispo había encendido la estufa y yo había pelado unas patatas y las había puesto a hervir. Iba a saber a medida que pasaban los días que había muchos casos parecidos al de la vieja alemana, incluso peores, todos ellos

escondidos en los horribles agujeros de los cuartuchos de alquiler en mi vecindad.

Cuando llegamos a casa, Ernest estaba alarmado por mi tardanza. Pasados los primeros momentos de sorpresa, el obispo se reclinó en su asiento, se despojó del guardapolvo y reapareció ante nosotros con su aspecto más familiar. Según nos contó, éramos los primeros amigos con los que se había encontrado desde su desaparición, y durante todo ese tiempo tuvo que haber sufrido serias crisis de soledad. Nos habló de muchas cosas, pero para él la mayor alegría que había experimentado era la de haber podido cumplir el mandato del Maestro.

—Ahora sí que estoy apacentando a mis corderos; y he aprendido una gran lección. No se puede apelar a las almas mientras los estómagos no están bien alimentados. Hay que nutrir a los corderos con pan y mantequilla y carne y patatas; y después, y solamente entonces, estarán listas sus almas para recibir alimentos más espirituales.

Comió con gusto la sopa que yo había preparado. Nunca lo había visto comer con tanto apetito en nuestra antigua casa. Hablamos de los viejos tiempos y nos dijo que nunca se había sentido mejor de salud.

—Ahora voy siempre caminando a todas partes —dijo mientras aparecía cierto rubor en sus mejillas, quizá como si recordara los tiempos en los que viajaba siempre en coche, y le pareciera aquello un pecado difícil de perdonar.

»Mi salud ha mejorado muchísimo —añadió apresurado—, y me siento muy feliz, muy feliz, sin ninguna duda. Al fin vivo como un ministro del Señor.

Pero a pesar de lo que nos decía, yo podía apreciar en su rostro ciertos rasgos de inquietud, quizá por el malestar que ahora compartía con los demás desgraciados. Había visto la vida en toda su crudeza, y comprendido que no tenía nada que ver con la que había conocido a través de sus bien encuadernados libros.

—Y usted es el responsable de todo esto, joven —dijo dirigiéndose directamente a Ernest.

Ernest pareció un tanto turbado e incómodo.

—Yo…, yo lo previne a usted.

—No me malinterprete —respondió el obispo—. No le estoy reprochando nada, sino mostrándole mi gratitud. Le estoy muy agradecido por haberme mostrado el camino. Usted me hizo abandonar mis equivocadas teorías sobre la vida y me condujo a la vida misma. Usted arrancó los velos que cubrían la impostura y la mentira de la sociedad. Usted trajo la luz a mi oscuridad y ahora que soy capaz de ver toda esa luz me siento muy feliz, sólo que… —su mirada se llenó de duda y temor—. Me aterra la persecución que sufro. No puedo soportarla. ¿Por qué no me dejan en paz? Pero no sólo es eso, es la naturaleza de esa persecución. No me importaría que me hicieran trizas, o que me quemaran en una pira, o me crucificaran cabeza abajo; lo que me asusta es el manicomio. ¡Dese cuenta! Yo en un sanatorio de alienados. Es repulsivo. Vi a algunos internos. Eran muy violentos. Siento escalofríos cuando lo recuerdo. Pasar el resto de mi vida prisionero en medio de esas escenas de alaridos de

terror. ¡No! ¡No! ¡Jamás! ¡Jamás!

Era patético. Temblaban sus manos y parecía que todo su cuerpo se retorcía ante el horror de esos recuerdos. Pero enseguida consiguió calmarse.

—Perdónenme —dijo, ya más tranquilo—, a veces no puedo controlar mis nervios. Si la voluntad del Maestro es que vaya allí, allí iré, ¿quién soy yo para quejarme?

Según lo miraba, me daban ganas de gritar: ¡oh, gran obispo! ¡Héroe! ¡Héroe de Dios!

A medida que avanzaba la tarde, supimos más cosas de él.

—Vendí mi casa —mis casas, mejor dicho— y el resto de mis bienes. Me di cuenta de que tenía que hacerlo en secreto, si no lo llego a hacer así se hubieran apoderado de todo, y eso habría sido terrible. A veces me maravillo de la inmensa cantidad de patatas que se pueden comprar hoy día con doscientos o trescientos dólares; o pan, o mantequilla o carbón y astillas —se volvió a dirigir a Ernest—. Tenía razón, joven; el trabajo está muy mal pagado. Yo no había trabajado en mi vida, sólo había lanzado filípicas a los fariseos. Creía estar lanzando un mensaje evangélico, y gané, así, medio millón de dólares. No supe lo que podía significar medio millón hasta que no vi su equivalente en patatas, pan, mantequilla y carne. Y enseguida comprendí que con mi dinero podía comprar todos esos víveres. Yo nunca había trabajado para ganármelos, y pensé que si yo no los había ganado, alguien había trabajado por mí, y que yo se los había robado. Y cuando descendí a las simas de la pobreza, descubrí a quiénes habían robado y cómo se debatían en el hambre y la miseria, simplemente porque les habían robado.

Le hicimos recuperar su discurso.

—¿El dinero? Lo he depositado en muchos bancos distintos, con nombres también diferentes. Ahora no me lo pueden quitar, porque no lo encontrarán. Y ¡es tan bueno, tener ese dinero! Sirve para comprar muchísima comida. Nunca había conocido el valor del dinero.

—Ya me gustaría conseguir algo para la propaganda —le dijo Ernest.

—¿Usted cree? —le respondió el obispo—. Yo no confío demasiado en los políticos. De hecho, no creo saber nada de política.

Ernest era muy discreto en esos asuntos y no insistió en su petición, aunque conocía bien la acuciante necesidad de dinero del Partido Socialista.

—Duermo en pensiones baratas —continuó el obispo—, pero me temo que no me quedaré mucho tiempo en un solo lugar. Tengo también dos habitaciones alquiladas en unas casas de trabajadores, en dos barrios distintos de la ciudad. Ya sé que puede parecer extravagante, pero es totalmente necesario. Me sirve, en parte, para guisar mis comidas, aunque algunas veces como en algún cafetín barato; y he descubierto algo: los tamales[75]; son muy buenos cuando sopla el aire frío por la noche. El único problema es que son caros, pero conozco un sitio donde te ponen tres por sólo diez centavos. No son tan buenos como los de otros lados, pero sirven para calentarte.

—Y así es como he encontrado mi función en el mundo; y gracias a usted, joven. Aunque es la obra del Señor… —me miró, y con un gesto de complicidad en sus ojos, me dijo—: Me ha pillado alimentando a mis corderos y sé que, naturalmente, guardará el secreto.

Hablaba con tono despreocupado, aunque en el fondo de sus palabras se adivinaba un auténtico temor. Prometió volver a visitarnos, pero una semana más tarde nos enteramos por el periódico de lo que llamaron «el triste caso del obispo Morehouse, al que hubo que recluir en el manicomio Napa». No conseguimos verlo, ni que su caso fuera investigado o reconsiderado; tampoco supimos nada de él a excepción de algunos comunicados que decían que aún se mantenían las esperanzas sobre su recuperación.

—Cristo dijo al joven rico que vendiera todas sus posesiones —comentó Ernest con amargura—. El obispo obedeció el mandato de Cristo y lo encerraron en un manicomio. Mucho ha cambiado todo desde aquellos tiempos de Cristo. Hoy día, si un hombre rico entrega todos sus bienes a los pobres, lo tachan de loco. No hay discusión posible: la sociedad ha hablado.

Capítulo 13

La huelga general

Como era de esperar, Ernest fue elegido para el Congreso en la abrumadora victoria de los socialistas en el otoño de 1912. Uno de los factores que más contribuyó a que los socialistas arrasaran en las urnas fue la ruina de Hearst[76], una tarea fácil para la plutocracia. A Hearst le costaba dieciocho millones de dólares anuales la edición de sus periódicos, pero recuperaba ese dinero, incluso más, con los anunciantes de la pequeña burguesía[77]. Para deshacerse de Hearst, lo único que tuvieron que hacer fue que ésta retirara sus anuncios.

Todavía quedaban restos de la clase media. Su resistente esqueleto aguantaba, aunque apenas tenía poder. El destino de los pequeños fabricantes y comerciantes que aún sobrevivían estaba en manos de la plutocracia. No tenían ninguna base económica o política en la que sustentarse, así que cuando la plutocracia dio otro paso adelante y dijo ¡se acabó!, tuvieron que retirar sus anuncios de la prensa de Hearst.

El californiano hizo una apuesta valiente. Siguió sacando sus periódicos a la calle con un costo en pérdidas de millón y medio al mes, y continuó publicando los anuncios a pesar de que ya no se los pagaban. La plutocracia volvió a dar otro paso adelante y los pequeños comerciantes y fabricantes lo inundaron con cartas en las que le pedían que cesara de publicar esos anuncios. A pesar de eso, Hearst continuó publicándolos hasta que le impusieron seis meses de prisión por desacato al tribunal por haber desobedecido el mandato de cesar en los anuncios. La serie de procesos por daños que tuvo que afrontar lo llevaron a la bancarrota. No tuvo ninguna oportunidad; la plutocracia lo había sentenciado; los tribunales estaban en manos de la plutocracia, que era quien les dictaba las sentencias. Y la caída de Hearst llevó consigo la del Partido Demócrata, al que no hacía mucho había absorbido.

Con el fin de Hearst y del Partido Demócrata, sólo quedaban dos caminos que seguir: votar al Partido Socialista o al Partido Republicano. Así fue como los socialistas recogieron el fruto maduro de las prédicas pseudosocialistas de Hearst, ya que la mayoría de sus seguidores se pasó a nuestro lado.

La expropiación de los granjeros, que tuvo lugar por entonces, hubiera servido también para engrosar con ellos nuestras filas de no haber sido por la irrupción, tan breve como fútil, del Partido de los Granjeros. Ernest y los otros líderes socialistas lucharon encarnizadamente para conseguir el voto del campo, pero la destrucción de la prensa y de las editoriales socialistas supuso un gran obstáculo para la difusión de la información: la comunicación boca a boca aún no estaba muy perfeccionada. Por ello, fueron políticos como el señor Calvin y otros granjeros expropiados los que captaron el voto del campo y se lanzaron a una campaña política tan ilusoria como vana.

—¡Pobres granjeros! —dijo, sardónico, Ernest—. Los trust los han desquiciado, y andan de acá para allá.

Y ésa era la situación real de los granjeros, los siete grandes trust, que trabajaban al unísono, habían juntado sus enormes excedentes, y constituido un gran trust agrícola-ganadero. Los ferrocarriles, con su control tarifario, y los banqueros y los agentes de bolsa, que controlaban los precios, habían conseguido ya bastante antes sumergir a los granjeros en un profundo endeudamiento. Los banqueros y, lo que viene a ser lo mismo, los trust, habían prestado grandes sumas de dinero a los granjeros, de forma que los tenían atrapados en su red y ya sólo tenían que tirar de ella. Y es lo que el trust de los granjeros hizo.

La crisis de 1912 había causado también una fuerte depresión en los mercados de la alimentación. Los precios fueron forzados a la baja, lo que llevó a muchos granjeros a la bancarrota; a la vez, los ferrocarriles remataban la faena con sus tarifas arbitrarias. De esa forma, los granjeros se vieron obligados a solicitar más y más préstamos, a la vez que se les impedía la extinción de los que habían obtenido tiempo atrás. La consecuencia fue que la imposibilidad de redimir las hipotecas y la exigencia del pago en efectivo de los pagarés los llevaron a la bancarrota. Los granjeros simplemente entregaron sus tierras al nuevo trust, con lo cual se quedaron sin nada que hacer y tuvieron que ponerse a trabajar para el trust, bien como gerentes, como encargados, como capataces o como simples peones; todos asalariados. En suma, se convirtieron en siervos de la tierra a cambio de un salario. No podían abandonar a sus amos, porque sus amos componían la plutocracia. No podían marcharse a las ciudades porque también allí todo lo controlaba la plutocracia; su única alternativa era abandonar el campo y convertirse en vagabundos, lo que significaba morirse de hambre. Incluso esa posibilidad les estaba vedada, porque enseguida se aprobó y se puso en vigor una ley rigurosa para perseguir a los vagabundos.

Naturalmente hubo algunos casos de granjeros, e incluso de pequeñas comunidades, que debido a alguna circunstancia muy especial escaparon a ese saqueo; pero no se pueden tener en cuenta por su escaso número y porque en los años siguientes también fueron expropiados por la plutocracia[78].

Y así fue como en el otoño de 1912, los líderes socialistas, a excepción de Ernest, decidieron que había llegado la hora de acabar con el capitalismo.

La tremenda crisis, el vasto ejército de desempleados, la destrucción de los granjeros y de las clases medias y la derrota decisiva de los sindicatos hicieron que los socialistas encontraran más que justificado el fin del capitalismo, y llevaron a los socialistas a la conclusión de que había llegado la hora decisiva de batirse con la plutocracia.

¡Y cómo infravaloramos la fuerza del enemigo! Los socialistas proclamaron por todas partes su inminente victoria en las urnas. La plutocracia aceptó el desafío, y fue ella la que calculando y contrapesando sus fuerzas nos derrotó al conseguir dividir las

nuestras. Fue la plutocracia a través de sus agentes secretos la que difundió el grito de que los socialistas eran ateos y sacrílegos; fue la plutocracia la que atacó los templos, especialmente los de la Iglesia católica, arrebatándonos una porción del voto obrero. Y fue la plutocracia, a través, también, de sus agentes secretos, la que reforzó el Partido de los Granjeros, fomentándolo incluso en las ciudades para atraer los votos de la yacente clase media.

A pesar de todo eso, los socialistas barrieron en las urnas. Pero, sin embargo, con esa clara victoria, no conseguimos dominar la mayoría en los cuerpos legislativos ni en otros órganos de poder, lo cual nos situó en minoría en ellos. Cierto es que conseguimos cincuenta asientos en la Cámara de Representantes, pero los que los ocuparon en la primavera de 1913 se encontraron absolutamente impotentes para imponer sus criterios. Menos suerte tuvieron los del Partido de los Granjeros, que sacaron gobernadores en doce estados, pero a los que en la primavera no les permitieron ocupar los puestos legítimamente obtenidos. Los gobernadores en activo se negaron a dejar sus puestos, y recordemos que los tribunales que dirimían esas querellas estaban en manos de la oligarquía. Pero me estoy adelantando a los acontecimientos y prefiero explicar primero los borrascosos sucesos del invierno de 1912.

La crisis había causado un tremendo descenso del consumo en los hogares. Los desempleados no tenían con qué pagar nada de lo que necesitaban, lo que hizo que la plutocracia se encontrara con unos excedentes colosales en sus manos. La única solución era colocarlos en el extranjero: el sistema capitalista necesitaba grandes sumas de dinero para seguir con sus planes expansivos. Debido a las presiones para colocar los excedentes en el mercado mundial, la plutocracia chocó frontalmente con Alemania. Estos choques económicos iban seguidos, habitualmente, por guerras entre países; y este caso no fue una excepción. El Gran Señor de la guerra alemán se preparó y los Estados Unidos también.

La nube bélica colgaba oscura y ominosa. Estaba montado el escenario para una gran catástrofe mundial porque en todo el mundo había crisis, conflictos laborales, clases medias amenazadas de desaparición, ejércitos de desempleados, choques de intereses económicos en los mercados mundiales y sordos y crecientes murmullos sobre una revolución socialista[79].

La oligarquía deseaba la guerra con Alemania, y la deseaba por muchísimas razones. En la maraña de acontecimientos que esa guerra traería consigo, destacaba la de barajar de nuevo las cartas internacionales, con los consiguientes nuevos tratados y nuevas alianzas; la oligarquía tenía mucho que ganar. Y por encima de todo, la guerra consumiría muchos excedentes nacionales, reduciría el ejército de desempleados que amenazaban a todos los países y daría un respiro a la oligarquía para que pudiera reorganizarse, perfeccionar sus planes y llevarlos a su mejor fin. Esa guerra entregaría virtualmente a la oligarquía los mercados mundiales y, por otra parte, haría que se crease un amplio ejército permanente al que no habría necesidad de desmovilizar;

mientras en el espíritu de los ciudadanos se introduciría el mensaje «América contra Alemania» en lugar de «El socialismo contra la oligarquía».

Y no cabe duda de que la guerra hubiera conseguido todas esas cosas de no haber sido por los socialistas. Mantuvimos una reunión secreta con los líderes del oeste en Pell Street, en la que se planteó la cuestión de cuál sería nuestra actitud ante la guerra. No era la primera vez que los socialistas se planteaban ese tema[80], pero sí era la primera vez que sucedía en los Estados Unidos. Después de esta reunión secreta nos pusimos en contacto con la organización nacional, y enseguida, los telegramas codificados se transmitieron a través del océano hasta llegar a los centros de la Internacional Socialista.

Los socialistas alemanes estaban listos para colaborar con nosotros. Eran más de cinco millones, muchos de ellos en el ejército regular, y todos ellos mantenían buenas relaciones con los sindicatos. En los dos países, los socialistas llegaron a una firme declaración conjunta en contra de la guerra y amenazaron con convocar la huelga general; huelga, cuyos preparativos ya estaban en marcha. Por otra parte, los partidos revolucionarios de todos los países levantaban un grito unánime a favor del principio socialista de la paz internacional, principio que debía mantenerse a toda costa fueran cuales fueran las revueltas y revoluciones dentro de un país.

La huelga general fue la gran victoria que conseguimos los socialistas norteamericanos. El cuatro de diciembre, el embajador norteamericano abandonó la capital de Alemania. Esa misma noche la flota alemana se lanzó sobre la nuestra en Honolulu y hundió tres cruceros y un guardacostas, a la vez que bombardeaba la ciudad. Al día siguiente Estados Unidos y Alemania se declararon mutuamente la guerra. Una hora después los socialistas convocaron la huelga general en los dos países.

Por primera vez, el Señor de la Guerra alemán se enfrentó cara a cara con los ciudadanos de su imperio, con los que lo habían llevado a su alto trono. Sin ellos se mostraba incapaz de regir ese imperio. La novedad consistió en que la revuelta fue pasiva. Nadie se lanzó a la lucha, y fue esa pasividad la que ataba las manos del Gran Señor alemán. Y ya hubiera deseado tener una excusa para soltar a sus dogos guerreros contra la rebelión proletaria. Pero se le negó esa oportunidad. No pudo soltar a sus dogos. Tampoco pudo movilizar su ejército y conducirlo a la guerra, ni castigar a los sujetos más combatientes. Ni una mosca se movió en su imperio. No circuló ningún tren, ningún telegrama corrió por los cables; los ferroviarios y los telegrafistas habían abandonado el trabajo junto con el resto de la población.

Y lo que sucedió en Alemania, sucedió también en los Estados Unidos. Finalmente, los trabajadores organizados habían aprendido la lección. Derrotados en su propio campo, lo habían abandonado y se habían unido al campo político de los socialistas; porque la huelga general fue una huelga política.

Porque, además, la derrota de las organizaciones de trabajadores había sido tan brutal que no esperaban conseguir nada más de sus luchas obreras. Se unieron al

campo socialista por pura impotencia. Millones de trabajadores dejaron descansar sus herramientas y abandonaron sus tareas. Especialmente significativo fue el paro de los operarios de máquinas que, con sus cabezas descalabradas y sus organizaciones aparentemente desarticuladas, se unieron a la huelga junto con sus aliados del sindicato del metal.

Incluso los trabajadores sin cualificación profesional y todos los que no pertenecían a ningún sindicato secundaron el paro. La huelga había afectado al sistema de forma tan global que nadie hubiera podido trabajar. Las mujeres, por su parte, demostraron ser las principales promotoras de la huelga; pusieron todo su interés en impedir la guerra porque no querían que sus hombres fueran a morir a un frente bélico. La idea de la huelga general alteró incluso el talante de la gente, avivando su sentido del humor. La sensación se generalizó; los niños se saltaron la escuela, y los profesores que acudieron se volvieron a casa al encontrarse las clases vacías. La huelga general se convirtió en un gran *picnic*, y la certeza de la solidaridad obrera se instaló en las cabezas de todos. Y por último, añadir que no hubo ningún peligro de represalias por el gran jolgorio, ¿a quién castigar cuando todo el mundo es culpable?

Los Estados Unidos se paralizaron; nadie sabía qué estaba pasando; no había periódicos, ni correo ni noticias. Cada comunidad estaba tan aislada como si la separasen diez mil millas del resto del mundo; de un mundo que había dejado de existir. Y la situación se prolongó durante una semana.

En San Francisco no sabíamos lo que sucedía, ni siquiera, al otro lado de la bahía, en Oakland o en Berkeley; era una sensación extraña la que sentíamos, como si una fuerza cósmica lo hubiera cubierto todo y el pulso del país hubiera dejado de latir. De hecho, la nación yacía inmóvil. Ningún tipo de vehículo recorría las calles, no sonaban las sirenas de las fábricas ni el zumbido de las conducciones eléctricas, ni tampoco las voces de los vendedores de periódicos —solamente algunas personas se movían como fantasmas furtivos en aquel silencio irreal.

Y a lo largo de esa semana de silencio, la oligarquía aprendió su lección. La huelga general fue un aviso. No volvería a suceder. La oligarquía se ocuparía de ello.

Al final de la semana, tal como se había concertado, los telegrafistas de Alemania y de los Estados Unidos volvieron a sus puestos. Fue a través de ellos como los líderes socialistas de los dos países presentaron su ultimátum a los altos dirigentes: o detenían la guerra o la huelga general continuaría. No les llevó mucho tiempo llegar a un acuerdo, se acabó la guerra y los trabajadores volvieron a sus ocupaciones. En realidad fue una alianza entre el káiser y la oligarquía con el fin de combatir a su enemigo común, el proletariado revolucionario de los dos países. Y fue esa alianza la que de forma tan pérfida rompió la oligarquía cuando los socialistas alemanes se levantaron y arrojaron al Señor de la Guerra de su trono. Era el verdadero objetivo de la oligarquía: el final de su gran rival en el mercado mundial. Desaparecido el káiser, Alemania no generaría excedentes para la exportación, puesto que el sistema

socialista, por su naturaleza, haría que la población alemana consumiera todo lo que produjera. Naturalmente habría un comercio entre aquellos bienes que uno produjera y otro no, pero esto no tendría nada que ver con los excedentes de los bienes forzosamente no consumidos.

—Apuesto algo a que la oligarquía encuentra alguna justificación —dijo Ernest cuando se conoció la traición al káiser—. Como siempre, dirá que ha obrado correctamente.

Y efectivamente, la oligarquía defendió su traición aduciendo que todo lo hacía por el bien del pueblo norteamericano, cuidando por sus intereses. Había arrojado a los alemanes del mercado mundial y eso nos permitía colocar nuestros excedentes en ese mercado.

—Y lo más delirante es que estamos tan indefensos que esos idiotas intentan hacernos creer que realmente están defendiendo nuestros intereses —comentó Ernest—. Nos han permitido vender mucho más en el exterior, lo cual significa que estamos obligados a consumir menos aquí.

Capítulo 14

El principio del fin

Ya en enero de 1913 percibió Ernest lo que se avecinaba, pero no fue capaz de llevar a los líderes hermanos del socialismo a compartir la visión del Talón de Hierro que había forjado en su cabeza. Estaban demasiado confiados aunque los sucesos corrieran desbocados hacia su culminación. El mundo de los negocios estaba sumido en una crisis severa. La oligarquía norteamericana tenía en sus manos prácticamente todo el mercado mundial, lo que significaba que había expulsado de él a muchos países, que se habían quedado con excedentes sin posibilidad de consumo interno ni de exportación. A esos países no les quedaba otra posibilidad que reorganizar su producción. No podían seguir generando excedentes. Por lo que a ellos concernía, el sistema capitalista se había derrumbado sin esperanzas de recuperación.

La reorganización en estos países se produjo a través de la revolución. Fueron tiempos de confusión y violencia. Los Gobiernos y las instituciones cayeron por doquier. En todos los países, excepto dos o tres, se produjeron serias luchas cuando los, hasta entonces, dueños de todo trataron de conservar sus posesiones. Pero el proletariado militante acabó con sus Gobiernos. Al fin se había cumplido el aserto clásico de Karl Marx: «Suena en las campanas el toque fúnebre para la propiedad privada de los capitalistas. Los expropiadores son expropiados». Y tan pronto como se desplomaban los Gobiernos capitalistas, surgían en su lugar las cooperativas para el bienestar común.

«“¡Poneos a trabajar, revolucionarios americanos! ¿Qué pasa en los Estados Unidos?” eran los mensajes que nos enviaban los compañeros victoriosos de otros países. Pero no podíamos seguirlos; la oligarquía se interpuso en el camino. Su enorme potencial se levantó como un monstruo gigantesco y bloqueó todos los caminos.

»Esperad a que tomemos posesión de nuestros escaños en la primavera, entonces veréis».

Guardábamos el secreto, pero el hecho era que habíamos convencido al Partido de los Granjeros para que se uniera a nosotros; sabíamos que dados los resultados de las elecciones del otoño, en la primavera pasaría a sus manos la gobernación de doce estados. Eso significaba que en esos doce estados se instaurarían cooperativas para el bienestar común. Y a partir de ahí todo resultaría más sencillo.

—¿Pero y si los granjeros no pudieran tomar posesión de sus cargos? —preguntaba Ernest. Sus compañeros lo tachaban de pesimista y agorero.

Pero no era ése el principal peligro que Ernest presentía; su mayor preocupación era la desafiliación en los grandes sindicatos y la formación de castas entre los trabajadores.

—Ghent enseñó a los oligarcas cómo hacerlo —decía Ernest—. Apuesto a que han editado un manual a partir de su *Benevolent Feudalism*[81].

Nunca olvidaré la noche en que, tras una ardua discusión con una docena de líderes sindicales, Ernest se volvió hacia mí diciendo: «Esto lo decide todo. El Talón de Hierro ha vencido. El fin está a la vista».

Esta pequeña reunión en nuestra casa no era oficial, pero Ernest, como el resto de sus camaradas, trabajaba para asegurar que los líderes obreros convocaran a sus hombres para la siguiente huelga general. El presidente del sindicato de operadores de maquinaria fue el más reacio de los seis líderes presentes a asegurar su participación en la huelga general.

—Ya visteis la sonora paliza que recibisteis con vuestros viejos métodos de huelga y boicot —trató de convencerlo Ernest.

O’Connor y los demás asintieron con la cabeza.

—Y sabéis ya lo que puede conseguir una huelga general —continuó Ernest—. Logró parar la guerra con Alemania. Nunca se había presenciado una muestra de la solidaridad y el poder del mundo del trabajo. Los trabajadores pueden y van a gobernar el mundo. Si seguís a nuestro lado, acabaremos juntos con el reino del capitalismo. Es vuestra única esperanza, y lo sabéis. No hay otra salida. No importa lo que hagáis con vuestras viejas tácticas, estáis condenados al fracaso, y por si no hubiera muchas más razones para esa derrota, considerad que los capitalistas controlan los tribunales de justicia[82].

—Vas demasiado deprisa —objetó O’Connor—. No conoces todas las salidas. Hay otras formas de librarnos, y nosotros las conocemos. Estamos hartos de huelgas; cierto es que nos han sacudido bien, que nos han hecho trizas, pero no creo que vayamos a convocar otra vez a los hombres para ir a esa huelga.

—¿Cuál es vuestra salida? —preguntó Ernest con brusquedad.

O’Connor sacudió la cabeza y replicó socarrón:

—Te lo voy a decir. No hemos estado dormidos, y ahora no estamos soñando.

—Confío en que no se trate de algo que nos pueda producir temor o vergüenza.

—Estoy seguro de conocer bien nuestros asuntos —fue la respuesta de O’Connor.

—Debe de tratarse de algún asunto poco claro por la forma en que lo ocultas —respondió Ernest, cada vez más irritado.

—Hemos contribuido con sangre y sudor, y hemos sacado consecuencias de ese sufrimiento. La caridad empieza por uno mismo.

—Si no te atreves a decirme cuál es vuestro camino, te lo diré yo —la sangre subía a la cara de Ernest—. Queréis contentaros con las migajas del gran pastel. Habéis pactado con el enemigo, eso es lo que habéis hecho. Habéis vendido la causa de los trabajadores, de todos los trabajadores. Abandonáis el campo de batalla como cobardes.

—No voy a decir nada más —respondió O’Connor, malhumorado—. Sólo que estoy convencido de que sabemos mucho mejor que tú qué es lo que nos conviene.

—Y te importa un comino lo que sea del resto de los trabajadores. Los abandonas a su suerte.

—No estoy diciendo nada de eso. Lo que te digo es que como presidente de la Asociación de Operarios de Maquinaria es mi obligación considerar lo mejor para los intereses de los trabajadores a los que represento. Eso es todo.

Cuando se marcharon los líderes sindicales, Ernest se sintió derrotado y resumió así la situación:

—Los socialistas solían predecir alegres la llegada del día en que las organizaciones obreras, derrotadas en su propio campo, se refugiarían en el nuestro, en el campo político. Sin embargo, el Talón de Hierro ha derrotado a los sindicatos obreros en su propio terreno y los ha lanzado al campo político, pero esto, en lugar de ser una bendición para nosotros, será una fuente de conflictos. El Talón de Hierro aprendió la lección. Le mostramos nuestro poder con la huelga general y ha tomado medidas para que no se repita.

—¿Pero cómo? —pregunté.

—Simplemente, subvencionando a los principales sindicatos. No se van a unir a la próxima huelga general, por lo tanto no va a haberla.

—Pero el Talón de Hierro no podrá mantener eternamente ese programa de subsidios —objeté.

—Bueno, no está pagando a todos los sindicatos; no necesita hacerlo. Verás lo que va a pasar. Están acortando los horarios y subiendo los salarios en el sindicato de ferroviarios, en el de maquinistas, en el de los operadores de maquinaria y en el de la metalurgia del acero. En esas organizaciones se conservarán esas mejoras, de manera que pertenecer a uno de esos sindicatos será como tener un sillón en el paraíso.

—Sigo sin verlo claro —respondí—, ¿qué va a pasar con los demás sindicatos?, son muchos más de los que has nombrado.

—Los demás quedarán fuera del juego, todos ellos. Considera que los ferroviarios, los maquinistas de las locomotoras y los metalúrgicos son la espina dorsal del sistema industrial; que su labor es esencial para el funcionamiento de ese sistema. Una vez asegurada la lealtad de estas organizaciones vitales, el Talón de Hierro quebrará los dedos al resto de los trabajadores. El hierro y el acero, el carbón, la maquinaria y el transporte son la base de sustentación de toda la producción industrial.

—Pero ¿y el carbón? —pregunté—. Hoy tenemos al menos un millón de mineros.

—Son en su mayoría trabajadores no cualificados. No cuentan. Les rebajarán los salarios y les aumentarán la jornada. Se convertirán en esclavos como el resto de nosotros y sufrirán un creciente proceso de embrutecimiento. Los forzarán a ese trabajo esclavo al igual que hicieron con los granjeros a los que habían arrebatado sus tierras. Y lo mismo sucederá con todas las otras organizaciones obreras que no entran en ese cómputo. Las verás tambalearse hasta desaparecer, y sus afiliados se convertirán en esclavos que trabajarán en condiciones infrahumanas obligados por las

leyes del país, y sólo para poder llenar sus estómagos.

—¿Sabes qué pasará con Farley y sus rompehuelgas[83]? Te lo diré. Cesará esa actividad porque ya no habrá más huelgas, sólo restarán algunas rebeliones de esclavos. Farley y sus sicarios se convertirán en capataces de esclavos. Por supuesto que no los llamarán así; dirán, simplemente, que ejecutan las leyes que obligan a los hombres a trabajar. La traición de los grandes sindicatos hará que la lucha sea más prolongada; sólo el cielo sabe cuándo y dónde triunfará la revolución.

—Pero con esa alianza entre la oligarquía y los principales sindicatos, ¿nos queda alguna razón para creer que la revolución llegará a triunfar? —pregunté—. ¿Acaso no pueden eternizarse en el poder?

Negó con la cabeza.

—Dentro de nuestras teorías más generales, consideramos que todo sistema basado en las clases y en las castas contiene en sí mismo los gérmenes de su propia desaparición. Cuando un sistema se funda en la separación de las clases, ¿cómo puede evitar que se formen castas? El Talón de Hierro será incapaz de evitarlo, y al final serán las castas las que destruyan el Talón de Hierro. Ya han desarrollado los oligarcas un sistema de castas entre ellos mismos, pero espera a que los sindicatos privilegiados empiecen a desarrollarlas también. El Talón de Hierro usará toda su fuerza para evitarlo, pero no lo conseguirá.

»En los sindicatos privilegiados se afilia la aristocracia obrera. Son individuos eficientes, seguros de sus habilidades. Han luchado con fiereza hasta conseguir llegar a pertenecer a esos sindicatos. Cada trabajador norteamericano que se sienta capacitado ambicionará convertirse en un miembro de esas organizaciones privilegiadas. La oligarquía favorece esas ambiciones y la consecuente competitividad. Y así será como esos individuos tan fuertes y preparados, que hubieran podido convertirse en revolucionarios, se convertirán en un refuerzo para la oligarquía.

»Por otra parte, las castas de trabajadores privilegiados se esforzarán para convertir sus organizaciones en cotos cerrados; y lo conseguirán. La pertenencia a las castas obreras será hereditaria; los hijos ocuparán los puestos de sus padres y no habrá ninguna llegada de nuevas fuerzas de trabajo desde el eterno ejército de reserva de trabajadores, el de la gente más común. El resultado será el deterioro de esas castas obreras, que se volverán cada vez más débiles. Pero a la vez, y durante un tiempo, serán instituciones todopoderosas; algo así como la antigua guardia pretoriana de los romanos, y habrá revoluciones palaciegas con las que las castas se harán con los resortes del poder. Y también habrá contrarrevoluciones de los oligarcas, y unas veces uno, otras veces, otro, estarán en el poder. Y a través de todo este proceso, el inevitable debilitamiento de las castas traerá consigo que la gente común llegue a ocupar sus puestos.

Fue en la primera caída de ánimo de Ernest, tras el desafecto de los grandes sindicatos, cuando construyó la profecía sobre la lenta evolución social que

sobrevendría. Nunca estuve de acuerdo con él y sigo sin estarlo cuando escribo estas líneas, quizás ahora menos que nunca; porque incluso hoy, cuando Ernest ya no está, nos encontramos en la víspera de una rebelión que se llevará por delante todas las oligarquías. He escrito aquí, sin embargo, la profecía de Ernest porque fue suya. A pesar de su falta de convicción en una solución drástica, siguió luchando hasta el fin; y él, más que nadie, hizo posible la rebelión que ahora mismo está esperando la señal para estallar[84].

—Pero ¿y si la oligarquía se mantiene? —le pregunté esa noche—, ¿qué pasará con ese gran excedente que se genera año tras año?

—Tendrán que consumirlo de alguna forma; y los oligarcas la encontrarán. Construirán importantes carreteras, y habrá grandes hallazgos científicos y se desarrollarán las artes. Cuando la oligarquía haya conseguido domesticar a la gente, tendrá tiempo para dedicarlo a otros asuntos; se convertirán en adoradores del arte. Y bajo su dirección, y generosamente retribuidos, se convertirán los artistas en sus esclavos. El resultado será un arte faraónico. Nunca más, como hasta ahora, tratarán de complacer los gustos burgueses de las clases medias. Será un arte espléndido y suntuoso, y se levantarán ciudades fabulosas, a cuyo lado las viejas ciudades aparecerán sórdidas y decrépitas. Y será en esas nuevas ciudades donde los oligarcas celebren sus cultos a la belleza[85].

»Y así se gastará continuamente ese excedente mientras los trabajadores lo seguirán creando. La construcción de esos monumentos y ciudades grandiosas seguirá proporcionando salarios de miseria a los millones de trabajadores menos cualificados, porque el tremendo monto del excedente llevará consigo enormes gastos, y los oligarcas construirán durante un milenio; quizá diez milenios. Elevarán ciudades y monumentos que nunca hubieran soñado ni egipcios ni babilonios; y cuando los oligarcas desaparezcan, sus amplias carreteras y sus maravillosas ciudades pertenecerán a los trabajadores para que, en fraternal unión, recorran las unas y moren en las otras[86].

»Harán los oligarcas todas esas obras suntuosas porque no tienen otra opción. Han de deshacerse del excedente como sea, de forma similar a la de las aristocracias pretéritas, que invertían el dinero que robaban a la gente construyendo templos y pirámides. Bajo la oligarquía no florecerá una casta de sacerdotes, sino de artistas. Y en lugar de una clase de mercaderes burgueses, aparecerán castas de trabajadores. Y debajo de todo eso, estará el abismo donde viva y se reproduzca en situaciones de hambre, miseria y podredumbre el grueso de la población. Y algún día, quién sabe cuándo, esa gente común se alzará y saldrá del abismo, las castas obreras y la oligarquía se desintegrarán, y será entonces cuando por fin, después de una lucha secular, llegue el día del hombre común. Siempre había creído ver llegar ese día, pero ahora estoy seguro de que nunca lo veré.

Hizo una pausa, me miró, y añadió.

—La evolución social es exasperadamente lenta, ¿verdad, mi amor?

Lo abracé, y él apoyo su cabeza en mi pecho.

—Cántame una nana —murmuró tiernamente—, he tenido una visión que quiero olvidar.

Capítulo 15

Los últimos días

Fue a finales de enero de 1913 cuando se hizo público el cambio de actitud de la oligarquía con respecto a los sindicatos más favorecidos. Los periódicos dieron amplia información sobre las mejoras laborales: subidas sin precedentes en los salarios y reducción de jornada para los empleados del ferrocarril, los trabajadores de la industria del hierro y del acero, los operadores de maquinaria y los conductores de locomotoras. Pero no dijeron toda la verdad; la oligarquía censuró la información para que no aparecieran cuantificados los nuevos salarios ni otros beneficios, muy superiores a los que mostró la prensa. Todo se hizo en secreto, pero los secretos acaban desvelándose. Los miembros de esa aristocracia obrera se lo dijeron a sus esposas, y éstas lo transmitieron a otras mujeres, por lo cual todos los trabajadores supieron lo que había sucedido.

Se trató simplemente del desarrollo lógico de lo que en el siglo XIX se llamó «reparto de beneficios». En aquellos tiempos de lucha entre obreros y empresarios, los capitalistas intentaron aplacar las iras de los trabajadores tratando de involucrarlos financieramente en la producción. Pero ese reparto de beneficios, como sistema, era ridículo e impracticable. Sólo hubiera podido funcionar en casos muy aislados dentro de la gran contienda industrial, porque si todos los trabajadores y todos los capitalistas se repartieran los beneficios, la situación se mantendría igual que antes de ese sistema de reparto.

Así, de la teoría impracticable del «reparto de beneficios» surgió la idea, más factible, del reparto discriminado de un trozo del pastel. «¡Subirnos los salarios y bajárselos a los demás!» fue el eslogan de los sindicatos privilegiados. Y esa política egoísta se extendió exitosa por todas partes. Rebajárselo a los demás significaba hacerlo a la gran masa de trabajadores, menos o nulamente organizados. Fue esta gran masa de trabajadores la que pagó las generosas subidas de salarios a los miembros de los grandes sindicatos que funcionaban como monopolios de trabajadores. La idea, tal como he dicho, llegó a su conclusión lógica mediante la combinación de los oligarcas y de los sindicatos privilegiados[87].

Tan pronto como empezó a conocerse el trato privilegiado a esos sindicatos, surgió un significativo ruido de fondo en el mundo laboral. La acción más inmediata de los sindicatos más favorecidos fue romper sus compromisos con otras asociaciones, así como sus lazos con las organizaciones internacionales. Entonces llegó la violencia y el caos. Los sindicalistas aristócratas fueron tachados de traidores. En los bares y en los burdeles; en las calles y en el trabajo, y de hecho en todas partes sufrieron los ataques de los demás trabajadores, a los que habían traicionado y abandonado a su suerte.

A muchos les abrieron la cabeza a golpes y a algunos los mataron. Ningún miembro de esos sindicatos podía sentirse a salvo. Se juntaban en grandes grupos para llegar al trabajo y volver a sus casas. Andaban siempre por el centro de las calles para que no los alcanzasen los ladrillos o los adoquines que les podían lanzar desde las ventanas o las azoteas. A sus atacantes se los condenaba a largas penas de prisión en un régimen carcelario especialmente riguroso. Las autoridades los protegieron de todas las formas posibles, y se les permitió llevar armas, mientras que se prohibía al resto de los trabajadores, con penas muy severas para estos últimos en caso de violación de esa ley.

A pesar de todas esas medidas, los indignados trabajadores comunes seguían vengándose de los traidores. Las distintas castas se formaron automáticamente. A los hijos de los traidores los perseguían los hijos de los trabajadores traicionados, hasta el punto de que les resultaba imposible jugar en las calles o acudir a los colegios públicos. También las esposas de los traidores y sus familias fueron condenadas al ostracismo, llegando incluso a ver cómo los tenderos de comestibles se negaban a atenderlas por temor al boicot de la mayoría.

El resultado de ese acoso fue que los traidores y sus familias formaron cotos cerrados. Convencidos de la imposibilidad de sentirse seguros entre el proletariado traicionado, se mudaron a nuevos barrios construidos ex profeso para ellos. Los oligarcas les proporcionaron casas modernas y confortables, rodeadas de amplios espacios verdes y salpicadas de parques infantiles. Los niños iban a las escuelas construidas exclusivamente para ellos, y en ellas se los especializaba en formación profesional y en ciencias aplicadas. Y así, inevitablemente, surgieron las castas, convirtiéndose los miembros de los sindicatos privilegiados en la aristocracia obrera. Con mejores casas, bien comidos, bien vestidos y mejor tratados formaron un mundo aparte del resto de los trabajadores. Consideraron el disfrute de ese trozo de pastel como una venganza sobre los que los acosaban.

A la vez, al resto de la clase trabajadora se le endurecieron las condiciones de vida. Se les quitaron algunas de las escasas ayudas sociales a la vez que paulatinamente se rebajaban sus salarios. Las escuelas públicas se deterioraban más cada día, y poco a poco la educación elemental dejó de ser obligatoria. La consecuencia fue el dramático aumento del analfabetismo entre las generaciones más jóvenes.

La apropiación del mercado mundial por parte de los Estados Unidos supuso un serio trastorno para el resto del mundo. Gobiernos e instituciones se desplomaban o sufrían grandes transformaciones. Alemania, Italia, Francia, Australia y Nueva Zelanda se afanaron en construir sistemas cooperativistas en busca del bienestar común. El Imperio británico se desmoronaba. A Inglaterra la desbordaban sus excedentes. Se sucedían las revueltas en India. Por toda Asia resonaba el grito de «¡Asia para los asiáticos!»; detrás de ese grito estaba Japón, apelando a la raza amarilla y a otras más oscuras para que se rebelasen contra los blancos. A la vez que

Japón luchaba por convertirse en la potencia hegemónica de Asia, ahogaba su propia revolución proletaria. Se trataba, simplemente, de una lucha entre castas: culis frente a samuráis. Y a los culis socialistas los asesinaron a decenas de millares. Cuarenta mil de ellos murieron en las luchas callejeras de Tokio y en el asalto frustrado al palacio de Mikado. En Kobe hubo una represión sangrienta, las ametralladoras barrieron a los operarios del algodón, en una operación tan despiadada que ha quedado en los anales como la matanza más terrible ejecutada con armas modernas de guerra. Lo peor de todo fue la oligarquía salvaje que surgió tras esos acontecimientos. Japón dominaba el Oriente y acaparó todo el mercado asiático a excepción de India.

Los ingleses consiguieron aplastar su revolución proletaria y mantuvieron sus posesiones en India, aunque la metrópoli quedó exhausta. Inglaterra fue obligada a abandonar sus mayores colonias. Así consiguieron los socialistas de Australia y de Nueva Zelanda instaurar cooperativas comunales. Por las mismas razones se separó Canadá de su metrópoli, pero en ese país americano fracasó la revolución socialista, quizá por el apoyo del Talón de Hierro a los contrarrevolucionarios. Igual sucedió en México y en Cuba. El resultado fue que el Talón de Hierro se afianzó en todo el Nuevo Mundo; una unión política compacta para la mitad del continente americano, desde el canal de Panamá hasta el océano Ártico.

Inglaterra perdió sus colonias pero pudo conservar India, bien que temporalmente. Su lucha por el control de India frente a Japón y el resto de Asia sólo quedó pospuesta. Inglaterra estaba condenada a perder a corto plazo el dominio de India, lo que significaba la amenaza de una feroz lucha entre el Asia unida y el resto del mundo.

Y si el mundo estaba sumergido en esos conflictos, tampoco en los Estados Unidos gozábamos ni de paz ni de tranquilidad. La defección de los grandes sindicatos había abortado nuestra revolución proletaria, pero la violencia reinaba por todas partes. Además de los conflictos obreros, y el descontento de los granjeros y el de los residuos de la clase media, había resurgido el fervor religioso. Una rama de los Adventistas del Séptimo Día irrumpió anunciando vehementemente el fin del mundo.

—¡Maldita sea! —gritó Ernest—. ¿Cómo podemos llamar a la solidaridad en medio de este tumulto, de tantos intereses cruzados?

Y cierto es que el resurgimiento religioso adquirió proporciones formidables. La gente, sumida en su desgracia y en su frustración por las cosas terrenales, se mostraba anhelante por alcanzar un puesto en un cielo donde no cupieran los industriales tiránicos, de la misma forma en que no entraría un camello por el ojo de una aguja. Predicadores civiles de ojos enloquecidos se extendían como un enjambre por todo el país; y a pesar de las prohibiciones de las autoridades, y de las amenazas de castigos por desobediencia, las llamas del frenesí religioso se extendían por doquier en grandes reuniones a campo abierto.

«Son los últimos días —clamaban—, el principio del fin del mundo. Los cuatro vientos del cielo han desatado su fuerza, Dios ha incitado a las naciones a la lucha».

Fue un tiempo de visiones y de milagros, en el que los visionarios y milagreros constituían legión. Las gentes abandonaban sus trabajos y se iban a las montañas a esperar la inminente llegada de Dios y el ascenso de los ciento cuarenta y cuatro mil a los cielos. Pero entretanto Dios no llegaba y eran muchos los que morían de hambre. En su desesperación asaltaban las granjas para conseguir alimentos, y los consiguientes tumultos y la anarquía en los condados agrarios aumentaron los lamentos de los míseros granjeros expropiados.

También el Talón de Hierro poseía muchas granjas y almacenes, lo que los llevó a movilizar a su ejército y a devolver, a punta de bayoneta, a las hordas de lunáticos a sus puestos de trabajo en las ciudades. Una vez allí, no se conformaron y promovieron rebeliones callejeras tumultuosas. A sus líderes los ejecutaron o los recluyeron en manicomios. Los condenados a muerte acudieron al patíbulo con el aura de los mártires. Fueron tiempos de locura en los que el descontento se extendió por doquier. En los pantanos, en los desiertos y en las tierras baldías, de Alaska hasta Florida, los pequeños grupos de indios que sobrevivían entonaban cánticos mesiánicos esperando la llegada de sus propios dioses.

Y en medio de ese maremágnum, con una continuidad y certeza aterradoras, continuaba creciendo aquel monstruo: la oligarquía; que con mano y bota de hierro consiguió dominar aquel terremoto humano e hizo que de la confusión surgiera el orden, y del caos, sus propias bases estructurales.

«Esperad a que ocupemos nuestros escaños», decían los granjeros —entre ellos Calvin, que vino a nuestra casa de Pell Street—. «Recordad los estados en los que hemos vencido, si los socialistas nos apoyáis, ya les haremos entonar otros cánticos cuando estemos allí».

«Los millones de descontentos y de empobrecidos están a nuestro lado», decían los socialistas, «también los granjeros, las clases medias y los trabajadores comunes. El sistema capitalista saltará hecho pedazos. Dentro de un mes enviaremos cincuenta hombres al Congreso, y dentro de dos años toda la Administración será nuestra, desde el presidente hasta el último polizonte».

Ernest movía la cabeza y les replicaba: «¿Con cuántos rifles contáis? ¿Sabéis dónde abasteceros de balas? Y por lo que a la pólvora se refiere son mucho más prácticas las mezclas químicas que las mecánicas, ¡creedme!».

Capítulo 16

El final

Cuando llegó el momento de que Ernest y yo nos trasladáramos a Washington, papá decidió no acompañarnos. Se había enamorado de su vida de proletario. Consideraba el vecindario de nuestro arrabal como un gran laboratorio sociológico, y se había involucrado a fondo en una orgía investigadora absorbente. Compadreaba con los trabajadores y conocía al detalle montones de hogares. También hacía algún que otro trabajo, y sacaba consecuencias de cualquier cosa que hiciera; disfrutaba con ello y solía volver a casa con su cuaderno de notas abarrotado de material para sus posteriores investigaciones. Era el científico perfecto.

No hubiera tenido ninguna necesidad de trabajar porque Ernest ganaba con sus traducciones lo suficiente como para mantenernos a los tres; pero papá insistía en perseguir a su fantasma proletario, y era sin duda un fantasma proteico a juzgar por los trabajos que ejercía. Nunca olvidaré una tarde en la que trajo a casa su carrito ambulante lleno de tirantes y de cordones para zapatos; ni la vez que fui a comprar comida a la tienda de la esquina y fue él quien me atendió. A partir de aquello no me extrañó verlo servir bebidas en el bar de enfrente de casa. Trabajó también como vigilante nocturno, como portero de noche; poniendo etiquetas en el almacén de una fábrica de conservas; fue peón en una fábrica de cajas de cartón, y aguador para un grupo de constructores del tranvía; incluso llegó a militar en el Sindicato de Lavaplatos antes de que lo disolvieran.

Pienso que se sintió fascinado con la vestimenta del obispo, porque lo imitó poniéndose una camisa barata de franela y un mono de trabajo de dril con una estrecha correa de cuero en la cintura. Conservaba sin embargo uno de sus viejos hábitos, siempre se vestía para comer, mejor dicho, para cenar.

Yo podía vivir feliz en cualquier parte con Ernest; y la felicidad de mi padre en nuestras alteradas circunstancias completaba mi felicidad.

—Cuando yo era un muchacho —dijo papá—, era muy curioso. Quería saber de dónde vienen las cosas y por qué se transforman. Ésa fue la razón para hacerme físico. Ahora, en este lugar, siento la misma curiosidad que entonces, y es esa curiosidad la que hace que merezca la pena vivir.

Algunas veces se aventuraba hasta el norte de Market Street, en el distrito de los comercios y de los teatros. Hacía recados o abría la puerta de los taxis. Un día allí, cuando acudió a cerrar la puerta de un taxi, se topó con el señor Wickson. Aquella tarde nos describió con gran regocijo los detalles del encuentro.

—Wickson fijó su mirada en mi rostro, mientras yo le cerraba la puerta, y murmuró entre dientes «¡Los diablos me lleven!». Justo así lo dijo, «los diablos me lleven». Se puso rojo y estaba tan confuso que olvidó darme la propina. Pero debió de

recuperarse enseguida, porque apenas había recorrido el coche unos metros, ordenó al conductor que volviera hacia donde me encontraba.

»“Profesor”, me llamó. “Esto es demasiado, ¿qué puedo hacer por usted?”.

»“Le he cerrado la puerta del taxi”, respondí. La costumbre es darme diez centavos.

»“¡Eso no importa!”, gruñó. “Quiero decir algo más substancial”.

»Me pareció que había adoptado una postura grave… como si hubiera habido un pinchazo en su osificada conciencia, así que medité durante unos instantes mi respuesta.

»Parecía muy atento cuando empecé mi petición, pero teníais que haber visto su cara cuando acabé.

»“Debería devolverme mi casa y mis acciones de las Hilaturas Sierra”.

Papá hizo una pausa.

—¿Qué te contestó? —pregunté impaciente.

—Qué iba a decir. Nada. Entonces lo despedí diciendo: «Espero que sea usted feliz». Me miró entre curioso y sorprendido y añadí: «Dígame, ¿es usted feliz?».

—Le ordenó al cochero que continuara y se fue lanzando horribles juramentos. No me dio los diez centavos y, claro está, mucho menos me devolvió la casa y las acciones; así que aquí tenéis, hijos, a vuestro padre convertido en un zagal que vaga por el zoco y que sufre estos contratiempos.

Y así fue cómo mi padre se quedó en el barrio de Pell Street mientras Ernest y yo nos íbamos a Washington. Excepto por el final de los acontecimientos, el viejo orden había prácticamente desaparecido, y ese final estaba más próximo de lo que yo suponía. En contra de nuestros temores, no hubo obstáculos para que los representantes socialistas ocuparan sus escaños. Todo transcurría con normalidad y yo me reía de Ernest cuando a él le parecía que había algo ominoso detrás de esa calma. Encontramos a los compañeros optimistas y muy confiados en sus fuerzas para cumplir los objetivos que se habían propuesto. Incrementaban esa fuerza el grupo de granjeros también elegidos para el Congreso; y juntos elaborábamos un programa y un plan de acción. Ernest participaba activamente en todos esos trabajos, aunque no podía evitar repetir de vez en cuando, sin causa aparente, aquello de «por lo que a la pólvora se refiere, son mucho mejores las mezclas químicas que las mecánicas, ¡creedme!».

Los primeros problemas surgieron cuando a los granjeros, que habían salido elegidos como gobernadores en una docena de estados, no les permitieron ocupar sus puestos. Los perdedores se negaron a abandonar sus cargos. Les resultó muy fácil: simplemente, adujeron irregularidades en las elecciones y envolvieron toda la situación en la gran cinta roja de la ley. Los granjeros se mostraron inermes. Los tribunales eran el último recurso, pero toda la justicia estaba en manos de sus enemigos.

Ése fue un momento peligroso. Si los estafados granjeros reaccionaban con

violencia, todo estaría perdido. ¡Los socialistas hicimos todo lo posible por contenerlos! Fueron días y noches en los que Ernest apenas pudo conciliar el sueño. Los principales líderes de los granjeros vieron el peligro y se unieron a nuestra postura. La oligarquía necesitaba que se desatara la violencia y puso en acción a sus agentes provocadores. Fueron, sin discusión, los agentes provocadores los que promovieron la revuelta del campo.

Estalló la rebelión en una docena de estados. Los granjeros expropiados tomaron posesión por la fuerza del Gobierno de los estados. Naturalmente, eso se consideró anticonstitucional y, como era previsible, los Estados Unidos sacaron a los soldados de sus cuarteles. Por todas partes los agentes provocadores azuzaban a la gente. Estos emisarios del Talón de Hierro iban disfrazados de artesanos, granjeros o peones agrícolas. A Sacramento, la capital de California, donde los granjeros habían conseguido mantener el orden, llegaron agentes secretos a miles, que en grupos estrictamente compuestos por ellos mismos comenzaron a incendiar edificios y fábricas. Animaron a las gentes a que participaran en el pillaje y repartieron grandes cantidades de alcohol entre la chusma de los arrabales para calentar sus cabezas. Fue entonces, cuando en el momento preciso, aparecieron en escena los soldados de los Estados Unidos. Que eran, claro está, los soldados del Talón de Hierro. Once mil hombres, mujeres y niños murieron acribillados en las calles de Sacramento o en sus propias casas. El Gobierno federal tomó posesión del Gobierno del estado, y allí se acabó todo en California.

Y lo que sucedió en California, se repitió por doquier. La violencia se desató en los estados donde había ganado el Partido de los Granjeros, y a la devastación le siguió un baño de sangre. Primero crearon el desorden los agentes provocadores y la banda de los Cien Negros, luego movilizaron al ejército. Hubo tumultos y estragos por todos los distritos rurales. Día y noche el cielo estaba cubierto por el humo de los incendios en las granjas, en los almacenes; en los pueblos y en las ciudades. Apareció la dinamita. Volaron puentes y túneles del ferrocarril y quemaron los vagones. Fueron muchos los granjeros fusilados o ahorcados. Hubo amargas represalias que llevaron a la muerte a cierto número de plutócratas y oficiales del ejército. La sangre y la venganza se apoderaron del corazón de los hombres. Las tropas regulares disparaban contra los agricultores con la misma saña que si hubieran sido indios. Y es que esas tropas habían encontrado una razón. Dos mil ochocientos soldados murieron en una serie de terribles explosiones de dinamita en Oregón. También en diferentes días y en distintos lugares se destruyeron muchos vagones de tren; así que los soldados llegaron a pensar que disparaban en defensa propia, lo mismo que pensaban los granjeros.

Pusieron en vigor la ley de la Milicia de 1903, y los trabajadores de algún estado fueron llamados a filas, bajo la amenaza de pena de muerte, para que fueran a disparar a sus camaradas de otro estado. Naturalmente no les resultó fácil al principio imponer esa ley. Muchos mandos de esa milicia fueron asesinados y muchos

milicianos ejecutados en juicios sumarísimos. La profecía de Ernest se cumplió fielmente en los casos de Kowalt y Asmunsen. A los dos los llamaron para acudir a la milicia, y a los dos los enviaron desde California, en un expedición de castigo, a reprimir a los granjeros de Misuri. Ambos rehusaron ir. No les dieron muchas oportunidades para reconsiderar su actitud. Todo se desarrolló con gran rapidez: primero el juicio sumarísimo, y enseguida la ejecución. El pelotón los fusiló con sus caras frente al paredón.

Muchos jóvenes se refugiaron en las montañas para evitar servir en la milicia. Se convirtieron en forajidos, y cuando llegaron tiempos más pacíficos, recibieron su castigo, un drástico castigo. El Gobierno dictó una proclama concediendo tres meses a todos los ciudadanos respetuosos de la ley para que regresaran de las montañas. Cuando acabó la moratoria enviaron medio millón de soldados a los lugares más recónditos. No hubo juicios ni investigaciones. Cuando encontraban a un fugitivo, lo fusilaban *in situ*. Las tropas actuaban bajo el principio de que ningún forajido debería quedar vivo en las montañas. Algunos grupos organizados lucharon fieramente contra los soldados, pero al final no quedó ni un solo desertor de la milicia.

La lección más reciente y que más impresionó a las gentes fue sin duda el castigo inflingido a la milicia de Kansas. El gran motín de Kansas ocurrió muy al principio de las operaciones contra los granjeros. Se amotinaron seis mil miembros de la milicia. Ya habían mostrado hacía algunas semanas su enojo y rebeldía, y por esa razón los habían dejado acuartelados. El estallido del motín se debió sin duda a los agentes provocadores.

La noche del 22 de abril se alzaron en armas y mataron a sus oficiales, de los cuales sólo unos pocos consiguieron escapar. Esto se salía del guión del Talón de Hierro porque sus agentes habían hecho bien su trabajo, pero la oligarquía mostró una vez más su capacidad para sacar provecho de cualquier situación por adversa que hubiera resultado. Estaban preparados para ese estallido, y la muerte de tantos oficiales les dio alas para lo que vendría a continuación. Como por arte de magia, aparecieron cuarenta mil soldados del ejército regular, que cercaron a los amotinados. Fue todo una trampa. Los desgraciados milicianos pronto descubrieron que sus ametralladoras habían sido inutilizadas y que la munición de los depósitos no servía para sus rifles. Alzaron la bandera blanca de la rendición, pero los soldados la ignoraron. No hubo supervivientes, aniquilaron a los seis mil milicianos sublevados. Alejados del cerco, los soldados les dispararon con sus fusiles y les lanzaron granadas, y cuando desesperados intentaron salir del cerco, los segaron con sus ametralladoras. Pude hablar con un testigo presencial y me dijo que lo más próximo que llegó a estar un miliciano de la línea de ametralladoras fue a ciento cincuenta metros. La tierra se alfombró de cadáveres, y en cuanto a los heridos, la caballería cargó contra ellos y los remató con los cascos de los caballos y con sus revólveres y sus sables.

A la vez que sucedía el desgraciado final de los granjeros, llegó la revuelta de los

mineros del carbón. Fue la última gesta de los trabajadores organizados. Del millón de mineros, tres cuartos fueron a la huelga, pero estaban tan diseminados a lo largo del país que no pudieron aprovechar su fuerza numérica; de forma que, segregados en sus distritos, los forzaron a la sumisión. Ésta fue la primera gran forma de la nueva esclavitud. Pocock[88] se ganó en esa lucha sus medallas como capataz de esclavos y también, naturalmente, el odio eterno del proletariado. Hubo numerosos intentos para acabar con su vida, pero eso no pareció afectarle. Fue el responsable de introducir el sistema del «pasaporte ruso» entre los mineros, que consistía en prohibir la movilidad geográfica dentro del país.

Entretanto, los socialistas se mantenían firmes. Mientras los granjeros desaparecían envueltos en fuego y sangre, y se desmantelaban los sindicatos, los socialistas se mantenían tranquilos y seguían reforzando su organización clandestina. Los granjeros suplicaron nuestra ayuda, pero fue un intento vano. Estábamos convencidos de que cualquier conato de rebelión por nuestra parte sería virtualmente suicida para toda la revolución. El Talón de Hierro, dudoso al principio sobre si tenía que llegar a un acuerdo con el conjunto de los trabajadores al unísono, se encontró con que todo le había resultado mucho más sencillo de lo que esperaba, y nada le hubiera venido mejor que un levantamiento por nuestra parte. Conseguimos evitarlo a pesar de que los agentes provocadores zumbaban entre nosotros. En aquellos primeros días, esos agentes se movían con notoria torpeza en sus actuaciones; les quedaba mucho que aprender, y entretanto nuestros Grupos de Combate no los dejaban tranquilos. Era un trabajo amargo, maldito, pero luchábamos por la vida y por la revolución y teníamos que combatir al enemigo con nuestras propias armas. Actuamos, sin embargo, según nuestros principios de legalidad, a ningún agente del Talón de Hierro se lo ejecutó sin un juicio previo. Podemos haber cometido algún error, pero serían casos contados. Los más combativos, más valientes y más sacrificados de nuestros camaradas formaron los Grupos de Combate. Una vez, tras diez años de lucha, Ernest hizo un cálculo con las cifras que le suministraban los jefes de los grupos, y llegó a la conclusión de que la esperanza media de vida que les restaba a las mujeres o a los hombres tras convertirse en un combatiente activo era de cinco años. Los camaradas de los Grupos de Combate eran héroes que paradójicamente se oponían a quitar la vida a ningún semejante; sin embargo, amaban tanto la libertad que estaban convencidos de que ningún sacrificio era suficiente para nuestra causa[89].

Nos impusimos una triple tarea. La primera fue la de eliminar de nuestro círculo a los agentes secretos de la oligarquía; la segunda, organizar los Grupos de Combate fuera de la organización general clandestina de la revolución; y tercera, introducir a nuestros espías dentro de cada rama de la oligarquía —entre las castas laborales y principalmente entre los telegrafistas y los secretarios y administrativos del ejército, de los agentes provocadores y los capataces de esclavos—. Fue una labor lenta y peligrosa, y a menudo nuestros esfuerzos fracasaron lamentablemente.

El Talón de Hierro había triunfado en la guerra abierta, pero nosotros manteníamos nuestra propia guerra, una guerra subterránea, extraña y terrible. Muchas acciones eran invisibles, otras disfrazadas; los ciegos luchaban contra los ciegos, y sin embargo manteníamos el orden, el control y nuestros firmes propósitos. Nuestros agentes penetraron en todas las redes del Talón de Hierro, pero también los suyos entraron en las nuestras. Era una guerra oscura y tortuosa, llena de intrigas y conspiraciones, de complots y de contracomplots. Y detrás de ello, la muerte violenta siempre amenazante y terrible. Hombres y mujeres desaparecían de nuestras filas, los más próximos y los más queridos. Los veíamos hoy, y mañana ya no estaban con nosotros. No los volvíamos a ver y sabíamos que estaban muertos.

No había ninguna confianza. El hombre que conspiraba a nuestro lado podía ser un agente del Talón de Hierro. Habíamos minado el Talón de Hierro con nuestros espías y ellos habían minado nuestra organización con los suyos. Pero a pesar de extremar las precauciones, estábamos obligados a basar nuestros esfuerzos en la confianza. A menudo fuimos traicionados. El hombre es débil. El Talón de Hierro podía ofrecer dinero, ocio, las alegrías y los placeres que puede ofrecer una gran ciudad. Nosotros, por el contrario, sólo podíamos ofrecer la satisfacción de mantenerse leal a un ideal noble, con la única remuneración del peligro constante y el riesgo de la tortura y la muerte.

Los hombres eran débiles, digo, y debido a esa flaqueza estábamos obligados a castigarlos con los únicos medios que estaban a nuestro alcance. Su recompensa era la muerte. Era preciso castigar a los que nos traicionaban; podían ser uno o doce los vengadores que rastrearan sus huellas. Podíamos no tener éxito en la ejecución de nuestras sentencias contra los enemigos, como sucedió, por ejemplo, en el caso de los Pocock, pero en algo en lo que no podíamos fallar era en el de nuestros propios traidores. Permitíamos a algunos camaradas que se fingieran también traidores para que fueran a disfrutar de la gran ciudad y encontraran allí a los verdaderos desleales, ¡y los ejecutaran! Suponíamos tal peligro para los traidores que era mucho más razonable permanecer fieles a nuestro lado.

La revolución adquirió a la larga las características de una religión. Adorábamos el santuario de la revolución, que era el santuario de la libertad. Era como recibir una luz divina. Hombres y mujeres entregaron sus vidas a la causa, y también se entregaba a los recién nacidos a ella como en otros tiempos se los entregaba al servicio de Dios. Éramos los adoradores de la humanidad.

Capítulo 17

La librea escarlata

Tras la devastación de sus estados, los granjeros desaparecieron del Congreso. Los habían acusado de alta traición. Los hombres del Talón de Hierro ocuparon sus puestos. Los socialistas constituían una minoría intrascendente y sabían que su fin estaba próximo. El Congreso y el Senado eran simplemente los escenarios de una farsa. A pesar de que aparentemente se debatían las cuestiones públicas de acuerdo con los viejos procedimientos, el hecho era que la oligarquía ya había decidido de antemano cuáles serían las leyes que se iban a aprobar y la forma de conseguirlo.

Ernest estaba en el meollo de las acciones cuando llegó el final. Estaban debatiendo una ley de ayuda a los desempleados. Los tiempos difíciles de los años anteriores habían sumergido a grandes masas de trabajadores por debajo de la línea de la depauperación por falta de alimentos, y los desórdenes constantes y generalizados habían agravado esa situación. Millones de personas morían de hambre mientras los oligarcas y sus cortesanos nadaban en la abundancia aprovechando el excedente[90]. A esa gente la llamábamos la gente del abismo[91], y fue ese horrible estado de necesidad y sufrimiento el que hizo que los socialistas plantearan en la Cámara una ley de cobertura del desempleo. La ley no era del agrado del Talón de Hierro, que tenía sus propios planes para ocupar a esos millones de trabajadores, y naturalmente tampoco a nosotros nos satisfacían esos planes. El Talón de Hierro dictó sus consignas y la Cámara rechazó nuestro proyecto. Ernest y los suyos sabían que su proposición estaba condenada al fracaso, pero se sentían cansados del punto muerto en que se encontraban. Necesitaban que algo ocurriera. No conseguían hacer nada allí y lo que deseaban todos ellos era acabar con aquella farsa legislativa en la que eran actores indeseados. No sabían cómo acabaría la cosa, pero no se les ocurrió imaginar un final tan desastroso como el que sobrevino.

Aquel día me encontraba entre los espectadores de la Cámara. Todos adivinábamos la inminencia de algún suceso terrible. Se palpaba en el ambiente, y la sensación se materializó con la entrada por los pasillos de la Cámara de soldados armados y del agrupamiento de sus oficiales en las puertas de la gran sala. La oligarquía se disponía a golpear. En esos momentos era Ernest quien tenía la palabra. Describía los sufrimientos de los desempleados como si de alguna forma pudiera llegar a sacudir el corazón y la conciencia de la mayoría de oligarcas. A la vez, los republicanos y los demócratas lanzaban abucheos y risotadas creando un gran alboroto. Ernest cambió bruscamente su discurso:

—Ya sé que nada de lo que yo pueda decir aquí va a cambiar su actitud —dijo—. No tienen ustedes un alma capaz de conmoverse. Son ustedes unos seres flácidos, sin ninguna estructura firme. Se denominan pomposamente a sí mismos demócratas o

republicanos, pero no existe ni un partido demócrata ni un partido republicano. No hay ningún republicano ni ningún demócrata en esta casa. Son ustedes simplemente unos babosos serviles de la plutocracia. Hablan en términos trasnochados de su amor a la libertad y todo lo que muestran es la librea escarlata del Talón de Hierro.

Entonces surgieron los gritos de “¡Orden!, ¡orden!”, para tratar de acallar su voz, y Ernest mantuvo un silencio desdeñoso hasta que disminuyó el estruendo. Movió su mano en un gesto para incluir a todos ellos y después la volvió hacia las bancadas de sus compañeros, diciendo:

—Escuchad los berridos de estas bestias bien alimentadas.

Otra vez surgió el pandemónium. El presidente llamó al orden mientras miraba de soslayo a los oficiales que cubrían las puertas. Hubo algunos gritos de ¡sedición! Y un congresista gordo por Nueva York comenzó a gritarle ¡anarquista!, mientras Ernest ni siquiera volvió la cabeza para mirarlo. Se notaba la tensión en cada fibra de Ernest, y su cara parecía la de un animal en plena lucha, aunque en su interior permanecía frío y concentrado.

—Recordad —dijo con una voz que consiguió sobreponer a la de los alborotadores— que a vuestra despiadada conducta con el proletariado, éste le responderá algún día».

Redoblaron los gritos de ¡sedición! y ¡anarquía!

—Ya sé que no vais a aprobar esta ley —continuó Ernest—. Habéis recibido la orden de vuestros amos para votar en contra, y a pesar de eso me llamáis anarquista. Vosotros, que habéis destruido el gobierno del pueblo y que lucís vuestra vergonzosa librea en público, me llamáis anarquista. Yo no creo en el azufre ni en el fuego del infierno, pero en momentos como éste ¡ya me gustaría que existiera! Sí, en situaciones así estoy dispuesto a creer en el fuego eterno. Porque sería el único lugar en el podríais recibir el castigo que vuestros crímenes merecen. En tanto que existáis, será una necesidad vital que haya un fuego infernal en el mundo.

Hubo cierto movimiento en las entradas a la sala y tanto Ernest como el presidente volvieron su mirada hacia allá.

—Señor presidente, ¿por qué no les dice a sus soldados que entren y que hagan su trabajo? —dijo Ernest—. Seguro que lo harán a la perfección.

—Son otras las razones, otros los planes, por las que los soldados están aquí —le respondió el presidente.

—¡Ya!, planes que tienen que ver con nosotros —rió sarcástico Ernest—, asesinato o algo por el estilo.

Al oír la palabra asesinato volvió a levantarse el fragor de las voces; Ernest no consiguió hacerse oír, pero permaneció en pie esperando que remitiese el ruido. Fue entonces cuando sucedió todo. Desde mi sitio en la galería pude ver el resplandor de una explosión y oír el estruendo que la acompañó. Entonces vi a Ernest envuelto en una espiral de humo y a los soldados que corrían por los pasillos. Los camaradas socialistas estaban en pie, la rabia en sus ojos, y parecían dispuestos a cualquier

violencia.

Entonces fue cuando Ernest se irguió y moviendo sus brazos llamó a la calma.

—¡Atentos, es un complot, lo tenían preparado. No os mováis o acabarán con vosotros! —gritó a sus compañeros.

A continuación volvió a agacharse lentamente y los soldados llegaron hasta él. Enseguida comenzó el resto de soldados a desalojar a los espectadores de las galerías y ya no pude ver nada más.

Aunque era mi marido, no me permitieron verlo. En cuanto dije quién era, me detuvieron, al igual que sucedió con todos los demás congresistas socialistas de la Cámara, incluido el pobre Simpson, que se encontraba postrado en la cama de su hotel, enfermo de tifus.

El juicio se celebró muy pronto y fue muy rápido. Los hombres estaban sentenciados de antemano. La sorpresa fue que no ejecutaran a Ernest. La oligarquía cometió un error garrafal, un fallo que le resultaría muy costoso. Pero la oligarquía se sentía muy segura de sí misma en aquellos días. Estaba inmersa en una borrachera de éxitos y no podía ni de lejos llegar a imaginar que un puñado de héroes llegara a sacudir sus cimientos. Mañana, cuando estalle la gran revolución, y resuenen por todas partes los pasos firmes de millones de hombres y mujeres, la oligarquía se dará cuenta, demasiado tarde para ella, de cómo había crecido aquella banda de héroes[92].

Como revolucionaria, como una de las que conoció íntimamente los deseos y las precauciones de los revolucionarios, puedo asegurar mejor que nadie lo que sucedió en el Congreso aquel día. Y no me cabe ninguna duda de que los socialistas, tanto los que estaban en la Cámara como el resto de ellos, no tuvieron nada que ver con la explosión de aquella bomba. No sabemos quién la puso, pero desde luego no fueron los socialistas. Todo apunta, aunque no tengamos ninguna prueba, a que se trató de una provocación del Talón de Hierro. Sabemos, eso sí, que los agentes secretos habían prevenido al presidente de que los congresistas socialistas estaban ejercitando tácticas terroristas y de que aquel día —el día de la explosión— iban a cometer un atentado, y que ésa era la razón de haber apostado tropas en los aledaños. Puesto que no sabíamos nada sobre la bomba, pero la bomba explotó; y puesto que las autoridades sabían de antemano que iba a explotar, la conclusión es que el Talón de Hierro estaba al corriente; que fueron sus hombres los que planearon y llevaron a cabo el atentado, con el propósito de cargarlo sobre nuestras espaldas y precipitar, así, nuestra destrucción.

La noticia se transmitió desde el presidente hasta el último de los servidores de la librea escarlata. Ya sabían todos ellos, mientras Ernest hablaba, que un acto violento iba a suceder en la Cámara. Y sinceramente, consideramos que todos creyeron que había sido obra de los socialistas. En el juicio, y todavía plenamente convencidos, testificaron haber visto cómo Ernest preparaba la bomba, que por alguna razón explotó antes de tiempo. Naturalmente no habían visto nada de eso, pero sus mentes enfebrecidas lo imaginaron todo.

Como Ernest argumentó en el juicio:

—En qué cabeza humana cabe que yo fuera a arrojar una bomba. Si lo hubiera planeado no habría utilizado un cohete de feria como ése. Apenas contenía pólvora. Provocó mucho humo, pero no hirió a nadie excepto a mí. Explotó justo a mis pies, pero no me mató. Créanme, cuando decida tirar bombas, causaré más daños. Habrá algo más que humo en mis petardos.

La respuesta de los acusadores fue que la debilidad del artefacto se debió a la torpeza de los socialistas, y que la causa de su explosión prematura fue el estado nervioso de Ernest, que hizo que cayera la bomba al suelo. Para reforzar ese argumento, algunos congresistas aseguraron haber visto a Ernest con la bomba entre sus manos y cómo se le escurrió y cayó.

Ninguno de nosotros sabe cómo se lanzó la bomba. Ernest me dijo que en el instante anterior a la explosión oyó y vio cómo caía a sus pies. Fue su testimonio ante el tribunal, pero nadie lo creyó. Todo estaba, tal como se dice vulgarmente, «totalmente cocinado». El Talón de Hierro había decido eliminarnos y no iba a cejar en su empeño.

Dice la sabiduría popular que la verdad siempre acaba saliendo a flote, pero comienzo a dudar de ese dicho. Han transcurrido diecinueve años y, a pesar de todos nuestros esfuerzos, no hemos conseguido averiguar quién arrojó la bomba. Fue, sin duda, un esbirro del Talón de Hierro, pero nadie pudo advertir su acción. No hemos tenido nunca la menor pista sobre su identidad, y ya hoy no queda más de aquel suceso que incluirlo entre uno de los misterios de la Historia[93].

Capítulo 18

A la sombra de Sonoma

Poco hay que decir sobre mi vida en ese periodo. Pasé seis meses en prisión aunque no llegaran a acusarme de nada. Yo era una *sospechosa*, un término que infundía temor, tal como los compañeros llegaron pronto a conocer. Lo más importante fue que nuestro incipiente movimiento secreto comenzó a actuar. Al cabo de mi segundo mes en la cárcel, uno de los guardianes se mostró ante mí como un revolucionario captado por la organización. Semanas más tarde, Joseph Parkhurst, el recién nombrado médico de la prisión, también se acercó a mí como miembro de uno de los grupos de combate.

Fue así como, penetrando en la organización de la oligarquía, conseguimos comenzar a tejer nuestra propia tela de araña. Y lo más importante fue conseguir que los valientes compañeros enmascarados con la librea del Talón de Hierro estuvieran en contacto con los camaradas encarcelados. Una muestra de ello es que aunque Ernest estaba preso a tres mil millas de mí, manteníamos una comunicación constante; nuestras cartas iban y venían con regularidad.

Los líderes encarcelados y los que se movían fuera podían coordinar las campañas sin grandes problemas. Hubiera sido incluso posible que, al cabo de un par de meses, algunos de ellos hubieran podido escapar, pero dado que la prisión no suponía un cese de las actividades, se decidió que el acto podía resultar demasiado prematuro. Estaban presos cincuenta y dos congresistas y varios cientos de otros líderes obreros. El plan era que todos pudieran liberarse a la vez, porque si sólo lo hiciera una parte, la oligarquía podía endurecer las condiciones de los que permanecieran encerrados. Por otra parte no se nos escapaba que el impacto psicológico que derivaría de una huida de presos simultánea a lo largo del país, mostraría nuestra fuerza y aumentaría la confianza de la gente.

Cuando al cabo de seis meses salí de la cárcel, acordamos que yo pasaría a la clandestinidad para preparar un escondite seguro para Ernest. No me resultó fácil librarme de los sabuesos del Talón de Hierro, cuyos pasos oía constantemente detrás de mí. Conseguimos que perdieran mi pista, y una vez libre de movimientos, pude llegar a California. Fue muy cómico el procedimiento que empleamos. Se estaba imponiendo ya en todo el país el modelo ruso del pasaporte, y no me atrevía a atravesar el continente por si me reconocían. No podía arriesgarme porque si no me movía de absoluto incógnito y me localizaban no podría juntarme otra vez con Ernest, ya que siguiendo mi rastro, enseguida lo volverían a detener. Por lo tanto, no podía viajar de costa a costa disfrazada de proletaria. Sólo quedaba hacerlo disfrazada de miembro de la oligarquía. La crema de la oligarquía la componían unos pocos, pero eran miríadas los que la secundaban y muchos más los que le servían. Digamos

que entre los segundos se encontraba gente como el señor Wickson, que sólo poseía algunos millones. Las esposas y las hijas de estos oligarcas menores eran legión, así que decidí viajar caracterizada como una de ellas. Pocos años después, esto hubiera resultado imposible porque perfeccionaron el sistema del pasaporte hasta el punto de que ningún hombre, mujer o niño del país quedó sin registrar y sin que el Talón pudiera conocer en todo momento sus movimientos.

Cuando llegó el momento, consiguieron librarme de mis espías. Una hora más tarde, Avis Everhard se convirtió en Felice van Verdighan, que acompañada por dos sirvientas y una tercera para cuidar del perrito faldero[94], subió a un vagón Pullman[95], que minutos después rodaba hacia el Oeste.

De las tres sirvientas que me acompañaban, dos eran miembros de los Grupos de Combate; la tercera, Grace Holbrook, la que cuidaba al perrito, entró en él al año siguiente. El Talón de Hierro la ejecutó seis meses más tarde. De las otras dos, una, Bertha Stole, desapareció doce años después, mientras que Anna Roylston vive todavía y juega un papel importante dentro de la revolución[96].

Así pudimos cruzar los Estados Unidos sin ningún percance hasta llegar a California. Nada más parar el tren en la estación de la calle Sesenta y seis, desapareció de mi vida para siempre Felice van Verdighan junto con las dos sirvientas y el perrito faldero y su cuidadora. Las tres mujeres, ayudadas por camaradas de confianza, consiguieron evaporarse. Otros compañeros se hicieron cargo de mí. Al cabo de media hora de haber bajado del tren, me encontraba a bordo de una barquita pesquera en las aguas de la bahía de San Francisco. Soplaban vientos racheados y navegamos con un rumbo constantemente corregido gran parte de la noche. En cuanto pude ver las luces de Alcatraz, donde tenían preso a Ernest, mi alma se animó pensando en lo cerca que me sentía ahora de él. Al alba, los remos de los pescadores me llevaron hasta las islas Marin. Allí permanecimos escondidos todo el día. Al llegar la noche, llevados mansamente por la corriente y por un viento fresco, conseguimos cruzar en dos horas la bahía de San Pablo y partir enseguida hacia Petaluma Creek.

Allí nos esperaba un camarada con los caballos preparados, e inmediatamente nos pusimos a cabalgar bajo la luz de las estrellas. Al norte aparecían vagamente las montañas de Sonoma, hacia donde nos dirigíamos. Dejamos a la derecha el viejo pueblo de Sonoma y atravesamos un cañón bordeado por dos grandes masas rocosas. El camino rural para el tránsito de carros se convirtió en camino forestal, y éste acabó siendo una vereda para animales que conducía montaña arriba hasta los pastizales. Seguimos subiendo hasta la cima de Sonoma. Era el camino más seguro; no encontramos a nadie a lo largo del mismo.

Llegó la aurora cuando coronábamos la cima norte y comenzamos a descender bajo la luz gris del amanecer entre los chaparrales[97] hasta llegar a los profundos cañones cubiertos de secuoyas, que conservaban todavía el calor y el aliento en el fin del verano. Era el viejo paisaje que yo tan bien conocía y amaba, así que me convertí

en la guía de la expedición. El escondite era mío, lo había elegido yo. Abrimos una verja de troncos y cruzamos una de las praderas de las tierras altas. Una pequeña subida por un terreno cubierto de robles nos llevó a bajar nuevamente hasta una praderita y a volver a ascender, ahora entre madroños y manzanitas[98] de un rojo profundo. A medida que ascendíamos, comenzamos a recibir los primeros rayos de sol en la espalda. Una bandada de codornices surgió volando de entre los matorrales y una liebre se cruzó en nuestro camino saltando suave y silenciosamente como un corzo. Y también un ciervo, un macho de gran cornamenta, en cuyo cuello y espalda el sol ponía destellos rojos y dorados, que saltó delante de nosotros, subió la cuesta y desapareció detrás. Seguimos un poco por donde había huido el ciervo y luego bajamos por una senda en zigzag que el animal había desdeñado. Llegamos hasta un bosquecillo de secuoyas que rodeaban un estanque oscurecido por los minerales que el agua arrastraba por la ladera de la montaña. Yo conocía cada pulgada del camino. El rancho perteneció a un escritor amigo mío que también se unió a la revolución y tuvo peor suerte que yo. Desapareció y nunca supo nadie cómo ni dónde lo mataron. Sólo él, cuando vivía, conocía el secreto del escondite adonde ahora me dirigía. Compró la hacienda porque le pareció un lugar encantador, y pagó un precio alto por ella, para escándalo de los agricultores de la zona. Solía contarme cómo meneaban la cabeza con pesar cuando recordaban el precio y hacían un rápido cálculo aritmético para acabar diciéndole: «No vas a sacar aquí ni el seis por ciento de lo que has pagado».

Pero ahora había muerto y sus hijos no pudieron heredar el rancho. Podía pertenecer a cualquiera, pero héteme aquí que el propietario ahora era el señor Wickson. Cierto es que este oligarca menor se había adueñado de todas las laderas del este y del norte de las montañas Tacoma, desde los Spreckels hasta la divisoria de Bennet Valley. Lo había convertido en un inmenso parque de ciervos, donde a lo largo de hectáreas y hectáreas, cubiertas de hierba y salpicadas de lomas y cañones, los animales vivían en total libertad. Había expulsado a los antiguos moradores, e incluso había demolido un antiguo asilo estatal para minusválidos mentales con el fin de ampliar el espacio para los ciervos.

Para colmo, el pabellón de caza de Wickson se encontraba apenas a medio kilómetro de mi escondite; pero esto, en lugar de suponer un peligro, contribuía a hacerlo más seguro. Viviríamos bajo la protección de uno de los oligarcas menores. No cabían sospechas en ese lugar; el último lugar en donde a los espías del Talón de Hierro se les ocurriría buscarnos a mí y a Ernest, cuando se reuniera conmigo, sería el parque de los ciervos de Wickson.

Atamos los caballos entre las secuoyas, cerca del estanque. Mi compañero fue hasta el tronco hueco de un gigantesco árbol muerto y extrajo gran cantidad de víveres y pertrechos: un saco de veinte kilos de harina, latas de comida de todo tipo, utensilios de cocina, mantas, una tienda de lona impermeable, libros y material de escritura, un gran paquete de cartas, bidones de cinco galones de queroseno y lo

último, pero más importante, un rollo grande de cuerda resistente. Era tan grande el cargamento que tuvimos que hacer varios viajes hasta llevarlo todo al refugio.

Pero afortunadamente el escondite estaba cerca. Cogí la cuerda y marché delante de mi compañero. Cruzamos entre una maraña de zarzas y arbustos en un llano flanqueado por dos pequeños montículos; el llano acababa bruscamente en la elevada orilla de un río. Era un riachuelo que bajaba crecido en primavera, pero que no se secaba ni en el verano más caluroso. El pequeño valle que formó el río estaba flanqueado por dos altos contrafuertes cubiertos de árboles; parecía como si lo hubiera arrojado allí un poderoso titán no demasiado cuidadoso con respecto a dónde los ponía. No los sustentaba una base rocosa, pero se erguían centenares de pies, y estaban formados por arena volcánica, la famosa tierra vinícola de Sonoma. Sobre esos montículos había montado el riachuelo el profundo canal.

No fue demasiado fácil bajar hasta el lecho del río; una vez allí recorrimos unos veinte metros siguiendo su curso, y así llegamos a la gran hoya. No había la menor señal que advirtiera de esa cavidad, ni cabía, en propiedad, llamarla así. Tras haberse zambullido uno en la maraña de zarzas y enramadas, acababa sacando la cabeza en el mismo borde y admirando arriba y abajo el escenario. Cincuenta metros de ancho, otros tantos de largo y la mitad de esa medida de profundidad. Debió de ocurrir posiblemente algún fallo geológico cuando se formaron los montículos a lo largo del río, y lo más probable es que la erosión a lo largo de los siglos hubiera hecho el resto. La tierra no aparecía por ninguna parte, todo era una vegetación lujuriosa, desde los minúsculos culantrillos hasta los helechos de envés dorado; desde las imponentes secuoyas hasta los abetos de Douglas. Estos árboles enormes brotaban de las paredes de la gran hoya; algunos tenían una inclinación de cuarenta y cinco grados, aunque la mayoría crecían erectos, paralelos a las superficies de esos taludes.

Era un escondite perfecto. Nunca llegó nadie hasta ese sitio, ni siquiera los muchachos de Glen Ellen. Si la hoya hubiera estado en el lecho del río, una milla o varias más allá, hubiera sido bien conocido, pero esto no era un cañón. Desde su comienzo hasta el final, la longitud del arroyo era sólo de unos quinientos metros. El arroyo nacía trescientos metros más arriba de la hoya, de una fuente en el borde de una pradera plana.

Cien metros más allá de la hoya, el arroyo desembocaba en campo abierto, y se juntaba con el río principal que discurría a través de las llanuras cubiertas de hierba.

Mi compañero anudó la cuerda alrededor de un árbol, y con el otro extremo alrededor de mí, bajé en un momento hasta el lecho del río. Enseguida consiguió hacerme llegar todos los alimentos y utensilios que había sacado del escondite del árbol. Por último recogió la cuerda y la escondió antes de desearme suerte y partir.

Antes de continuar, quiero decir algo sobre mi compañero, John Carlson, una figura sencilla de la revolución, uno más entre los miembros leales en sus filas. Trabajaba para Wickson en los establos, cerca del pabellón de caza. De hecho fue en uno de los caballos de Wickson en el que cabalgué por la montaña de Sonoma. John

Carlson ha estado custodiando el refugio durante casi veinte años. Estoy segura de que en ningún momento en todo ese tiempo ha pasado por su cabeza el menor pensamiento desleal. La idea de la traición hubiera sido un sueño indeseable para su imaginación. Era un individuo flemático de gesto impasible, y yo me preguntaba qué significado podía tener para él la revolución. Era el amor a la libertad lo que animaba y fortalecía su espíritu sombrío; incluso era bueno que no fuera imaginativo o fantasioso. Nunca lo abandonaba el sentido común. No era curioso ni charlatán. Una vez le pregunté por qué se había unido a la revolución.

—Cuando yo era joven, fui soldado —me respondió—. Fue en Alemania. Allí todos los hombres jóvenes tenían que servir al ejército; así que fui a parar al ejército. En el cuartel me encontré con otro soldado, también muy joven. Su padre era lo que podíamos llamar un agitador, y lo encarcelaron acusándolo de un crimen de lesa majestad, o sea, por decir las verdades en contra del káiser. Y el joven soldado habló mucho conmigo acerca de las gentes, del trabajo y de la explotación de los trabajadores por parte de los capitalistas. Me hizo ver las cosas de forma distinta, y me hice socialista. Su discurso era serio y veraz y nunca lo he olvidado. Cuando llegué a este país me uní a los socialistas y me encuadré dentro de una sección —eso fue en los días del SLP[99]; cuando se produjo la escisión me uní al SP. Antes del terremoto, trabajaba en una caballeriza en San Francisco. He pagado mis cuotas al partido durante veinte años. Todavía estoy afiliado y sigo pagándolas, aunque ahora en secreto, y seguiré pagándolas hasta que llegue la Cooperativa del Bienestar; y entonces me sentiré muy feliz.

Abandonada a mi destino, comencé a prepararme una comida en la cocinilla de petróleo y a acondicionar mi nuevo hogar. A menudo, al amanecer y después de anochecer, Carlson se deslizaba hasta el refugio y trabajaba en él durante un par de horas. Al principio vivía yo bajo la lona impermeable, después levantamos la tienda, y ya, cuando estuvimos totalmente convencidos de la seguridad del lugar, levantamos una pequeña casamata, totalmente resguardada de la mirada de cualquiera que hubiera podido asomarse al borde la hoya. La exuberante vegetación del lugar constituía una pantalla impenetrable para la vista. Por otra parte diré que habíamos levantado la casita horadando el muro de tierra y, reforzándola con sólidos maderos, excavamos hasta construir dos habitaciones secas y ventiladas. Podéis creerme que aquello resultaba incluso confortable. Cuando el terrorista alemán Biedenbach vino a esconderse allí, construyó un artilugio tragahúmos que nos permitió sentarnos alrededor de un fuego crepitante en las noches de invierno.

Y debo aquí señalar algo en defensa de ese terrorista de alma inmensa que ha sido el menos comprendido entre todos los camaradas de la revolución. El camarada Biedenbach jamás traicionó la causa. No lo ejecutaron los camaradas como se ha venido diciendo en algunos de nuestros círculos. Fue la oligarquía la que difundió esa falsedad. Lo que sucedió es que Biedenbach era un individuo despistado, olvidadizo y le disparó uno de nuestros centinelas en el refugio subterráneo de Carmel cuando

olvidó el santo y seña que debía darle al guardián. Fue un trágico error, y todo acerca de su traición a los grupos es absolutamente falso. No hay un camarada que haya luchado de forma más leal que él en favor de la causa[100].

Hace ya diecinueve años que unos u otros camaradas han ocupado el refugio, y a pesar de que se encuentra sólo a cuatrocientos metros del pabellón de caza de Wickson, y a poco más de un kilómetro del pueblo de Glen Ellen, en todo ese tiempo sólo una vez fue descubierto por un extraño. Yo era capaz de oír cada mañana y cada tarde la llegada y la partida de los trenes, y solía poner mi reloj en hora con el sonido de la sirena de la fábrica de ladrillos[101].

Capítulo 19

Transformación

«Tienes que transformarte —me escribió Ernest—. Tienes que convertirte en otra persona; en otra mujer; y no simplemente cambiar tu vestimenta, sino toda tú. Tienes que transformarte hasta el punto de que ni yo pueda reconocer tu voz ni tus gestos, ni ninguna otra peculiaridad de tu personalidad, de tus modales, de tu forma de andar; tienes que cambiar toda tú».

Obedecí la orden. Practicaba cada día tratando de enterrar para siempre a la vieja Avis Everhard en la piel de otra mujer, a la que pudiera llamar mi otro yo. Sólo al cabo de mucho practicar empecé a ver los frutos del esfuerzo. Simplemente conseguir un cambio de entonación supuso muchas horas de entrenamiento; pero conseguí hablar con una voz poco modulada, automática. Era la asunción ciega de un papel imperativo, el esfuerzo para manejar la nueva personalidad hasta conseguir el autoengaño. Era como aprender otro idioma, el francés por ejemplo. Al principio, uno tiene conciencia de estar hablando algo artificial en un esfuerzo de la voluntad. El estudiante piensa primero en inglés y luego traduce la idea al francés; o bien lee en francés y la traduce mentalmente al inglés para llegar a comprenderla. Todo ello hasta que habiendo adquirido una base firme consigue leer, escribir y *pensar* en francés, sin tener que recurrir para nada al inglés.

Así ocurría con nuestros disfraces. Fue necesaria una dura práctica, un gran esfuerzo de la voluntad, hasta que conseguimos asumir plenamente los nuevos papeles; hasta que nos sentimos plenamente integrados en ellos. Naturalmente, al principio ensayábamos y corregíamos; descubríamos nuestros fallos sobre la marcha y los enmendábamos. Estábamos descubriendo una nueva arte. Todos colaborábamos en su creación hasta conseguir un gran bagaje de experiencia y recursos. Forjamos así una especie de manual, que transmitíamos a los compañeros para que aprendieran bien esa asignatura de la escuela de la revolución[102].

Fue por entonces cuando mi padre desapareció. Nos carteábamos regularmente y bruscamente dejaron de llegarme sus cartas. Nunca más volvieron a verlo en nuestro barrio de Pell Street. Los camaradas lo buscaron por todas partes; nuestros servicios secretos rastrearon las prisiones del país, pero parecía como si se lo hubiera tragado la tierra, y aún hoy no ha habido la menor pista sobre su desaparición[103].

Permanecí seis meses aislada en mi refugio, pero no fue un tiempo improductivo. Nuestra organización no cesaba ni un momento en sus actividades y siempre había un montón de trabajo esperando. Ernest y sus compañeros decidían desde sus prisiones lo que había que hacer, y nosotros desde el exterior teníamos que cumplir esas tareas. Estaba, por un lado, la transmisión de propaganda boca a boca; la organización, con toda la complejidad del sistema de espionaje; el establecimiento de nuestro sistema

de imprenta; y, muy importante, el sistema subterráneo de comunicaciones, que significaba controlar nuestra vasta red de refugios, así como la creación de otros a lo largo del país.

Tal como digo, resultaba arduo acabar el trabajo de cada día. Al cabo de esos seis meses se quebró mi soledad con la llegada de dos camaradas; dos muchachas combativas y apasionadas amantes de la libertad. Una era Lora Peterson, que desapareció al cabo de un tiempo, justo en 1922; la otra, Kate Bierce, que se casó después con Du Bois[104], y que permanece aún en nuestra memoria con sus ojos alzados hacia el sol como anunciando la llegada de la nueva era.

Las dos muchachas llegaron envueltas en el frenesí del peligro y de una muerte acechante. Entre la tripulación de la barca de pescadores que las conducía a través de la bahía de San Pablo había un espía, un sicario del Talón de Hierro que había conseguido introducirse en la organización como un revolucionario y que había penetrado profundamente en los entresijos de nuestra red. Sin duda venía buscando mi rastro; sabíamos desde hacía tiempo que mi desaparición había causado mucha preocupación a los servicios secretos de la oligarquía. Afortunadamente, como pudo comprobarse después, no pudo contarle a nadie sus descubrimientos. Evidentemente había postergado comunicarlos hasta concluir su acción, es decir, descubrir mi escondite y llevarme presa. La información que consiguiera se la llevó a la tumba. Poniendo algún pretexto, y una vez que las chicas habían desembarcado en Petaluma Creek y llegado hasta los caballos, saltó a tierra y se alejó de la barca.

Rumbo a las montañas de Sonoma, John Carlson dejó ir delante a los caballos de las dos muchachas mientras él las seguía a pie. Sus sospechas lo llevaron a capturar al espía. Sobre su destino, Carlson sólo nos dijo alguna vaguedad.

«Acabé con él» fue la lacónica expresión que empleó Carlson. «Acabé con él», repitió, mientras una ligera chispa aparecía en sus ojos y abría y cerraba sus endurecidas manazas en un gesto elocuente. «No hizo ningún ruido, volveré esta noche y lo enterraré donde nadie lo descubra».

Durante ese periodo me maravillaba a veces mi metamorfosis; que hubiera vivido tantos años la placidez de una estudiante universitaria y que ahora viviese como una revolucionaria en medio de ese clima de violencia y de muerte. Una de las dos Avis no es real, pensaba, una de ellas es simplemente un sueño, ¿pero cuál de las dos? ¿Era esta vida, la de una revolucionaria encerrada en un agujero, simplemente una pesadilla?, ¿o acaso era yo una revolucionaria que de alguna forma y en algún lugar hubiera soñado haber vivido otra existencia en Berkeley, sin conocer nada más violento que las reuniones, las fiestas, las conferencias y los debates que les seguían, y aquellas clases magistrales? Pero mi conclusión era que lo mismo deberían imaginar todos los que habían decido marchar bajo la bandera de la Hermandad del Hombre.

A menudo recordaba a gentes de la otra existencia, que curiosamente aparecían y desaparecían de vez en cuando en mi nueva vida. Me acordaba del obispo

Morehouse. Tratamos en vano de que la organización llegara hasta él. Lo transferían de manicomio en manicomio. Supimos que desde el asilo de Napa lo habían llevado al de Stockton, y desde allí a otro en el valle de Santa Clara, a un lugar llamado Agnews. Allí perdimos la pista, sin que hubiera habido ninguna noticia de su muerte. Probablemente habría escapado de alguna forma. No podía imaginar entonces el horrible estado en que volvimos a encontrarlo, su mirada fugaz en el torbellino de la matanza de la Comuna de Chicago.

Tampoco volví a ver a Jackson, el hombre que perdió el brazo en Hilaturas Sierra y que fue causa primordial en mi conversión revolucionaria. Sólo supe algo de lo que hizo antes de morir, nunca se unió a los revolucionarios; en lugar de eso, amargado por sus desgracias y por las injusticias sufridas, se convirtió en un anarquista; no en un convencido de las teorías anarquistas, sino simplemente en un animal lleno de odio y sediento de venganza; ¡y bien que se vengó!; burlando a los vigilantes, se deslizó por la noche, cuando todos los demás dormían, y voló el palacio de Pertonwaithe, reduciéndolo a escombros. No escapó ni un alma, ni siquiera los vigilantes. Ya en la prisión, mientras aguardaba el juicio, se asfixió él mismo utilizando unas mantas.

El doctor Hammerfield y el doctor Billingford tuvieron un destino muy diferente al de Jackson. Por haberse mantenido consecuentes con sus creencias y actuar como apologistas de la oligarquía, los recompensaron con sendos palacios episcopales, donde moraron en la paz y gracia de Dios. Los dos se pusieron tremendamente gordos, y como una vez dijo Ernest: «No sólo ha conseguido el doctor Hammerfield retorcer su metafísica para que alcance a santificar al Talón de Hierro, sino que también, en un acto de adoración de su estética, ha reducido a un espectro invisible el vertebrado gaseoso que describió Haeckel; la diferencia entre el doctor Hammerfield y el doctor Ballingford reside únicamente en que el último ha convertido al dios de los oligarcas en algo un poco más gaseoso y un poco menos vertebrado».

Lo sucedido con Peter Donnelly, el capataz esquirol de Hilaturas Sierra al que encontré cuando investigaba el caso de Jackson, fue una sorpresa para todos. En 1918 asistí a una reunión de los «Rojos de San Francisco», y pude observar con satisfacción que se había convertido en uno de los miembros más ardoroso, combativo y despiadado de los Grupos de Combate. Su grupo no formaba parte de nuestra organización; lo componía un conjunto de fanáticos enloquecidos. No queríamos fomentar ese espíritu, pero aunque no pertenecían a nuestro grupo, manteníamos buenas relaciones con ellos. Fue un asunto vital lo que me llevó a acudir a esa reunión aquella noche. Sola, en medio de un montón de hombres, era yo la única persona sin disfraz. Cuando acabé con el asunto que me había llevado allí, me dejé conducir por uno de los asistentes. En la oscuridad de uno de aquellos pasadizos, mi guía encendió una cerilla y la arrimó a su cara, y al quitarse la máscara me encontré con las duras facciones de Peter Donnelly. Enseguida apagó la cerilla.

—Sólo quería que supieras que era yo —dijo en la oscuridad, y reconocí

inmediatamente aquella forma de hablar tan peculiar, cortando las palabras—. ¿Te acuerdas de Dallas, el jefe de la planta?

Asentí con la cabeza recordando la cara de zorro de aquel jefe de Hilaturas Sierra.

—Me lo cargué —dijo con orgullo—. Fue después de unirme a los Rojos.

—Pero ¿qué pasó para que estés aquí? —pregunté—. ¿Tenías mujer e hijos?

—Murieron todos —respondió—. Ésa es la razón. No estoy aquí para vengar su muerte. Murieron en sus camas de alguna enfermedad, uno detrás de otro. Eran ellos los que me impedían actuar como hubiera debido, pero ahora están muertos y puedo hacerlo. Estoy haciéndome perdonar mi pasado. Una vez fui Peter Donnelly, el capataz esquirol, esta noche soy el número veintisiete de los Rojos de San Francisco. Ahora, vamos, que te voy a sacar de aquí.

Al cabo de un tiempo volví a saber de él. Era cierto que pensaba que todos sus hijos habían muerto, pero quedaba uno vivo, Timothy, al que su padre consideraba muerto por haberse encuadrado en los Mercenarios[105] del Talón de Hierro. Los miembros de los Rojos de San Francisco se comprometían a ejecutar a doce enemigos al año. El incumplimiento de esa promesa suponía condena de muerte para el miembro que fallara, que quedaba obligado al suicidio. Las ejecuciones no eran arbitrarias. Este grupo de hombres enloquecidos se reunían con asiduidad y celebraban una serie de juicios contra los miembros que traicionaran la causa y contra los servidores de la oligarquía. Se echaba a suertes quién ejecutaba las sentencias.

De hecho, el motivo que me había llevado allí aquella noche fue uno de esos juicios. A uno de nuestros camaradas, que había trabajado durante algunos años para la causa infiltrado en la oficina local de los servicios secretos del Talón de Hierro, lo habían denunciado los Rojos de San Francisco, e iban a juzgarlo. Naturalmente, ni él estaba presente en el juicio ni sus juzgadores sabían que se trataba de uno de nuestros hombres. Mi misión consistía en testificar sobre su identidad y su grado de lealtad. Nos enteramos del asunto porque uno de nuestros agentes secretos era un miembro de los Rojos de San Francisco, y para nosotros era vital no perder nunca de vista ni a los amigos ni a los enemigos, y este grupo de exaltados era demasiado importante como para no vigilarlos de cerca.

Pero volviendo a lo de Peter Donnelly y su hijo, diré que todo marchaba bien con Donnelly hasta que al año siguiente de mi encuentro, un día, al entregarle la lista de sentenciados que había de ejecutar, encontró el nombre de Timothy Donnelly. Fue entonces cuando se reavivaron sus antiguos sentimientos sobre los lazos familiares, se impusieron con firmeza en su conciencia y acabó traicionando a sus camaradas. Aunque se consiguieron contrarrestar en parte los efectos de su traición, doce hombres del grupo de los Rojos fueron ejecutados, y el grupo quedo casi desarticulado. Como represalia, los supervivientes acabaron con él.

Tampoco Timothy consiguió sobrevivir mucho más tiempo. Los Rojos de San Francisco se conjuraron para ejecutarlo. A pesar de los esfuerzos de la oligarquía para ponerlo a buen recaudo, trasladándolo de un lado a otro del país, los Rojos

consiguieron encontrarlo. Tres miembros de los Rojos perdieron la vida en el empeño, y a pesar de que el grupo sólo lo componían hombres, fue una mujer quien lo encontró, una de nuestras camaradas, que no era otra que Anna Roylston. Nuestro comité directivo trató de impedir su actuación en el caso, pero ella tenía sus propios criterios y desdeñaba la disciplina. Sucedía que todos apreciábamos su carácter y sus genialidades y no había forma de someterla a ningún control. Pertenecía a una clase de individuos que no coincidía con los estándares de la mayoría de los revolucionarios.

A pesar de nuestra oposición a que llevara a cabo la misión, ella hizo caso omiso. Anna Roylston era una mujer fascinante, capaz de atraer a cualquier hombre. Partió el corazón de muchos de nuestros camaradas jóvenes, y también el de otros hombres, a los que su encanto acabó captando para la causa. Sin embargo, se negaba firmemente a casarse. Amaba apasionadamente a los niños, pero sostenía que un niño propio la apartaría de la causa, misión a la que había dedicado su vida.

Fue tarea fácil para Anna hacerse con Timothy Donnelly. No tuvo el menor cargo de conciencia porque su acción coincidió con la masacre de Nashville, donde los mercenarios, comandados por Donnelly, acabaron literalmente con ochocientos trabajadores de la industria textil. Pero no fue ella quien mató a Donnelly, sino que lo entregó prisionero a los Rojos de San Francisco. Esto sucedió el año pasado, y ahora la llaman la «Virgen Roja[106]».

El coronel Ingram y el coronel Van Gilbert son dos personajes familiares con los que me volví a encontrar. El coronel Ingram medró mucho dentro de la oligarquía y lo nombraron embajador en Alemania. Lo odiaban tanto los trabajadores de nuestro país como los de la nación germana. Fue en Berlín donde lo encontré cuando, asignada como una acreditada espía del Talón de Hierro, me recibió y me proporcionó toda su asistencia. Debo decir que en mi doble papel de espía manejaba importantes asuntos para la revolución.

Al coronel Van Gilbert se lo conocía como Van Gilbert, *el Gruñidos*; una de sus principales funciones fue la redacción previa de un nuevo código después de lo de la Comuna de Chicago, pero antes de eso celebramos un juicio en el que se lo sentenció a muerte por su malicia y crueldad. Yo asistí personalmente a ese juicio y estuve de acuerdo con la sentencia. Anna Roylston se ocupó de ejecutarlo.

Hay otro personaje que me surge en el recuerdo de la otra vida, el abogado que llevó el caso de Jackson. Lo menos que esperaba era volver a verlo, tropezarme otra vez con Joseph Hurd. Fue un extraño encuentro. Una noche, después de la Comuna de Chicago, Ernest y yo, tras haber cruzado el lago desde Chicago, llegamos al refugio de Benton Harbour, en Míchigan. Fue justo al final de un juicio contra un espía. Se dictó sentencia de muerte y se llevaron al reo. Fue una escena terrible. Consiguió librarse por un momento de sus captores y se arrojó a mis pies rodeando mis piernas en un abrazo frenético mientras imploraba clemencia. Lo reconocí en cuanto alzó su rostro desencajado hacia mí; era Joseph Hurd. De todas las situaciones

que yo había vivido en los últimos tiempos, creo que nunca me había sentido tan afectada como por la explosión frenética de ese individuo que suplicaba por su vida. Resultaba patético su miedo a perderla. Seguía aferrado a mis piernas a pesar de los esfuerzos de unos cuantos camaradas presentes, y cuando al final consiguieron llevárselo a rastras, caí al suelo desvanecida. Es mucho más fácil ver a un valiente enfrentarse a la muerte que a un cobarde implorar por su vida[107].

Capítulo 20

El oligarca perdido

Recordando mi antigua vida he anticipado otros sucesos de la nueva. La liberación masiva de los prisioneros no ocurrió hasta 1915. A pesar de las dificultades que implicaba una operación tan vasta y compleja, no hubo el menor fallo. El júbilo fue general y subió extraordinariamente la moral de los combatientes. En una sola noche, en todas las cárceles, prisiones militares, y fortalezas desde Cuba hasta California, conseguimos liberal a cincuenta y un congresistas y a más de trescientos líderes de los distintos grupos. No se cometió ni un error; no sólo consiguieron escapar, sino llegar todos a los refugios que ya estaban preparados. El único compañero congresista al que no pudimos salvar fue a Arthur Simpson, que había muerto torturado en la prisión de Cubañas.

Los dieciocho meses siguientes fueron quizá el periodo más feliz de mi vida con Ernest. No nos separamos ni un momento en ese tiempo. Más tarde, cuando nos reintegramos al mundo, permanecíamos más tiempo lejos el uno del otro. La impaciencia que sentía la noche en que iba a llegar Ernest sólo es comparable con la que siento ahora esperando el estallido de la rebelión de mañana. Hacía ya mucho tiempo que no lo veía, y el pensamiento de un posible fallo que imposibilitara su salida de la cárcel de la isla me hacía perder la cabeza. Las horas me parecían siglos en la soledad del refugio. Biedenbach y los otros tres jóvenes habían salido del refugio hacia la montaña fuertemente armados para cualquier contingencia. Imagino que todos los refugios de los camaradas se vaciaron esa noche para proteger la llegada de los fugitivos.

Apenas había aparecido la primera claridad del día cuando oí la señal convenida y respondí lo acordado. Casi abracé a Biedenbach, que fue el primero en bajar, pero inmediatamente detrás venía Ernest, que me estrechó entre sus brazos. Y en aquel momento descubrí que tan completa había sido mi transformación que sólo tras un esfuerzo de mi voluntad podía volver a ser la vieja Avis Everhard, con sus tics, su sonrisa, su tono de voz y su forma de expresarse. Sólo gracias a ese esfuerzo conseguí mostrar mi antigua identidad, pero un imperativo fuertemente interiorizado impedía que me permitiera olvidar por un momento mi nueva personalidad.

Una vez dentro de nuestro cuartito, vi la cara de Ernest bajo la luz. A excepción de la palidez por su encierro, no había cambiado casi nada. Era el mismo marido, el mismo amante, el mismo héroe. Sólo me pareció observar ciertos surcos ascéticos en su cara. Pero no le sentaban mal; al contrario, porque parecían dar cierto aire noble y refinado a su casi siempre rostro tenso; la consecuencia de la vida que llevaba. Me pareció un poco más serio, pero sus ojos conservaban el chispeo alegre de siempre. Había adelgazado diez kilos, pero conservaba la forma física porque había hecho

ejercicio durante todo el periodo de la cárcel; seguía teniendo músculos de acero. A decir verdad, estaba en mejor forma que cuando entró en Alcatraz. Pasaron horas antes de que pusiera la cabeza en la almohada y lo arrullara hasta que se durmió. Yo en cambio no pude pegar ojo; estaba demasiado feliz y no había sufrido la fatiga de la evasión y del viaje a caballo.

Mientras Ernest dormía me cambié de vestido y volví a peinarme de forma distinta para recuperar mi personalidad adquirida. Después, cuando Biedenbach y los otros dos camaradas despertaron, se me ocurrió prepararle a Ernest una sorpresa. Se levantó Ernest, y ya estaba todo listo en el cuartito de la cueva que hacía de cocina y de sala de estar. Entró, y Biedenbach me presentó como Mary; yo respondí a su saludo. Entonces miré a Ernest con gran curiosidad, como miraría arrobada una camarada joven a un héroe de la revolución. Ernest me lanzó otra mirada y enseguida empezó a examinar el resto de la habitación, como buscando a alguien: a mí. Me habían presentado a él como Mary Holmes.

Para mayor decepción de Ernest, había un plato de más en la mesa y una de las sillas estaba vacía. No podía contener mi alegría cuando sentí el desasosiego y la impaciencia de Ernest. Al final no aguantó más.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó bruscamente.

—Duerme todavía —le respondí.

Fue un momento crucial, pero noté enseguida que mi voz le sonaba extraña, nada familiar. Comenzamos a comer. Me mostré tan locuaz y entusiasmada como suelen comportarse las mujeres delante de sus héroes, y era evidente que Ernest me parecía un héroe. Aumenté mi entusiasmo y mi adoración por el héroe y antes de que Ernest pudiera evitarlo le abracé el cuello y lo besé en los labios. Me separó alargando sus brazos y se quedó mirándome con perplejidad y cierto fastidio. Los cuatro hombres prorrumpieron en carcajadas y todo empezó a aclararse. Al principio pareció no creerlos. Me miró fijamente y pareció que iba medio convenciéndose, pero al final sacudió la cabeza y dijo que no lo creía. No fue hasta que la vieja Avis Everhard comenzara a susurrarle viejos secretos en la oreja que me aceptara como su verdadera esposa.

Fue al final del día cuando, todavía azorado, me tomó en sus brazos y comenzó a manifestar sus intenciones polígamas.

—Eres mi Avis, pero eres también otra distinta. Hay dos mujeres en ti, y por lo tanto disfrutaré de un harén. Ahora parece que estamos a salvo, pero si un día los Estados Unidos se vuelven demasiado hostiles, tengo derechos que me permiten adquirir la nacionalidad turca[108].

Me sentía muy feliz en el refugio. Bien es verdad que trabajábamos mucho, durante muchas horas, pero estábamos juntos. Seguimos así durante dieciocho meses deliciosos, y nunca estuvimos solos, siempre había algún camarada que llegaba y se iba; voces extrañas del mundo clandestino de las intrigas y la revolución que nos traían historias que no conocíamos de la lucha que manteníamos en todos los frentes.

Lo pasábamos bien, no éramos unos conspiradores lúgubres encerrados en una cueva. Trabajábamos duro y sufríamos contratiempos, como el de cubrir las bajas que se producían en nuestras filas y poder, así, continuar la lucha. A pesar de toda la complejidad de esa vida, mientras afrontábamos tantas situaciones inesperadas, teníamos tiempo para reír y para amar.

Entre los revolucionarios había artistas, científicos, profesores, músicos y poetas; y en aquella cueva se podía encontrar más cultura que en los más altos y refinados palacios de los oligarcas. De hecho muchos de nuestros camaradas habían contribuido con su trabajo a la creación de esos palacios en las zonas más nobles de cada ciudad[109].

No siempre estábamos metidos en el refugio. A menudo salíamos de noche a dar paseos por la montaña y a hacer ejercicio. También montábamos en los caballos de Wickson. ¡Si él supiera la cantidad de revolucionarios que han montado en sus caballos! Hacíamos incluso meriendas campestres en lugares recónditos que conocíamos; salíamos antes del alba y volvíamos de noche. También disfrutábamos la crema de leche[110] de las vacas de Wickson, y Ernest era muy hábil disparando a los conejos y las codornices de Wickson, e incluso a los ciervos más pequeños.

Se trataba, sin duda, de un refugio seguro. He dicho antes que sólo una vez tuvimos la visita de un extraño, y esto me lleva a aclarar el misterio de la desaparición del joven Wickson. Ahora que está muerto, puedo hablar con libertad. Había un rincón en el fondo de la gran hoya donde llegaba a dar el sol durante varias horas al día y que no podía verse desde arriba. Habíamos acarreado mucha arena desde el lecho del río para hacer allí una playita soleada muy agradable para echarse a descansar. Una tarde estaba yo allí tumbada tratando de leer, ya medio dormida, un libro de Mendenhall[111]. Me sentía tan cómoda y segura que ni siquiera los versos encendidos del libro conseguían conmoverme.

De repente me despertó un terrón de arena que cayó a mis pies, oí a la vez una agitación en los matorrales y a continuación un joven, resbalando por la pared del refugio, apareció a mis pies. Era Philip Wickson, a quien no había conocido hasta entonces. No pareció inmutarse; me miró perplejo y lanzó un leve silbido de sorpresa.

—Bueno —dijo quitándose el sombrero—. Lo siento, no esperaba encontrar a nadie aquí.

Yo no compartía su tranquilidad. En aquellos tiempos aún no había adquirido la suficiente experiencia como para afrontar situaciones graves. Más tarde, cuando me convertí en una espía internacional, seguro que no hubiera reaccionado de una forma tan precipitada. Me puse en pie de un salto y lancé el silbido de alerta.

—¿Por qué hace eso? —preguntó, mirándome con detenimiento.

Pensé con alivio que era evidente que no tenía ni idea de nuestra existencia cuando se deslizó hasta allí.

—¿Por qué cree que lo he hecho? —respondí con el desconcierto que todavía me dominaba en aquellos tiempos.

—No lo sé —respondió, moviendo la cabeza—. A no ser que tenga algún amigo por aquí. En cualquier caso creo que necesito una explicación; no me gusta la pinta que tiene esto. No tiene ningún derecho a estar aquí; todos estos terrenos son de mi padre y…

Lo interrumpió Biedenbach, que con su habitual tono educado y gentil, musitó a sus espaldas: «Arriba esas manos, caballerete».

El joven Wickson levantó las manos, pero hasta que no se volvió hacia Biedenbach no pudo ver el rifle automático 30.30 frente a él. El joven no parecía inquieto.

—Oh, no —dijo—, un nido de revolucionarios, aunque más bien parece un nido de abejorros. Lo que sí os puedo decir es que no os vais a quedar aquí mucho tiempo.

—Quizá seas tú el que se quede aquí el tiempo suficiente para reconsiderar lo que acabas de decir —le respondió, tranquilo, Biedenbach—. De momento tengo que pedirte que entres ahí conmigo.

—¿Ahí dentro? —dijo el joven, con cierto asombro—. ¿Qué es lo que tienen ahí?, ¿unas catacumbas? Ya he oído hablar de eso.

—Entra y lo verás —respondió Biedenbach, siempre con su adorable tono.

—Pero esto es ilegal —protestó el joven.

—Sí, de acuerdo con tus leyes lo es —dijo enfático Biedenbach—, pero según las nuestras te aseguro que es perfectamente legal. Tienes que empezar a acostumbrarte al hecho de que estás en un mundo distinto al de opresión y brutalidad en el que has vivido hasta ahora.

—Todo eso es discutible —murmuró Wickson.

—Entonces quédate con nosotros y lo discutiremos.

El joven rió y entró en la casa acompañado de su guardián, que lo condujo a la habitación del fondo de la casa, donde quedó bajo la vigilancia de uno de los camaradas más jóvenes mientras nosotros discutíamos la situación en la cocina.

Biedenbach sostenía, con lágrimas en los ojos, que el joven tenía que morir, y se mostró muy aliviado cuando todos votamos en contra de esa horrible propuesta. Pero, por otra parte, no podíamos ni considerar la idea de liberar al joven oligarca.

—Diré lo que vamos a hacer —dijo Ernest—. Se quedará aquí y lo reeducaremos.

—Entonces tendré el privilegio de ilustrarlo en Derecho —dijo exultante Biedenbach.

Todos celebramos satisfechos la decisión. Mantendríamos prisionero a Philip Wickson y lo educaríamos de acuerdo con nuestra ética y nuestra filosofía. Pero, mientras, quedaba mucho trabajo por hacer. Debían borrarse todas las huellas del joven, sobre todo las marcas que hizo en la pared de la hoya cuando se deslizó hasta el fondo. La tarea le correspondió a Biedenbach, que colgado de una cuerda sujeta desde arriba pasó todo el día borrando los rastros. Igualmente se borraron a lo largo de todo el cañón, hasta el borde de la hoya. Al anochecer llegó John Carlson que le pidió a Wickson sus zapatos.

Al principio, el joven se negó a quitárselos, parecía dispuesto a pelear por ellos. Finalmente acabó cediendo ante la fuerza de las manos de herrador de Ernest. Nos contó Carlson, después, que tenía los pies llenos de ampollas y rozaduras porque los zapatos le estaban pequeños, pero a pesar de eso hizo un buen trabajo con ellos. A partir del borde desde el que el joven Wickson se deslizó hasta el fondo de la hoya, Carlson se puso los zapatos y marchó hacia la izquierda. Caminó millas y millas alrededor de los cerros y entre los riscos y los cañones hasta borrar finalmente el rastro dentro del agua del torrentillo. A partir de ese punto cambió los zapatos por los propios. Una semana después le devolvieron a Wickson sus zapatos.

Aquella noche, los criados de Wickson soltaron los perros y no se pudo dormir mucho en el refugio. Al día siguiente, se oían sin parar los aullidos a lo largo del cañón, seguían el rastro falso que Carlson había preparado para ellos. Más tarde dejaron de oírse los ladridos al dirigir la jauría a otros cañones más altos de la montaña. Todo ese tiempo estuvieron nuestros hombres esperando con las armas preparadas, revólveres automáticos y rifles, además de la docena de armas infernales que había fabricado Biedenbach. Habría que haber visto la sorpresa del equipo de rescate si se hubieran aventurado a bajar hasta nuestro escondite.

He dado a conocer ahora la verdad sobre la desaparición de Philip Wickson, antes oligarca y más tarde camarada de la revolución. Acabamos convirtiéndolo. Tenía una mente fresca y moldeable y unos firmes principios éticos. Algunos meses después, lo trasladamos a lomos de uno de los caballos de su padre desde la montaña de Sonoma hasta Petaluma Creek, donde embarcó en una lancha pesquera. Desde allí, y en varias etapas, conseguimos llevarlo camuflado a través de nuestros correos secretos hasta el refugio de Carmel.

Permaneció allí ocho meses, a cuyo final se le permitió marchar a pesar de que se mostraba reacio a dejarnos. Había dos razones para esa reticencia a abandonarnos: una, que se había enamorado de Anna Roylston; la otra, que se había convertido en uno de los nuestros. No fue hasta que se convenció de la imposibilidad de su romance con Anna que accediera a volver con su padre. Mostrándose ostensiblemente como un oligarca de toda la vida, fue hasta su muerte uno de nuestros más valiosos agentes. Montones de veces quedaron atónitos los agentes del Talón de Hierro ante el fracaso de las operaciones y los planes urdidos contra nosotros. No se habrían sorprendido tanto si hubieran llegado a saber la cantidad de miembros del Talón de Hierro que trabajaban como agentes nuestros. Nunca flaqueó la lealtad de Philip Wickson por la causa, hasta el punto de que su muerte —la segunda— le sobrevino por su extremado celo. Murió de la neumonía que contrajo durante la gran tormenta de 1927, cuando asistió a una reunión de nuestros líderes[112].

Capítulo 21

El rugido de la bestia del abismo

Durante nuestra larga estancia en el refugio pudimos mantener un estrecho contacto con la realidad del mundo exterior y darnos perfecta cuenta de la fuerza de la oligarquía contra la que peleábamos. Prácticamente completada la transición al nuevo régimen, las nuevas instituciones se definían más claramente y empezaban a adquirir caracteres de permanencia. Los oligarcas habían conseguido diseñar una máquina de gobierno, tan vasta como intrincada, que funcionaba a pesar de nuestros empeños para sabotearla.

El funcionamiento del nuevo Gobierno supuso una sorpresa para los revolucionarios, que no habíamos imaginado que aquello llegara a funcionar, que pudiera restablecerse el ritmo normal de la sociedad. Los hombres trabajan duramente en las minas y en el campo, bien que como simples esclavos; mientras, aumentaba la producción en las industrias más importantes. Los miembros de las castas obreras trabajaban satisfechos, pues por primera vez en sus vidas habían conocido la paz industrial. Ya no tenían que preocuparse por las crisis, las huelgas, los cierres patronales ni por la presión de los sindicatos. Vivían en casas confortables, en ciudades modélicas que acogían a toda su casta; unas ciudades espléndidas en comparación con los arrabales y guetos en los que habían vivido anteriormente. Disfrutaban de mejor comida, de un horario laboral más corto, de más días festivos y de una oferta superior de cultura y ocio. Desde luego no sentían la menor preocupación por sus menos afortunados hermanos y hermanas, los trabajadores desfavorecidos, los arrojados al abismo. La humanidad empezaba a conocer una nueva era de egoísmo; aunque a decir verdad, esto no era del todo así. Nuestros agentes penetraban en el tejido social de las castas, y descubrían a los hombres que veían más allá de las necesidades de sus estómagos, que percibían la imagen radiante de la libertad y de la solidaridad.

Otra importante institución creada por la oligarquía fue la de los Mercenarios, que funcionaba totalmente a su satisfacción. Este cuerpo de soldados se creó a partir del viejo ejército regular, y alcanzó pronto la cifra de un millón de hombres, sin contar a las fuerzas coloniales. Los mercenarios constituían una raza aparte. Vivían en ciudades levantadas sólo para ellos, que prácticamente autogobernaban, y tenían garantizados muchísimos privilegios, consumiendo por sí mismos una parte importante de los enojosos excedentes. Estaban perdiendo todo el contacto y la comprensión del resto de la gente, y de hecho estaban desarrollando una nueva moralidad y conciencia de clase; a pesar de eso habíamos conseguido infiltrar entre ellos a millares de nuestros agentes[113].

Los oligarcas, obligado es decirlo, habían conseguido, como clase, un desarrollo y

una disciplina inesperados. Cada miembro tenía una labor que cumplir en el mundo y estaban obligados a cumplirla. Se acabaron los señoritos ricos y ociosos. Ahora se los utilizaba para reforzar el poder de la oligarquía sirviendo como oficiales de las tropas o como capitanes en la industria. Siguieron estudios en las ciencias aplicadas y muchos llegaron a ser grandes ingenieros; ocuparon cargos en la amplia administración del gobierno, en las posesiones coloniales y entraron a miles en la plétora de servicios secretos. Se puede decir que fueron adiestrados para las artes, para la enseñanza, para el servicio de la religión, para las ciencias, la literatura y para todos aquellos campos en que resultara fundamental moldear el pensamiento dominante en el pueblo y la perpetuación de la oligarquía.

Los enseñaron para que, después, enseñaran a su vez que lo que hacían era lo correcto. Desde niños recibían la impronta aristocrática que había de servirles posteriormente para moverse en el mundo. Una impronta que llegaba a fundirse íntimamente en sus cuerpos y en su espíritu. Se consideraban a sí mismos como domadores de animales salvajes, como conductores de ganado. Sentían bajo sus pies el ruido sordo de la revolución. Sentían el acecho de la muerte violenta; las bombas, los machetes y las balas eran los fieros colmillos de la bestia que rugía en los abismos, a la que estaban obligados a dominar por el bien futuro de la humanidad. Eran los salvadores de esa humanidad, de cuyo bienestar se consideraban los heroicos y abnegados guardianes.

Pensaban que, como clase, eran los únicos que podían mantener la civilización. Creían firmemente que si ellos flaqueaban, la gran bestia los engulliría tanto a ellos como a todo lo que representaba la belleza, la alegría y la bondad, arrastrándolos a las fauces cenagales de sus cavernas. Sin ellos, reinaría la anarquía, y la humanidad retornaría a la noche primitiva de los tiempos de la que con tanto esfuerzo había conseguido salir.

Se mostraba siempre la terrible imagen de la anarquía ante sus ojos infantiles para que éstos, obsesionados por la horrible visión, la transmitieran en su día a sus hijos futuros. Era la bestia a la que había que aplastar. Ésa era la misión suprema de la aristocracia: no dejar que la bestia pudiera asomar su cabeza. En suma, ellos solos, en una labor ardua y sacrificada, tenían que mantenerse como los defensores de una débil humanidad ante el acecho de la bestia; y ellos lo creían, estaban firmemente convencidos.

No puedo ahora profundizar en esas convicciones morales asentadas en toda la clase oligárquica. Esa moral ha servido para fortalecer al Talón de Hierro, y muchos camaradas se han mostrado tardíos o reacios para reconocerlo. Han considerado que la fuerza del Talón se Hierro se basaba en su sistema de castigo o recompensa. Estaban equivocados. El cielo y el infierno pueden ser los factores principales en el fervor religioso de algún fanático, pero para la mayoría de los individuos religiosos, cielo e infierno son conceptos alejados de los del bien y el mal. El primer factor de la religión es el amor a lo correcto, a lo adecuado, el deseo por esas virtudes, la

insatisfacción por todo lo que sea incorrecto. Y por esos principios morales se rige la oligarquía. Las prisiones, el destierro y la degradación; o el reconocimiento social, los palacios y las ciudades de ensueño, son absolutamente contingentes. El motor principal que mueve a la oligarquía es la creencia de que están haciendo lo correcto. No importan las excepciones, la opresión o la injusticia en que se fundamenta el Talón de Hierro. Todo eso lo dan por descontado. El hecho es que el poder de la oligarquía reside hoy en la concepción autocomplaciente de estar haciendo lo correcto[114].

Por ello, la fuerza de la revolución durante estos espantosos veinte años se ha basado en contraponer nuestros principios morales a los suyos. No se explicaría si no el esfuerzo y el sacrificio de nuestras vidas. Ha sido la causa por la que Rudolph Mendenhall ofreciera con sus versos su alma a la causa y entonara el canto del cisne la última noche de su vida. Por ninguna otra razón murió torturado Hulbert, sin que consiguieran que delatara a sus compañeros. Y lo mismo para que Anna Roylston renunciara a la maternidad que tanto hubiera deseado, o para que John Carlson fuera el abnegado custodio del refugio de Glen Ellen. No importa que sean jóvenes o viejos, hombres o mujeres, importantes o sencillos, geniales o atolondrados, en todos ellos se pueden encontrar el revolucionario más fervoroso. Y muy importante, todos están dirigidos por ese impulso ético.

Pero estoy volviendo a adelantar acontecimientos. Ernest y yo ya habíamos comprendido, antes de abandonar el refugio, el grado de desarrollo que estaba alcanzando el Talón de Hierro. Las castas obreras, los mercenarios, y la pléyade de agentes secretos y de policías de todo tipo al servicio de la oligarquía sentían, en general, que vivían mejor que en tiempos pasados, e ignoraban totalmente la pérdida de libertad. Por su parte, los desheredados, la mayor parte de la población, las gentes del abismo, se hundían en un embrutecimiento apático, resignados en su miseria. Cuando surgía de entre ellos algún trabajador más concienciado y luchador, la oligarquía lo alejaba de las masas y le ofrecía un mejor medio de vida, haciéndolo miembro de las castas obreras o mercenario. Conseguían, así, calmar los ánimos y privar al proletariado de sus líderes naturales.

Las condiciones de las gentes del abismo eran lamentables. Para ellos había desaparecido la escolarización obligatoria. Vivían como animales en enormes y sórdidos guetos obreros, inmersos en la miseria y la degradación. Les habían arrebatado todas sus libertades y los habían reducido a la condición de trabajadores esclavos que ni siquiera podían elegir un tipo de trabajo. También se les negó cualquier forma de movilidad geográfica, así como el derecho a poseer armas. No eran siervos de la tierra, como los que trabajaban en el campo, sino siervos de las máquinas y del trabajo. Cuando surgía alguna necesidad perentoria, tal como la de construir una carretera importante, o un tendido eléctrico o telegráfico, o canales, túneles o fortificaciones, era entonces cuando recurrían a las levas forzosas en los guetos obreros y se llevaban, quisieran o no, a decenas de miles de siervos al

escenario de las nuevas construcciones. Un gran ejército trabaja actualmente de forma extenuante en la construcción de la nueva Ardis. Los han hacinado en estrechos barracones, donde es imposible cualquier tipo de vida familiar, y donde cualquier decoro humano ha descendido a los niveles de la más sórdida animalidad. De hecho, es de esa rugiente bestia de los abismos de la que surgen los principales temores de los oligarcas, pero se trata simplemente de la bestia que ellos han forjado, y que mantienen para que no desaparezcan de ella ni los simios ni los tigres.

Justo ahora corre el rumor de que habrá nuevas levas para construir la ciudad de Asgard, un proyecto de ciudad lujosa que excederá de lejos a Ardis cuando esté acabada[115]. Seremos los revolucionarios quienes continuemos esa obra colosal, pero no serán siervos miserables quienes trabajen en ella; los muros, las torres y las columnas de esa ciudad idílica se levantarán entre el sonido de los cánticos; y en sus cimientos no yacerán enterrados los suspiros, los gemidos o los ayes de dolor, sino la música y las risas.

Ernest estaba ansioso por volver a salir al mundo a trabajar en la que sería nuestra primera rebelión, la que tan lamentablemente fuera abortada en la Comuna de Chicago. Era capaz sin embargo de atemperar su impaciencia y, mientras tanto, hizo venir a Hadly ex profeso desde Illinois para que lo convirtiera en otro hombre[116]. Mientras, forjaba en su cabeza grandes planes para la organización del proletariado concienciado y para el mantenimiento de un sistema educativo mínimo que sirvieran a la gente del abismo —todo ello, naturalmente, para el supuesto de que la primera rebelión fracasara.

No abandonamos el refugio hasta enero de 1917. Todo estaba preparado. Nos convertimos en agentes provocadores en una organización del Talón de Hierro. Yo era supuestamente hermana de Ernest. A través de oligarcas y compañeros infiltrados en puestos de responsabilidad conseguimos ocupar nuestros puestos; nuestros documentos estaban en orden y nos habían construido un pasado verosímil. No fue nada difícil para la gente infiltrada, porque en las sombras del mundo de los servicios secretos todo era nebuloso. Los agentes iban y venían como fantasmas; obedecían órdenes, cumplían misiones, seguían pistas, escribían sus informes para superiores a los que nunca veían, o bien cooperaban con otros agentes a los que tampoco habían visto anteriormente y a los que no volverían a ver.

Capítulo 22

La Comuna de Chicago

Ser agentes provocadores nos permitía viajar a nuestro aire, lo que nos facilitaba estar en contacto con el proletariado y con nuestros camaradas revolucionarios. Así nos convertimos en agentes dobles, teóricamente servíamos al Talón de Hierro, pero a la vez trabajamos en secreto con toda el alma para la causa. Éramos muchos los infiltrados en la oligarquía, y a pesar de los cambios bruscos y de las reorganizaciones en los servicios secretos, la oligarquía nunca consiguió eliminarnos a todos.

Ernest había trabajado mucho tiempo en los preparativos de la primera rebelión. La fecha propuesta era al comienzo de la primavera de 1918. En el otoño de 1917 no estábamos aún preparados, quedaba mucho trabajo por hacer, y si la rebelión se precipitaba, estaría abocada al fracaso. Era inevitable la necesidad de contemplar el complot en toda su complejidad, porque cualquier acto prematuro suponía el riesgo de arruinarlo. El Talón de Hierro sabía que podía producirse en cualquier momento y estaba preparado para combatirlo.

Habíamos planeado dar nuestro primer golpe en el sistema nervioso de la oligarquía. El Talón recordaba lo sucedido cuando la huelga general, y había prevenido una posible defección de los telegrafistas; instaló para ello una red de telegrafía sin hilos a cargo de mercenarios, a la que teníamos que contrarrestar. Cuando se diera la señal, nos serviríamos de nuestros abnegados camaradas para que desde cada refugio a lo largo del país, desde cada ciudad, pueblos y aldeas, salieran de sus refugios y volaran todas las estaciones de telegrafía sin hilos. Este primer golpe sacudiría brutalmente al Talón de Hierro, cuyas organizaciones quedarían desarticuladas por la falta de intercomunicación.

A esa misma señal, otros camaradas dinamitarían los puentes y los túneles y sabotearían toda la red del ferrocarril, mientras que otros grupos capturarían a los oficiales de los mercenarios y de la policía, así como a los oligarcas significados por su capacidad operativa o bien porque tuvieran importantes cargos directivos. Conseguiríamos con ello descabezar al enemigo, manteniendo a sus líderes fuera de las batallas que inevitablemente se iban a librar a lo largo del país.

Eran múltiples las acciones que tenían que ocurrir simultáneamente cuando sonara la señal. Los patriotas canadienses y mexicanos, que eran mucho más fuertes de lo que el Talón de Hierro pudiera imaginar, aplicarían las mismas tácticas. Entonces otros camaradas (las mujeres, puesto que los hombres estarían ocupados en otras acciones) tenían que fijar por doquier las proclamas que habrían confeccionado en nuestras imprentas clandestinas. La misión de los que tuviéramos cargos en las organizaciones del Talón de Hierro era la de crear la confusión y la anarquía en

nuestros departamentos. Dentro de los mercenarios se movían miles de nuestros camaradas; su trabajo iba a consistir en volar los polvorines y destruir los mecanismos vitales de la maquinaria de guerra. Acciones similares estaban programadas para trastornar el funcionamiento de las ciudades exclusivas de los mercenarios y las de las castas obreras.

En resumen, preparábamos un golpe súbito, tremendo, demoledor. Antes de que la oligarquía saliera de su estupor ya habríamos acabado con ella. Eso significaría días terribles, con un gran número de víctimas, pero ningún revolucionario dudaba en la acción a tomar. Nuestro plan dependía mucho de las masas desorganizadas del abismo; esas gentes camparían a sus anchas por los palacios y las ciudades de los poderosos. No nos importaban ni sus propiedades ni sus vidas; ni que los primitivos seres del abismo rugieran y los mercenarios y la policía los masacrara. Sería inevitable el tronar de los abisales embrutecidos e igualmente lo sería la violencia criminal de los mercenarios y de la policía. Quiero decir que de todos los peligros que íbamos a afrontar, lo que menos nos importaba era ese combate. Eso nos servirá para poder hacer nuestro trabajo con menos obstáculos y llegar a controlar todos los resortes de la maquinaria de la sociedad.

Ése era el plan que habíamos diseñado en secreto hasta en los mínimos detalles, y que a medida que se acercaba el día íbamos comunicando a más y más camaradas. El principal problema era extender el ámbito de la conspiración sin que hubiera filtraciones, pero nunca conseguimos alcanzar ese objetivo porque el sistema de espionaje del Talón de Hierro tuvo noticias sobre los preparativos de la rebelión y anduvo listo para darnos otra de sus sangrientas lecciones. El lugar que el Talón eligió para sus enseñanzas fue la ciudad de Chicago, ¡y bien que nos enseñaron la lección!

Chicago[117] era la ciudad más aguerrida en la lucha obrera; ya desde hacía mucho tiempo la llamaban la ciudad sangrienta, y en esta ocasión iba a confirmar esa fama. Era donde el espíritu revolucionario se mostraba más firme; había habido allí tantas huelgas amargas en los tiempos del capitalismo como para que los trabajadores no pudieran ni perdonar ni olvidar. Incluso los obreros privilegiados se mostraban partidarios de la rebelión. Hubo demasiados cráneos machacados en una reciente huelga, cuyo recuerdo les hacía que, a pesar de sus privilegios, mantuvieran su odio hacia los poderosos. Ese espíritu había conseguido infectar a los mercenarios, tres de cuyos regimientos estaban dispuestos a unirse en masa a nosotros.

Ha sido siempre Chicago el centro más tormentoso en el conflicto entre trabajadores y capitalistas; una ciudad de batallas callejeras y de muertes violentas, con una conciencia de clase en los capitalistas y una conciencia de clase en los trabajadores. Era una ciudad donde en los viejos tiempos los buenos maestros de escuela se formaban en los sindicatos y estaban afiliados a las organizaciones de los albañiles en la Federación Americana de Trabajadores. Y por ello se decidió que fuera Chicago el centro de la tormenta en la prematura Primera Rebelión.

Fue el Talón de Hierro quien precipitó los acontecimientos, y fueron muy listos en su acción. Sometieron a todos los habitantes, incluidos los trabajadores privilegiados, a un trato ultrajante. Rompieron todas sus promesas y todos sus compromisos y aplicaron los castigos más drásticos por cualquier pequeña falta. A las gentes del abismo las fustigaron para hacerlas salir de su apatía; estaban claramente provocando el rugido de la bestia del abismo. Y unido a todo esto, el Talón de Hierro había relajado todas las medidas de precaución en la ciudad, algo que resultaba inconcebible. Se había debilitado la disciplina entre los mercenarios, e incluso se envió a muchos regimientos a otros lugares del país.

Sólo les llevó unas pocas semanas llevar adelante este programa. Los revolucionarios sólo teníamos vagos rumores de la situación, nada que nos hiciera comprenderla en toda su extensión. Pensamos que habría sido un brote espontáneo de la rebelión al que deberíamos refrenar; pero no llegamos a imaginar que fuera un plan premeditado del Talón de Hierro; lo habían planeado de forma tan secreta en los círculos más íntimos de su organización que no llegamos a tener el menor indicio. Prepararon su respuesta al complot de una manera magistral y de igual forma lo contrarrestaron.

Estaba yo en Nueva York cuando recibí la orden perentoria de ir a Chicago. El hombre que me dio la orden era uno de los oligarcas, lo reconocí por su forma de hablar, aunque no conocía su nombre ni había visto su cara. Sus instrucciones eran demasiado claras como para permitirme cualquier error. Leyendo entre líneas me di cuenta de que habían descubierto el complot, de que nos habían bloqueado. La chispa estaba preparada para saltar, y una multitud de agentes del Talón de Hierro, incluida yo, bien desde nuestros puestos o bien enviándonos allá, íbamos a hacer saltar esa chispa. Me siento orgullosa de haber podido mantener la sangre fría delante de los ojos perspicaces del oligarca, pero mi corazón latía apresurado. Mientras me comunicaba sus instrucciones con la mayor sangre fría, tuve que reprimir el deseo de gritar, arrojarme sobre su garganta y ahogarlo con mis manos.

Fuera ya de su presencia calculé el tiempo que me quedaba; todavía tenía un rato libre. Con un poco de suerte sería capaz de contactar con algún camarada local antes de coger el tren. Procurando evitar que me siguieran, me metí precipitadamente en las urgencias del hospital. Afortunadamente encontré enseguida al camarada Galvin, el cirujano jefe. Empecé a decirle lo que sabía, pero enseguida me interrumpió.

—Ya lo sé —me dijo en tono sereno, aunque sus ojos irlandeses brillaban y lanzaban chispas. Hace un cuarto de hora que me he enterado, y ya he pasado la información. Haremos todo lo posible aquí para que no se mueva ningún camarada. Habrá que sacrificar Chicago, pero será la única sacrificada.

—¿Has tratado de comunicarlo a Chicago? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No hay comunicaciones telegráficas con Chicago. La ciudad está bloqueada y se convertirá en un infierno.

Calló por un momento, y pude observar cómo apretaba los puños. Al final de la pausa, estalló:

—¡Dios santo! ¡Lo que daría por estar allí ahora!

—Todavía tenemos una posibilidad de pararlo —dije—, si no le pasa nada al tren puede que llegue a tiempo de advertirles. Puede ser también que algún otro camarada de los servicios secretos que se haya enterado llegue a tiempo.

—Esta vez os ha pillado dormidos a los infiltrados —dijo, mientras yo asentía compungida.

—Fue una operación muy secreta —respondí—. Los altos jefes de sus servicios secretos no lo han sabido hasta hoy mismo. Nosotros no hemos conseguido aún penetrar en ese círculo tan restringido. No hemos podido evitar estar en la inopia. ¡Ojalá Ernest estuviera aquí! Quizá esté ahora en Chicago y todo salga bien.

El doctor Galvin negó con la cabeza.

—Las últimas noticias que tengo sobre él es que lo han enviado a Boston o a New Haven. Trabajar para los servicios secretos del enemigo le impide, sin duda, hacer un trabajo eficaz, pero mejor es eso que estar encerrado en un refugio.

Me levanté para marcharme y Galvin me apretó la mano con fuerza.

—Mantén el coraje —fueron sus palabras de despedida—. ¿Qué puede ocurrir si fracasa la Primera Rebelión? Habrá una segunda, y para entonces tendremos más experiencia. Adiós y buena suerte. No sé si volveré a verte alguna otra vez. Va a haber un infierno allí, pero daría diez años de mi vida con tal de estar en él.

El *Siglo Veinte*[118] partió de Nueva York a las seis de la tarde; tenía prevista su llegada a Chicago a las siete de la mañana siguiente, pero esa noche se retrasó. Fue todo el camino detrás de otro tren. Entre los viajeros de mi vagón Pullman estaba el camarada Hartman, agente infiltrado como yo en los servicios secretos del Talón de Hierro. Por él supe que el tren que nos precedía era una réplica exacta del nuestro, si bien iba vacío. La idea era que el atentado previsto para el *Siglo Veinte* afectara a la réplica. Ésa era la explicación de que hubiera tan poca gente en el tren —sólo trece pasajeros en nuestro vagón.

—Debe de viajar gente importante con nosotros —dijo Hartman—. He visto un vagón privado a la cola.

Ya era de noche cuando se produjo el primer cambio de locomotora. Salí a la plataforma para respirar un poco de aire fresco y tratar de ver lo que pudiera. Eché una ojeada hacia las ventanillas del vagón privado y vi tres hombres a los que reconocí; Hartman tenía razón. Uno de ellos era el general Altendorff; los otros dos eran Mason y Vanderbold, los cerebros del círculo más cerrado de los servicios secretos.

Era una noche tranquila iluminada por la luna, pero me sentía tan inquieta que era incapaz de pegar ojo. A las cinco me levanté de la cama y me vestí.

Le pregunté a la camarera cuánto retraso llevaba el tren y me respondió que dos horas. La mujer era mulata; observé su cara demacrada y las grandes ojeras que

rodeaban unos ojos muy abiertos, como si le asaltara algún temor.

—¿Qué le sucede? —pregunté.

—Nada señorita, sólo que creo que no he dormido bien —replicó.

La miré más detenidamente y ensayé uno de nuestros signos secretos. Respondió inmediatamente y estuve segura de su lealtad.

—Algo terrible va a suceder en Chicago —dijo—. Hay un tren falso delante del nuestro; eso y los trenes que transportan tropas son la causa de nuestro retraso.

—¿Trenes militares? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—La vía está llena de esos trenes; van por el carril rápido y todos se dirigen a Chicago.

—Mi hombre está en Chicago —comenzó a explicarme—. Es uno de los nuestros y está con los mercenarios. Temo por él.

Pobre mujer, su amor estaba en uno de los tres regimientos disidentes.

Desayuné con Hartman en el vagón restaurante y me forcé a comer algo. El cielo estaba nublado y el tren avanzaba como un rayó en medio del manto gris que tamizaba la luz del día. Hasta los negros que servían en el tren sabían que algo terrible e inminente iba a suceder. Se notaba la tensión en sus rostros. Habían perdido su presteza habitual y obedecían mecánicamente las peticiones de los pasajeros. A veces se les veía cuchichear entre ellos en el extremo del vagón, cerca de la cocina. Hartman había perdido toda esperanza.

—¿Qué podemos hacer? —me preguntaba por vigésima vez.

Señalando a la ventana dijo:

—Mira, todo lo tienen preparado; puedes suponer que eso se está repitiendo en todos los caminos, a treinta o cuarenta millas de la ciudad.

Se refería a los soldados acampados al lado de las vías que preparaban sus desayunos en pequeñas fogatas y miraban curiosos el avance vertiginoso de nuestro tren.

Todo estaba tranquilo cuando llegamos a Chicago. Era evidente que aún no había sucedido nada. Subieron los periódicos de la mañana al tren. No decían nada, pero sin embargo había un gran contenido, no para el lector común pero sí para el lector avezado, capaz de leer entre líneas. Se notaba la mano sutil del Talón de Hierro en cada columna. Se denunciaban indicios de flaqueza en el armazón de la oligarquía. Naturalmente no se mencionaba ninguno en particular. Se intentaba que cada lector recapacitara sobre dónde estaban esas fisuras. Fue un trabajo muy sagaz; los periódicos de la mañana del 27 de octubre eran una obra de arte desde un punto de vista de la novela psicológica.

No había noticias locales. Otro acierto por su parte. Eso sumergía a Chicago en el misterio y parecía dar a entender que la oligarquía no se atrevía a publicar noticias locales. Se daban otras noticias vagas sobre sucesos que acaecían a lo largo del país, naturalmente todas falsas. Hablaban de insubordinaciones en algunos lugares,

sublevaciones que eran sofocadas con severas sanciones para los causantes. Había informes sobre la voladura de numerosas estaciones de telegrafía inalámbrica, y se ofrecían jugosas recompensas para quien denunciara a los causantes. Todo falso, porque no se llegó a destruir ninguna estación telegráfica. Hubo muchas más noticias insidiosas que coincidían con los planes de los revolucionarios. La impresión en las mentes de los camaradas de Chicago fue que la rebelión general había comenzado, bien que con diversos fracasos difíciles de precisar. Era imposible, para todo el que no dispusiera de una información de primera mano, escapar al vago sentimiento de que todo el país estaba preparado para la rebelión que acababa de estallar.

Se anunció que la defección de los mercenarios de California había alcanzado tal importancia que se habían disuelto media docena de regimientos y que se había arrojado a sus miembros y familias a los guetos obreros. ¡Curiosamente, los mercenarios de California eran los más afectos a sus mandos! ¿Pero cómo iba a saber todo eso Chicago, aislada como estaba del resto del mundo? También se interceptó un telegrama incompleto que describía un levantamiento en la ciudad de Nueva York, al que supuestamente se habían adherido las castas obreras; el cable acababa con un comunicado (que pretendía que se tomara como una falsedad) que decía que las tropas habían conseguido dominar la situación.

Y lo que los oligarcas habían hecho con los periódicos de la mañana lo repitieron en múltiples aspectos. Por ejemplo, y tal como aprendimos después, los mensajes secretos que los oligarcas se enviaban entre ellos, en la noche previa, iban dirigidos expresamente a confundir los oídos de los revolucionarios.

—Creo que el Talón de Hierro no necesitará ya nuestros servicios —comentó Hartman mientras dejaba de leer el periódico al entrar en la estación central—. Han perdido el tiempo enviándonos aquí. Les han salido los planes mejor de lo que esperaban. En cualquier momento se desatará el infierno.

Se volvió a mirar el tren cuando nos apeamos.

—Parece que no me equivoqué —murmuró—, desengancharon el último vagón cuando subieron los periódicos.

Hartman estaba profundamente deprimido. Traté de animarlo cuando salíamos de la estación, pero no lo conseguí. De repente comenzó a hablar muy deprisa y en una voz tan baja que apenas lo entendía.

—No estoy seguro —comenzó diciendo—, y no se lo he dicho a nadie. He estado semanas dándole vueltas, pero no he llegado a ninguna conclusión firme. Vigilad a Knowlton. Sospecho de él; sabe dónde están muchos de nuestros refugios, lo que pone en sus manos las vidas de muchos camaradas; creo que es un traidor. Es solamente un presentimiento, pero me parece haber descubierto ciertos cambios en él en las últimas semanas. Temo que nos haya vendido o que vaya a hacerlo. Estoy casi seguro. No le hubiera contado a nadie mis sospechas, pero de alguna forma creo que no voy a salir vivo de Chicago. No perdáis de vista a Knowlton. Ponedle alguna trampa. Investigadlo. Es sólo una intuición y no he conseguido ninguna pista sólida.

—Caminábamos ya por la acera, y Hartman concluyó en tono aún más serio—. No os olvidéis de Knowlton, no lo perdáis de vista. —Efectivamente, Hartman tenía razón, y antes de un mes Knowlton pagó la traición con su vida. Lo ejecutaron formalmente los camaradas de Milwaukee.

Las calles permanecían tranquilas, demasiado tranquilas. Chicago parecía una ciudad muerta. No se oía ningún ruido de tráfico. Ni siquiera había taxis por las calles. Tampoco funcionaban los autobuses urbanos ni el metro elevado. Sólo se veía ocasionalmente a algún peatón andando por la acera con pasos indecisos, pero sin que parecieran paseantes desocupados. Parecía que su indecisión nacía de algún extraño temor a que se derrumbase algún edificio sobre sus cabezas o a que se hundiera el suelo bajo sus pies. Había también algunos niños que correteaban por la calle, con ojos expectantes, como si fuera a ocurrir algún suceso extraordinario y maravilloso.

Desde algún lugar lejano del sur nos llegó el ruido sordo de una explosión. Eso fue todo; el silencio volvió a apoderarse de las calles. A los niños, sin embargo, el ruido lejano pareció sorprenderlos hasta el punto de que cesaron en sus correteos y se quedaron tratando de escuchar nuevos sonidos, como los ciervos jóvenes ante cualquier señal de alarma. Ningún portal de los edificios estaba abierto y las tiendas tenían los cierres bajados. Había, eso sí, muchos policías y otros vigilantes que patrullaban de forma ostensible; de vez en cuando pasaba veloz algún coche de los mercenarios.

Coincidí con Hartman en que no tenía ningún sentido que nos presentáramos a informar a los jefes locales de los servicios secretos. No hacerlo no significaría nada a la vista de los acontecimientos que se iban a producir, así que nos dirigimos hacia el gran gueto obrero del sur con la esperanza de encontrar a alguno de los camaradas. Sabíamos que era demasiado tarde, pero no podíamos quedarnos simplemente vagando por el terrible vacío de esas calles. Me preguntaba dónde estaría Ernest, ¿qué estaría pasando en las ciudades de la aristocracia obrera y de los mercenarios? ¿Y en los cuarteles?

Como en respuesta a mis dudas, nos llegó de la lejanía el ruido de una explosión seguido de una serie de detonaciones.

—Ha sido en los cuarteles —dijo Hartman—. Dios se apiade de esos tres regimientos.

Desde un cruce, pudimos ver en la dirección de los mataderos una gran columna de humo. Desde el siguiente cruce observamos otras columnas hacia el oeste. Sobre la ciudad de los mercenarios vimos cómo explotaba un enorme globo cautivo como los que usa el ejército, y cómo caían a tierra los jirones ardientes de la envoltura. No teníamos ni idea de qué podía haber sucedido con el globo, ni si los tripulantes eran camaradas o enemigos. También llegó hasta nosotros un ruido lejano y continuo, como si fuera el borboteo de una enorme caldera, y Hartman dijo que eran disparos de ametralladoras y rifles.

Seguimos caminando por las calles tranquilas. Nada parecía que fuera a suceder

en ese barrio. La policía y los coches patrulla seguían dando vueltas. De repente apareció media docena de coches de bomberos que, evidentemente, regresaban tras haber intervenido en algún siniestro. Vimos cómo un oficial preguntaba desde su coche algo a los bomberos y oímos la respuesta airada de uno de ellos: «¡No hay agua. Han volado las conducciones!».

—Hemos cortado el suministro de agua —dijo Hartman, muy excitado—. Si somos capaces de algo así en un intento prematuro, aislado y abortado, ¿qué no podremos hacer en ataque concertado y madurado a lo largo del país?

El automóvil del oficial siguió su marcha y de repente se oyó un ruido ensordecedor. El coche con su carga humana estaba envuelto en una humareda acre que surgía del amasijo de chatarra y carne chamuscada.

Hartman murmuraba exultante: «¡Bien hecho!, ¡bien hecho! El proletariado va a recibir hoy una lección, pero también ellos recibirán la suya». Los policías corrieron hacia el coche siniestrado y también se acercó otro coche patrulla. Yo estaba completamente perpleja por la rapidez con que había sucedido todo. No sé qué había pasado, a pesar de haber estado atenta en medio del escenario. Ni siquiera me daba cuenta de que estábamos rodeados de policías amenazadores, uno de los cuales apuntaba a Hartman con su pistola. Mi camarada mantuvo la calma y le dio el santo y seña al agente, que agitó dudoso su arma y finalmente la metió en su funda, no sin dejar de mostrar su enojo y maldecir a los servicios secretos. No cesaba de quejarse de «esa gente» mientras Hartman le explicaba, con la suficiencia que le otorgaba su rango, la importante labor de los servicios secretos frente a la torpeza de la policía.

Empezaba a comprender lo que había sucedido. Estaba observando atentamente cómo los policías agrupados alrededor del coche quemado sacaban a uno de sus ocupantes para meterlo en el otro coche, cuando, de repente, parecieron dominados por el pánico y se separaron del coche calcinado, dejando caer al oficial herido y corriendo en todas direcciones. También echó a correr el policía maldiciente, y nosotros, sin saber exactamente por qué, corrimos tras él, alejándonos del lugar del siniestro.

Ahora la situación estaba tranquila. Empecé a confirmar mi hipótesis. Los policías regresaban lentamente hacia donde habían dejado al herido, mirando aprensivos a las múltiples ventanas de los altos edificios que bordeaban la calle. Todo apuntaba a que alguien había lanzado la bomba desde una de esas ventanas, pero ¿desde cuál? No hubo una segunda bomba, pero se mantenía el temor.

Nos quedamos mirando con curiosidad a todas esas ventanas. Desde cualquiera de ellas podía surgir la muerte. Cada edificio podía convertirse en el escenario de una emboscada. Así era la guerra en la jungla moderna, en la gran ciudad. Cada calle era un estrecho cañón, cada edificio una colina. No habíamos cambiado mucho desde los tiempos del hombre primitivo a pesar de que corrieran por las calles esos coches llenos de policías armados hasta los dientes.

Al volver una esquina nos encontramos una mujer tendida en el suelo en un

charco de sangre. Hartman se inclinó a examinarla mientras yo la contemplaba horrorizada. Había de ver muchos muertos ese día, pero después de toda aquella matanza, recordaría sobre todo ese cuerpo aislado, abandonado sobre el pavimento. «Le dispararon en el pecho», dijo Hartman. Con la misma fuerza que muestran los niños para que no les arrebaten un juguete, así apretaba la mujer su puño para no soltar un manojo de hojas impresas. Incluso en el momento de su muerte, parecía empeñada en no deshacerse de lo que sin duda fue la causa de ella, porque cuando Hartman consiguió abrir su mano, supimos que el contenido eran grandes hojas de papel que contenían la proclama de los revolucionarios.

—Una camarada —dije.

Hartman se limitó a maldecir al Talón de Hierro mientras seguíamos nuestro camino. A menudo nos paraban los patrulleros o la policía, pero nuestros salvoconductos nos permitían proseguir. No se lanzaron más bombas desde las ventanas, pero los últimos peatones habían desaparecido de las calles, con lo que aumentó la desolación de la ciudad. En la distancia seguía retumbando la caldera batiente y desde todos los puntos nos llegaban los ruidos sordos de las explosiones. También se distinguían las columnas de humo que ascendían aquí y allá hacia el cielo.

Capítulo 23

La gente del abismo

Súbitamente cambió la situación. Pareció como si el aire se estremeciera. Aparecieron coches que rodaban veloces por las calles advirtiéndonos a gritos. Uno de ellos surgió detrás de una esquina y giró rápidamente en uno de los bloques; segundos después, justo por donde acababa de pasar, explotó una bomba abriendo un gran agujero en el pavimento. Vimos correr a los policías por las calles trasversales, e imaginamos que algo terrible iba a suceder. Ya percibíamos el rugido.

—Ya llegan los valientes camaradas —dijo Hartman.

Podíamos ver el frente de la columna que cubría la calle de borde a borde. Se alejaba el último coche militar, pero se detuvo un momento a nuestra altura y un soldado bajó de él portando cuidadosamente algo en sus manos, un objeto que depositó con igual cuidado en el borde de la calzada. Volvió a subir rápido al coche, que siguió su marcha dando la vuelta en la siguiente esquina. Hartman corrió hacia el objeto.

—Aléjate —me previno.

Pude ver cómo sus manos manejaban aquella caja, y cuando regresó adonde yo estaba, vi su frente perlada de sudor.

—Lo he desactivado —dijo—; justo en el límite del temporizador. Ese soldado es idiota. Lo dejó ahí para que explotara cuando pasaran los camaradas, pero calculó mal el tiempo y hubiera detonado antes. Ahora ya no explotará.

La situación se agravaba por momentos. En las ventanas más altas de un bloque pude ver alguna gente que observaba la calle. Se lo estaba señalando a Hartman cuando una explosión sacudió el aire y una cortina de llamas y humo cubrió la fachada donde había visto aquellas caras. La explosión descolgó el muro exterior, mostrando ahora el armazón de hierro del edificio. Inmediatamente después otra explosión causó algo parecido en la casa de enfrente. Entre las explosiones pudimos oír también el tableteo de las ametralladoras y los disparos de los rifles. Los ataques a los altos de los edificios se prolongaron durante algunos minutos y luego cesaron bruscamente. Era patente que nuestros camaradas estaban en un edificio y los mercenarios en el de enfrente, pero no podíamos saber quién estaba en cada uno de ellos. Enseguida nos alcanzó la columna que avanzaba por la calle. Tan pronto como llegaron al escenario de la batalla callejera, los dos bandos reanudaron la lucha; uno de ellos lanzaba desde las ventanas bombas a la calle y respondía, a la vez, a los disparos desde las ventanas de enfrente. Eso nos mostró quién era quién: los que tiroteaban a los lanzadores de bombas eran nuestros camaradas; era una acción muy acertada impedir que el enemigo lanzara las bombas.

Hartman me agarró del brazo y tiró de mí hasta un callejón ciego.

«No son nuestros camaradas los que vienen», me susurró al oído. Comprobamos entonces que todos los portales del callejón estaban cerrados a cal y canto. No teníamos escape. Pocos segundos después, la columna humana pasó por delante de donde estábamos. No era una columna de revolucionarios, era una masa humana, un torrente espantoso, borracho y violento, que abarrotaba la calle pidiendo la sangre de sus amos. Yo había visto antes a las gentes del abismo, había estado en los guetos donde vivían y creía conocerlos, pero ahora pensé que los estaba viendo como realmente eran. Se había desvanecido su apatía estúpida y mostraban ahora un terrible estado convulsivo. Aparecían ante mí en oleadas, gruñendo de ira como si fueran una manada de bestias carnívoras ahítas del *whisky* que habían saqueado en los almacenes; borrachos de alcohol y de odio, ansiosos de sangre; hombres, mujeres y niños cubiertos de harapos, seres de inteligencia primitiva con todos los rasgos de humanidad borrados en unos rostros que sólo mostraban los más siniestros rasgos animales; los de los simios y los tigres; tísicos extenuados y peludos animales de carga; rostros lánguidos a los que la sociedad había vampirizado, extrayéndoles el fluido vital. Figuras hinchadas, abotagadas, que mostraban su degeneración física y su extremo grado de corrupción. Brujas demacradas y hombres de rostros cadavéricos cubiertos de barbas como las de los viejos patriarcas; jóvenes y viejos igualmente infectados; rostros de aspecto diabólico, retorcidos; seres deformados por los estragos de la enfermedad y los horrores de la desnutrición crónica; los desechos y la escoria de la vida: una horda rabiosa, satánica.

¿Y por qué no iban a estar allí? La gente del abismo no tenía nada que perder excepto su miseria y su miedo a seguir viviendo. ¿Y qué podían ganar?; nada, salvo saciar sus horribles ansias de venganza. Y según los miraba, pensé que en esa tumultuosa corriente de lava humana había hombres, nuestros camaradas y héroes, cuya misión había sido levantar a la bestia abismal de su letargo y enfrentarla al enemigo para poder actuar nosotros con más libertad.

Y en ese momento me asaltó una extraña sensación. Algo nuevo en mí.

Había olvidado el temor a la muerte, a la mía y a la de mis camaradas. Me dominaba una extraña excitación, era otro ser en otra vida. Ya nada me importaba. Si esta vez la causa había fracasado, la próxima vez triunfaría, porque se mantendría siempre joven y siempre activa. Y a partir de ahí, en la orgía de horror y violencia que siguió, fui capaz de mantener un interés tranquilo ante los acontecimientos. Ni la vida ni la muerte significaban nada. Yo era simplemente una espectadora atenta a lo que sucedía, y algunas veces, arrastrada por la acción, me convertía en una participante curiosa. Era como si me hubieran transportado a la frialdad de una estrella lejana y hubiera sufrido un cambio repentino en mi escala de valores. Si no hubiera sucedido así, estoy segura de que habría muerto allí mismo.

Había avanzado ya la columna media milla desde donde nos habíamos refugiado cuando nos descubrieron. Una mujer cubierta de insólitos harapos, con las mejillas hundidas y unos ojos negros semicerrados que miraban como dos barrenas, se quedó

mirándonos a Hartman y a mí. Dio un grito agudo y se lanzó hacia nosotros arrastrando a algunos componentes de esa turba. Todavía puedo recordar perfectamente su aspecto cuando saltó hacia nosotros, recuerdo sus greñas grises, la sangre que corría sobre su cara, posiblemente debida a alguna brecha en su cabeza; portaba un hacha en la mano izquierda, y la otra era una garra amarilla, huesuda y arrugada, que agitaba en el aire de forma convulsiva y amenazante. Hartman se plantó delante de mí. No había tiempo para ninguna explicación; íbamos bien vestidos y eso era suficiente para aquella chusma enardecida. Hartman lanzó su puño entre los dos ojos ardientes de la mujer. La arpía cayó hacia atrás por el impacto, si bien no llegó al suelo porque su espalda tropezó en los cuerpos de sus camaradas. Rebotada por éstos hacia delante, pareció aturdida e inerme, y dejó caer sin fuerza el hacha sobre el hombro de Hartman.

No supe muy bien lo que pasó a partir de ahí porque la masa humana me apretujaba, y me cubría de golpes acompañados de aullidos y juramentos. Sentí cómo desgarraban mis vestidos y arañaban mi piel, y temí que me despedazaran. Me sentía en los límites de la resistencia, a punto de ahogarme en esa presión humana, cuando la mano de un hombre me agarró violentamente por el hombro y tiró con fuerza arrastrándome con él. Me desvanecí por el dolor y la tensión. Hartman no salió vivo de ese callejón, porque al servirme de escudo, recibió los golpes más violentos. Eso permitió que me salvara, porque en el apretujamiento sólo recibí desgarros en el vestido y en la carne.

Recobré el conocimiento en medio de esa marcha tumultuosa y me sentía arrastrada en su corriente sin saber hacia dónde. Sentí el frescor del aire en mis mejillas y mis pulmones lo aspiraron con ansia. Aunque mareada y no repuesta aún del desmayo, sentí que un brazo fuerte sujetaba los míos por debajo de mi cuerpo y que me llevaba casi en volandas mientras yo trataba de arrastrar los pies. Se me quedó fija la mirada en la chaqueta rasgada de un hombre que iba delante de mí. La raja corría por toda la costura central y hacía que a cada paso se mostrara regularmente la entumecida espalda. La visión sirvió para distraerme mientras trataba de recuperarme. Empecé ya a sentir los pinchazos en las mejillas y en la nariz, y noté que corría la sangre por mi cara. Había perdido el sombrero y tenía el pelo totalmente alborotado, y el dolor de cabeza me hizo recordar la mano que, en la entrada del callejón, me agarró del pelo tratando de arrancarlo. También empecé a sentir dolores en el pecho y en los brazos magullados.

Comenzaba a aclarárseme el cerebro y me volví hacia el hombre que me sujetaba. Era el que me había sacado del tumulto y, sin duda, me había salvado la vida. Notó mi recuperación.

—¡Todo va bien! —dijo en un susurro ronco—. Te reconocí enseguida.

No sabía quién era, pero antes de poder hablarle sentí que estaba pisando algo blando que parecía moverse. Arrastrada por los que venían pegados a mi espalda, no pude pararme a mirar, pero comprendí que era una mujer caída y aplastada por los

pies de esa horda.

—¡Todo va bien! —repitió—. Soy Garthwaite.

Aún barbudo, sucio y demacrado, conseguí recordarlo como el joven recio que pasó algunos meses, tres años atrás, en nuestro refugio de Glen Ellen. Me pasó el santo y seña de los servicios secretos del Talón de Hierro como muestra de que él también pertenecía a ellos.

—Te sacaré de aquí en cuanto tenga la menor oportunidad —me aseguró—. Pero ten mucho cuidado al andar, cualquier traspié puede acabar con tu vida.

La brusquedad y la violencia no cesaban ni un instante, no sólo en la marcha de la columna, sino también ante sus repentinas paradas. En una de ellas, choqué contra una mujer gruesa que iba delante de mí (el hombre de la chaqueta rasgada había desaparecido) y los que venían detrás chocaron contra mí. Se levantó entonces un espantoso pandemónium —gritos, juramentos y ayes de muerte, y por encima de ellos el tableteo de las ametralladoras y el bang-bang de los rifles—. Al principio no supe qué pasaba. La gente caía a derecha e izquierda a mi alrededor. La mujer que iba delante se dobló un instante y cayó al suelo, apretando su vientre con las manos. Un hombre se agarraba a mis piernas en su estertor mortal.

Me di cuenta de que estábamos a la cabeza de la columna. Habían desaparecido los ochocientos metros de masa que nos precedían. Aún no sé cómo sucedió. Hasta el día de hoy no he conseguido saber qué les pasó a aquellos ochocientos metros de humanidad compacta; no sé si los arrasó algún terrible artilugio bélico, si quedaron reducidos a trozos minúsculos de carne, o si consiguieron escapar. Pero allí nos encontramos, a la cabeza de la marcha en lugar del centro donde habíamos empezado, y bajo una tupida lluvia de plomo.

Tan pronto como la muerte, o lo que fuera, consiguió aligerar la aglomeración humana, Garthwaite, sosteniendo todavía mi brazo, corrió junto a un grupo de supervivientes y entró el vestíbulo de un edifico de oficinas. Al fondo del portal nos sentimos aprisionados por la masa jadeante que entró detrás. Permanecimos allí un buen rato sin que pasara nada.

—¡Pues sí que la he hecho buena! —comenzó a lamentarse Garthwaite, sin soltar mi brazo—. Te he metido en una ratonera. Al menos en la calle teníamos alguna oportunidad de salvarnos, pero aquí no veo ninguna. No nos queda más que gritar: «¡Viva la revolución!».

Enseguida empezó a cumplirse su pronóstico. Los mercenarios entraron a sangre y fuego. La presión que sentíamos al principio empezó a aflojar a medida que caían los cuerpos abatidos por las balas. Los muertos y los moribundos abrían el espacio. Garthwaite acercó su boca a mi oído para decirme algo, pero con el estruendo de los disparos y de los gritos no conseguí oírlo. No esperó a repetirlo; bruscamente me tiró al suelo y enseguida arrastró el cuerpo de una mujer agonizante y me cubrió con él. A continuación se arrastró hasta mí y se tumbó encima cubriendo parte de mi cuerpo. Enseguida comenzó a caer sobre los dos un montón de muertos y heridos. Los

moribundos gemían y pataleaban. Pero pronto quedó todo en un silencio sólo roto por algún gemido leve y los últimos suspiros de algún agonizante.

Hubiera muerto aplastada de no haber sido por Garthwaite. En cualquier caso resultaba inconcebible que hubiera podido aguantar todo aquel peso, pero lo conseguí y seguí viva. Curiosamente, y aparte de los dolores, el sentimiento dominante en mí era el de la curiosidad. ¿Cómo iba a acabar todo aquello? ¿Qué se sentiría al morir? Así fue cómo recibí mi bautismo rojo en el desastre de Chicago. Antes de eso, la muerte había sido para mí algo teórico, simplemente, pero incluso a partir de ahí, la muerte significaba un simple tránsito, algo sin importancia, un suceso que podía ocurrir en cualquier momento, de cualquier forma.

Los mercenarios no se contentaron con aquella acción. Invadieron el vestíbulo y comenzaron rematar a los heridos y a buscar a los que, ilesos como nosotros, se fingían muertos. Recuerdo a un hombre, al que arrancaron de un montón de cadáveres, que imploraba misericordia a los soldados hasta que un disparo lo enmudeció. Una mujer se alzó desde otro montón humano gruñendo y empuñando un revólver. Disparó seis balas antes de que fuera abatida. No conseguimos ver si había alcanzado a alguien porque seguíamos toda la tragedia sólo a través de los ruidos. Cada pequeño conato de resistencia acababa con un disparo de revólver. En los intervalos podíamos escuchar a los soldados hablar y maldecir según revolvían entre los cuerpos amontonados mientras los oficiales les urgían acabar su siniestra tarea.

Finalmente llegaron hasta nuestro montón y pude notar cómo disminuía la presión sobre mí a medida que iban retirando los cuerpos de los muertos y de los heridos. Garthwaite empezó a gritarles las consignas. Al principio no lo oyeron, por lo que redobló sus gritos.

—Escuchad eso —le oímos decir a un soldado. Y enseguida la voz áspera de un oficial—: ¡Alto ahí!, ¡cuidado!

Aspiré con fruición la primera bocanada de aire fresco cuando retiraron los últimos cuerpos que tenía encima. Aceptaron la explicación de Garthwaite, pero a mí, quizá por mi desastrado aspecto, me hicieron más preguntas, hasta que demostré que pertenecía a los servicios del Talón de Hierro.

—Agentes provocadores. De acuerdo —concluyó el oficial. Se trataba de un joven imberbe, seguramente hijo de alguna familia importante de oligarcas.

—Un trabajo asqueroso —refunfuñó Garthwaite—. Voy a tratar de darme de baja e ingresar en el ejército. Vosotros sí que lo pasáis bien.

—Te lo has ganado —dijo el oficial joven—. Tengo alguna mano y trataré de ayudarte. Les diré cómo te encontramos.

Tomó los datos de Garthwaite y después se volvió hacia mí.

—¿Y tú?

—Yo ya estoy harta. Me voy a casar y dejaré todo esto —le respondí, encogiendo los hombros.

Y mientras hablábamos, proseguía la carnicería con los heridos. Cuando lo

recuerdo me parece todo un sueño, pero en aquellos días era la cosa más natural del mundo. Garthwaite mantenía una animada conversación con el joven oficial sobre las diferencias entre lo que llamaban la guerra moderna y la guerra callejera entre rascacielos, la que se estaba desarrollando por toda la ciudad. Yo los escuchaba atentamente mientras trataba de arreglarme un poco el pelo y sujetar con alfileres los desgarros del vestido. Mientras hablábamos, los soldados seguían rematando a los heridos. Algunas veces el ruido de los disparos ahogaban las voces de Garthwaite y del oficial, lo que los obligaba a repetir lo dicho.

Estuve tres días en medio de la matanza de la Comuna de Chicago y es posible imaginar la magnitud de la carnicería cuando digo que durante ese tiempo no vi prácticamente nada que no fuera la masacre de la gente del abismo y los tiroteos entre las ventanas de los rascacielos enfrentados. No pude ver nada de la lucha heroica de los camaradas. Podía oír el tronar de sus bombas y de sus cargas de explosivos y ver las columnas de humo que surgían por todas partes; pero eso era prácticamente todo. Al segundo día sí pude ver una acción importante, los ataques que desde los globos lanzaban nuestros camaradas sobre las fortificaciones militares. El Talón había masacrado hasta el último hombre de los tres regimientos sublevados y después fueron los mercenarios los que ocuparon los cuarteles. El viento soplaba en la buena dirección cuando nuestros globos se elevaron desde las azoteas de los edificios de oficinas de la ciudad.

Tras abandonar el refugio de Glen Ellen, el camarada Biedenbach había inventado un explosivo muy potente —lo llamó la «expedita»—; y fue ése el explosivo que lanzaron desde los globos; unos artilugios aerostáticos de construcción muy rudimentaria que utilizaban aire caliente para ascender, y que resultaron muy eficaces. Los pude ver desde la azotea de un edificio de oficinas. El primer globo, sin capacidad dirigible, no pudo pasar por encima de los cuarteles y desapareció en las afueras. Poco después supimos lo que había pasado con él. Los tripulantes eran Burton y O’Sullivan. Cuando el globo iba descendiendo pasó por encima de la vía férrea, justo cuando circulaba a toda velocidad un tren lleno de soldados que se dirigía a Chicago. Los dos camaradas dejaron caer toda su carga de «expedita» sobre la locomotora. La explosión dejó la vía bloqueada durante varios días; y lo mejor fue que una vez liberado el globo de su carga de explosivos ascendió rápidamente y no cayó a tierra hasta doce millas más lejos. Burton y O’Sullivan escaparon sanos y salvos.

El segundo globo fue un desastre. No consiguió ascender lo suficiente, lo que hizo que los disparos de los soldados lo agujerearan antes de que pudiera sobrevolar las fortificaciones. Iban Hertford y Guinness dentro, y resultaron hechos pedazos cuando el artilugio cayó y explotó en el campo. Nos enteramos más tarde de la desesperación de Biedenbach y de su resolución de manejar él solo el tercer globo. Tampoco consiguió la altura deseada, pero tuvo más suerte porque los disparos de los soldados no causaron ningún daño serio a su artefacto. Puedo recordarlo ahora tal

como lo vi desde la azotea de aquel edificio; aquella bola inflada movida por el viento y debajo de ella una pequeña mancha: ¡Biedenbach! No pude ver los cuarteles, pero los que me acompañaban dijeron que estaba justo encima de ellos. Tampoco vi la caída de la «expedita» cuando la soltó de sus amarras, pero sí pude ver el globo disparado hacia el cielo. Tras un intervalo que me mantuvo anhelante, se levantó una gran columna de humo y, debido a la distancia, tardó en oírse la tremenda explosión: el amable Biedenbach acaba de destruir él solo una fortificación. Los otros aeróstatos aparecieron juntos inmediatamente después. Uno de ellos saltó en el aire hecho pedazos, alguno de los cuales alcanzó al segundo, que afortunadamente cayó y explotó en la fortificación que aún quedaba intacta. No podía haber salido mejor esta última operación, excepto por la pérdida de las vidas de los dos camaradas.

Pero volveré a la gente del abismo, porque en realidad fue casi únicamente con ellos con los que tuve contacto en esa cruenta batalla. Fue esa horda la que, rabiosa, masacró y causó más destrucción en el centro de la ciudad, y que, en contrapartida, fue aplastada por el Talón de Hierro; pero ni siquiera pudieron acercarse a la ciudad de los oligarcas, en el lado oeste. Los oligarcas se habían protegido adecuadamente. No importaba que la destrucción se hubiera cebado en el corazón de la ciudad, ellos, sus mujeres y sus hijos habían escapado sin un rasguño. Me han dicho, incluso, que los niños jugaban tranquilos en sus parques durante aquellos días terribles, y que su juego favorito era una imitación del preferido por sus padres: pisotear al proletariado.

A los cuerpos de mercenarios, sin embargo, no les resultó fácil luchar contra la gente del abismo a la vez que contra los camaradas. Chicago fue fiel a su tradición, y aunque una generación de revolucionarios cayó en esa batalla, también cayó una generación de sus enemigos. Como era de esperar, el Talón de Hierro ocultó la cifra de sus bajas, pero una estimación muy prudente cifra en al menos ciento treinta mil los mercenarios muertos. Pero los camaradas no tuvieron ninguna otra oportunidad. En lugar de levantarse en armas todo el país, se quedaron solos, de forma que todas las fuerzas de la oligarquía pudieron concentrarse contra ellos. Así sucedió: hora tras hora, día tras día, interminables convoyes militares llegaban en los abarrotados trenes, transportando cientos de miles de mercenarios hasta Chicago.

A la gente del abismo, a esas masas enormes que habían abandonado sus guetos, los soldados, cansados de dispararles, habían decidido empujarlos, como si fueran ganado, hacia el lago Míchigan. Fue al comienzo de esa conducción siniestra cuando Garthwaite y yo reencontramos a aquel joven oficial. El intento de conducirlos hacia las aguas del lago fracasó casi en su totalidad; y todo ello gracias a nuestros camaradas. En lugar del inmenso rebaño que los mercenarios habían confiado en reunir, sólo consiguieron llevar a unos cuarenta mil de esos desgraciados hasta el lago. Cada vez que conseguían reunir a un grupo numeroso para conducirlo por las calles hacia el agua, aparecían los nuestros con sus tácticas de distracción y abrían el hueco suficiente como para que los agrupados pudieran escapar por él.

Garthwaite y yo pudimos comprobar un ejemplo de esa táctica cuando nos

volvimos a encontrar con el oficial. Los supervivientes de la multitud que encontramos al principio se batieron en retirada, pero un fuerte contingente de tropas les impidió escapar hacia el sur y el este, y las tropas que comandaba el oficial joven les cerraba el paso por el oeste; así que la única salida era hacia el norte, hacia las aguas del lago, puesto que este, sur y oeste estaban protegidos por las ametralladoras y los rifles automáticos. No sé si fue debido a un presentimiento del fin que les esperaba o a un último coletazo de la bestia, pero el caso es que bruscamente esa muchedumbre torció el sentido de su marcha en la siguiente calle y enfiló primero hacia el oeste y después hacia el sur, hacia el gran gueto de donde salieron.

Fue en ese momento cuando Garthwaite y yo tratábamos de ir hacia el oeste para salir del escenario de los combates callejeros, pero héteme aquí que volvimos a encontrarnos otra vez en el centro de la turba. Cuando llegamos a la esquina vimos a la multitud furiosa acercarse hacia nosotros. Garthwaite me cogió del brazo y echamos a correr, hasta que bruscamente me apartó a un lado para protegerme de la media docena de coches que, equipados con ametralladoras, corrían hacia los fugitivos. Detrás de los coches armados iban los soldados con sus rifles automáticos. No habían tenido tiempo de fijar su posición de disparo cuando la masa ya había caído sobre ellos. Los soldados disparaban sus rifles en medio de la turba, pero sus disparos no parecían tener ningún efecto sobre aquella multitud. Parecía como si las ametralladoras no tuvieran ninguna efectividad frente a aquello. Los coches sobre los que iban montadas las ametralladoras bloqueaban la calle obligando a los soldados a situarse detrás, entre ellos o en las aceras. Cada vez llegaban más soldados y no veíamos forma de salir de allí; Garthwaite me agarró del brazo y nos aplastamos contra la fachada de un edificio.

Cuando la turba estaba a menos de ocho metros, las ametralladoras abrieron fuego. Parecía imposible sobrevivir ante aquella cortina de plomo; la masa humana no tenía intención de detenerse, pero la pila de caídos, una montaña de muertos y heridos, le impedía avanzar. Los que venían detrás seguían empujando, y la columna se comprimía cada vez más de acera a acera. Los heridos, hombres y mujeres, rodaban por encima del montón y acababan aplastados por las ruedas de los coches o caían a los pies de los soldados, que los atravesaban son sus bayonetas. Pude ver a uno de aquellos desesperados cuando mordía la yugular de un soldado y ambos rodaban en un abrazo mortal hasta caer en el mar de sangre de la calzada.

Cesó el fuego. La labor había concluido. Habían acabado con el intento de huida de la gran horda. Se oyó la orden de despejar las ruedas de los coches armados, puesto que los cadáveres impedían que se desplazaran hasta el cruce de calles. Estaban los soldados en la labor de retirar los cadáveres que bloqueaban los coches cuando inesperadamente surgió la nueva acción. Supimos después lo que había sucedido. Un centenar de nuestros camaradas habían tomado un edificio en el siguiente bloque y, atravesando las casas contiguas y saltando por los tejados, habían conseguido situarse en lo alto del edificio, debajo del cual se encontraban los coches

y el grueso de los soldados. Aquello supuso una contramasacre.

Sin aviso previo, cayó desde lo alto del edificio una lluvia de bombas. Los coches que portaban las ametralladoras quedaron reducidos a chatarra y muchos soldados cayeron destrozados. Nosotros, junto a los supervivientes, retrocedimos en una loca carrera. Medio bloque más allá, gente apostada en otro edificio comenzó a dispararnos. Tal como los soldados habían hecho con los esclavos, alfombrando la calzada de cadáveres, así hicieron los camaradas con ellos. Parecía que a Garthwaite y a mí nos sonreía la fortuna. Tal como hicimos poco antes, nos resguardamos, ahora, en la entrada de otro edificio, pero esta vez no nos quedamos allí esperando, y tan pronto como cesó el estallido de las bombas, Garthwaite salió a ver qué pasaba.

—¡Vámonos de aquí enseguida! —dijo, excitado—. La masa está volviendo.

Agarrados de la mano, corrimos resbalando sobre el pavimento cubierto de sangre hasta llegar a la esquina siguiente. En el cruce de calles pudimos ver unos pocos soldados ilesos que todavía corrían. El camino parecía expedito, así que nos paramos un momento para mirar atrás. La masa avanzaba lentamente porque se entretenía en arrebatar las armas a los muertos y en rematar a los heridos. Pude ver cómo acababan con el joven oficial que nos había rescatado. Caído en el suelo se apoyó en un codo y comenzó a disparar su pistola al azar.

—¡Vaya, se acabaron mis posibilidades de ascenso! —ironizó Garthwaite, cuando una mujer, que blandía un cuchillo de carnicero, se abalanzó sobre el herido hundiendo el arma en él—. Corramos, no sé adónde vamos, pero acabaremos saliendo de aquí.

Así que corrimos hacia el este a través de las calles aparentemente tranquilas, aunque parábamos prevenidos en cada esquina. Hacia el sur, una enorme masa de humo empezaba a cubrir el cielo; eso significaba que el gran gueto estaba ardiendo. Al final, no pude más y me senté en el borde de la acera. Estaba exhausta y sentí que no podía seguir. Tenía las piernas y los brazos amoratados y llenos de raspaduras y arañazos, pero a pesar de mi estado conseguí lanzar una sonrisa a Garthwaite, que estaba liando un cigarrillo mientras me decía:

—Ya sé que tratando de salvarte te he metido en un gran embrollo, pero es que todo esto no ha tenido para mí ni pies ni cabeza. He tenido que improvisar en cada momento, cada vez que parecíamos escapar nos metíamos en otro lío. Estamos sólo a un par de bloques de donde te saqué de aquel callejón. Esto es un caos; no sé dónde están los amigos ni los enemigos. No se puede saber quién está en ninguno de esos malditos edificios. Trata de averiguarlo y te puede caer una bomba en la cabeza; trata de caminar tranquilo, y te metes en medio de una jauría humana o te enfrentas a las ametralladoras; júntate a los mercenarios y te matan tus propios compañeros desde un tejado. Y aparte de todos esos riesgos, aparece la masa de desesperados, que trata también de acabar contigo.

Movió tristemente la cabeza, encendió el cigarrillo y se sentó junto a mí.

—Además, estoy hambriento —añadió—. Me comería esos adoquines.

Al poco, se levantó, agarró uno de los pedruscos sueltos y lo lanzó contra el escaparate del almacén que teníamos detrás.

—Es la planta baja y no parece muy confortable —dijo mientras me ayudaba a entrar por el boquete que había abierto—, pero creo que es lo mejor que podemos conseguir por el momento. Puedes quedarte y dormir un poco, no tardaré mucho en volver. Acabaré esta operación de rescate, pero necesito tiempo, no sé cuánto, ¡ah!, y algo para comer.

Nos habíamos metido en un almacén de arneses para caballos. Con unas pocas mantas de las que se ponen en sus lomos, me metí en la oficina y me hice algo parecido a una cama. Para colmo de desgracias, sentí que me venía un ataque de jaqueca, y lo único que me podía aliviar era la posibilidad de cerrar los ojos y tratar de dormir.

—Volveré —dijo al marchar—. No confío en venir a buscarte en un coche, pero al menos traeré algo que jalar.

Tardé tres años en volver a ver a Garthwaite. En lugar de volver al almacén, lo tuvieron que llevar a un hospital con un balazo en los pulmones y otro que le atravesó un lado del cuello.

Capítulo 24

Pesadilla

Toda aquella odisea tras no haber pegado ojo en el tren consiguió que me quedara profundamente dormida en ese almacén. Era ya de noche cuando me desperté. Garthwaite no había vuelto. Había perdido mi reloj y no tenía ni idea del tiempo transcurrido. Tumbada con los ojos cerrados, podía oír el ruido de explosiones lejanas. Todavía rugía el infierno. Me deslicé lentamente hacia la entrada del almacén y pude ver que el reflejo de los múltiples incendios iluminaba la calle hasta el punto de que se podían leer perfectamente los letreros de las fachadas. Desde unos cuantos bloques más allá llegaba el estruendo de las granadas y el tableteo de las ametralladoras, y desde más lejos, el ruido de potentes explosiones. Me arrastré de nuevo hacia la oficina y volví a dormirme envuelta en las mantas para caballos.

Cuando me desperté la segunda vez, se filtraba desde la calle una luz amarillenta hasta el fondo del almacén. Era el amanecer del segundo día. Volví a acercarme a la entrada y pude ver el cielo cubierto por un manto de humo atravesado por destellos blancos intermitentes. En la calle, por la otra acera, vi tambalearse a un esclavo malherido que se apretaba el costado con una mano e iba dejando un reguero de sangre a su paso. Sus ojos miraban aterrorizados a su alrededor y por un momento se fijaron en mí. Su rostro mostraba la expresión patética de un animal herido y acorralado. Me vio, pero en el cruce de nuestras miradas no podía haber la menor sombra de entendimiento. Se encogió aún más asustado y siguió con sus pasos vacilantes. Creo que sintió que no podía esperar la menor ayuda en ese mundo de Dios. Era uno más entre los nuevos esclavos ilotas a los que los poderosos habían sometido. Todo lo que comprendió que podía esperar era encontrar un agujero en el que refugiarse para morir como un animal. El áspero ulular de una ambulancia que cruzó la esquina pareció sobresaltarlo. Las ambulancias no recogían a gente como él. Dio un gemido de terror y se refugió en un portal. Un minuto después salió otra vez a la calle y continuó sus pasos desesperados.

Volví a mis mantas caballunas y me quedé envuelta en ellas durante una hora, esperando a Garthwaite. Seguía sufriendo la jaqueca, que incluso parecía aumentar. Sólo con gran esfuerzo de la voluntad conseguí abrir los ojos y empezar a mirar alrededor. Eso me supuso un tormento insoportable. Me martilleaba el cerebro. Con pasos débiles, tambaleándome, logré llegar hasta el escaparate roto y salir a la calle. Una vez fuera traté instintivamente de huir de aquella horrible carnicería. A partir de ese momento me pareció vivir otra pesadilla. El recuerdo de lo que sucedió en las horas sucesivas aparece ahora en mi memoria como un mal sueño. Muchos de esos sucesos se mantienen claramente en mi cerebro, pero en medio de ellos hay periodos en los que debí vagar inconsciente mientras sucedían cosas que no recuerdo ni nunca

recordaré.

Sí conservo la imagen de un hombre tendido en el suelo, con el que tropecé al volver una esquina: era el desgraciado que pasó por delante de mi refugio en el almacén. Quedó en mi memoria el lastimoso aspecto que ofrecía caído en el pavimento: sus manos huesudas, deformadas, más semejantes, por los callos de sus palmas, a las pezuñas de algún animal; o por sus dedos retorcidos, a las garras de alguna fiera. Sin duda, algún tipo de trabajo inhumano las habría llevado a ese grado de deformación. Me levanté y traté de seguir vagando por la ciudad fantasma, pero antes miré la cara del hombre y observé que aún vivía. Él también me dirigió una mirada torpe.

Después, mi conciencia volvió a quedarse en blanco. No recuerdo nada más, sólo debí seguir tambaleándome tratando de buscar algún lugar seguro. La siguiente visión de pesadilla que recuerdo es la de una calle silenciosa llena de cadáveres. Fue un encuentro brusco, como el del senderista que se encuentra de golpe con un pequeño torrente, sólo que en mi caso no era un torrente de aguas limpias, sino un glaciar, que en vez de agua helada contenía cadáveres rígidos. Cubrían la calzada y las aceras; en algunos casos aparecían amontonados, y más dispersos en otros. Pobres desgraciados del abismo, siervos masacrados tras una brutal cacería; yacían allí como los conejos de California después de una batida de cazadores[119]. Miré a un lado y a otro de la calle y no percibí ningún movimiento, reinaba un silencio sepulcral. Los tranquilos edificios contemplaban mudos el escenario a través de sus múltiples ventanas vacías. Sólo una vez pude ver un brazo que se movió en medio del torrente helado. Juro que lo vi agitarse con un extraño espasmo de agonía; como parte de él se levantó una cabeza ensangrentada que barbotó alguna palabra hacia mí, cayó otra vez, y ya no se movió.

Recuerdo otra calle de edificios silenciosos en la que me asaltó el pánico cuando vi venir hacia mí otra marea humana de gentes del abismo; pero esta vez no tenía nada que temer. La turba se deslizaba lentamente, y podía oír los lamentos, los gruñidos, las imprecaciones, los juramentos y los gritos de histeria y de locura que surgían de ella. No me asusté, porque esta marea la formaban los muy jóvenes y los muy viejos, los débiles y los enfermos, los desamparados y los más desesperados, todo el escombro humano del gueto. El incendio del gran gueto en la parte sur de la ciudad los había hecho abandonarlo y lanzarse al infierno de la batalla callejera. Dónde y cómo acabó aquella marcha desesperada, es algo que no supe ni sabré jamás[120].

Tengo el vago recuerdo de un escaparate roto y de mi escondite en una tienda para escapar de la masa que huía perseguida por los soldados. También el de una bomba que estalló cerca de mí en una calle hasta ese momento tranquila, y en la que mirando arriba y abajo no pude descubrir a nadie. Un recuerdo vivo es el que comienza con el ruido del disparo de un rifle, veo que estoy siendo el blanco de un soldado que va en un automóvil. No me alcanza, y empiezo a gritar y a gesticular las

consignas de los servicios secretos. Subí al coche, pero mi recorrido en él es totalmente brumoso, aunque guardo el recuerdo vívido del disparo del soldado que iba a mi lado y que me hizo abrir los ojos. Miré a la acera y reconocí a George Milford, a quien había conocido en los días de Pell Street. El soldado lo había alcanzado y Milford cayó al suelo; a pesar de eso, el soldado volvió a dispararle. Mi antiguo camarada se encogió ante el segundo impacto y luego quedó tendido en la acera. El soldado soltó una risita sorda y el coche siguió su marcha.

Mi siguiente recuerdo, tras haberme despertado de un largo sueño, fue el sonido de los pasos repetidos de un hombre cerca de mí. Vestía el uniforme de los mercenarios y me fijé en su rostro demacrado y tenso y en las gotas de sudor que caían de su frente y le rodaban por la nariz. Se apretaba el pecho con las dos manos y a cada paso caían al suelo gotas de sangre. A través de los gruesos muros del edificio llegaba el ruido amortiguado de las bombas. Me debía de encontrar en un edificio desde el que se combatía a los ocupantes de otro. Llegó un médico a curar al soldado herido y pude saber que eran las dos de la tarde. Persistía mi jaqueca y el médico dejó un momento al herido para darme un calmante que me permitiera relajarme y descansar. La medicina hizo que me durmiera otra vez, y cuando desperté vi que estaba en la parte más alta del edificio. La lucha había terminado en las proximidades y pude ver el ataque de los globos a las fortificaciones. Alguien me rodeaba con su brazo y yo me apoyaba contra él. Sentí inmediatamente que no podía ser otro que Ernest; me quedé mirando fijamente sus cejas y el pelo chamuscados.

Fue una increíble casualidad la que hizo que pudiéramos encontrarnos en aquel horrible escenario. Ernest no tenía ni idea de que yo hubiera salido de Nueva York, y cuando entró en aquella habitación no podía creer que aquella mujer fuera yo. Poco más pude ver de los sucesos de la Comuna de Chicago. Tras el ataque de los globos a las fortificaciones, Ernest me llevó al interior del edificio, donde pude dormir lo que quedaba de tarde y toda la noche. El tercer día permanecimos en el mismo lugar, y al cuarto, aprovechando que Ernest había conseguido permiso de las autoridades y dos plazas en un automóvil, abandonamos Chicago.

Me había recuperado de la jaqueca, pero sentía un inmenso cansancio de cuerpo y espíritu. Mi espalda se apoyaba en Ernest dentro del coche y miraba sin interés el esfuerzo de los soldados para poder sacar el automóvil de la ciudad. Continuaba el fuego intermitente por donde pasábamos. Muchos sectores del barrio seguían en poder de los camaradas, pero estaban totalmente cercados por el grueso de las tropas. Resistían en un centenar de puntos dispersos, y cada uno de ellos significaba una trampa donde los mercenarios trataban de reducirlos. Reducirlos significaba matarlos *in situ*; no había cuartel, así que los camaradas lucharon hasta el último hombre[121].

Cada vez que nos aproximábamos a un punto conflictivo, los guardias nos obligaban a dar un rodeo. En una ocasión, la única posibilidad de avanzar era pasar entre el fuego de dos grupos enfrentados. Podíamos oír a cada lado el ruido de las ametralladoras y de los fusiles mientras el coche avanzaba entre las ruinas humeantes

y las fachadas descolgadas. A menudo, las calles estaban taponadas por montañas de escombros que nos obligaban a dar rodeos. Estamos en un laberinto de ruinas que hacían muy lento el avance.

Todo el complejo industrial de los mataderos (los rediles, los almacenes, los talleres, el gueto, etc.) se había convertido en un conjunto de ruinas humeantes. Lejos, a la derecha, una columna de humo oscurecía el cielo. «Ésa es la ciudad de Pullman», nos dijo el conductor, «o mejor dicho, lo que queda de ella, porque la han destruido casi por completo». El soldado había estado allí la tarde del tercer día, y nos contó acerca de las terribles batallas que tuvieron lugar allí. Nos dijo que la mayoría de las calles estaban intransitables por las pilas de cadáveres que las cubrían.

Al dar la vuelta alrededor de los muros de un edificio consumido por el fuego, en el distrito de los mataderos, el automóvil tuvo que parar ante una pila de cadáveres. Nos pareció como si una ola gigantesca los hubiera arrojado hasta allí. Estaba claro lo que había sucedido. Cuando la masa del abismo cruzó la esquina, las ametralladoras apostadas a los dos lados de la calle perpendicular les dispararon a mansalva. Tampoco los soldados escaparon del desastre, porque la explosión accidental de una bomba donde se agrupaban hizo que soldados y esclavos, todos mutilados y desgarrados, se mezclaran en el mismo montón; y alrededor de todos ellos se acumulaban los restos retorcidos de armas y de coches.

En un momento dado, Ernest saltó del coche. Unos hombros familiares cubiertos por una camisa de algodón y un peculiar flequillo blanco habían llamado su atención. Yo no me había fijado y no miré hasta que Ernest volvió al coche, y cuando éste reanudó la marcha, me dijo:

—Era el obispo Morehouse.

Pronto estuvimos en el campo. En medio del verdor, me volví para echar la última mirada al cielo de la ciudad, ennegrecido por el humo. Desde la lejanía nos llegó el ruido amortiguado de una explosión. Apoyé mi cara en el pecho de Ernest y lloré mansamente por la causa perdida. El abrazo de Ernest me reconfortó.

—Hemos perdido esta vez, mi amor —me dijo—, pero no será así la próxima vez. Hemos aprendido mucho de la derrota. Mañana, la causa volverá a levantarse, más fuerte, más preparada y más disciplinada.

El automóvil llegó hasta la estación del ferrocarril, donde teníamos que tomar un tren que nos llevara a Nueva York. Mientras esperábamos en el andén, pasaron tres convoyes veloces con dirección al oeste de Chicago. Iban abarrotados de trabajadores andrajosos, la mano de obra sin cualificar del abismo.

—Levas de esclavos para reconstruir Chicago —dijo Ernest—. Eso significa que han matado a todos los esclavos de Chicago.

Capítulo 25

Los terroristas

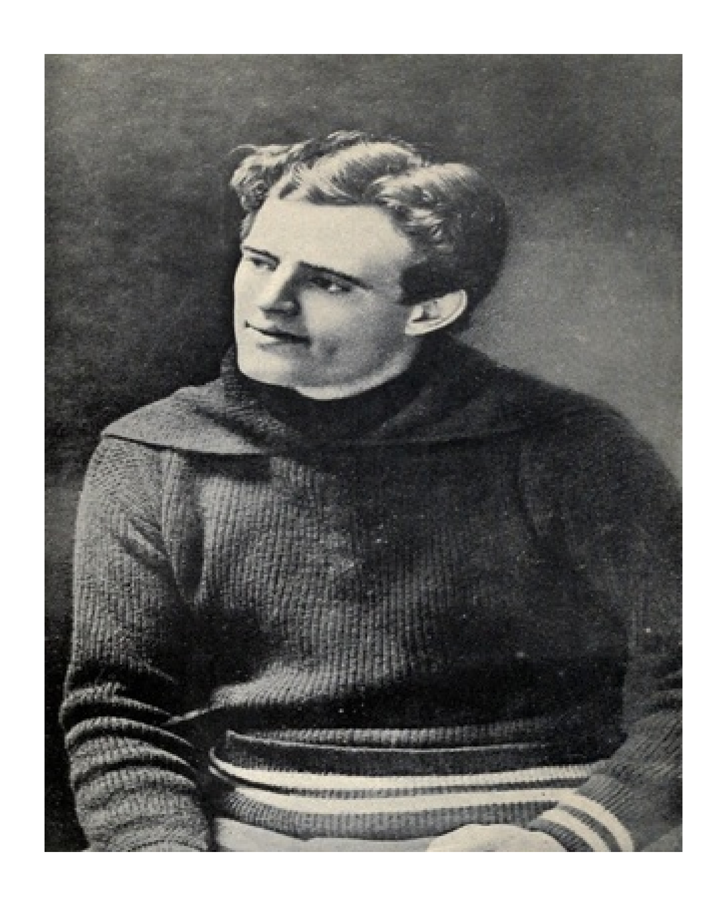
Tuvieron que pasar algunas semanas desde que Ernest y yo volviéramos a Nueva York para que llegáramos a comprender la magnitud de la derrota que había asolado la causa. La situación era sangrienta y amarga. En muchos lugares dispersos, a lo largo del país, había habido revueltas de esclavos y las consiguientes masacres.

La lista de mártires aumentaba constantemente. Había ejecuciones de prisioneros por todas partes. Las montañas y las regiones aisladas se llenaron de fugitivos y de proscritos, a los que los mercenarios daban caza como a las fieras. Nuestros propios refugios estaban llenos de camaradas, con sus cabezas puestas a precio. Mediante la información suministrada por sus espías, los soldados del Talón de Hierro descubrieron y arrasaron muchos de nuestros refugios.

Algunos de nuestros camaradas, descorazonados, recurrieron a tácticas terroristas. El duro revés sufrido los sumió en una total desesperación. Surgieron muchas organizaciones terroristas fuera de nuestro control, y su existencia nos causó serios problemas[122].

Estas bandas de aventureros, que sacrificaban sus vidas de forma tan irracional, obstaculizaron muchas veces nuestros planes y retardaron nuestra reorganización.

Y en medio de toda esa agitación, el Talón de Hierro proseguía la persecución implacable de nuestros camaradas; los buscaba en toda la estructura social, sirviéndose para ello de la acción conjunta de los mercenarios, las castas de trabajadores aristócratas y la pléyade de sus servicios secretos. Los castigaban sin piedad, pero lo hacían como si cumplieran un deber social. Sufrían en silencio nuestras represalias y reemplazaban con presteza a sus caídos. Y entretanto, Ernest y los otros líderes trabajaban duramente tratando de reorganizar las fuerzas revolucionarias. Puede comprenderse la magnitud de esta tarea cuando se tiene en cuenta[123]…



JACK LONDON (1876-1916), apodo de John Griffith Chaney, su nombre verdadero, fue un novelista y cuentista estadounidense de obra muy popular en la que figuran clásicos como *La llamada de la selva* (1903), que llevó a su culminación la aventura romántica y la narración realista de historias en las que el ser humano se enfrenta dramáticamente a su supervivencia. Algunos de sus títulos han alcanzado difusión universal.

En 1897 London se embarcó hacia Alaska en busca de oro, pero tras múltiples aventuras regresó enfermo y fracasado, de modo que durante la convalecencia decidió dedicarse a la literatura. Un voluntarioso período de formación intelectual incluyó heterodoxas lecturas (Kipling, Spencer, Darwin, Stevenson, Malthus, Marx, Poe, y, sobre todo, la filosofía de Nietzsche) que le convertirían en una mezcla de socialista y fascista ingenuo, discípulo del evolucionismo y al servicio de un espíritu esencialmente aventurero.

En el centro de su cosmovisión estaba el principio de la lucha por la vida y de la supervivencia de los más fuertes, unido a las doctrinas del superhombre. Esa confusa amalgama, en alguien como él que no era precisamente un intelectual, le llevó incluso a defender la preeminencia de la «raza anglosajona» sobre todas las demás.

Su obra fundamental se desarrolla en la frontera de Alaska, donde aún era posible vivir heroicamente bajo las férreas leyes de la naturaleza y del propio hombre librado a sus instintos casi salvajes. En uno de sus mejores relatos, *El silencio blanco*, dice el narrador: «El espantoso juego de la selección natural se desarrolló con toda la

crueldad del ambiente primitivo». Otra parte de su literatura tiene sin embargo como escenario las cálidas islas de los Mares del Sur.

Notas

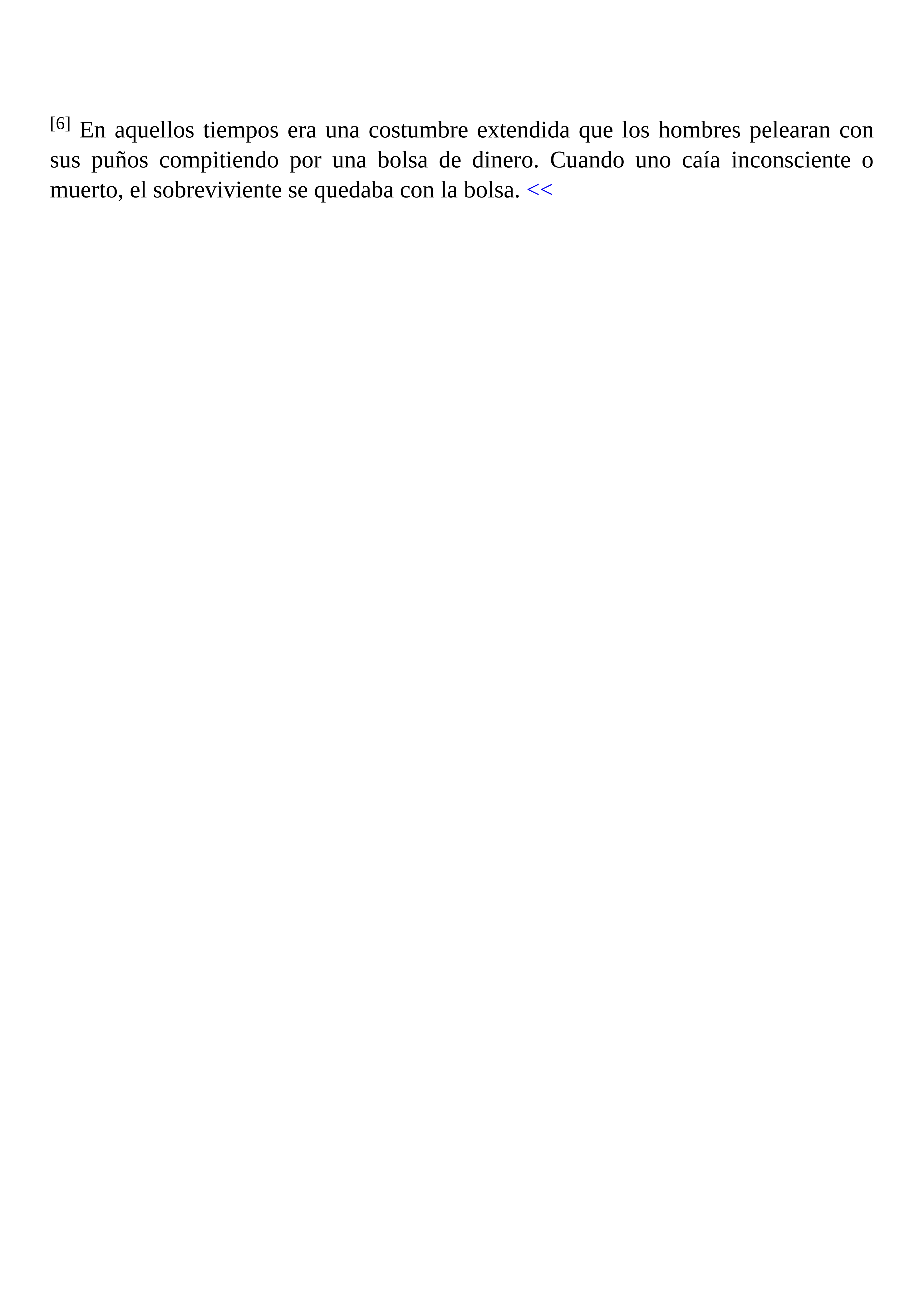
[1] Fue Ernest Everhard el principal organizador de la Segunda Sublevación, bien que ayudado por los líderes europeos. La captura y ejecución secreta de Everhard supuso un hecho trascendental en la primavera de 1932; sin embargo, la minuciosidad con que Everhard había preparado el levantamiento hizo posible que sus compañeros en la lucha pudieran llevar a cabo su acción sin mayores contratiempos. Fue después de la ejecución de Everhard cuando su viuda se retiró a una cabaña en Wake Robin Lodge, en las montañas de Sonoma, en California. <<

[2] Se refiere, sin duda, a la Comuna de Chicago. <<

[3] Con todo nuestro respeto por Avis Everhard, es preciso decir que su esposo fue uno más entre los líderes que planearon la Segunda Sublevación. Y hoy, con el distanciamiento que proporcionan los siglos transcurridos desde aquellos sucesos, podemos decir, sin la menor duda, que aunque Ernest Everhard no hubiera muerto antes, no por ello hubieran sido menos calamitosos los resultados de esa revuelta. <<

[4] La Segunda Revuelta tuvo un alcance realmente internacional. Era un plan colosal, demasiado colosal como para haber sido la obra de un solo hombre. Los trabajadores de todas las oligarquías del mundo estaban preparados para alzarse a la señal convenida. Alemania, Italia, Francia y toda Australasia, todos ellos, países de trabajadores, Estados socialistas. Todos estaban preparados para impulsar la revolución y pusieron su generoso empeño en ella. Y fue ésa la razón, cuando la Segunda Revuelta fue aplastada, de que ellos también fueran masacrados por las oligarquías coaligadas de todo el mundo, y que sus Gobiernos socialistas fueran reemplazados por Gobiernos oligárquicos. <<

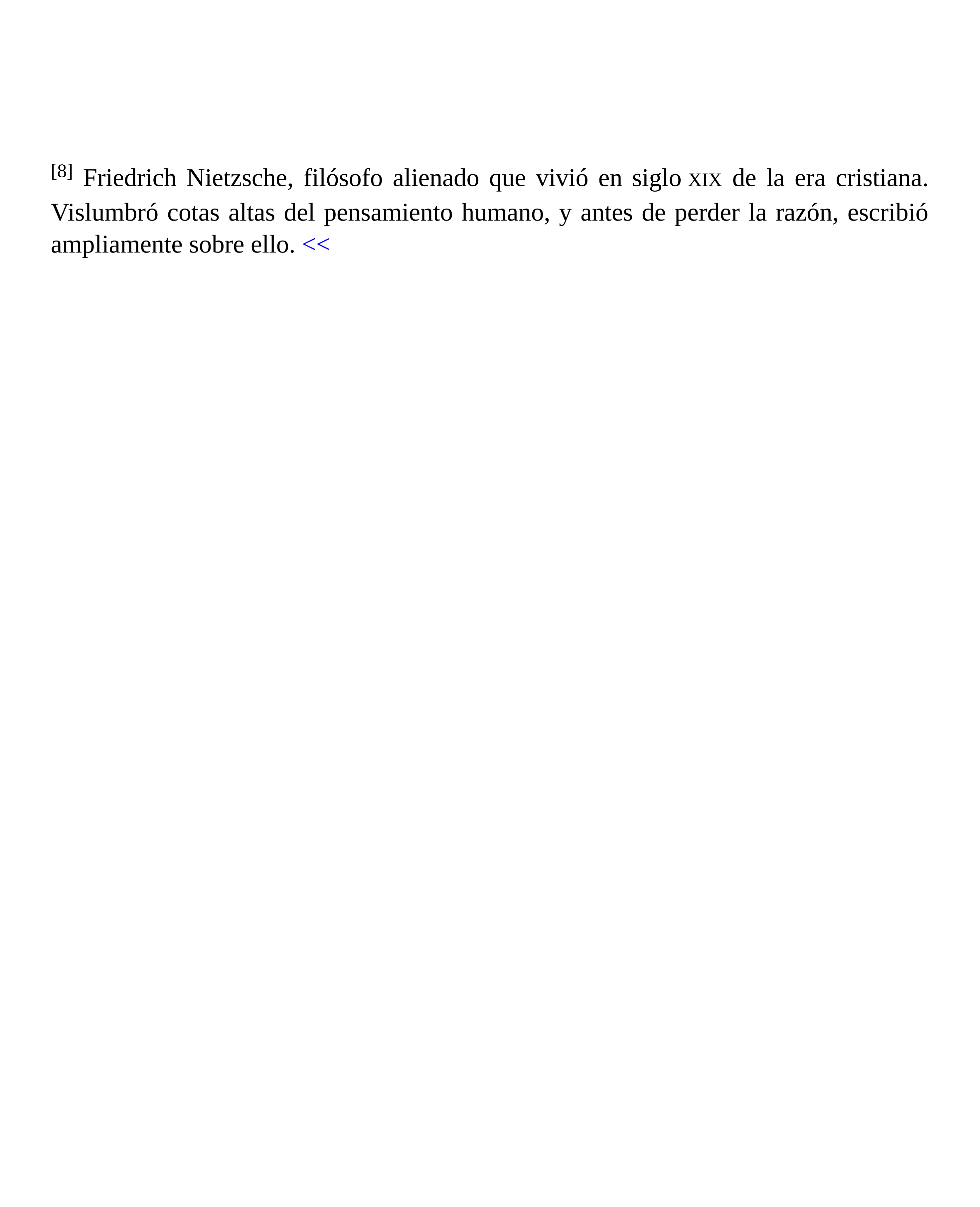
[5] John Cunningham, padre de Avis Everhard, fue profesor en la universidad estatal de Berkeley, en California. Su especialidad eran las ciencias físicas. Investigó en múltiples campos y fue un científico muy reconocido. Su principal contribución a esa ciencia fueron sus investigaciones sobre el electrón, plasmadas en su magna obra *Identidad de Materia y Energía*, en la que se estableció definitivamente la identidad entre la unidad más elemental de materia y fuerza; una idea propuesta anteriormente por *sir* Oliver Lodge y otros investigadores del campo de la radioactividad. <<



[6] En aquellos tiempos era una costumbre extendida que los hombres pelearan con sus puños compitiendo por una bolsa de dinero. Cuando uno caía inconsciente o muerto, el sobreviviente se quedaba con la bolsa. <<



[7] Una vaga referencia a un músico negro que cautivó a la gente en la última mitad del siglo XIX de la era cristiana. <<



[8] Friedrich Nietzsche, filósofo alienado que vivió en siglo XIX de la era cristiana. Vislumbró cotas altas del pensamiento humano, y antes de perder la razón, escribió ampliamente sobre ello. <<

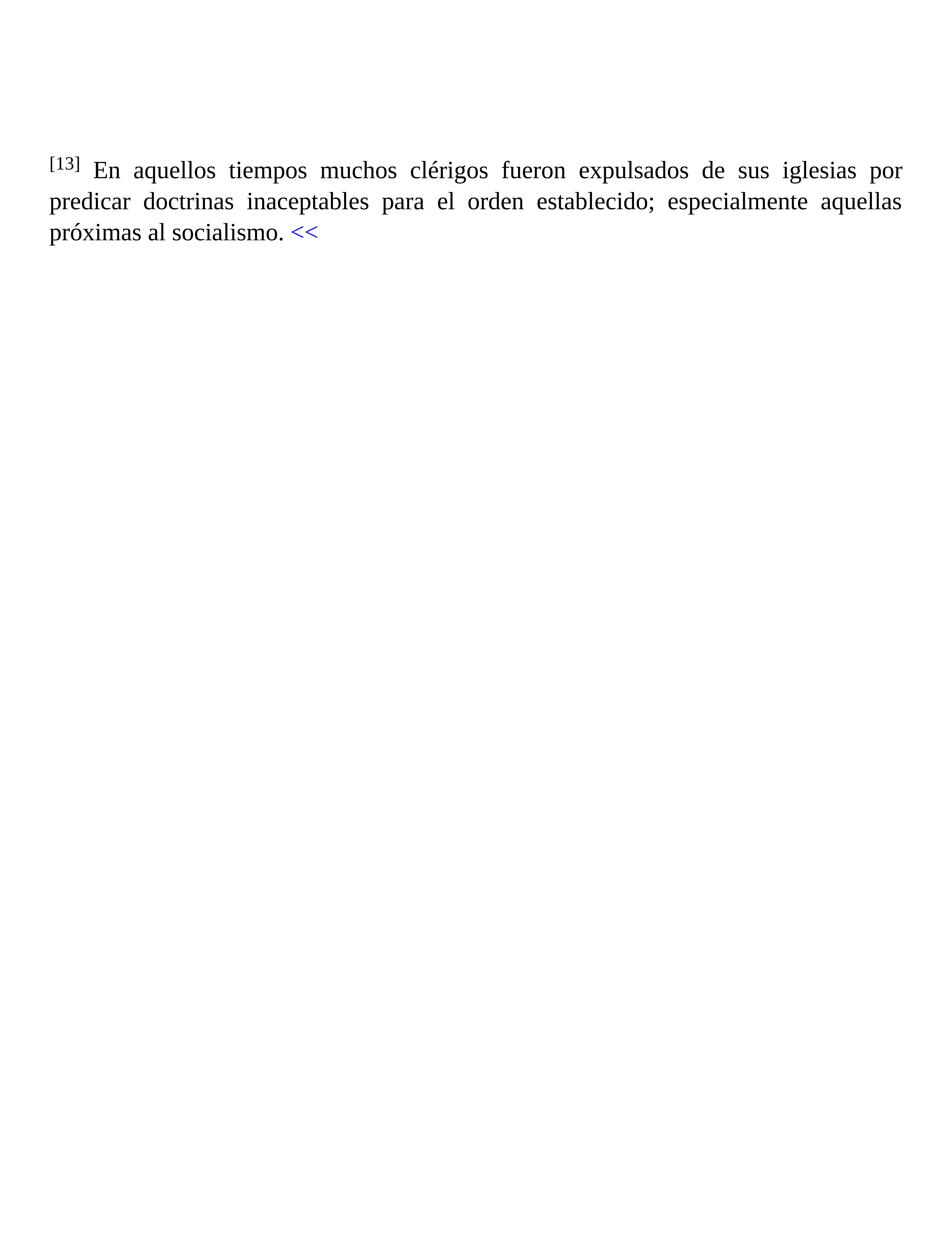
[9] Notable académico que vivió entre finales del siglo XIX y comienzos del XX de la era cristiana. Fue presidente de la Universidad de Stanford, una institución filantrópica de aquellos tiempos. <<

[10] Un idealista monista que trajo de cabeza a los filósofos de su época con unas teorías que negaban la existencia de la materia. Aunque brillante en sus argumentaciones, éstas fueron negadas a medida que las nuevas evidencias científicas superaban esos planteamientos filosóficos. <<



[11] Se refiere al gran terremoto que en 1906 d. C. destruyó la ciudad de San Francisco. <<

[12] Esta imagen proviene de unos tiempos en que los hombres luchaban a muerte como las bestias. Cuando uno de los contendientes se consideraba vencido y arrojaba sus armas al suelo, matarlo o perdonarle la vida dependía enteramente del vencedor. <<

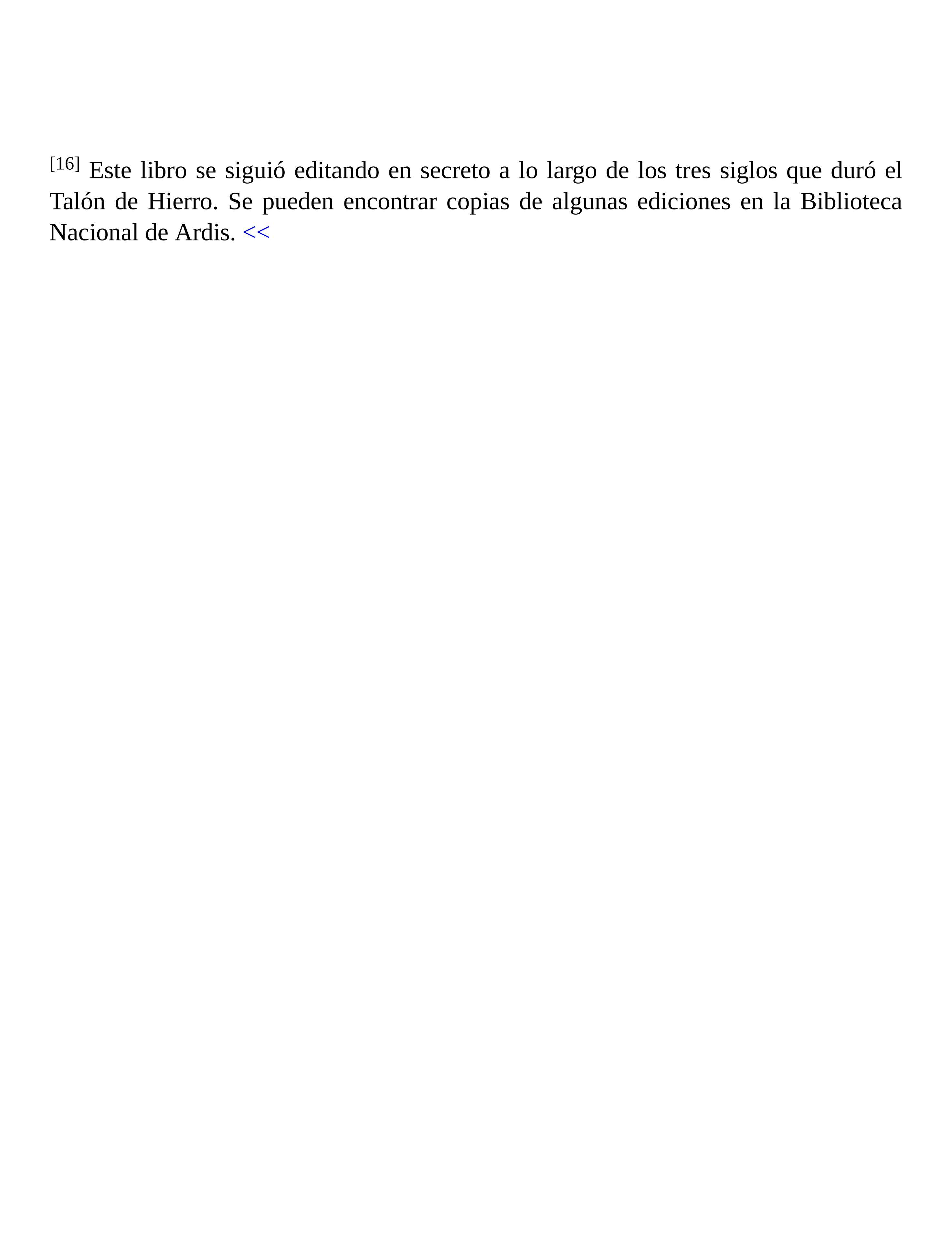


[13] En aquellos tiempos muchos clérigos fueron expulsados de sus iglesias por predicar doctrinas inaceptables para el orden establecido; especialmente aquellas próximas al socialismo. <<

[14] El cuerpo de guardia palaciego del rey Luis XVI de Francia. <<



[15] La distinción en aquellos tiempos entre el derecho de suelo y el derecho de sangre de los ciudadanos norteamericanos era extremada e injusta. <<



[16] Este libro se siguió editando en secreto a lo largo de los tres siglos que duró el Talón de Hierro. Se pueden encontrar copias de algunas ediciones en la Biblioteca Nacional de Ardis. <<



[17] En aquellos tiempos, grupos de individuos depredadores controlaban los medios de transporte, imponiendo tarifas para su uso público. <<

[18] Estas disputas eran muy frecuentes en aquellos tiempos anárquicos e irracionales. Algunas veces, los trabajadores se negaban a trabajar; en otras, eran los empresarios los que negaban a los obreros su derecho al trabajo. Los disturbios violentos que producían esas situaciones llevaban a menudo a la destrucción de la riqueza y a la pérdida de vidas. Todo ello nos resulta inconcebible ahora, tan inconcebible como otro de los hábitos de aquellos tiempos: la manía de los hombres de las clases más bajas de destrozar el mobiliario de sus casas cuando discutían con sus esposas. <<

[19] El término «proletariado» deriva originalmente del latín *proletarii*, el nombre que se dio en el censo de Servio Tulio a aquéllos cuya única función dentro del Estado era la de engendrar hijos (*proles*); es decir, que no se les consideraba ni por riqueza, ni por posición, ni por alguna habilidad especial. <<

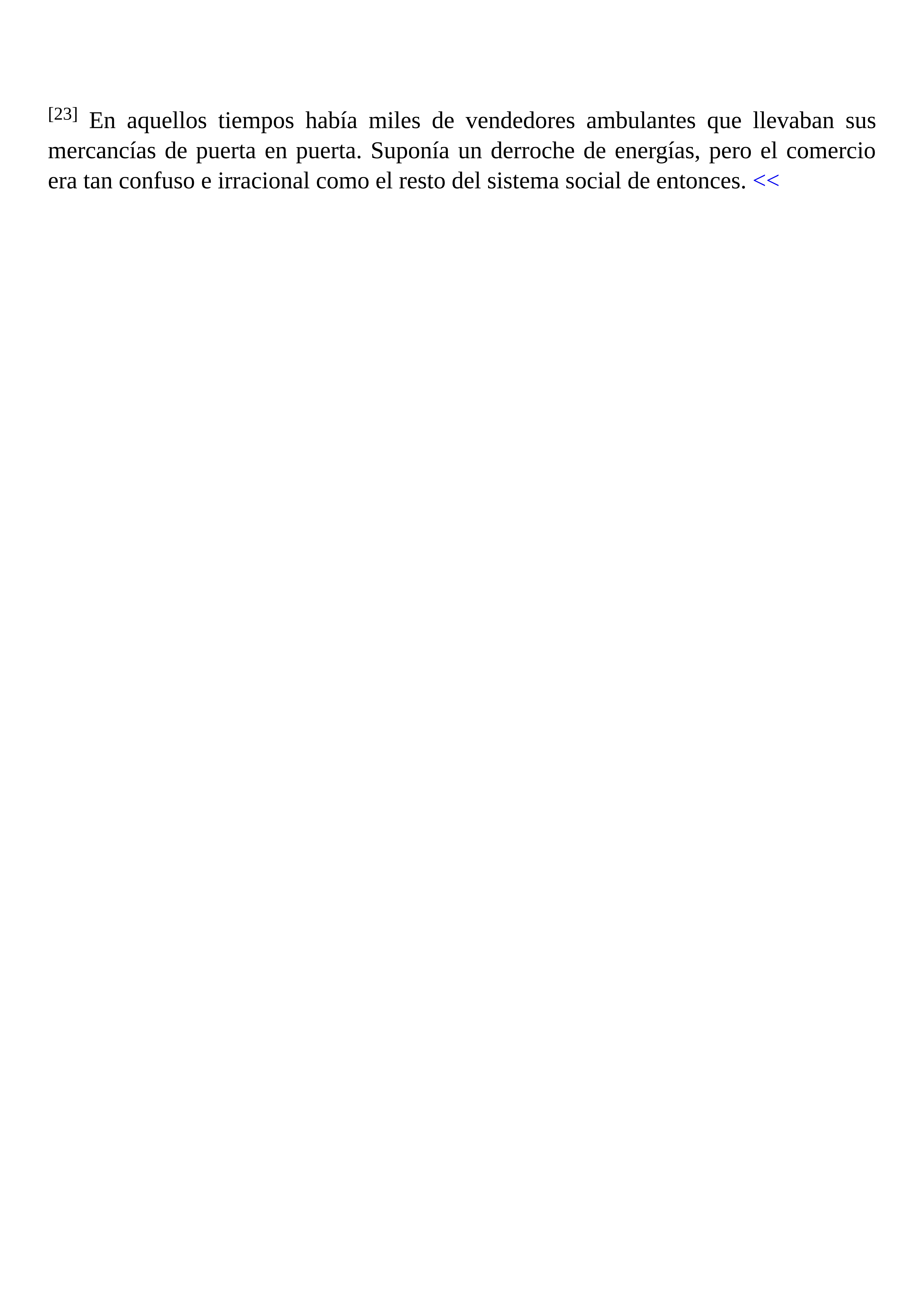
[20] Inglés de nacimiento, escritor de varios libros de economía política y de filosofía. Su liderazgo en los grupos socialistas de la época lo condujeron a presentarse a las elecciones para gobernador de California por el Partido Socialista en las elecciones de 1906 de la era cristiana. <<

[21] La página más horrible de la historia de la humanidad es la que relata el trato de esclavos que recibieron las mujeres y los niños en las fábricas inglesas en la segunda mitad del siglo XVIII de la era cristiana. En aquel infierno industrial se labraron algunas de las más importantes fortunas de la época. <<

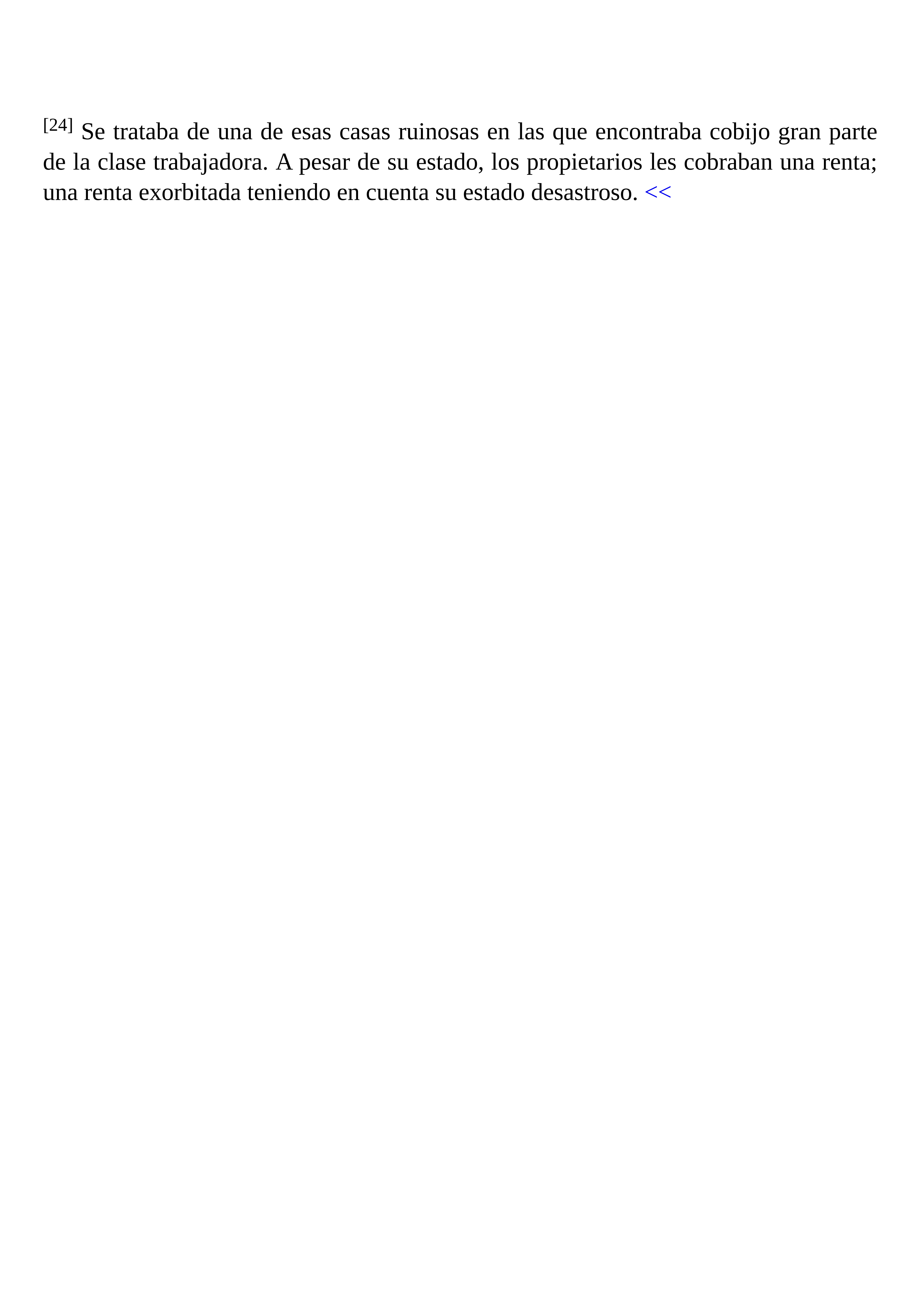
[22] Quizá Everhard hubiera podido encontrar mejores ejemplos sobre la actuación de la Iglesia sureña en defensa de la esclavitud antes de lo que se conoce como la «Guerra de Secesión». A continuación exponemos una lista de documentos que reflejan esa postura:

En 1835, la Asamblea General de la Iglesia presbiteriana declaró que «la esclavitud está reconocida en el Antiguo y Nuevo Testamento, y no está condenada por la autoridad divina». La Asociación Baptista de Charleston decía en un mensaje del mismo año: «El derecho de los amos a disponer del tiempo de sus esclavos ha sido claramente reconocido por el Sumo Creador, quien es libre para otorgar a sus fieles la propiedad de todo aquello que le agrade». El reverendo E. D. Simon, doctor en Teología y profesor del Colegio Metodista Randolph Macon, de Virginia, escribía: «Los textos de las Sagradas Escrituras afirman, de forma inequívoca, el derecho de propiedad sobre los esclavos, junto con todo lo que ello apareja. El derecho sobre el comercio con ellos está claramente expresado. En suma, si consultamos la doctrina judía que emanó de Dios o la opinión y las prácticas mantenidas por las sociedades humanas en todos los tiempos, o los mandatos del Nuevo Testamento y de las leyes morales, llegamos a la conclusión de que la esclavitud no es inmoral. Partiendo de este punto y de que los primeros esclavos africanos fueron legalmente ligados a la servidumbre, resulta consecuencia inevitable el derecho de mantener a sus hijos en ese estado. Vemos, pues, que la esclavitud existente en América es conforme a Derecho».

No resulta extraño que esta misma opinión se mantenga en la Iglesia una generación después con respecto a la legitimación de la propiedad capitalista. En el importante Museo de Asgard se encuentra un libro titulado *Essays in Application*, escrito por Henry van Dyke y publicado en 1905. Nuestras comprobaciones nos llevan a la conclusión de que su autor era un clérigo. El trabajo supone un buen ejemplo de lo que Everhard hubiera llamado mentalidad burguesa. Nótese la similitud entre la declaración de la Asociación Baptista citada *up supra* y la que escribió Van Dyke setenta años más tarde: «La Biblia enseña que el mundo pertenece a Dios, y que Dios distribuye los bienes entre los hombres según su voluntad y conforme a las leyes generales». <<



[23] En aquellos tiempos había miles de vendedores ambulantes que llevaban sus mercancías de puerta en puerta. Suponía un derroche de energías, pero el comercio era tan confuso e irracional como el resto del sistema social de entonces. <<



[24] Se trataba de una de esas casas ruinosas en las que encontraba cobijo gran parte de la clase trabajadora. A pesar de su estado, los propietarios les cobraban una renta; una renta exorbitada teniendo en cuenta su estado desastroso. <<

[25] En aquellos tiempos, los robos eran cosa habitual. Se robaban los unos a los otros. Los poderosos de la sociedad robaban legalmente, o legalizaban sus robos, mientras que los robos de las clases más bajas eran siempre ilegales. No había nada seguro a no ser que estuviera bien guardado. Había batallones de vigilantes para tratar de impedir los robos. Las casas de los acomodados eran una combinación de depósitos seguros, cajas fuertes y cámaras acorazadas. Se puede considerar la costumbre de los niños de hoy de apoderarse de las cosas de otros niños como una reminiscencia de lo que en aquellos tiempos era práctica común. <<



[26] Los trabajadores acudían al trabajo y terminaban sus turnos al toque de estridentes sirenas. <<

[27] La función de los abogados de las grandes compañías era la de defender, incluso de forma infame, los intereses de esas corporaciones. En 1905, el presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, inauguró el curso de la Universidad de Harvard con las siguientes palabras: «Todos sabemos que, en los tiempos que vivimos, muchos de los miembros más notorios y mejor remunerados del mundo del Derecho se especializan, en los lugares más prósperos, en construir brillantes e ingeniosos planes para que sus poderosos clientes, ya sean individuos o corporaciones, puedan evadir las leyes elaboradas para regular, con vistas al interés público, los fines de las grandes fortunas». <<

[28] Una muestra típica de la dura lucha por la vida que impregnaba a la sociedad de entonces. Los hombres luchaban entre sí como lobos hambrientos. Los lobos más grandes se comían a los más pequeños, y en ese paquete social, Jackson era el lobo más pequeño de la manada. <<



[29] Es interesante señalar la rudeza del lenguaje de los hombres de entonces, en una época en que todos luchaban por la vida con «uñas y dientes». <<

[30] Parece referirse a los resultados de las elecciones norteamericanas de 1910, en las que la ascensión del voto socialista indicaba claramente el auge del partido de la revolución. En 1888, obtuvo 2068 votos; en 1902, 127 713; en 1904, 435 040; en 1908, 1 108 427; y en 1910, 1.688.211. <<

[31] En las terribles luchas entre lobos de aquellos tiempos, nadie podía considerarse a salvo, cualquiera que fuera su riqueza. De aquellos temores por el bienestar de sus familias surgió la idea de los seguros. Ahora, en esta era, en nuestra sociedad racional, tal idea nos parece risible por lo absurda y primitiva; pero en aquellos tiempos, los seguros eran un asunto serio. Lo más curioso es que los fondos que los individuos pagaban a las compañías, a menudo, los escamoteaban o malgastaban los administradores de esas compañías. <<

[32] Antes de que naciera Avis Everhard, John Stuart Mill, en su ensayo *Sobre la libertad*, escribió: «Allá donde exista una clase dominante, la moral reinante, en general, será la que emana de los intereses de clase de los poderosos y de sus convicciones morales». <<

[33] Los periódicos del año 1902 de aquella era honraban a George F. Baer, presidente de la Anthracite Coal Trust, con una de sus declaraciones de principios: «Los derechos e intereses de los trabajadores serán protegidos por nosotros, cristianos, a quien Dios, en su infinita sabiduría ha confiado la propiedad de los bienes del país». <<

[34] El término «sociedad» tiene aquí un sentido restringido, un uso común en aquellos tiempos para denominar a las amas de casa ociosas que no hacían nada productivo sino hociquear, como los zánganos, en las celdillas de las colmenas que iban llenando los trabajadores. Era un pasatiempo que ni los trabajadores ni los empresarios practicaban. La «sociedad» fue una creación de y para ricos ociosos. <<



[35] «Traed vuestro dinero aunque sea un dinero sucio» era el lema de la Iglesia durante aquella época de la historia. <<

[36] En las páginas del semanario *Outlook* de fecha 18 de agosto de 1906 aparece un caso similar al que Avis Everhard relata sobre Jackson. Se trata también de un trabajador que pierde un brazo en un accidente laboral. <<

[37] En aquellos tiempos era costumbre de las gentes acomodadas llenar sus salones con un *bric-à-brac*. No habían descubierto la sencillez de la vida. Sus salones eran museos que suponía un tremendo esfuerzo mantener limpios. El «señor del polvo» era el rey de la casa. Había miles de objetos para acumular el polvo y sólo unos pocos artilugios para limpiarlo. <<

[38] La anulación de testamentos era una curiosa costumbre en aquellos tiempos. La acumulación de enormes fortunas complicaba extraordinariamente la voluntad de los testadores, que sabían que tras su muerte cualquier abogado hábil podía tergiversar las cláusulas de su legado. De ahí que la redacción de un testamento y la posibilidad de su anulación eran tan inevitables como el diseño de un arma y la inmediata construcción de otra que la contrarrestara. Se llamaba a los abogados más prestigiosos para que redactaran testamentos inimpugnables, tarea ardua porque en muchos casos los anulaban los mismos abogados que los habían redactado; no obstante, los multimillonarios mantenían su esperanza de conseguir testamentos que no pudieran anularse tras su muerte. Eso hacía que generación tras generación, testadores y abogados persiguieran esa quimera como los alquimistas medievales perseguían el disolvente universal. <<

[39] Una literatura curiosa y pintoresca que mostraba a la clase trabajadora una visión adulterada de la naturaleza de las clases ociosas. <<

[40] Las gentes de aquellos tiempos eran prisioneros de ciertas frases, cuyo uso abyecto nos resulta incomprensible hoy día. Jugaban con las palabras como los prestidigitadores con su magia. Su pensamiento caótico hacía que una simple palabra sirviera para deslegitimar cualquier teoría razonada. Una de esas palabras era el adjetivo «utópico», que usaban en sus diatribas para negar cualquier esquema de reforma social. Se consideraba ingenioso repetir muletillas como la de «un dólar honrado», o la que empleó el candidato republicano en las elecciones de 1900: «un cubo rebosante de comida». <<



[41] Detectives privados en su origen, fueron enseguida captados como pistoleros por los capitalistas, convirtiéndose así en mercenarios de la oligarquía. <<

[42] Esos fármacos milagrosos eran pura mentira que, al igual que sucedía en la Edad Media con los filtros y los amuletos, engañaban a los sujetos más crédulos. La única diferencia entre aquéllos y estos falsos remedios radicaba en que los últimos eran más caros y más dañinos para la salud. <<

[43] Incluso en 1912, la mayoría de la gente pensaba que eran los dueños de su destino político, que sus votos decidían quién iba a gobernar. Craso error; en realidad los gobernantes salían de lo que se denominaba *maquinarias políticas*. Al principio, los jefes mafiosos de esas maquinarías cobraban grandes sumas a los capitalistas para que salieran elegidos los candidatos más adecuados a sus intereses; más tarde, esos capitalistas descubrieron que les salía mucho más barato hacerse con esa maquinaria y nombrar ellos mismos a los capos. <<

[44] En 1906, Robert Hunter, en su libro titulado *Poverty*, señalaba que en ese año había diez millones de habitantes que vivían por debajo de los límites de la pobreza. <<



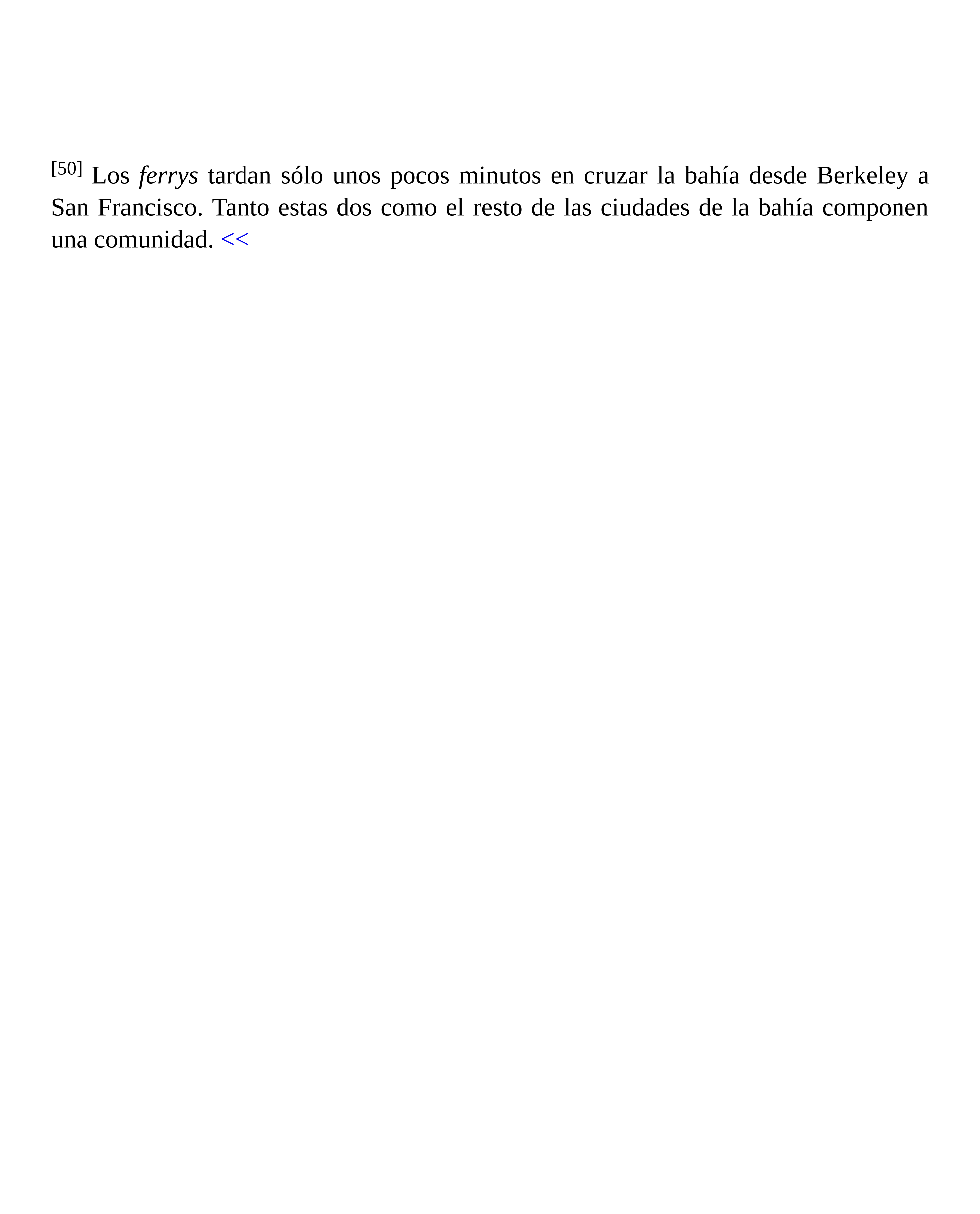
[45] En el censo norteamericano de 1900 (el último en que se publicó este tipo de cifras), el número de niños obreros era de 1.752.187. <<

[46] Como referencia, incluimos un párrafo escrito por el escritor norteamericano Ambrose Bierce, en 1906, en su obra The *Cynic's Word Book's*: «Bombas de racimo: Una respuesta que el futuro reserva como respuesta a las demandas del socialismo norteamericano». <<

[47] Hubo hombres, incluso antes de aquellos años, que, aunque no se atrevieron a predecir su naturaleza, sí presintieron la presencia de esa sombra. John C. Calhoun dijo: «Una fuerza se cierne sobre el gobierno del pueblo, un poder superior al que emana de él. Un poder sustentado por muchos, variados y potentes intereses, combinados todos ellos en una gran masa, y cohesionados por la fuerza centrípeta que emana de los beneficios de los banqueros». Incluso el gran humanista Abraham Lincoln dijo poco antes de ser asesinado: «Entreveo un futuro próximo amenazado por una crisis que me inquieta y me hace temer por la seguridad de mi pueblo […]. Las grandes corporaciones se han encumbrado y se avecina una era dominada por la corrupción. El poder del dinero se esforzará por prolongar su reinado, confundiendo al pueblo y acumulando toda la riqueza en unas pocas manos hasta conseguir destruir la República». <<

[48] El libro *Economics and Education* se publicó ese mismo año. Se conservan tres copias, una en Asgard, las otras dos en Ardis. El libro es un estudio minucioso de la persistencia del orden establecido a través de un factor que el autor conocía bien: la influencia del dinero en las universidades y el sistema educacional en general. Era una denuncia racional y rotunda sobre un sistema de educación que desarrollaba en la mente de cada estudiante únicamente las ideas que tendían a la perpetuación del sistema capitalista, excluyendo cualquier otra idea que pudiera subvertir ese orden económico-social. El libro creó una gran conmoción y fue rápidamente prohibido por la oligarquía. <<

[49] No hay ninguna pista sobre el significado de esas siglas. <<



[50] Los *ferrys* tardan sólo unos pocos minutos en cruzar la bahía desde Berkeley a San Francisco. Tanto estas dos como el resto de las ciudades de la bahía componen una comunidad. <<



[51] Se trata de un breve poema: «Pascua», del escritor irlandés Oscar Wilde, que vivió entre la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. <<

[52] Rebajar la diferencia entre el coste y el precio de venta de un producto, e incluso venderlo por debajo del precio de coste, es una práctica desleal mediante la cual las grandes compañías, que pueden soportar esas pérdidas, consiguen arrojar del mercado a las más pequeñas. Una forma común de *dumping*. <<



[53] Fue la pionera de los monopolios. Apareció casi una generación antes que los que la siguieron. <<

[54] En aquellos tiempos, para los norteamericanos que se sentían ahogados por las deudas, declararse en bancarrota era la única salida de una situación insostenible, sin escapatoria. Era la forma de no hacer frente a sus deudas y de suavizar un tanto la feroz lucha en la sociedad de los negocios. <<

[55] Las fechas que cita Everhard son aproximativas, el proyecto se presentó en el Congreso el 30 de junio, no el 30 de julio. Se conserva, en Ardis, el *Diario de Sesiones del Congreso* donde se referencia la ley en las siguientes fechas: 30 de junio, 9, 15, 16 y 17 de diciembre de 1902, y 7 y 14 de enero de 1903. No es extraña la ignorancia de los hombres de negocios de la cena, ya que muy poca gente la conocía. En julio de 1903, un revolucionario, E. Untermann, publicó un folleto en Girard, Kansas, sobre «El proyecto Milicias». El folleto tuvo una pequeña difusión entre los trabajadores; pero ya entonces había un distanciamiento tal entre las clases que los mesócratas nunca oyeron hablar de él, e ignoraron por tanto esa ley. <<

[56] Everhard desarrolla claramente aquí la causa de los conflictos laborales de su tiempo. En el reparto del producto obtenido conjuntamente, el capital al igual que el trabajo quiere obtener la parte mayor del beneficio. El conflicto sobre ese reparto es irreconciliable. En tanto exista el sistema de producción capitalista, el capital y el trabajo pelearán por el reparto de los beneficios del producto final. A nuestros ojos aparece como un espectáculo ridículo, pero no podemos olvidar los siete siglos que nos separan de quienes vivieron aquella etapa de la humanidad. <<

[57] Pocos años después, en esa época, el presidente norteamericano Theodore Roosevelt declaró que: «Es necesaria una liberalización recíproca en los mercados mundiales, de forma que los Estados Unidos puedan vender sus excedentes a otros países». Naturalmente, esta superproducción surge de los beneficios que el sistema capitalista obtiene y que no puede consumir por él mismo. Fue también en esa época cuando el senador Mark Hanna dijo: «La producción de riqueza en Estados Unidos crece un tercio más cada año con respecto a su consumo». Asimismo, el senador Chauncey Depew expresó que: «El pueblo norteamericano produce anualmente dos millardos más de lo que consume». <<

[58] Karl Marx. Un judío alemán del siglo XIX, contemporáneo de John Stuart Mill, importante intelectual y adalid del socialismo. Nos resulta difícil de creer que se hayan sucedido tantas generaciones tras los descubrimientos de Marx en el campo de la economía y que en ese transcurso haya sido tantas veces desdeñado por los más prestigiosos pensadores y académicos. A causa de sus teorías fue desterrado de Alemania, su país natal y murió exilado en Inglaterra. <<

[59] El nombre más antiguo conocido para designar la oligarquía. <<

[60] Esta división que hace Everhard de las clases sociales está de acuerdo con la que hizo Lucien Sanial, uno de los sociopolitólogos más reconocidos de su época. Sus cálculos respondían al tipo de ocupación, que según el censo de los Estados Unidos de 1900 era el siguiente: clase plutócrata, 250 251; clase media, 8 429 845; y la clase obrera, 20.393.137. <<



[61] Para Standard Oil y Rockefeller, véase la nota de las páginas siguientes de este capítulo. <<

[62] Hasta 1907 se consideraba al país dominado por once grupos, pero ese número se redujo por la fusión de los cinco grupos de ferrocarriles en uno solo. Los cinco grupos unidos junto con aliados financieros y políticos era los siguientes: (1) James J. Hill, que controlaba el noroeste; (2) el grupo de ferrocarriles de Pensilvania, con Schiff como director financiero, y su control de importantes bancos de Filadelfia y de Nueva York; (3) Harriman, con Frick como consejero y Odell como agente político, dirige las líneas de transporte del centro del país y de la costa sur y sudoeste del Pacífico; (4) los intereses ferroviarios de la familia Gould; y (5) Morse, Reid y Leeds, conocidos como la familia de Rock Island. Esos poderosos oligarcas salieron airosos de los conflictos con la competencia y enfilaron el inevitable camino a la aglutinación de sus recursos particulares. <<

[63] *Lobby*, grupo de presión cuya finalidad era intimidar y corromper a los legisladores supuestamente considerados como representantes de los intereses del pueblo. <<

[64] Días antes de este discurso de Everhard, la Cámara de Comercio de Nueva York publicó un informe del que extraemos el siguiente párrafo: «Los ferrocarriles gobiernan absolutamente las cámaras de la mayoría de los estados de la Unión; hacen y deshacen a su voluntad senadores, congresistas y gobernadores, y son prácticamente los dictadores de la política gubernamental de los Estados Unidos». <<

[65] Rockefeller comenzó siendo un simple trabajador que, a fuerza de ahorro y de astucia, logró organizar el primer trust perfecto, el conocido bajo el nombre de Standard Oil. No podemos menos de citar una página notable de la historia de ese tiempo, que nos muestra cómo la Standard Oil, en la necesidad de volver a colocar sus fondos excedentes, aplastó a los pequeños capitalistas y precipitó el derrumbe del sistema económico anterior a los trust. Un escritor liberal de esta época, David Graham Phillips, publicó en el *Saturday Evening Post* del 4 de octubre de 1902 el artículo que a continuación se transcribe. Es el único ejemplar de este periódico que ha llegado hasta nosotros, pero por su forma y contenido debemos concluir que era una de las publicaciones populares de mayor tirada:

«Hace más o menos diez años, una autoridad competente calculaba la renta de Rockefeller en treinta millones de dólares. Había alcanzado el límite de las inversiones provechosas en la industria del petróleo. En adelante, enormes sumas de distinto origen, más de dos millones de dólares por mes, se volcaban en la caja de John Davidson Rockefeller. El problema de la recolocación de ese caudal se tornaba muy serio. Se convirtió en una pesadilla. La renta del petróleo crecía, se hinchaba constantemente, y el número de inversiones seguras era limitado, más limitado aún que en la hora presente. No fue precisamente la avidez de nuevas ganancias lo que impulsó a los Rockefeller hacia otras ramas de negocios distintos al petróleo; fueron arrastrados por esa corriente de riquezas que el imán monopolista atraía irresistiblemente. Crearon un grupo con personal especializado en inversiones e investigación de mercados. Se dice que el jefe de esos especialistas recibía un sueldo anual de 125 000 dólares.

»La primera excursión o incursión notable de los Rockefeller se produjo en el campo de los ferrocarriles. En 1895 controlaban la quinta parte de las vías férreas del país. ¿Cuánto poseen o controlan hoy? Su dominio incluye el de todos los ferrocarriles de Nueva York: norte, este y oeste, salvo en uno; en el que no tienen más que una participación de unos pocos millones. Dominan la mayoría de las líneas que parten de Chicago, así como varias redes que se extienden hasta el Pacífico. Son sus votos los que confieren poder al señor Morgan; aunque debemos precisar que ellos necesitan más su cerebro que él necesita sus votos —en el presente, la combinación de ambos forjan en gran medida una “comunidad de intereses”.

»Pero los ferrocarriles no podían por sí mismos absorber estos poderosos flujos de dinero. Actualmente los beneficios de 2 200 000 dólares mensuales de John D. Rockefeller se habían incrementado hasta cuatro, cinco o seis millones al mes, lo que suponía 75 millones de dólares anuales. El revelador petróleo convertía todo en oro. Sólo la reinversión de los beneficios añadía la minucia de unos pocos millones de

dólares al año.

»Los Rockefeller penetraron en el gas y en la electricidad en cuanto esas industrias estuvieron suficientemente asentadas como para asegurar las inversiones. Hoy, por ejemplo, una gran parte del pueblo estadounidense, sea cual sea el tipo de iluminación que emplee, empezará a enriquecer a los Rockefeller en cuanto se ponga el sol. El siguiente negocio fueron las hipotecas de las granjas. Se cuenta que hace algunos años, cuando la prosperidad permitió a los granjeros liquidar sus hipotecas, J. D. Rockefeller estalló en lágrimas: se trataba de ocho millones de dólares que creía tener asegurados a buen interés para unos cuantos años, y que ahora se amontonaban a la puerta de su casa pidiendo a gritos dónde colocarse. Esta inesperada complicación en encontrar inversiones para la progenie de su petróleo alteró la ecuanimidad y las digestiones de este hombre…

»Los Rockefeller se introdujeron en la minería —hierro y carbón, cobre y plomo—, luego en otras compañías industriales, en los tranvías, en los bonos nacionales, estatales y municipales, en las compañías navieras y en la telegrafía; en las agencias inmobiliarias y en la construcción de rascacielos, viviendas, hoteles y edificios para oficinas; en los seguros de vida y en los bancos. Pronto no hubo un solo campo en el que no estuvieran trabajando sus millones…

»El Banco Rockefeller —el National City Bank— es, sin duda, el más importante en los Estados Unidos, y sólo superado en el mundo por el Banco de Inglaterra y el Banco de Francia. Los depósitos medios ascienden a más de cien millones de dólares por día, y el banco domina el mercado de pagarés y la Bolsa de Wall Street. Pero ése no es su único centro financiero sino el primer eslabón de una cadena de catorce bancos y consorcios en la ciudad de Nueva York, además de importantes bancos en todos los centros financieros del país.

»John D. Rockefeller posee acciones de la Standard Oil por valor de cuatrocientos o quinientos millones de dólares según su valor en bolsa. Posee cien millones de dólares en el trust del acero y casi otro tanto en una sola red de los ferrocarriles del oeste, la mitad en otro y en otro y en otro, así hasta dificultar la catalogación de sus riquezas. El año pasado, su renta fue de alrededor de cien millones de dólares —se duda si esa renta no es superior a la del conjunto de los Rothschild». <<

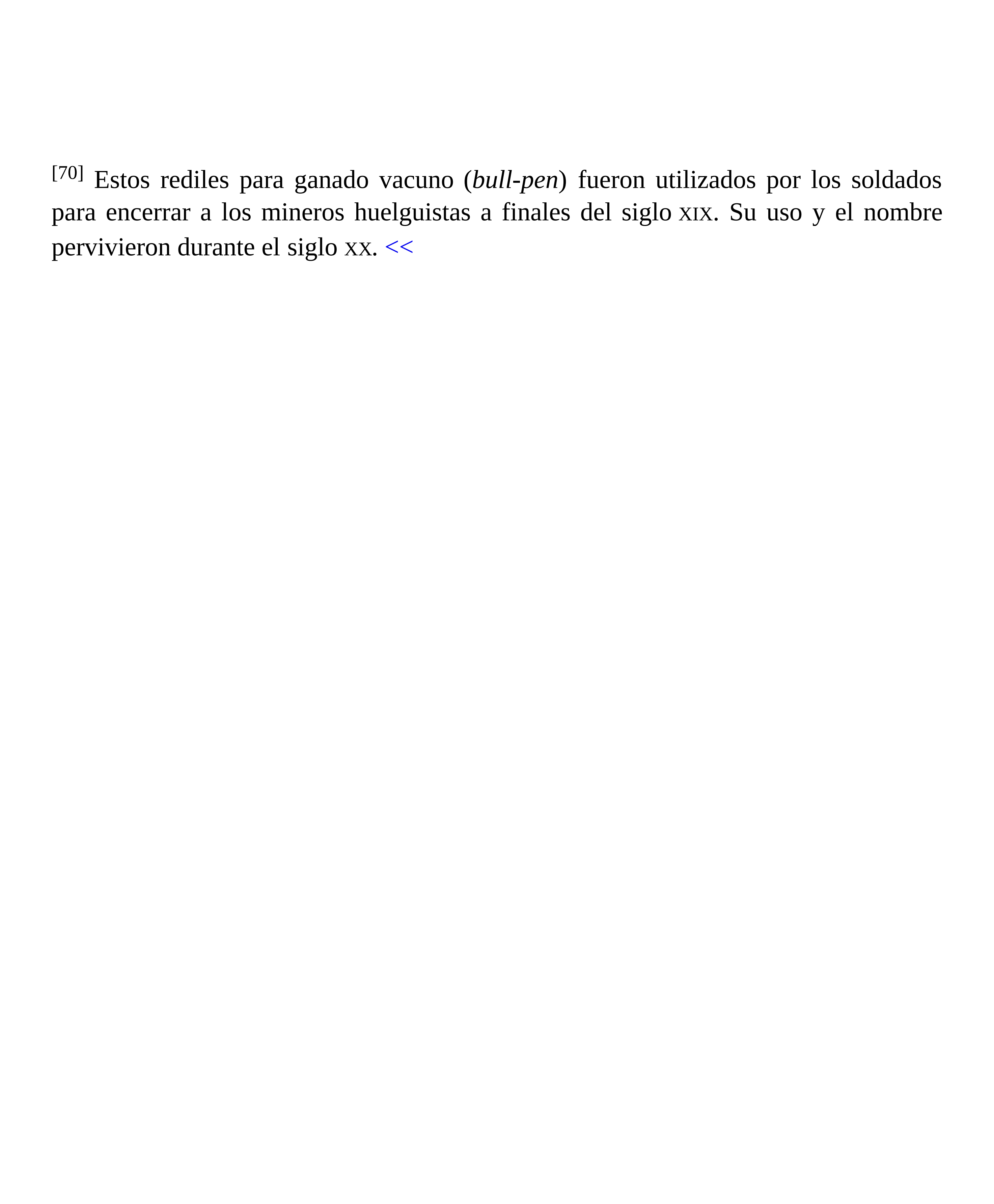
[66] Los Cien Negros eran bandas reaccionarias organizadas en Rusia por la autocracia amenazada por la Revolución rusa. Esta chusma reaccionaria atacaba a los grupos revolucionarios y también, cuando lo consideraban necesario, asaltaban y destruían propiedades privadas para que sirviera como pretexto a la autocracia para la intervención de los cosacos. <<

[67] Las crisis, bajo el sistema capitalista, eran tan inevitables como absurdas. La prosperidad siempre llevaba aparejada los subsiguientes tiempos de calamidad. La razón de este disparate era la acumulación de excedente y la incapacidad para consumirlo. <<

[68] Los rompehuelgas constituían por sus propósitos y sus acciones un ejército privado de los capitalistas. Estaban bien organizados y bien armados, y siempre listos para, montados en trenes especiales, acudir a cualquier lugar del país donde hubiera una huelga o un cierre patronal. Solamente en esos tiempos tan pintorescos pudo darse el espectáculo de un tal Farley, un importante mando de los rompehuelgas que en 1906* cruzó los Estados Unidos desde Nueva York hasta San Francisco en trenes especiales llevando con él un ejército de 2500 hombres sólidamente equipados y armados, cuyo objetivo era romper una huelga de tranviarios, en una acción que violaba claramente las leyes del país. Tanto esta acción ilegal como miles de ellas quedaron en la impunidad, mostrando una vez más la connivencia de la plutocracia con el sistema judicial. <<



[69] Probablemente el autor se refiera a la importante huelga de tranviarios de 1907, prácticamente un año después del Gran Terremoto. [*N. del T.*] <<



[70] Estos rediles para ganado vacuno (*bull-pen*) fueron utilizados por los soldados para encerrar a los mineros huelguistas a finales del siglo XIX. Su uso y el nombre pervivieron durante el siglo XX. <<

[71] Quizá no fuera la idea pero sí el nombre de los Cien Negros lo que llegara de Rusia. No cabe ninguna duda de que se trataba de una banda secreta de agentes del capitalismo que surgió durante las luchas obreras del siglo XIX. En su trabajo *The Battles of Labour*, el secretario del Departamento de Trabajo, Carrol D. Wright, confirma este dato. De esa obra extraemos el siguiente párrafo: «En alguna de las mayores huelgas históricas han sido los mismos empresarios los que han instigado actos de violencia». Los empresarios industriales han provocado deliberadamente las huelgas para deshacerse de sus depósitos de excedentes; asimismo, los agentes de los empresarios han quemado los vagones de ferrocarril con el fin de aumentar la confusión y el desorden. Fue de estos agentes provocadores contratados por los empresarios de donde surgieron los Cien Negros, que llegaron a convertirse en terribles armas de provocación de la oligarquía. <<

[72] Nombre de una calle en uno de los barrios más antiguos de Nueva York donde residía el mercado bursátil y al que daba su nombre. Ese mercado, la Bolsa, era una organización irracional de la sociedad, que permitía el mercadeo bajo mano de todas las industrias del país. <<

[73] Uno de los primeros barcos que transportó inmigrantes a los Estados Unidos después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Los descendientes de esos colonizadores sentían un orgullo exagerado de su genealogía, pero con el paso del tiempo se mezcló y difundió de tal manera esa sangre que hoy día forma parte de todos los norteamericanos. <<



[74] La autoría del poema quedará para siempre desconocida. Este fragmento es lo único que ha llegado hasta nosotros. <<



[75] Plato mexicano, mencionado algunas veces en la literatura de esa época. Se supone que estaba fuertemente sazonado. No tenemos idea de la receta. <<

[76] William Randolph Hearst; un joven millonario californiano que se convirtió en el mayor difusor de prensa de los Estados Unidos. Sus periódicos se publicaban en todas las ciudades importantes, e iban dirigidos a la arruinada clase media y al proletariado. Eran tantos sus lectores que consiguió apoderarse de la cáscara vacía del viejo Partido Demócrata. Situado en una posición ambigua, predicaba un socialismo castrado junto con alguna variedad de capitalismo pequeñoburgués. Era agua y aceite, estaba abocado a la desaparición, aunque durante un corto periodo fuera una fuente de temores para la plutocracia. <<

[77] El coste de la publicidad era asombrosamente caro en aquellos tiempos tan inciertos. La competencia sólo se daba entre la pequeña burguesía, y eran, por tanto, los integrantes de esa clase los únicos anunciantes. Los trust no competían entre sí, de forma que no tenían ninguna necesidad de publicar anuncios. <<

[78] La destrucción del pequeño campesinado en la antigua Roma fue mucho más lenta que la de los granjeros y pequeños capitalistas en los Estados Unidos. La razón fue que en el siglo XX había unas fuerzas cada vez más concentradas, que no había en tiempo de los romanos.

Hubo bastantes granjeros que llevados por su querencia por las tierras, y tratando de demostrar hasta dónde podía llegar su tozudez, trataron de escapar a las expropiaciones evitando cualquier tipo de comercio: ni compraban, ni vendían nada en los mercados. Establecieron entre ellos un sistema de trueque. Sufrieron terribles privaciones, pero mantuvieron su actitud, y el movimiento creció durante algún tiempo. La táctica con la que se los doblegó fue única, lógica y sencilla: la plutocracia, en virtud de poder de Gobierno, les subió los impuestos. Fue un ataque a su punto más débil. Los granjeros ni compraban, ni vendían, pero, claro está, no conseguían con ello ningún dinero y, así, les confiscaron las tierras para pagar los altos impuestos. <<

[79] Estos rumores venían circulando desde hacía tiempo. Ya en 1906, el parlamentario inglés Lord Avebury exponía, así, sus temores en la Cámara de los Lores: «La inquietud se adueña de Europa, la extensión del socialismo, el ominoso crecimiento del anarquismo suponen una clara advertencia a los Gobiernos y las clases dominantes de que las condiciones de las clases trabajadoras en Europa resultan cada día más intolerables, y que si queremos evitar una revolución tenemos que dar algunos pasos para aumentar los salarios, reducir la jornada laboral y bajar los precios de los artículos de mayor necesidad». El *Wall Street Journal*, un periódico financiero, comentó el discurso de Lord Avebury en los siguientes términos: «Ésas son las palabras de un aristócrata, miembro de una de las cámaras más conservadoras de Europa; eso las confiere mayor significado. Contienen una lección de economía política superior a la que se puede encontrar en los libros. Suponen una advertencia ante una amenaza. ¡Tomen nota, señores de los Ministerios del Ejército y de la Armada!».

A la vez, Sydney Brooks escribía en el semanario norteamericano *Harper's Weekly*: «No oiréis hablar de los socialistas en Washington. ¿Cómo ibais a oír hablar de ellos? Los políticos son siempre los últimos en ver lo que está sucediendo delante de sus narices. Se mofan de mí cuando profetizo, y lo hago con el mayor convencimiento, que en las próximas elecciones presidenciales los socialistas conseguirán más de un millón de votos». <<

[80] Fue muy al principio del siglo XX de la era cristina cuando la Internacional Socialista formuló su concienzudamente madurada política sobre la guerra. Podemos resumir esa política en los siguientes términos: ¿por qué tienen los trabajadores de un país que luchar con los trabajadores de otro país, sólo para aumentar los beneficios de sus amos capitalistas?

El 21 de mayo de 1905 de esa era, cuando las amenazas de guerra se cernían entre Austria e Italia, los socialistas de Italia, Austria y Hungría celebraron una conferencia en Trieste y amenazaron con una huelga general de los trabajadores de esos países en caso de que se declarara la guerra. Esa amenaza se reiteró el año siguiente, cuando el «conflicto de Marruecos» creó una grave tensión entre Francia, Alemania e Inglaterra. <<

[81] *Our Benevolent Feudalism*, un libro publicado en 1902 por W. J. Ghent. Se ha insistido mucho que fue Ghent quien metió en la cabeza de los capitalistas la idea de la oligarquía. Esta creencia persistió a lo largo de los tres siglos que duró el Talón de Hierro, e incluso se mantuvo en los libros durante el primer siglo de la Fraternidad de los Hombres. Hoy sabemos algo más, pero eso no obsta para que el recuerdo de Ghent sea el de uno de los inocentes más vilipendiados de la historia. <<

[82] Los casos que reseñamos a continuación son una muestra de las decisiones de los tribunales en contra de los derechos de los trabajadores: en la minería del carbón era notorio el trabajo de los niños. En 1905, las organizaciones obreras consiguieron que se aprobara una ley en Pensilvania consistente en obligar a los padres a hacer una declaración jurada sobre la edad y grado de escolarización alcanzado por los niños, y que dicha declaración fuera acompañada por las pruebas pertinentes. La ley fue enseguida declarada inconstitucional por el tribunal del condado de Luzerne sobre la base de que violaba la 14.ª enmienda al discriminar entre individuos de la misma clase, es decir, niños mayores y menores de catorce años; el tribunal del estado anuló la ley. En 1905, un tribunal de Nueva York, en sesión extraordinaria, declaró inconstitucional una ley que prohibía el trabajo de mujeres y niños a partir de las nueve de la noche. El argumento fue que esa norma era una «ley discriminatoria». Una nueva ley aprobada en el estado de Nueva York restringía el horario laboral en las panaderías a diez horas diarias. En 1906, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos declaró inconstitucional esa ley. La motivación de la sentencia contenía partes como la que sigue: «No hay ninguna base razonable que permita interferir la libertad de las personas ni impedir la libre contratación y el horario laboral de las panaderías». <<

[83] James Farley fue un rompehuelgas notorio de aquellos tiempos. Un hombre más osado que ético y, sin duda, un tipo muy hábil. Surgió bajo la férula del Talón de Hierro y finalmente ascendió hasta la clase oligárquica. Murió en 1932, asesinado por Sarah Jenkins, a cuyo marido, treinta años antes, habían matado los rompehuelgas de Farley. <<

[84] Es significativa la premonición social de Everhard. A la luz de los acontecimientos sobrevenidos, vio la deserción de los sindicatos privilegiados, el ascenso y lenta caída de las castas obreras y la lucha entre la oligarquía decadente y esas castas por el control de la gran máquina de gobierno. <<

[85] No podemos por menos que sentir una gran admiración por la profecía de Everhard. Antes de que los oligarcas pudieran imaginar ciudades como Ardis y Asgard, ya Everhard había previsto esas ciudades y la necesidad inevitable de que se crearan. <<

[86] Y la profecía se ha mantenido durante los tres siglos del Talón de Hierro y durante los cuatro de la Hermandad del Hombre, y hoy recorremos esas carreteras y vivimos en las ciudades que los oligarcas construyeron. Cierto es, que ahora seguimos levantando ciudades maravillosas, pero las que construyeron los oligarcas perdurarán, y escribo estas líneas desde Ardis, una de las más deslumbrantes. <<

[87] Todos los sindicatos del ferrocarril entraron en esta alianza con los oligarcas, y es importante señalar que la primera actuación de este tipo de políticas de «reparto del pastel» la llevó a cabo un sindicato ferroviario en el siglo XIX de aquella era, la Hermandad de Conductores de Locomotoras. P. M. Arthur fue durante veinte años el jefe supremo de esa hermandad. Después de la huelga de los ferrocarriles de Pensilvania de 1877, Arthur concibió un plan para que los conductores de locomotoras pactaran con la compañía y defendieran sus intereses por sí mismos, apartados del resto de los sindicatos. El plan funcionó a la perfección. Fue tan logrado como egoísta y de él surgió el término «arthurización» para denominar a ese reparto egoísta de beneficios por parte de un sindicato de trabajadores privilegiados. Ese término fue analizado muchas veces por los estudiosos, pero ahora aparece claro su origen etimológico. <<

[88] Albert Pocock fue otro de los más notorios rompehuelgas en los comienzos de aquellos años. Fue capaz hasta su muerte de hacer que todos los mineros del país acudieran al trabajo. Le sucedió su hijo, Lewis Pocock, y a lo largo de cinco generaciones esta odiosa dinastía actuó como la explotadora de los mineros del carbón. Al viejo Pocock lo describieron como «un tipo con una cabeza estrecha parcialmente cubierta por algo de pelo gris y castaño, con unos pómulos prominentes y una mandíbula firme…, una cara pálida, ojos grises mortecinos, una voz metálica y un temperamento lánguido». Nació en el seno de una familia humilde y empezó su carrera como camarero. Después trabajó como detective privado para una compañía de tranvías, y paso a paso llegó a ser un rompehuelgas profesional. Pocock V, el último miembro de la dinastía, murió al estallar un artilugio en una sala de bombeo durante una pequeña revuelta de mineros en el territorio indio, esto ocurrió en el año 2073 de la era cristiana. <<

[89] Estos Grupos de Combate se formaron a imagen y semejanza de la Organización de Combate de la Revolución rusa, y a pesar de los denodados esfuerzos del Talón de Hierro para deshacerlos, se mantuvieron en su lucha durante los tres siglos que duró aquél. Formados por hombres y mujeres de nobles ideales y sin miedo a la muerte, ejercieron una enorme influencia en los sucesos de esa época, consiguiendo aminorar la brutalidad salvaje de aquellos sátrapas. No se reducía exclusivamente su trabajo a mantener una guerra subterránea contra los agentes de la oligarquía, sino que dictaban decretos a los que los oligarcas se sentían obligados a prestar atención, porque se exponían en caso de desobedecerlos a morir ejecutados —y lo mismo podía ocurrirles a los subordinados de los oligarcas, a los oficiales del ejército y a los líderes de las castas laborales.

Estos vengadores organizados ejercían una justicia severa, en la que lo más destacable eran sus procedimientos judiciales formales. No existían los juicios sumarísimos. Cuando detenían a un hombre le daban oportunidad para que se defendiera en un juicio justo. Cuando fue necesario se juzgó a algunos en ausencia. Uno de los casos más notorios de este procedimiento fue el del general Lampton, probablemente el mercenario más sangriento entre los que sirvieran al Talón de Hierro. Ocurrió en el año 2138. Los Grupos de Combate le hicieron llegar la información de que había sido juzgado, encontrado culpable y condenado a muerte —y todo esto después de haberle mandado tres avisos para que cesara en su feroz persecución a los trabajadores—. A partir de recibir la notificación de su condena, se rodeó de una red defensiva impenetrable. Pasaron años antes de que los Grupos de Combate trataran en vano de ejecutar la sentencia. Camarada tras camarada, hombres y mujeres fallaron en sus intentos y fueron cruelmente ejecutados por la oligarquía. Fue el general Lampton quien resucitó la crucifixión como una forma legal de ejecutar la pena de muerte. Finalmente, el condenado encontró su fin a manos de una muchacha delicada de diecisiete años, Madeline Provence, que para conseguir su propósito pasó dos años en su casa trabajando como costurera. La muchacha murió en una celda de castigo tras haber sufrido horribles y prolongadas torturas. Hoy su figura luce magnífica en una estatua de bronce imperecedero en el panteón de la hermandad, en la maravillosa ciudad de Serles.

Aunque nosotros no tengamos ninguna experiencia personal acerca de esos derramamientos de sangre, no debemos juzgar con severidad a los héroes de los Grupos de Combate. Entregaron sus vidas por la humanidad, ningún sacrificio les pareció excesivo para cumplir ese noble objetivo porque una necesidad inexorable los obligó a comportarse de esa forma sangrienta en unos tiempos sangrientos. Los Grupos de Combate supusieron en el costado del Talón de Hierro una espina que

nunca consiguió arrancar. Everhard fue el padre de este singular ejército, y sus logros persistieron eficazmente a lo largo de trescientos años, lo que significa una muestra de su acertado planteamiento y organización. En algunos aspectos, a pesar de sus importantes contribuciones a la economía y a la sociología, se puede considerar la creación de los Grupos de Combate como uno de los mayores logros de Everhard. <<

[90] Esas mismas condiciones se vivieron en el siglo XIX en India bajo el mandato de los ingleses. Los nativos morían de hambre a millones, mientras que los dominantes les robaban el fruto de su duro trabajo y lo despilfarraban en pompas y boatos. En esta época afortunada en la que vivimos es inevitable que sintamos vergüenza por aquellas innobles acciones de nuestros antepasados. Nuestro único consuelo es considerarlo con filosofía. Tenemos que aceptar aquella fase primera del capitalismo dentro de la evolución social, como aceptamos la evolución del hombre a partir de los primates. La humanidad tuvo que pasar a través de esas fases de viscoso fango en su emerger desde la vida orgánica elemental. Y es inevitable que no podamos sacudirnos del todo ese fango. <<

[91] «La gente del abismo» es una frase extraída del libro del genial escritor del siglo XIX H. G. Wells. Wells fue un profeta del socialismo, tan juicioso y clarividente como sensible a todo lo humano. Nos han llegado muchos fragmentos de su obra y, afortunadamente, dos obras íntegras de su trabajo: *Anticipations y Mankind in the Making*. Antes de Everhard y de la llegada de los oligarcas, Wells especuló con la construcción de las ciudades ideales, a las que denomina «ciudades placenteras». <<

[92] Avis Everhard, quizá dando por hecho que su escrito se leería en aquellos mismos días, omitió toda referencia al juicio por alta traición. También encontramos en su manuscrito otras omisiones desconcertantes. Juzgaron a cincuenta y dos congresistas socialistas, y a todos los declararon culpables. Extrañamente a ninguno se le dictó pena de muerte en la sentencia. A Everhard y a once más, entre ellos a Theodore Donnelson y Mattew Kent, los condenaron a cadena perpetua. Al resto le cayeron sentencias que iban de treinta a cuarenta y cinco años de prisión; mientras que a Arthur Simpson, que según cuenta el manuscrito se encontraba aquel día recluido en su hotel a causa del tifus, lo condenaron sólo a quince años de cárcel. Se cuenta que murió de inanición en una celda de aislamiento debido a su empecinamiento en denunciar a sus verdugos y a todos los servidores de los déspotas. Murió en Cabanas, en Cuba, donde también estaban presos tres de sus compañeros. Al resto de los congresistas socialistas los encerraron en prisiones desperdigadas por todo el territorio norteamericano. A Du Bois y Woods los encerraron en Puerto Rico; y a Everhard y Merriwheather en Alcatraz, una isla en la bahía de San Francisco, que ya previamente había servido como prisión militar. <<

[93] Hubiera tenido que vivir Avis Everhard muchos años para ver cómo se aclaraba ese misterio. Hizo falta que transcurriera algo menos de un siglo y poco más de seiscientos años, tras la muerte de Avis, para que se descubriera la confesión de Pervaise en los archivos secretos vaticanos. Quizá convenga decir algo sobre ese oscuro documento, que de otra manera sólo serviría al interés de algún historiador.

Pervaise fue un norteamericano de ascendencia francesa que en 1913 se encontraba en la prisión de Tombs, en la ciudad de Nueva York, esperando a que lo juzgaran por asesinato. A través de su confesión sabemos que no era un criminal. Era un individuo de sangre caliente, apasionado y emocional, que en un ataque de celos mató a su esposa —algo muy común en aquellos tiempos—. A través de su confesión sabemos que a Pervaise le aterraba morir y que hubiera hecho cualquier cosa con tal de librarse de la última pena. La trama de los agentes secretos incluía asegurarle que no podría escapar del veredicto de culpabilidad por asesinato en primer grado, condena que en aquellos tiempos suponía la pena capital. La sentencia se ejecutaba al sentar al culpable, hombre o mujer, en una silla construida al efecto, en la que bajo la supervisión de médicos competentes se ejecutaba al condenado mediante una corriente eléctrica. A este procedimiento de muerte se le llamaba electrocución, y su aplicación era muy común en aquellos tiempos. La anestesia como muerte obligada no se introdujo hasta años después.

Fue a este hombre, de buen corazón pero con instintos animales a flor de piel, a quien los agentes secretos del Talón de Hierro convencieron para que arrojara la bomba en la Cámara de Representantes. En su confesión explica que le dijeron que se trataba de un petardo muy simple que no mataría a nadie, lo que se corresponde con el hecho de que la bomba tuviera una carga mínima y que su explosión a los pies de Everhard no le causara la muerte.

A Pervaise lo escondieron en una galería, que de forma ostensible permanecía cerrada por obras. Tenía que elegir el momento para arrojar el artefacto, pero ingenuamente confiesa en su escrito que interesado por el discurso de Everhard y por el alboroto de la Cámara casi olvida su misión.

No solamente salvó la vida, sino que salió de la prisión y recibió una recompensa y una pensión para el resto de su vida. No pudo disfrutarlo mucho tiempo, ya que en septiembre de 1914 sufrió un ataque de reumatismo que le afectó al corazón, y murió tres días después. Fue entonces cuando mandó a buscar un sacerdote católico, el padre Peter Durban, al que hizo su confesión. Al cura le pareció tan importante lo confesado que decidió escribirlo y firmarlo como testigo único. Lo que sucediera con ese documento después es pura conjetura, pero era, sin duda, suficientemente

importante como para que llegara hasta Roma. Debió de haber grandes presiones exigiendo su destrucción, y durante varios siglos nadie tuvo noción de su existencia. No fue hasta el siglo pasado cuando Lorbia, un brillante profesor italiano, se topó con él por casualidad cuando investigaba en las bibliotecas vaticanas.

Hoy ya no cabe ninguna duda de que el Talón de Hierro fuera el responsable de la explosión de la bomba en la Cámara de Representantes en 1913. Aún cuando la confesión de Pervaise no hubiera salido a la luz, no habría cabido ninguna duda sobre la autoría del hecho, una acción que sirvió para que el Talón de Hierro enviase a la cárcel a cincuenta y dos congresistas, y que estaba en consonancia con otras barbaridades perpetradas por los oligarcas e incluso, antes, por los capitalistas.

Hay un ejemplo claro de la brutalidad y de la arbitrariedad judicial en el caso de los llamados «anarquistas de Haymarket», que sucedió en Chicago en la penúltima década del siglo XIX: unos inocentes a los que se juzgo y condenó. En aquellos tiempos existía una práctica consistente en el incendio y la destrucción de propiedades capitalistas por los propios capitalistas Se cargaba esa destrucción sobre los hombros de hombres inocentes a los que se castigaba por ello. Se decía en la jerga de la época que esos hombres eran *railroaded* (‘cargados con un marrón’). También en los conflictos laborales de la primera década del siglo XX entre los capitalistas y la Federación de Mineros del Oeste se dieron episodios de este tipo, incluso más sangrientos; como cuando los agentes de los capitalistas volaron la estación de Independence. En la explosión murieron treinta hombres, y muchos más resultaron heridos. Entonces los capitalistas, que controlaban la maquinaria legislativa y judicial del estado de Colorado, acusaron a los mineros del atentado, que estuvieron a punto de que los declararan culpables. Romaines, uno de los protagonistas del suceso, como lo fuera Pervaise en el de Washington, estaba preso en la cárcel de otro estado, de Kansas, esperando a que lo juzgaran. Fue entonces cuando lo abordaron los agentes de los capitalistas. La única diferencia con respecto a Pervaise fue que el asunto salió a luz en aquella misma época.

También durante ese mismo periodo tuvo lugar el caso de Moyer y Haywood, dos líderes sindicalistas fortachones y valientes. Uno era el presidente y el otro el secretario de la Federación de Mineros del Oeste. Al ex gobernador de Idaho lo asesinaron misteriosamente. Los socialistas y los mineros atribuyeron claramente el crimen a los dueños de las minas. Sin embargo, violando todas las leyes federales y del estado, una conspiración urdida entre los gobernadores de Idaho y de Colorado consiguió que esos dos líderes sindicales fueran secuestrados, encerrados en prisión y acusados del crimen. Un hecho que provocó que Eugene V. Debs, líder nacional en aquella época de los socialistas norteamericanos, pronunciara las siguientes palabras: «A los líderes obreros a los que no pueden ni sobornar ni intimidar los involucran en una conjura o los asesinan. El único crimen de Moyer y Haywood es el de haber servido con lealtad a la clase trabajadora. Los capitalistas se han apoderado de

nuestro país, han corrompido nuestro sistema político y han contaminado la justicia y atropellado nuestros derechos; y ahora proponen matar a los que no se han sometido servilmente a su brutal dominación. Los gobernadores de Idaho y de Colorado están simplemente cumpliendo las órdenes de sus amos, los plutócratas. El caso actual es el de los trabajadores frente a la plutocracia, pero si ellos dan el primer golpe, nosotros daremos el último». <<

[94] Esta ridícula imagen muestra a las claras la conducta despiadada de los poderosos. Mientras la gente moría de hambre, los perritos falderos disfrutaban de los cuidados de una sirvienta. Fue un disfraz perfecto para Avis Everhard. Dado que estaba en juego la vida por la causa, toda la historia resulta de lo más verosímil. Aporta además una imagen impactante sobre aquellos tiempos. <<



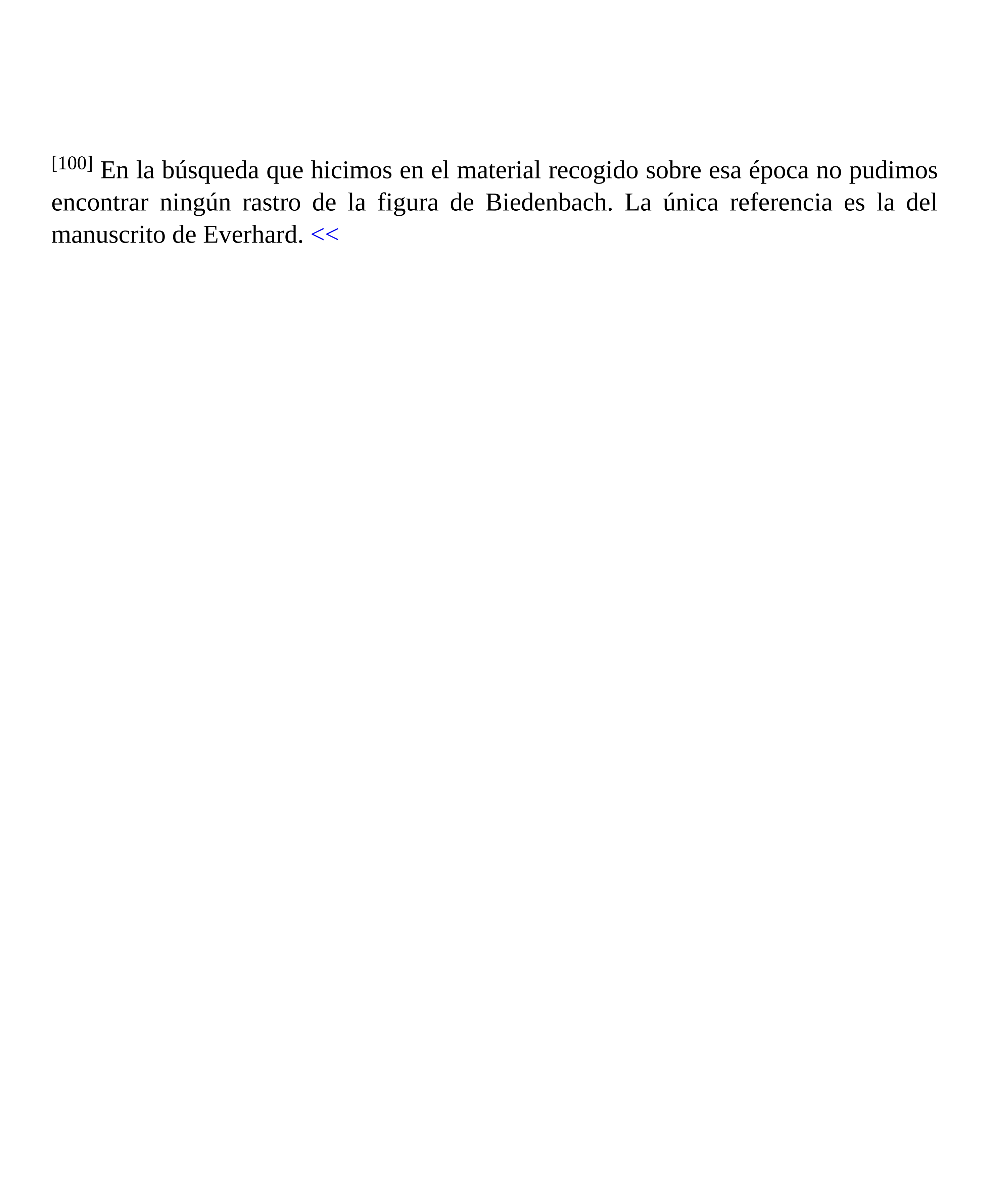
[95] *Pullman*: vagones de lujo de los trenes de la época que tomaron el nombre de su inventor. <<

[96] A pesar de los continuos e inimaginables riesgos, Anna Roylston vivió hasta la avanzada edad de noventa y un años. Al igual que los Pocock desafiaban a los comandos de ejecución de los Grupos de Combate, así también desafiaba Anna a los verdugos del Talón de Hierro. Pasó el resto de su existencia entre alarmas y peligros y se convirtió en un miembro de los pelotones de ejecución de los Grupos de Combate. Conocida como la Virgen Roja, se convirtió en una de las figuras más señeras de la revolución. Fue ella quien, a la edad de sesenta y nueve años, ejecutó a Halcliffe *el Sangriento*, disparándole cuando caminaba en medio de su escolta y huyó indemne a continuación. Su fin le llegó a esa edad tan avanzada en la placidez de un refugio secreto de los revolucionarios en las montañas de Ozark. <<

[97] En español en el original. <<

[98] En español en el original. <<

[99] Social Labor Party of America. [N. del T.] <<



[100] En la búsqueda que hicimos en el material recogido sobre esa época no pudimos encontrar ningún rastro de la figura de Biedenbach. La única referencia es la del manuscrito de Everhard. <<

[101] Si el viajero curioso se dirige al sur desde Glen Ellen, se encontrará con una avenida idéntica a la antigua carretera de hace siete siglos. A cuatrocientos metros desde Glen Ellen y pasando el segundo puente, se verá a la derecha una barraca, que parece una cicatriz en el terreno, que conduce a un grupo de montículos arbolados. La barraca es un resto de la antigua garita de los cobradores del derecho de paso en los tiempos en que esos terrenos eran propiedad privada de un tal Chauvet, un pionero francés que llegó a California atraído por la leyenda del oro. Los montículos arbolados son los mismos a los que se refiere Avis Everhard en el manuscrito.

El gran terremoto de 2368 arrasó todos estos montículos llenando la hoya en la que Avis Everhard encontró su refugio. A partir del encuentro del manuscrito se llevaron a cabo excavaciones y salió a la luz la casa, las dos habitaciones y los restos de toda la basura acumulada en tan largo periodo. Se encontraron valiosas reliquias, una de las más pintorescas fue la estufa tragahúmos de Biedenbach que se menciona en el manuscrito. Los estudiosos interesados en este tema podrán consultar el ensayo de Arnold Bentham, de próxima aparición.

A una milla al noroeste de los montículos arbolados se encuentra el Wake Robin Lodge, justo en la unión del Wild-Water y del arroyo Sonoma. Por cierto, que el nombre anterior del Wild-Water era el arroyo Graham, tal como figura en los viejos mapas de la zona; pero es el nuevo nombre el más usado en la actualidad. Fue en Wake Robin Lodge donde Avis Everhard vivió más tarde durante cortos periodos, cuando haciéndose pasar por un agente provocador del Talón de Hierro, le fue posible jugar en secreto un importante papel en los acontecimientos de entonces. Todavía figura en los registros de la época el permiso oficial para que Avis ocupara ese lugar, y está firmado nada menos que por Wickson, el oligarca menor del manuscrito. <<

[102] La teoría y la práctica del disfraz alcanzó cotas artísticas durante ese periodo. Los revolucionarios mantenían escuelas de arte dramático en todos sus refugios. Desdeñaban el uso de accesorios tales como pelucas, barbas postizas, pestañas falsas y todo lo tópico en el mundo del teatro. El juego de la revolución era un juego de vida y muerte y los simples accesorios eran simple farsa. La suplantación individual por otro ser inexistente había de ser fundamental, intrínseca, hasta conferir una segunda naturaleza al protagonista. Se sabe que la «Reina Virgen» fue una figura importante en esa arte, a la que debió gran parte de su larga y exitosa carrera como revolucionaria. <<

[103] Las desapariciones de personas fue uno de los horrores de la época, hasta el punto de que aparece como motivo en muchos cuentos y canciones. Aparecía como un fenómeno concomitante a aquella sorda lucha que devoró al país durante tres siglos. El fenómeno se producía tanto en la oligarquía como en las castas obreras o en el bando de los revolucionarios. Sin ningún aviso, sin ningún rastro, desaparecían hombres, mujeres y niños y no se volvía a saber de ellos. Su desaparición quedaba para siempre en el misterio. <<

[104] Du Bois, actual bibliotecario de Ardis, es un heredero directo de ese matrimonio. <<

[105] Además de las castas obreras, surgió una nueva casta, la militar. Se creó un ejército permanente de soldados profesionales, con oficiales provenientes de la oligarquía, al que se llamó «los Mercenarios». Esta institución sustituyó a la milicia, cuya impracticabilidad bajo el nuevo régimen quedó harto demostrada. Aparte de los servicios secretos del Talón de Hierro, se creó un servicio secreto de los Mercenarios, que establecía un lazo entre la policía y los militares. <<

[106] Fue después del fracaso de la segunda sublevación cuando los «Rojos de San Francisco» reaparecieron en el escenario de la revolución y trabajaron activamente en él durante dos generaciones. Finalmente, un agente infiltrado del Talón de Hierro llegó hasta el fondo de los secretos de la organización y su denuncia la llevó a su total aniquilación. Estos hechos ocurrieron en el año 2002. El Talón de Hierro ejecutó a todos los miembros del grupo de uno en uno con intervalos de tres semanas. Tras ejecutarlos, exponían sus cadáveres en el gueto obrero de San Francisco. <<

[107] El refugio de Benton Harbour era una catacumba cuya entrada estaba hábilmente disimulada dentro de un pozo. Se ha mantenido en buen estado de conservación y el visitante curioso puede llegar a través de sus laberintos hasta la sala de reuniones, donde no cabe duda, transcurrió la acción que relata Avis Everhard. Más allá se encuentran las celdas en las que se encerraba a los prisioneros y la sala en que se los ejecutaba. Algo más lejos está el cementerio, una serie de galerías largas y sinuosas en las que con nichos escalonados excavados a ambos lados de la roca enterraban los revolucionarios a sus camaradas. <<

[108] En aquellos tiempos todavía se practicaba la poligamia en Turquía. <<

[109] No es una presunción exagerada por parte de Avis Everhard. Cierto es que la flor y nata del mundo artístico e intelectual estaba del lado de la revolución. A excepción de unos pocos músicos y cantantes, y de algunos oligarcas, los grandes creadores de ese periodo cuyos nombres han llegado hasta nosotros eran revolucionarios. <<

[110] En aquellos tiempos, la cuajada se obtenía directamente de la leche de las vacas. Aún no había comenzado la época del tratamiento industrial de los alimentos. <<

[111] Dentro de la extensa literatura y documentos de esa época hay muchas referencias a los poemas de Rudolph Mendenhall. Sus camaradas lo conocían como «la Llama». Se trató sin duda de un genio, pero fuera de algunos extraños e inquietantes fragmentos de sus versos, citados en los escritos de otros, no ha llegado nada más hasta nosotros. Murió ejecutado por el Talón de Hierro en 1928. <<

[112] No fue algo inusual el caso de Philip Wickson. Muchos otros jóvenes de la oligarquía, impulsados por sus principios éticos o por el arrebato que producía en su imaginación la gloria de la revolución, dedicaron sus vidas a ésta. De forma parecida habían actuado muchos hijos de la nobleza rusa en los largos periodos revolucionarios en aquel país. <<

[113] Los mercenarios jugaron un importante papel en los últimos días del Talón de Hierro porque suponían un equilibrio de poder entre las castas obreras y los oligarcas, de forma que apoyaban a unos o a los otros dependiendo de los juegos de la intriga y la conspiración. <<

[114] De la incoherencia ética y de la inconsistencia del capitalismo surgieron los oligarcas con una ética nueva, coherente y definida; aguda y dura como el acero; la más absurda y anticientífica, pero a la vez la más poderosa que nunca haya poseído ninguna tiranía. Los oligarcas creían en su ética a pesar de que tanto la biología como las teorías de la evolución la desmentían; y debido a esa fe ciega fueron capaces de frenar durante tres siglos las olas batientes del progreso humano; un espectáculo profundo, tremendo, desconcertante para los ojos de un moralista, y causa de dudas y reconsideraciones para los materialistas. <<

[115] En 1942 acabó la construcción de Ardis, mientras que las obras de Asgard no finalizaron hasta 1984. La construcción duró cincuenta y dos años, durante los cuales trabajó permanentemente un ejército de medio millón de siervos. Algunas veces este número se elevó hasta un millón; todo ello sin contar con los cientos de miles de obreros privilegiados y de diseñadores artísticos. <<

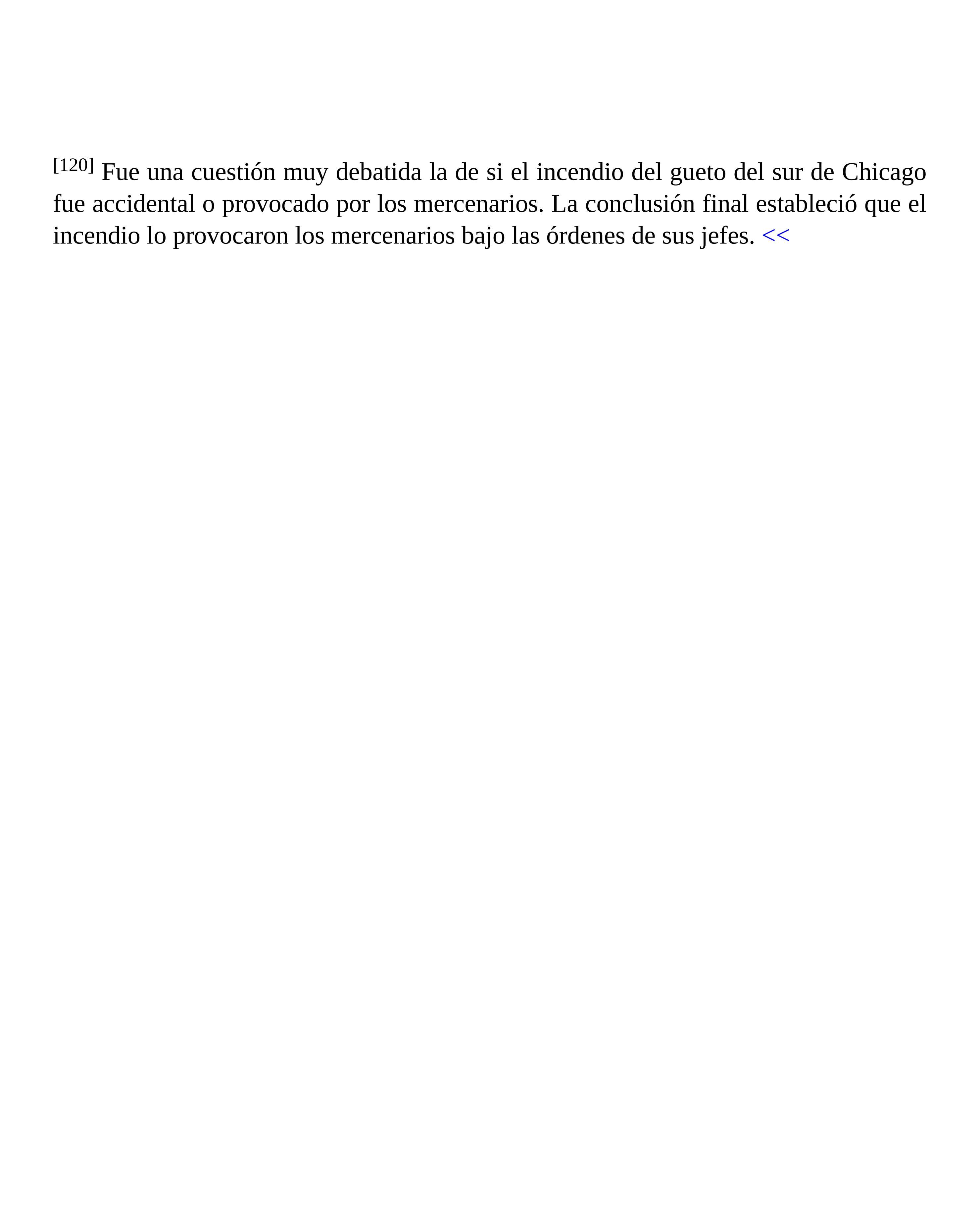
[116] Entre los revolucionarios había muchos cirujanos plásticos, grandes expertos en el cambio de imagen. En palabras de Avis Everhard, eran capaces de convertir a un hombre en otro irreconocible. Para estos expertos, la desaparición de cicatrices o de cualquier otra desfiguración era algo trivial. Cambiaban las facciones con una precisión microscópica tal que no quedaban trazas de su trabajo. La nariz era su órgano de trabajo favorito. Los injertos de piel y el trasplante de cabello figuraban entre sus labores más comunes, y conseguían unos cambios de la expresión que parecían cosa de magia. Eran capaces de alterar radicalmente ojos y pestañas, labios, bocas y orejas. Con ingeniosas manipulaciones de la lengua, la garganta, la laringe y las fosas nasales eran capaces de cambiar totalmente la entonación y la forma de hablar de cualquiera. Los tiempos difíciles necesitaban medidas desesperadas, y los cirujanos de la revolución supieron cómo satisfacer esas necesidades. Entre otras habilidades figuraba la de aumentar en diez o doce centímetros la estatura de un hombre o de rebajarla en cuatro o cinco. Lo que hicieron es hoy una arte olvidada; ahora no tenemos ninguna necesidad de ella. <<

[117] Chicago era el infierno industrial del siglo XIX. Hasta nosotros ha llegado una curiosa anécdota de John Burns, un importante sindicalista inglés y a la vez miembro del Parlamento británico. En una de sus visitas a Chicago, un periodista le pidió su opinión sobre esa ciudad. «Chicago», respondió, «es una edición de bolsillo del infierno». Algún tiempo después, cuando se dirigía a bordo de un vapor para desembarcar en Inglaterra, se le acercó otro periodista que le preguntó si había cambiado su opinión sobre Chicago. «Sí», le respondió, «mi opinión ahora es que el infierno es una edición de bolsillo de Chicago». <<



[118] Es un tren famoso, que estaba reputado en aquellos tiempos como el más veloz del mundo. <<

[119] En aquellos tiempos, la baja densidad de población hacía que muchos animales salvajes se apropiaran del espacio fuera de las ciudades, convirtiéndose a veces en plagas. Era costumbre en California organizar batidas de conejos. En una fecha determinada, se reunían todos los campesinos de una localidad y marchaban formando líneas convergentes para empujar y agrupar a miles de conejos en un redil, en el que los hombres y los niños los mataban a garrotazos. <<



[120] Fue una cuestión muy debatida la de si el incendio del gueto del sur de Chicago fue accidental o provocado por los mercenarios. La conclusión final estableció que el incendio lo provocaron los mercenarios bajo las órdenes de sus jefes. <<

[121] Muchos de los edificios tomados soportaron la presión de las tropas durante una semana. Uno llegó a hacerlo durante once días. Cada edificio se convirtió en un fortín, en el que los mercenarios tuvieron que luchar piso por piso. Fue una lucha feroz. Ninguno de los bandos daba cuartel al otro. La ventaja de los revolucionarios era que ocupaban las posiciones más altas, lo que les permitía disparar al enemigo desde arriba. Aunque los revolucionarios fueron masacrados, las tropas también sufrieron grandes pérdidas. El orgulloso proletariado de Chicago se portó una vez más como solía, porque muchos murieron, pero también se llevaron por delante a otros tantos mercenarios. <<

[122] El relato histórico de este periodo de desesperación está escrito con sangre. La venganza era el principal motor, y a los miembros de las organizaciones terroristas les importaban poco, tanto sus propias vidas, como el futuro de la humanidad. Los danitas, que habían tomado su nombre de los ángeles de la venganza de la mitología mormona, surgieron en las montañas del Gran Oeste y se extendieron por toda la costa del Pacífico, desde Panamá hasta Alaska. El grupo de las Valkirias lo formaban mujeres, y era el más terrible de todos; no se admitía en él a ninguna mujer que no hubiera sufrido la pérdida de algún familiar a manos de la oligarquía. Se las acusaba de torturar a los prisioneros hasta que morían. Otra famosa organización de mujeres era la de las Viudas de Guerra. Una organización pareja a la de las Valquirias era la de los Berserkers. Sus miembros no sentían el menor apego por sus propias vidas y fueron los que llevaron a cabo la completa destrucción de Bellona, una ciudad importante donde vivían, y murieron a manos de este grupo más de cien mil mercenarios. Los bedlamitas y los helldamitas eran organizaciones gemelas de esclavos. También floreció durante un tiempo una nueva secta religiosa, llamada la Ira de Dios. Podemos mencionar a otros que también se caracterizaban por sus nombres extravagantes, por ejemplo: los Corazones Sangrantes, los Hijos de la Mañana, las Estrellas de la Mañana, los Flamencos, los Triples Triángulos, las Tres Barras, los Reivindicadores, los Comanches y los Erebusitas. <<

[123] Aquí, bruscamente, en medio de una frase, acaba el manuscrito de Avis Everhard. Parece como si hubiera recibido un aviso de la llegada de los mercenarios, y sólo le hubiera dado tiempo para esconder el manuscrito y huir o ser capturada. Es de lamentar que no viviera lo suficiente como para completar el escrito, porque sin duda hubiera aclarado el misterio que durante siete siglos ha envuelto la ejecución de Ernest Everhard. <<